
Elly Conway
ARGYLLE

ELLY CONWAY

Argylle

Traducción de
Verónica Canales Medina y Laura Rins Calahorra

Grijalbo

Para mamá y papá,
que han estado a mi lado en cada paso del camino

A veces es necesario estar solo para demostrar que tienes razón.

Atribuido a VLADÍMIR PUTIN

Las mujeres reían y lloraban; la multitud pataleaba entusiasmada, pues, en ese momento, Quasimodo mostraba una gran belleza. Era hermoso, aquel huérfano, aquel niño acogido, aquel marginado.

VÍCTOR HUGO, *Nuestra Señora de París*

La Cámara de Ámbar representa para los rusos muchas de las cosas que hemos perdido.

IVÁN SAUTOV, director del museo del Palacio de Catalina (citado en la revista *Forbes Life*, «Mysteries of the Amber Room», 29 de marzo de 2004)

Nota de la autora para la nueva edición

Hace algunos años sufrí un terrible accidente que me destrozó la vida por completo. Mientras me recuperaba y me compadecía de mí misma, mis padres me traían películas y libros para tratar de despertar mi interés por algo, cualquier cosa que no fuese yo y aquello tan terrible que me había ocurrido. Una mañana, mi madre se presentó con un libro de fotografías de paisajes preciosos. Uno de ellos era una montaña de una cordillera del sur de Polonia. No me decía nada en particular, pero mientras lo observaba noté un tirón dentro de mí, y esa noche Aubrey Argylle acudió a mi mente completamente formado, en un sueño febril, con su chaqueta de estilo nehru y su pelo de punta, con sus tristezas enterradas y su necesidad de enderezar aquello que el mundo se empeña en torcer. Cuando me desperté, él estaba en mi cabeza, como si hubiera entrado por la puerta, se hubiera quitado los zapatos de una patada y se hubiera instalado cómodamente en casa. Sé que los escritores suelen exasperarse cuando otro escritor afirma que «El libro se escribió solo», pero en este caso fue justo así (por favor, chicos, no me odiéis). Escribiéndolo cumplí un nuevo propósito, y a partir de ahí empecé a sanar. De manera que debo dar las gracias a quien tomó aquella fotografía, a mis padres y, sobre todo, a Aubrey Argylle por devolverme a la persona que yo era y recordarme que algunos de los recursos necesarios para recomponernos han estado todo el tiempo en nuestro interior.

Elly Conway, 2023

Prólogo

Existen pocos lugares en el mundo más desolados que el sureste de Siberia al amanecer de un gélido día del mes de marzo. Las agujas de los bosques de pinos de la taiga tapizan la tierra como un lecho de uñas verdes. No hay aquí canto de pájaro que atraviese el aire a veinticinco grados bajo cero. Solo el azote del viento y el aullido lastimero de un lobo lejano.

Sin embargo, un sonido rompe el silencio sepulcral, un suave retumbo que gana intensidad hasta que aparece algo que destella ante el primer sol de la mañana. Un tren de alta velocidad, cuyo morro puntiagudo traza un camino entre el aire helado, avanza sin tregua a medida que el espeso bosque da paso a llanuras pantanosas y a la tundra azotada por el viento.

En los vagones estándar la gente descansa tumbada en literas estrechas de cara a la pared, sumidos en el sueño provocado por el vodka de la noche anterior, o bien permanece agazapada en los catres más cercanos al suelo mientras come *pirozhki* y contempla el paisaje a través de las ventanas mugrientas. Sin embargo, más allá de la línea de separación plateada hay algo muy distinto: un vagón dorado con las iniciales V. F. e I. F. entrelazadas en púrpura imperial.

Los verdaderos V. F. e I. F, conocidos como Vasili Federov e Irina Federova, no están tan unidos como sus iniciales. En realidad, cuesta imaginar a dos personas más distanciadas compartiendo un espacio tan estrecho. Irina ocupa un sillón de respaldo alto que parece un trono. Tiene el pie izquierdo sumergido en un barreño lleno de aceite de rosas con pétalos flotando en la superficie mientras una mujer ataviada con un delantal se arrodilla en el suelo para raspar a fondo la planta de su pie derecho con algas recién recolectadas en el puerto de Vladivostok justo antes de que el tren saliese.

Irina tiene una revista en las manos y la hojea sin apenas interés. El tren tardará aún seis días en llegar a Moscú y la cobertura de telefonía móvil es casi inexistente, a pesar de que les habían prometido que gozarían de tecnología punta. No puede hablar con sus amigas ni con su hermana. No puede transmitirles su indignación ni decirles que sentirse encerrada en ese vagón dorado con su marido hace que le entren ganas de arrancarse la piel a tiras. No puede explicarles hasta qué punto su suave voz le araña las fibras nerviosas, ni que cuando clava en ella sus ojos desprovistos de color y de vida enmarcados por esas gafas sin montura hace que se sienta como una mariposa inmovilizada con un alfiler.

Y, aunque pudiera hablar con ellas, ¿qué le dirían? Que le advirtieron que no se casara con un extranjero cuando podía haber elegido a alguien de una auténtica familia rusa, con una genealogía tan fácil de rastrear como las venas de la muñeca. Que tras una elección tan inadecuada no le queda otro remedio que consolarse despilfarrando la fortuna de su marido. Una casa de vacaciones en el lago Valdái. Un apartamento en Knightsbridge. Una villa en la Costa Azul. Muebles de lujo. Un yate nuevo. Más liposucciones. Extensiones más largas en el pelo. A estas alturas se ha sometido ya a tantas intervenciones que cuando se mira al espejo no se reconoce. «Cuidado —le dijo él la última vez que volvió del hospital privado de Beverly Hills mientras, plantado tras ella frente al tocador, le estiraba la piel todavía tierna de las mejillas en dirección a las raíces del pelo—. Si te la estiran más, se te rasgará como una bolsa de papel vieja».

La esteticista, que ahora usa una piedra pómez para la dureza del talón, frota demasiado fuerte.

—¡Mira lo que haces! —Irina lanza una patada, la mujer pierde el equilibrio y, al extender el brazo para no caerse, empuja un poco el barreño de porcelana y una pequeña cantidad de agua cae sobre la mullida moqueta—. ¡Idiota!

Al otro lado del vagón, situado casi a la máxima distancia posible, el marido de Irina levanta la cabeza. Sin embargo, si la interrupción lo molesta, lo preocupa o le produce simple curiosidad, no lo demuestra en su semblante inexpresivo de rasgos anodinos. Está sentado junto a

la ventanilla en un sillón idéntico al de su esposa, frente a un escritorio de madera pulida sobre el que descansa un ordenador portátil del tamaño de un maletín pequeño. Revisa sus notas para el debate en el que participará en cuanto llegue a Moscú y que será televisado en directo. Podrían haber viajado en avión, claro, en uno de sus dos reactores privados, pero todo forma parte de la campaña, de esa incursión magistral en las zonas de Rusia que la mayoría de los políticos ignoran y que traslada a los numerosos grupos de desposeídos de las comunidades rurales más recónditas el mensaje de que no los han olvidado, al menos él no lo ha hecho. Confía en ganarse así, uno a uno, los votos de los campesinos desencantados.

Al principio albergaba dudas con respecto a lo del vagón dorado. Los dos últimos inviernos han sido muy duros. La gente tiene hambre.

—No quiero que me acusen de hacer alarde de mis riquezas —le había dicho al jefe de gabinete.

El hombre enarcó las cejas.

—Con todos mis respetos, ha llegado usted al poder sin títulos nobiliarios —le había respondido él—; es un hombre que ha pasado de la nada a conquistar el mundo. La gente lo necesita porque encarna todo lo que no tienen. ¿Por qué iban a querer que los representara alguien que no posee nada de aquello a lo que aspiran, alguien que sigue siendo igual que ellos?

Vasili Federov ha trabajado duro para que nadie dude de sus credenciales rusas. Ha invertido cientos de millones en infraestructura tecnológica y causas nacionales, se ha comprado una alcaldía y ha iniciado su trayectoria de forma despiadada, sistemática, limpiando las calles de la ciudad que gobierna con ayuda de su propia milicia privada altamente adiestrada. Se ha casado con la hija del presidente y se ha zambullido en la cultura rusa financiando películas, obras de teatro y compañías de danza que lo sumen en un profundo aburrimiento si la sesión a la que tiene que asistir dura más de un minuto. Ha soportado horas y horas de clases de lengua para hablar ruso con fluidez y sin apenas acento extranjero. Con todo, hay detalles, como lo del vagón dorado, que ponen en evidencia el hecho de que sigue siendo un forastero y le recuerdan que todavía no ha

conseguido dejar atrás por completo a Christopher Clay.

El tren ha recorrido a gran velocidad varias zonas horarias, ocho cuando llega a su destino. Queda muy lejos ya el lago Baikal —la formación de agua dulce más grande y profunda del mundo—, y el gulag Perm-36, el campo de trabajos forzados donde tantos disidentes han sido encerrados a lo largo de los años. Federov es un hombre sin compasión. El niño ruso abandonado que fue adoptado por una familia estadounidense y que vivió una infancia infeliz en el Medio Oeste con la permanente sensación de ser un extraño, un forastero siempre anhelante de su madre patria, o tal vez solo de su madre, no tiene tiempo para quienes critican y desestabilizan.

Se detienen en varias estaciones y en cada una de ellas, además de los vendedores ambulantes y los viajeros que aguardan para subir, hay también un grupo de personas plantadas en medio del frío; mujeres con pantalones debajo de vestidos, de chaquetas y de abrigos; hombres con las mejillas de un rojo vivo allá donde el viento las ha desollado. Lo esperan a él. Aguardan para ver unos instantes el vagón dorado y al hombre que viaja en su interior. Aquel que les ha prometido cambios. El multimillonario hecho a sí mismo que empezó siendo un don nadie, sin poseer absolutamente nada, y que hizo fortuna en Estados Unidos pero que ha decidido invertirla allí. No solo en las ciudades donde los oligarcas han construido sus palacios, sino en las inhóspitas poblaciones industriales y las aldeas olvidadas. El hombre que les dice lo que quieren oír: que la inmigración masiva vacía los recursos y diluye la identidad nacional rusa, que los centros metropolitanos están arrasando el país y no dejan nada para los demás. Que la Unión Soviética puede reconstruirse y fortalecerse absorbiendo a las gentes cuyo corazón sigue siendo ruso a pesar de verse forzadas a vivir bajo la bandera de Estonia o de Ucrania.

Sin embargo, siempre subyace un interrogante, ¿verdad? El acento que tanto se esfuerza en disimular. Sus manos suaves y sus uñas limpias. Su traje. Sus gafas sin montura. Todo eso no encaja con su discurso político. No es de alta cuna y no ha ascendido a través de los rangos militares rusos. Por eso están allí, para verlo por sí mismos.

De modo que cada vez que llegan a una estación, tienen que

asomarse a la puerta del tren, Irina con sus gafas oscuras y esa débil sonrisa que parece un corte de papel en su cutis de porcelana, y deben saludar. A veces él lanza pequeños regalos a la multitud, lápices con su nombre grabado en letras doradas en un lateral o caramelos para los niños.

En ese momento cruzan los montes Urales y pasan cerca de Ekaterinburgo, donde el zar Nicolás II y su familia fueron ejecutados. De nuevo, Federov no siente compasión. A todo el mundo le llega su día. Y cuando se acercan a Moscú, el paisaje a través de la ventanilla es cada vez más industrial: fábricas que expulsan sus violentos gases y camiones monstruosos; localidades grises circundadas por bloques de edificios.

Irina se sienta ante el tocador y renueva su maquillaje con la ayuda de una brocha gruesa y suave.

—Acuérdate de llevar puesta la pulsera —le recuerda Federov.

Es la primera vez que le dirige la palabra en todo el día. Ella hace una mueca, pero la cara reflejada en el espejo apenas se inmuta gracias a las inyecciones de bótox que su médico privado le aplica cada tres meses.

La pulsera lo fascina tanto como lo repele, aunque sabe que vale millones. Está hecha de oro macizo con incrustaciones de diamantes y tiene una cara plana con un grabado de puntos y filigranas al que no le encuentra significado.

Cuando se la regaló, su marido le dijo que se llama Pulsera de la Fidelidad. Al ajustarle el cierre alrededor de la muñeca tuvo la sensación de que le había puesto unas esposas. Se quedó horrorizada al descubrir las iniciales «NC» grabadas en el interior. Ella detesta los objetos de segunda mano, no soporta la idea de llevar puesto algo que ha rozado la piel de otra persona. Sin embargo, Federov es muy insistente a su manera; no levanta la voz, pero consigue que un escalofrío le erice la piel.

De modo que se pone la pulsera.

Irina es la hija del presidente ruso. Se ha criado prácticamente como si perteneciera a la realeza en una casa donde, en cuanto levantas el vaso de la mesa, alguien acude a limpiar la superficie antes de que

tengas tiempo de volver a dejarlo. Ella misma eligió a ese hombre, Vasili Federov o Christopher Clay, así que jamás admitirá que su marido, con esa voz discreta y esas manos suaves, la aterroriza. En el centro de su ser hay un agujero negro, y no tiene ni idea de lo profundo que es.

—¿Te ha puesto alguna vez la mano encima? —le preguntó su hermana en una ocasión al notar cómo se estremecía cada vez que él se le acercaba. Y cuando Irina le contestó negando con la cabeza, ella insistió—: Será porque le tiene miedo a nuestro padre.

—No —la corrigió Irina—. Es porque no soporta tocarme.

Cuando se acercan a la capital, Federov aparta su portátil y se sitúa frente al maletín abierto encima de la cama. Ella lo ve introducir las manos de uñas limpias y cuidadosamente limadas en el bolsillo del lateral. Sabe lo que está buscando. Le repugna esa obsesión suya. Conoce a hombres que sienten una pasión fetichista por los pies, por las esposas o por prácticas sexuales innombrables. Pero la manía de su marido la estremece. Ese mugriento pedazo de tela que en otra época era azul pero que se ha vuelto gris por el paso de los años y el desgaste. El único vínculo con la madre que lo rechazó no solo en el momento del nacimiento, cuando lo abandonó en una cabina telefónica envuelto en la manta de la que ya solo queda ese harapo miserable, sino de nuevo cuando siendo un joven estadounidense que creía en los finales felices voló a Rusia y la localizó en un bloque de cientos de apartamentos en las afueras de Novosibirsk, en el suroeste de Siberia, donde ella le estampó la puerta en las narices. Después de eso casi esperaba el rechazo de su padre, un exagente del KGB, pero aun así el fuerte impacto le royó las entrañas como un cáncer y cauterizó sus emociones.

Es todo cuanto Vasili le explicó cuando se casó con ella, en el momento en que la relación gozaba todavía de cierta benevolencia, antes de que las confidencias se tornaran armas arrojadizas con las que atacarse mutuamente. Irina debería haber escuchado a su padre. La cuna es importante. La pureza de la sangre que fluye por las venas tiene relevancia. Tal vez Vasili Federov esté a punto de convertirse en el hombre más poderoso del país, es posible que, tal como comentaba

el *New York Times* la semana anterior, represente la mayor amenaza en estos momentos para la seguridad mundial, pero por dentro siempre será un ser defectuoso.

Hay una comitiva esperando para recibirlos en el andén de la estación Yaroslavski de Moscú. No se trata del padre de Irina, Vladímir Sokolov, sino de los líderes de los movimientos nacionales de extrema derecha, entre los que se cuentan la Unidad Nacional Rusa y el Movimiento Contra la Inmigración Ilegal. Federov se alegra de ver también a figuras prominentes del Partido de la Libertad de Austria y de la Liga Norte italiana, e incluso del Vlaams Blok de Bélgica.

Mira alrededor en busca del rostro que más necesita, aquel que dará mayor legitimidad a su impulso por hacerse con el máximo poder, la presidencia del país más grande del mundo. Sin embargo, no está allí. Federov aprieta los molares con tanta fuerza que se ve temblar el músculo en su mandíbula. Ha invertido mucho en ello; lo ha invertido todo.

—¿Dónde está? —masculla a Serguéi Denísov, pero este se encoge de hombros.

Denísov es bajo y fornido, su pelo trasplantado brota del cuero cabelludo como hierba recién plantada y luego teñida de color castaño, en llamativo contraste con sus cejas gruesas y negras. Tiene una cara mantecosa en la que sus ojos oscuros se hunden como si fueran guijarros. También es la mano derecha de Federov.

A Federov le desagrada, pero necesita servirse de su reputación de hombre duro y de su larga trayectoria militar. «El carnicero de Grozny». Así es como lo ha bautizado la prensa occidental tras las atrocidades cometidas en Chechenia bajo sus órdenes. Sin embargo, el miedo infunde respeto, y el crédito de Denísov sirve en cierto modo para contrarrestar las dudas sobre los orígenes de Federov.

En ese momento se oye un zumbido entre la multitud reunida en el andén y ahí está él, con su inconfundible tocado blanco de punta redondeada, ornamentado con un emblema en la parte delantera y una cruz dorada sobre la coronilla. Lleva unas vestiduras amplias de

color negro con un grueso colgante de oro. Lo acompañan dos sacerdotes, uno a cada lado, ataviados con indumentaria similar. El respaldo público del cabeza de la Iglesia ortodoxa rusa es el mayor impulso a las aspiraciones de Federov de ocupar la presidencia, y bien vale los millones de dólares donados a causas benéficas y la promesa de un escaño para los cristianos ortodoxos en el brazo del gobierno que se ocupa de las políticas de desarrollo. Cuando los dos hombres se estrechan la mano, los flashes de los fotógrafos allí reunidos emiten un centenar de destellos. Las fotografías se publicarán en todo el mundo. «El nuevo ultraconservadurismo», lo llaman los periódicos, pero a Federov le desagrada el término. Su visión de unir los grupos desafectos de los márgenes del panorama político y social no solo en Rusia, sino en todos los antiguos estados soviéticos e incluso en tierras más occidentales, bajo un estandarte moderno, populista y contrario a la inmigración, no tiene nada de conservadora.

¿Acaso no capta la ironía ese tal Vasili Federov, también llamado Christopher Clay? Un hombre que se crio en Estados Unidos, que ha desfilado ante la bandera de las barras y las estrellas y que veía películas en las que los villanos tenían nombres rusos culpa ahora de todos los males de su madre patria a los forasteros, los inmigrantes, los desposeídos. No, no la capta, porque se considera más ruso que aquellos que jamás han pisado otras tierras, ya que él eligió volver; ha vuelto para inyectar su gran fortuna, obtenida de las venas de Estados Unidos, directamente en el corazón maltrecho del mayor enemigo de ese país. Siente que es ruso hasta la médula.

Su misión ahora es convencer al pueblo ruso de su compromiso y su patriotismo, y disipar la desconfianza. Por eso, tras la providencial fotografía tomada en la estación, se dirige a los estudios del canal Rossiya, la emisora de televisión de la que es propietario su amigo y compañero de fórmula política Anatole Poletov. Aunque lo de «amigo» es mucho decir, ya que Federov nunca ha sido muy bueno en el arte de trabar verdaderas amistades, pero sin duda se necesitan el uno al otro y los une el fervor por el nuevo orden mundial que están forjando.

Se siente inusualmente nervioso mientras lo maquillan, y tiene que

contenerse para no apartarle de un golpe el brazo a la maquilladora, que pulula en torno a él como un insecto molesto. Lo ha obligado a quitarse las gafas y se siente expuesto y vulnerable, con el mundo oculto tras una fina pantalla.

—¡Ya está bien! —le espeta.

Necesita que se marche para poder concentrarse en lo que está a punto de decir. En lo que está a punto de prometer.

Nota el efecto de la luz y el calor de los focos del estudio televisivo, pero en este caso está peor su oponente, el vicepresidente Zhuravlev, visiblemente sudoroso. Federov recobra la confianza. El país, su país, está pidiendo a gritos un cambio. Su suegro, Vladímir Sokolov, ha permitido que se desate el caos porque está demasiado ocupado granjeándose las simpatías de Occidente, en concreto de la diplomacia de los gaseoductos que llena los bolsillos de los barones de la energía que lo apoyan, y no se da cuenta de que sus conciudadanos se mueren de hambre. En el corazón de la política rusa hay un nicho, y es ese el que Federov tiene intención de llenar.

Pero primero tiene que ganarse la confianza de la gente, y sabe muy bien cómo va a hacerlo.

El debate comienza. Hablan de política doméstica, de amenazas internacionales. Federov afirma tener voluntad modernizadora, pero al mismo tiempo lanza una advertencia sobre la rapidez con la que está cambiando el país. Habla del consumo de drogas y de las bandas criminales, vinculando ese discurso a los ciudadanos procedentes de Uzbekistán y Tayikistán, y a continuación canta las bondades del hecho de haberse criado en Estados Unidos.

—He visto con mis propios ojos a qué conduce la eterna búsqueda de la satisfacción con uno mismo. He visto cómo puede convertirse en una plaga que destruye la sociedad desde dentro.

Sin embargo, todo el tiempo está muy pendiente de no ser demasiado crítico con el antiguo régimen, de defender de boquilla los logros de Sokolov. A fin de cuentas, sigue tratándose de Rusia.

A Zhuravlev el sudor le resbala por la frente al ver que la dinámica del debate se le escapa de las manos. Por eso, arremete contra aquello en lo que su oponente es más débil.

—Tal vez al ser extranjero no se da cuenta… —empieza a decir—. Como usted también es inmigrante…

Federov aprieta los molares —su dentista no va a estar nada contento—, pero mantiene la expresión impasible. Le habla a la cámara sobre la localidad donde lo encontraron de recién nacido, en las recónditas entrañas de Siberia. Una localidad rusa, afirma, donde viven rusos de verdad. No subraya el contraste con las metrópolis de Moscú y San Petersburgo, unas ciudades con las miras puestas en Occidente, pero se deduce por sus palabras. Repite el discurso sobre su elección de ese país de forma consciente, al contrario de aquellos que, aunque han nacido con un pan debajo del brazo, eligen gastarse la fortuna que Rusia les ha dado en el sur de Francia, en Londres o en Oriente Medio. En ese momento, Zhuravlev, que ha pasado siete meses de ese año en su isla privada cerca de la costa de Dubái, se pasa un dedo por dentro del cuello de la camisa para aflojarlo, lo que tiene el desafortunado efecto de concentrar la atención en la flácida piel de su papada.

Zhuravlev siente que el suelo se derrumba bajo sus pies y busca desesperadamente algo con lo que conquistar a la audiencia, como la intención de reducir los impuestos y de aumentar las pensiones.

—No solo ofrecemos un fuerte liderazgo político, sino que también nos tomamos muy en serio nuestra misión de cuidar la cultura. —Enumera los monumentos que ha erigido su gobierno y los museos a los que han dotado de subvenciones. Parece que está recuperando posiciones—. No hay mayor testimonio de nuestro compromiso con la riqueza cultural de esta gran nación que la magnífica exposición cuyas puertas hemos abierto recientemente y que ha tenido una gran acogida internacional. Me refiero, por supuesto, a la genial reproducción, que ha supuesto la culminación de veinticinco años de trabajo artesanal y que ha tenido un coste de once millones de dólares, del símbolo ruso por antonomasia de la grandeza y de la gloria, la octava maravilla del mundo que nos fue arrebatada por los nazis hace seis décadas para acabar por desaparecer sin dejar rastro. La incomparable Cámara de Ámbar.

En cuanto termina de pronunciar esas palabras, Federov sabe que lo

tiene pillado y saborea el triunfo. Ha llegado el momento de lanzarse a la carga con lo que le valdrá la victoria definitiva.

—¿Una réplica? —Una mueca de desprecio asoma a sus labios—. Qué típico de este gobierno intentar engatusar a la gente con una imitación del tesoro que nos corresponde de manera legítima. Pues para demostrarles lo mucho que amo a este país, a mí país, para demostrar mi compromiso, estoy dispuesto a hacerle al pueblo ruso una promesa solemne. —Se vuelve hasta mirar directamente a la cámara—. Si me dan su apoyo, juro que les devolveré no una réplica, no un tesoro falso ni una imitación cara, sino la auténtica Cámara de Ámbar.

En el plató no hay público, pero el murmullo de emoción que se extiende entre los empleados y el evidente disgusto que muestra el rostro decaído de Zhuravlev le revelan a Federov todo cuanto necesita saber.

Primera parte

1

A más de seis mil kilómetros de los estudios de Moscú que sirven de escenario al triunfo televisivo de Vasili Federov, justo donde el norte de Tailandia confluye con Birmania y Laos en la zona del sudeste asiático conocida como el Triángulo de Oro, una figura se mece lánguidamente en una hamaca en el porche de madera de una cabaña de bambú de las afueras de Chiang Saen.

Aubrey Argylle tiene poco más de veinte años, las extremidades largas y los hombros anchos. De ojos claros y barbilla dominante suavizada por un hoyuelo, lleva el pelo moreno y rizado recogido hacia atrás con un elástico marrón que ha encontrado esa misma mañana en el suelo de la oficina de correos de la ciudad. Los mechones sueltos se han rizado por el calor. El día anterior el termómetro sobrepasó los treinta y siete grados, y aunque hoy la temperatura es un poco más fresca, hay demasiada humedad para que el sudor se evapore; en vez de eso, forma una película viscosa sobre su piel.

Argylle tiene uno de los pies descalzos sobre la tarima de madera para mantener la hamaca en movimiento, pero el resto de su cuerpo está inmóvil. El cuaderno en el que escribía hace tan solo unos instantes descansa boca abajo sobre su vientre, y el bolígrafo, abandonado en su mano. Hace poco que ha vuelto de guiar a un pequeño grupo turístico por una ruta de montaña hasta Wat Phra That Pha Ngao, un templo budista situado en la cima de una colina a unos cuantos kilómetros de la ciudad. El templo en sí no tiene nada de especial, pero desde allí se goza de una vista impresionante del río Mekong y de las junglas de montaña que se extienden en la otra orilla y penetran en Laos.

«¿Esto es todo?», le han preguntado los turistas, estirando el cuello

en sentido contrario hacia las escarpadas colinas de Birmania. «¿Ya estamos en el Triángulo de Oro?».

Argylle está acostumbrado a capear el desencanto de los turistas que han venido hasta aquí con la expectativa de ver las recuas de mulas que tiran de vagones cargados con ladrillos de opio y que recorren la distante cadena montañosa. Hace tiempo que el comercio de opio que dio fama a la zona entre 1960 y 1990 se ha trasladado a Afganistán. Todavía operan algunas bandas locales, sobre todo los señores de la guerra del bando de Birmania, y se sigue transportando opio desde los campos de amapolas de lo alto de las montañas hasta Chiang Rai y Bangkok, y de allí hasta América y Hong Kong. Pero ahora, los traficantes que quedan suelen comerciar con metanfetamina, mucho más lucrativo pero que carece del antiguo glamour por el que los turistas se han desplazado hasta el lugar.

Argylle podría decirles que el tráfico de droga no tiene absolutamente nada de glamuroso.

Si le preguntaran cuánto tiempo lleva esforzándose por subsistir en este remoto lugar tropical, ofrecería una respuesta vaga. «Un par de años», diría, aunque más bien son cinco. No quiere afrontar el hecho de que ha llegado a un punto muerto.

Sabe bien que regresó aquí en busca de respuestas, pero no tiene ni idea de por qué se ha quedado.

Se obliga a ponerse de pie y se arrastra hasta la cerveza, ya tibia. Entra en la cabaña, construida con tablones de madera apoyados al través sobre una estructura también de madera, paredes y tejado de bambú y ventanas sin cristal que dejan paso al ambiente bochornoso, la cruza hasta un tablón de madera que descansa sobre dos latas de aceite vacías a modo de estantería para toda una hilera de libros de cubierta blanda muy manoseados; algunos de los cuales son la típica compra de aeropuerto intercambiada con algún mochilero durante una larga estancia, mientras que otros resultan más sorprendentes: Camus, Kafka, James Baldwin. En el extremo más alejado hay una pila de cuadernos de notas, y encima coloca ese en el que estaba escribiendo hace un rato.

La mayoría son libretas baratas de las que compra en la ciudad. Solo

la de abajo del todo es diferente, gruesa y encuadernada en piel, por cuyo borde inferior asoma la punta de una tira de raso incorporada que hace las veces de marcapáginas. No necesita abrirla para saber lo que hay escrito en la primera hoja: «El mundo es tal maravilla que vale la pena tomar nota de absolutamente todo». Fue un regalo que su madre le hizo la Navidad antes de morir. Él ni siquiera llegó a abrirla, se limitó a musitar un simple «gracias» y la dejó olvidada en el fondo de la maleta. No fue hasta al cabo de unos meses, después de todo lo ocurrido, cuando la abrió y, tras acariciar las gruesas hojas pautadas de color crema, empezó a escribir descripciones de cosas que había visto, fragmentos cortos de algunas conversaciones. Y ya no ha dejado de hacerlo. De ahí todos esos cuadernos llenos de palabras.

Le escribe a ella, y lo sabe. Le escribe cosas del mundo que ya no puede ver.

Argylle levanta el borde de la mosquitera de tela que cuelga de un gancho del techo y coge unos tejanos de encima del fino colchón individual colocado en el suelo. La primera vez que subió a las montañas iba con pantalones cortos, pero nunca ha vuelto a cometer el mismo error. En los escalones del porche hay unas deportivas viejas y andrajosas que deja fuera porque no huelen muy bien, y se las pone sin molestarse en desatar los cordones. Una camiseta de Johnny Cash con el color desvaído completa su indumentaria.

Su plan es trasladarse en bicicleta hacia el norte, hasta pasado Sop Ruak, la localidad donde convergen Tailandia, Laos y Birmania, y desde allí penetrar en las colinas. En sentido estricto, eso supone cruzar la frontera de Birmania, que se halla bajo un rígido régimen militar, pero tiene una coartada por si lo paran; es un guía turístico en busca de nuevas rutas. Las cosas no son como en los viejos tiempos. Por todas partes hay muestras de que la región está avanzando. Aun así, a pesar de la imagen renovada, Argylle es consciente de los peligros que siguen acechando en el lugar. Puede que la heroína haya dejado paso a la metanfetamina, pero sabe que se trata de un negocio igualmente mortal. Las recompensas son tremendas, de miles de millones de dólares y, por lo tanto, los riesgos también. En esta jungla operan bandas criminales internacionales, a pesar de las múltiples

señales que anuncian la pena de muerte para todo aquel al que pillen traficando con droga. Los señores de la guerra, las tríadas chinas e incluso la mafia rusa. No son tipos a los que invitarías a tomar una cerveza, y no es la primera vez que aparece algún cadáver con mutilaciones horribles. Si te aventuras a pisar territorio enemigo, es cosa tuya.

¿Qué busca Argylle en realidad, arriesgándose a ascender con la bicicleta por la carretera polvorienta que deja atrás Sop Ruak? ¿Qué lo lleva a penetrar en la jungla una y otra vez y lo mantiene atado a ese patrón de espera continua en que se ha convertido su vida?

Abandona la bicicleta y empieza a caminar montaña arriba siguiendo un sendero apenas visible que atraviesa la maleza, cada vez más tupida. Además de un par de botellas de agua, en la mochila lleva un pequeño machete con el que cortar la densa vegetación. Es un trabajo agotador y nada gratificante; sus pies levantan una polvareda rojiza a cada paso. Por encima del manto de selva tropical que lo cubre, el cielo tiene el color amarillento del barro. De vez en cuando se topa con la gruesa espiral de alambre de espino con la que Birmania se esfuerza por delimitar su frontera. Se dirige a uno de los poblados akha. Los akha son una de las tribus de las colinas, gentes desplazadas desde China o el Tíbet que no son bien recibidas en ninguno de los tres países que conforman la región. En el pasado, esa tribu estuvo muy vinculada al cultivo de las adormideras, pero ahora se gana la vida vendiendo los artilugios que fabrica y ataviándose para posar en las fotografías de los grupos turísticos que suben hasta aquí.

Argylle habla tailandés con fluidez, igual que árabe, mandarín, español, francés, alemán y ruso, pero los akha se comunican en un dialecto propio, y conseguir hablar con ellos para formularles sus preguntas le lleva un buen rato. Tiene las fotografías de sus padres en el bolsillo, con los bordes desgastados de tanto manosearlas.

Sin embargo, cuando se halla todavía a una hora de camino del claro donde se encuentran las chozas de la tribu con su inconfundible tejado de bambú, separadas del terreno por los pilotes de madera que las sostienen, Argylle se detiene en seco.

Más allá del suave piar del podargo, del chillido del eurilarmo verde

esmeralda de cola larga y del cantar de una curruca desde las ramas altas, más allá del sonido de las pisadas de sus deportivas en la tierra y del crujir de la hojarasca y las ramas secas, oye el zumbido quedo de una avioneta ligera en la distancia.

Al instante, Argylle se siente retroceder en el tiempo hasta un pequeño aeródromo de la jungla, con solo tres o cuatro avionetas; se apretuja en la cabina mientras su padre le explica para qué sirven los mandos. Siente la subida de adrenalina de la primera vez que las ruedas del aparato se elevan sobre el terreno, consciente de que a partir de ese momento todo depende de él. Los aeródromos fueron cambiando: Brasil, Filipinas, África Occidental, el sur de España… Estaban allá donde los llevara el negocio de importación y exportación de sus padres. Pero siempre había una avioneta, y siempre estaba su padre, impaciente, voluble, exigente, cariñoso. Complicado.

Argylle se dirige a un claro para poder ver la avioneta. Es de un solo motor, tal vez de seis asientos, con una hélice en el morro y unos símbolos azules y dorados. Ha visto antes una igual, en el pequeño aeródromo de Mong Hsat, al otro lado de la frontera de Birmania, donde su padre y él aterrizaron con su Cessna durante una salida de fin de semana.

«¿Es cierto que aquí una vez la CIA llevó a cabo una operación para favorecer el tráfico de heroína?», le ha preguntado antes uno de los turistas del grupo al que ha guiado. Él se ha encogido de hombros. «Es posible», les ha dicho. Estados Unidos deseaba mantener a Birmania, Laos y Tailandia libres de la influencia de la China comunista, situada a pocos cientos de kilómetros de distancia de la frontera. Con ese fin, respaldaron al Kuomintang, o KMT, un grupo de exiliados chinos que intentaban recuperar su país de manos de los comunistas y financiaron su lucha con recursos procedentes del contrabando de heroína. Si la CIA estuvo implicada de forma directa o indirecta en ello es algo que queda sujeto a la opinión de cada cual, pero desde luego sirvió para que se instalaran antenas de radio en la zona, y también ayudó a la construcción de esa pequeña pista de aterrizaje que nadie usa desde hace mucho tiempo a excepción de algún que otro contingente de la CIA o de la DEA.

Argylle observa la trayectoria de la avioneta en el aire, con la mente todavía perdida en el pasado. En otra vida.

¡Bang! Un ruido ensordecedor interrumpe la paz de la jungla y provoca un tremendo alboroto entre los pájaros. Durante una fracción de segundo, el mundo se detiene, toda actividad se paraliza. La pequeña avioneta queda suspendida en el aire, sin hacer ruido. De pronto, el sonido inconfundible de un motor que renquea.

2

Un segundo después, la avioneta cae desde el cielo. Argylle espera a oír la explosión, pero esos aviones pequeños llevan tan poco combustible que el impacto queda camuflado.

Corre en dirección a la fina voluta de humo negro que se eleva por encima de los árboles y se da cuenta tarde de que el ruido de hace unos momentos no se debía al estallido de un motor. Era el disparo de un arma de fuego.

No hay muchas bandas de narcotraficantes en esta región con recursos suficientes para incluir armas antiaéreas en su arsenal.

El Sam Gor, también conocido como la Compañía, es un sindicato chino cantonés formado por miembros de cinco tríadas distintas y con sede en el estado Shan de Birmania, aunque sus tentáculos se extienden mucho más allá de esos territorios. Según se dice, su volumen de facturación alcanza varios miles de millones, por lo que tienen acceso a las armas más sofisticadas. Eso, unido a su legendaria sed de violencia y brutalidad, los convierte con creces en el cartel más temido del Triángulo de Oro.

Argylle lo sabe todo sobre ellos a causa de una amarga experiencia. Ojalá no fuera así.

Cuando, una media hora más tarde, se aproxima al lugar donde se ha estrellado la avioneta, se siente como un trapo viejo por culpa del calor, y la respiración le desgarra la garganta. Si su presentimiento sobre la Compañía es cierto y lo pillan allí, no saldrá nunca, al menos por su propio pie. Aminora la marcha para deslizarse sigilosamente por un sendero entre los árboles, pegado a la vegetación más densa, y se detiene a escuchar en busca de alguna señal de vida.

Huele la avioneta antes de verla, nota la aspereza del humo en los pulmones. En Tailandia es la época de las quemas, cuando los

granjeros destruyen los restos de vegetación de las tierras para preparar la nueva plantación y el humo cubre los valles y las arboledas; pero esto es otra cosa.

Desde detrás de un árbol ve a dos personas, un hombre y una mujer, que dan patadas a una manta extendida en el suelo para deshacerse de los restos del incendio, y a otro hombre sentado en el suelo cerca de ellos con la cabeza entre las manos. Todos tienen la cara tiznada y la expresión aturdida. Por detrás de ellos, la avioneta yace con el morro muy hundido en la tierra, ha perdido un ala y hay restos del aparato esparcidos por todo el claro. Argylle examina con nerviosismo los alrededores, pero no encuentra señales de la banda responsable.

La mujer sostiene el teléfono móvil en alto, en busca de cobertura.

—Han destruido las antenas de telefonía —dice desanimado el hombre que la acompaña.

—Deprisa, tienen que marcharse. —Los tres pasajeros maltrechos se sobresaltan cuando Argylle aparece entre los árboles. Él lo intenta otra vez—. La gente que les ha disparado llegará aquí de un momento a otro. ¿Dónde tienen las armas? —De nuevo, no obtiene respuesta—. Vamos. —Pierde la paciencia—. Ya sé que son de la CIA. ¿Dónde coño tienen las armas?

Por fin es la mujer quien habla. Argylle repara por primera vez en el extraño ángulo que forma su brazo derecho y el modo en que lo sostiene con el izquierdo.

—De la CIA no, de la DEA. Charlie tiene una pistola.

Argylle observa a los dos hombres mientras intenta deducir quién es Charlie.

—No son ellos —le explica la mujer en tono molesto—. Charlie, allí. —Levanta la barbilla para señalar los restos de la avioneta—. Pero está… —Sacude la cabeza.

Argylle mira alrededor. El Sam Gor podría llegar en cualquier momento y los agentes federales son dianas sentadas en medio del claro. Si se queda con ellos, él también caerá.

Lo que debería hacer, lo que cualquier persona cuerda haría en esa situación, es echar a correr y abandonar a esos pobres imbéciles a su suerte.

«Mierda».

Aunque sabe que es la idea más disparatada del mundo, corre hacia la portezuela de la avioneta —bueno, más bien hacia el hueco donde antes había una portezuela— y se cuela dentro. Durante unos instantes se queda paralizado ante la visión del piloto estampado sobre el tablero de mandos con el cráneo destrozado.

Un gemido lo sobresalta y lo saca de su estupor. Amarrado al asiento del lado izquierdo de la primera fila ve un hombre de mediana edad algo entrado en carnes a quien al principio también había dado por muerto. Se agacha en medio del estrecho pasillo con un ojo pegado a la ventanilla, desde donde observa a los tres agentes de la DEA siniestrados.

—Eh, Charlie. ¿Cómo estás, tío? —dice en voz baja, aunque puede ver por sí mismo cómo está el hombre. La barra del portaequipajes se ha soltado del soporte y se ha incrustado profundamente en su vientre.

Es imposible que sobreviva. Argylle repara en la culata de la pistola a la altura de su cadera, pero para sacarla tiene que sortear con el brazo esa cosa que tiene clavada.

Por el rabillo del ojo capta un movimiento en el exterior, un destello del sol al rebotar en algo metálico. El instinto lo lleva a regresar a la cabina y permanecer agachado mientras el pulso le aporrea los oídos. Ahora oye gritos. Gracias a la temporada que pasó en Singapur de niño, comprende lo que dice la voz que habla en mandarín —«Al suelo, al suelo»—, pero no al hombre que habla cantonés. Una mujer chilla. Por la ventana, Argylle ve que los tres pasajeros de la avioneta yacen tumbados boca abajo sobre la tierra, con las manos detrás de la cabeza. Están rodeados por al menos siete hombres, y todos los apuntan con sus armas. La mujer tiene el brazo doblado por debajo del cuerpo en una posición extraña. Mira hacia la avioneta y abre mucho los ojos cuando ve a Argylle. Él se lleva un dedo a los labios. Sabe muy bien de lo que es capaz esa gente. Ahora el hombre que habla cantonés le grita algo a un muchacho —de catorce o quince años como mucho— mientras señala en dirección a la avioneta y Argylle vuelve a agachar la cabeza. ¿Lo habrán visto? Tiene el pecho dolorido por la tensión y la boca más seca que la tierra árida.

El chico le responde con una voz aguda, en mandarín. «No pienso subir ahí. Huele mucho a gasolina. Va a explotar».

Argylle ya ha notado el inconfundible olor a combustible de la avioneta. Está atrapado dentro de un polvorín.

Se desata una discusión entre el muchacho y su jefe, pero no cabe duda alguna de quién tiene las de ganar. Argylle mira alrededor, presa del pánico. Con una simple mirada, comprueba que Charlie ya está muerto; tiene la cabeza inclinada hacia atrás y las manos cruzadas por encima de la barra metálica que lo atraviesa. Detrás de él hay dos asientos vacíos, uno a cada lado del estrecho pasillo y un solo asiento en la última fila. Ningún sitio donde esconderse.

Desesperado, Argylle se introduce como puede en el pequeño espacio entre el asiento trasero y el fondo del avión. No dispone de nada para taparse y, sin duda, si alguien se acerca a la parte de atrás del avión, lo verá.

Por entre el hueco que queda entre los asientos, ve al chico subir a la avioneta con la pistola a punto. Se nota que está muy nervioso, le tiemblan los dedos alrededor del seguro del gatillo. El olor a combustible es ahora más intenso y el chico se levanta la camiseta para cubrirse la nariz y enmascarar el hedor. Apenas echa un vistazo al piloto con la cabeza apoyada en medio de un charco viscoso de sangre y sesos, pero frena en seco cuando llega junto a Charlie. Al principio, Argylle cree que es el sobresalto lo que lo ha paralizado, pero entonces el chico estira el brazo por debajo de la barra del portaequipajes y coge la pistola. «Ah, es eso», piensa Argylle. Pero el chico sigue agachado junto al hombre muerto y rebusca entre su ropa, hasta que por fin da un gritito de satisfacción a la vez que se pone de pie sosteniendo en la mano una billetera, que acto seguido, esconde por dentro de la cinturilla de sus pantalones.

En el exterior, el hombre que está al mando empieza a gritar. El chico, todavía con la camiseta cubriéndole la nariz, echa un vistazo desesperado al interior de la avioneta y sus ojos se posan en la parte trasera. Por un segundo, Argylle está seguro de que va a avanzar; un par de pasos más y lo verá claramente. Pero entonces, de pronto, da media vuelta y abandona de un salto el aparato siniestrado.

Argylle respira aliviado. Se pone de pie y estira las largas piernas mientras trata de calmar su acelerado corazón. Por la ventana ve a los rehenes, que son obligados a adentrarse en la jungla con las pistolas apuntándolos por la espalda.

Se apretuja para avanzar por el pasillo de la avioneta, pero vuelve a lanzarse rápidamente detrás del asiento de Charlie cuando oye un siniestro crujido del fuselaje.

«Ha subido alguien».

Por suerte para Argylle, el hombre que ha entrado en la cabina es de complexión robusta, puesto que eso lo ha advertido de su llegada. Agachado detrás del asiento, cierra los ojos con fuerza mientras aguarda a que lo descubran.

Cuando comprueba que lo que creía inevitable no se produce, vuelve a abrir los ojos. El brazo de Charlie cuelga por el lateral de su asiento después de que el chico se lo dislocara. Argylle intenta no fijarse en su alianza de boda, no pensar en su esposa, o en los hijos que tal vez tenga. Entre el brazo y el asiento hay una rendija por la que puede ver al hombre corpulento plantado en mitad del morro de la avioneta, donde antes ha estado él. Se ha inclinado sobre el piloto muerto para arrancar algo del tablero de mandos: una caja negra cuadrada con una antena que sobresale por la parte superior y que Argylle reconoce de inmediato; se trata del transpondedor de la avioneta.

El transpondedor portátil contiene el código único de la avioneta, gracias al cual los controladores aéreos pueden rastrear la señal del radar y asegurarse de que no choca con nada. El hombre toquetea el mando; Argylle, gracias a todas las horas que pasó volando junto a su padre, sabe que pretende apagar el aparato para evitar que transmita señales que revelen su paradero.

Ahora el hombre examina a Charlie, y Argylle siente náuseas al darse cuenta de que, igual que el chico, está buscando la cartera que, con toda probabilidad, lleva guardada en el bolsillo interior de la chaqueta. Si da un paso más en su dirección, está acabado.

Fuera se oye un grito, pero el hombre no se mueve. El momento parece eternizarse mientras posa los ojos negros de mirada severa en el lugar preciso donde Argylle permanece agachado. Un nuevo grito, esta vez más fuerte, lo obliga a tomar una decisión y da media vuelta, mascullando entre dientes, para acabar por apearse de un pesado salto.

El alivio resulta tan patente que Argylle puede palparlo en el ambiente.

Una vez que el grupo se ha alejado del claro, con los hombres empuñando las pistolas para empujar y obligar a avanzar a los estadounidenses, Argylle se abre paso hasta el morro de la avioneta. Debería marcharse, debería echar a correr en dirección opuesta al grupo. Sabe que la CIA habrá estado rastreando el avión, de modo que seguro que hay refuerzos en camino.

También sabe que cuando los refuerzos lleguen, será demasiado tarde. La jungla en ese lugar es densa, y solo hay un bando que sepa moverse por allí.

No es problema suyo. Él no le debe nada a esa gente.

Piensa en la mujer, tumbada en el suelo con el brazo roto doblado por debajo de su cuerpo y una lágrima resbalándole por la mejilla.

Coge el transpondedor.

3

Frances Coffey da una calada larga e insatisfactoria a su vapeador de nicotina. Quienquiera que decidiese que un tubo de plástico es un buen sustituto de los cigarrillos nunca ha sido fumador, desde luego.

«Soy una persona que no fuma», se recuerda Coffey a sí misma, tal como le ha inculcado su terapeuta. «Soy una persona que no fuma… pero que mataría por un Marlboro Light».

—Decidme exactamente cuándo hemos perdido la señal.

Mike Randall se vuelve hacia su monitor.

—Ha sido hace seis minutos… Ahora siete.

—¿Qué narices ha pasado?

Randall se encoge de hombros y lanza una mirada a su compañero y amigo, el agente Joe Quintano. En privado, ambos han reconocido que, a pesar de que entre los dos suman veintiún años de experiencia en la Agencia, a veces la jefa los hace sentirse como si estuvieran de nuevo en el colegio intentando disimular el hecho de que no conocen la respuesta. Se debe a una combinación de su saber enciclopédico a causa de los años que pasó trabajando en la División de Archivos Clasificados y una aguda inteligencia emocional que la convierte en alguien capaz de adivinar cuál será la siguiente reacción de una persona en cualquier escenario imaginable.

—La avioneta ha salido de Mong Hsat tal como estaba planeado. Volaba con toda normalidad y, de repente, se ha precipitado desde el cielo.

—¿Ha sido un accidente?

—Es posible —responde Quintano mientras tamborilea con los dedos en su barbilla—. Un fallo del motor, tal vez. Pero… ¿por qué de pronto el transpondedor ha dejado de emitir señal cuando el avión ha caído?

En las instalaciones clandestinas de la CIA, situadas debajo de una planta de productos químicos agrícolas de la zona rural de Delaware, Frances Coffey, la directora de operaciones de la CIA —una mujer de un metro sesenta y dos de estatura, con una pulcra melena castaña y gafas de montura de carey además de una mirada de ojos gris claro que, cuando los fija en una persona, provoca que esta quiera hacerlo todo mejor e incluso ser mejor— vuelve a aspirar con fuerza su cigarrillo de plástico.

—Creo que no tenemos más remedio que aceptar que lo han derribado a propósito —dice Randall.

—¿Sabemos qué sindicatos operan en la región?

Quintano se vuelve hacia el ordenador y teclea unas órdenes.

—No pinta nada bien, jefa —responde con expresión desanimada.

Coffey da un paso al frente para mirar la pantalla. Su cara, siempre pálida, se torna lívida.

—¿Quiénes son? —pregunta Randall.

—El Sam Gor —explica Quintano—. La Compañía. Su líder es Tse Chi Lop, y a su lado Pablo Escobar parece Mary Poppins.

—¿La DEA lo estaba investigando a él?

Coffey asiente.

—Seguro. No hace falta que os diga que Estados Unidos está minado por una epidemia de consumo de metanfetamina, y que esa droga se fabrica sobre todo en los narcolaboratorios que dirigen sindicatos como…

—El Sam Gor —concluye Randall—. Ya lo pillo. O sea, que usted cree que ese tal Tse ha derribado nuestro avión porque la DEA les estaba haciendo demasiadas preguntas, ¿no?

Coffey asiente de nuevo.

—Eso parece.

Los tres guardan silencio mientras intentan imaginar lo que eso significa. Entonces Coffey entorna los ojos detrás de sus gafas progresivas ante algo que emite un pitido en la pantalla del ordenador.

—¿Qué ocurre?

Quintano hace girar su silla.

—¿Qué…? El transpondedor vuelve a emitir señal. Parece que la avioneta se está moviendo.

—¿Está volando?

Lo único que delata la emoción de Coffey es la falta de riego sanguíneo en los nudillos de la mano con la que aferra el respaldo de la silla de Joe Quintano.

Quintano niega con la cabeza.

—Pero acabas de decir que la avioneta se estaba moviendo…

—Sí, pero…

—Pero ¿qué?

—Se mueve como si…, como si estuviera andando, señora.

A Coffey le da vueltas la cabeza mientras sopesa las posibilidades. Sin pensar, introduce la mano en el bolsillo en busca de su paquete de cigarrillos y suspira cuando sus dedos descubren que está vacío.

«Soy una persona no fumadora», se recuerda a sí misma a la vez que sigue con la mirada el movimiento de la señal luminosa en la pantalla.

«¿Qué narices está pasando?».

4

En las profundidades de la traicionera jungla del estado de Shan, situado en el lado peligroso de la frontera de Birmania, Argylle avanza detrás del grupo de rehenes mientras sostiene el transpondedor bajo el brazo.

Tras cinco años viviendo en esa parte del mundo, está acostumbrado al terreno, a los insectos y al calor que se pega a la piel. En febrero y marzo el aire siempre es denso a causa de una combinación de incendios forestales y de las quemas de los granjeros que destruyen los rastrojos de la última cosecha para preparar los campos para una nueva, lo que dispara los niveles de contaminación, y Argylle siente que todas las células de su cuerpo están a punto de declararse en huelga. Está acostumbrado a la densa vegetación que lo obliga a detenerse cada pocos metros para abrirse paso con el machete, pero no cuando al mismo tiempo trata de guardar silencio y lleva bajo el brazo un aparato negro que, aunque es más pequeño que una caja de zapatos, pesa mucho y se le resbala por culpa del calor sofocante.

Esa área es nueva para él; corresponde a una de esas franjas de terreno desconocido que sus amigos tailandeses señalarían en el mapa mientras sacuden la cabeza para advertirle del peligro.

No es buena idea vagar por esas zonas. Ni hacer fotografías.

Ahí es donde se encuentran los narcolaboratorios dirigidos por bandas que cuentan con su propia milicia. Las autoridades tienden a hacer la vista gorda a cambio de respaldo militar y una parte del beneficio.

Argylle sabe que si lo descubren allí, lo más probable es que se convierta en uno más de los muchos desaparecidos, personas que se adentran demasiado en la zona gris del mapa y de las que nunca se

vuelve a tener noticia. O aparecen descuartizadas. Le viene una imagen a la cabeza: dos ataúdes, uno al lado del otro. Se la sacude de encima.

¿Qué hace en ese lugar? ¿Por qué arriesga su vida por un grupo de extraños? No tiene respuesta. Lo único que sabe es que durante los últimos cinco años siente que ha vivido en una especie de habitación acolchada donde nada lo afecta, insensible a lo que ocurre a su alrededor. Pero ahora, en ese preciso momento, por fin se siente vivo.

A medida que avanza, los árboles se vuelven menos densos y aminora la marcha antes de llegar a un claro en mitad de la jungla, donde consigue divisar a un grupo de personas delante un edificio de alguna clase. Oye muchos gritos y nota el escalofrío del miedo cuando comprende el peligro real en que se encuentra. Si el lugar es un narcolaboratorio al que la banda ha llevado a los rehenes, nadie saldrá de allí con vida. Hay demasiado en juego. Y si el truco del transpondedor funciona y los refuerzos de la CIA vienen en camino, se estarán dirigiendo a una trampa mortal.

Mira a su alrededor y sopesa la situación, hasta que ve un viejo árbol del té muy nudoso que le servirá de mirador. Esconde el transpondedor entre la maleza y se impulsa hacia lo alto del tronco basto y punzante mientras da gracias en silencio por los tejanos que le protegen los muslos e impiden que acaben destrozados por los arañazos. No tiene tanta suerte con las manos, y cuando alcanza las ramas más altas, las palmas, llenas de rasguños, le sangran; pero todavía no ve bien el claro del que proceden las voces. Se tumba casi en horizontal y avanza un poco por la rama que tiene delante mientras reza por que resista su peso. Hay un momento de alarma cuando se comba bajo su cuerpo y está seguro de que va a partirse. Se le forma un nudo en el estómago, pero, por increíble que parezca, la rama aguanta.

A mitad del recorrido consigue ver por encima de la copa del árbol que se halla frente al claro. Se siente aliviado cuando divisa no solo los indicios inequívocos de la existencia de un laboratorio industrial, sino un montón de cabañas destartaladas que constituyen un campamento improvisado.

Los rehenes han sido obligados a sentarse en el suelo mientras los miembros armados de la banda hablan en tono vehemente con otros tres que han salido de las cabañas. El agente de la DEA que estaba en el suelo cuando los ha encontrado Argylle tiene mal pronóstico. Mientras él los observa, pierde el equilibrio y acaba tumbado sobre un costado. Los miembros de la banda ríen. El chico que parecía tan joven y nervioso cuando ha robado la cartera de Charlie en la avioneta se acerca con paso prepotente y le da una patada en el estómago.

La mujer, que sigue aguantándose el brazo con cuidado, aparta la mirada.

Algunos de los carteles de la droga que operan en la zona no quieren problemas, y es posible que al ver que el gobierno de Estados Unidos sigue la pista de su organización se hayan establecido en otra parte.

Pero no es el caso de estos tipos.

Argylle sabe por experiencia lo que ese grupo hace con aquellos que considera que les están comiendo el terreno.

Mira hacia la maleza, donde el transpondedor sigue escondido, y trata de ignorar una oleada de desesperación. Ahora le parece que su plan tiene pocas probabilidades de surtir efecto, ya que depende de que la CIA rastree la avioneta y de que la señal se transmita correctamente.

Los narcos forman una pandilla muy variopinta. A muchos les faltan dientes, tienen la piel roja y plagada de ulceraciones y la mirada saltona y desesperada. Está claro que no han pillado el mensaje de que no deben consumir lo que venden. Aunque la mayor parte de la droga elaborada en esa región se destina a la exportación, siempre queda algo para el circuito local, y Argylle reconoce los signos de la adicción a la metanfetamina. Lo malo es que los adictos a esa droga son muy imprevisibles y tienden a sufrir brotes de extrema violencia durante la fase baja.

Observa al chico, con su piel de adolescente estropeada por el acné y el consumo de drogas, y lo invade un inesperado sentimiento de compasión y desesperanza ante lo que lo aguarda en el futuro.

El hombre tumbado en el suelo gime, y el otro agente de la DEA,

que lleva barba y tiene un peculiar mechón cano en el pelo moreno, se vuelve hacia un hombre bajito sentado en cuclillas que salta a la vista que es el líder del grupo.

—Necesita ayuda —le dice, gesticulando.

El hombre asiente, se acerca al estadounidense postrado y le pega un tiro en la cabeza.

«Oh, mierda. Oh, por Dios».

Argylle cierra los ojos con fuerza para apartar la imagen de su mente. Cuando vuelve a abrirlos, ve que la mujer ha quedado salpicada de la sangre de su compañero y tiene restos de porquería grisácea en el pelo y la ropa.

Mira de nuevo el lugar entre la maleza donde ha ocultado el transpondedor. Cada vez le parece más probable que no acuda nadie. ¿Es posible que el aparato se haya quedado sin batería? Un intenso desánimo se apodera de él. Sin embargo, no es capaz de dar media vuelta y marcharse de allí.

Pasan unos minutos, y cuando ya se prepara para hacer frente a la carnicería que está convencido de que va a producirse, oye un suave crujido de la hojarasca justo debajo del punto donde está encaramado. Para su asombro, descubre que el terreno que rodea al árbol está plagado de figuras camufladas que se dirigen al claro empuñando fusiles de asalto. Uno de ellos sostiene el transpondedor, que acaban de sacar de su escondite.

A juzgar por el sudor que les resbala por la cara, han recorrido un buen trecho. Argylle busca la forma de alertarlos de su presencia sin que se sobresalten.

Las hojas del árbol sobre el que está sentado son más grandes que su mano. Retrocede por la rama, arranca una y la deja caer sobre la cabeza del hombre situado justo debajo. Al cabo de un instante, varios fusiles lo están apuntando, y él levanta los brazos para demostrar que no va armado. Señala el transpondedor y luego a sí mismo, y el hombre asiente. Durante todo ese tiempo las voces de los miembros de los narcos se han mantenido en la distancia, pero ahora se oye una tremenda risotada procedente de la zona donde terminan los árboles.

—¿A qué distancia? —masculla el capitán del grupo.

Argylle señala el lugar donde divisa los tejados de las cabañas y abre dos veces las manos, extendiendo los dedos.

—¿Veinte metros? —musita el hombre.

A continuación, señala a dos de sus hombres y da una instrucción que Argylle no comprende. Ellos asienten, y uno saca una granada de un bolsillo de su chaqueta militar.

El capitán traza un movimiento circular con la mano y los hombres desaparecen en silencio entre la maleza. Un grupo es enviado en otra dirección. A diferencia del capitán, los hombres tienen rasgos tailandeses. Argylle se pregunta por su procedencia, y entonces recuerda los rumores que aseguran que en algún rincón de la jungla de Tailandia los estadounidenses tienen una cárcel secreta adonde llevan a todos los prisioneros a los que quieren interrogar sin que el mundo los observe y los juzgue.

En ese momento, el capitán gesticula para indicarle a Argylle que baje del árbol y señala un punto por detrás de él. Argylle desciende como puede y retrocede unos pasos con el corazón en la boca. Sabe que los hombres que han secuestrado a la tripulación de la avioneta van armados, pero el resto de la banda no parece estarlo. ¿Para qué necesitan armas, aislados en ese lugar recóndito, sin otra cosa que vigilar que unas cuantas cabañas y tiendas de campaña? Si aprovechan el factor sorpresa, tal vez los recién llegados consigan atraparlos. Pero solo tendrán una oportunidad. Si la banda tiene tiempo de pertrecharse, la batalla será sangrienta.

Aunque en cierto modo lo estaba esperando, la explosión procedente del extremo más alejado del campamento, a la que sigue otra en la dirección contraria, provoca una sacudida en Argylle. En la fracción de segundo que transcurre entre ambas explosiones, los rescatadores se lanzan a la carga. A continuación, todo queda sumido en una nebulosa de gritos y disparos. Argylle detesta no ser útil, pero sabe que su presencia sería más un obstáculo que una ayuda; por eso se esconde en un sitio algo alejado y espera, con cada centímetro de su cuerpo en tensión.

La batalla parece durar horas, aunque en realidad sabe que son solo minutos. Desde su puesto, a resguardo del epicentro de la acción, oye

a un hombre gritar una orden en cantonés, seguida casi al instante por un sonoro crujido que hace que tiemblen las hojas de los árboles.

Al fin, entre la vegetación aparece el rehén de la avioneta, el agente de la DEA con la barba oscura y el mechón blanco en el pelo, seguido de cerca por la mujer, que continúa sujetándose el brazo. Detrás llega el grupo de los rescatadores, dos de los cuales arrastran tras de sí el cuerpo desmadejado del agente asesinado. Desde su escondite, Argylle los exhorta en silencio a que se den prisa. Las explosiones deben de haber puesto en alerta al resto del cartel y bajo ningún concepto desea estar cerca cuando lleguen.

Permanece oculto detrás de un árbol, aunque ve que el capitán mira alrededor preguntándose dónde se ha metido. Una vez que tiene la certeza de que el grupo avanza en la dirección correcta, se escabulle hacia el interior de la jungla y desaparece.

Tiene sus motivos para querer permanecer en el anonimato.

5

Un año antes de la promesa de Federov al pueblo ruso

En privado, el círculo más íntimo de Federov se refiere a él como el Agujero Negro por cómo absorbe todo lo que lo rodea: la luz, la energía, la información. Esa brecha infinita entre el momento en que le dices algo y su reacción, donde sientes que podría chuparte hasta los tuétanos con esos ojos inexpresivos, desprovistos de vida.

Por eso a su secretaria no debería sorprenderla que su semblante permanezca tan plano y resbaladizo como el jabón cuando le da el mensaje de que su padre biológico ha muerto. Y sin embargo, su reacción la deja impactada, precisamente por esa carencia de respuesta humana.

La medio hermana que Vasili Federov no llegó a conocer ha llamado a su despacho para comunicarle la noticia. Los otros dos medio hermanos de Vasili no saben que lo ha hecho, no lo aprobarían, pero ella cree que es lo correcto. Da por sentado que no asistirá al funeral, claro, pero tal vez le gustaría visitar la casa donde ha cuidado de su padre durante sus últimos años.

De modo que Vasili Federov espera frente a una puerta de la cuarta planta de un edificio de pisos bien conservado de las afueras de Moscú. Ya había estado aquí una vez, cuando era adolescente y todavía albergaba esperanzas, incluso después de sufrir el violento rechazo de la madre que lo trajo al mundo. A pesar de que en aquel momento era joven, ya daba muestras del carácter emprendedor que ha acabado convirtiéndolo en multimillonario. Compró procesadores de texto estropeados (los precursores de los ordenadores) para arreglarlos y venderlos a sus vecinos del Medio Oeste. Con las ganancias, pagó a un investigador privado para que buscara a sus

padres biológicos y luego se compró un billete de avión de ida y vuelta. En cuanto aterrizó en Rusia empezó a hacerse llamar Vasili Federov, como su padre, y con ello se sacudió de encima la miserable infancia de Cristopher Clay. Pero las cosas no salieron exactamente como las había planeado.

Su madre, convertida en una alcohólica con ictericia que vivía en un piso sucio y húmedo de la decimotercera planta sin ascensor de un complejo de Novosibirsk, se había plantado en medio de la puerta y lo había acusado de ser un mentiroso de mierda. Tenía el pelo ralo y grasiento, pero sus ojos, cuya parte blanca se había tornado del color del orín matutino, denotaban miedo. Un hombre con las comisuras de los labios pastosas y las mejillas surcadas de venas de un morado rabioso se acercó arrastrando los pies hasta situarse tras ella, vestido con un chaleco deslucido que apenas le cubría el vientre.

—¿Quién coño es este? —preguntó.

—Nadie —contestó la mujer, y cerró la puerta de golpe.

Vasili había apartado de sí ese recuerdo y lo había enterrado en un lugar muy profundo de su interior para que nadie lo descubriera jamás.

Aun así, pensó que con su padre tendría más suerte. Supo por el investigador al que había contratado que el hombre era un oficial del KGB casado a quien habían destinado durante un tiempo a Siberia para supervisar el campo de trabajos forzados de Siblag, que formaba parte del gulag de Siberia occidental. Allí tuvo un breve aventura amorosa con una joven que llegaba a las seis de la mañana para limpiar las oficinas del campo. Cuando lo trasladaron de nuevo a Moscú ni siquiera sabía que la chica estaba embarazada, y cuando meses más tarde ella lo buscó para pedirle dinero se negó incluso a reconocer que aquel hijo era suyo.

Pero entonces era un hombre más joven, con esposa y tres hijos. Ahora hacía cinco años que su esposa había muerto de un cáncer de mama y los hijos eran ya adultos. Vivía en ese respetable edificio de pisos con una pensión por discapacidad que recibía del Estado debido a una lesión sufrida en Afganistán. No tenía nada que perder por reconocer a aquel hijo ausente desde hacía tanto tiempo.

Tras la humillante experiencia con su madre, esa vez Federov había organizado las cosas de un modo distinto. Primero le escribió a su padre para ponerlo en antecedentes sobre su existencia y su deseo de conocerlo, asegurándole que no quería nada de él. Se puso eufórico cuando recibió una respuesta de una línea invitándolo a hacerle una visita. Pero cuando su padre le abrió la puerta, no sonreía.

—Solo quería ver cómo eras —dijo, tras decidirse a regañadientes a dejarlo entrar en su salita, amueblada en exceso y demasiado caliente, mientras sus ojos recorrían de arriba abajo el cuerpo larguirucho del Federov adolescente—. Y ahora que te he visto, sé que no eres hijo mío.

Federov, sentado en el borde de un sillón demasiado recto, contuvo los nervios mientras miraba la cara de su padre, que era también la suya: un rostro sorprendentemente plano, de rasgos que causaban poco impacto.

—Soy su hijo.

Su padre negó con la cabeza.

—Tengo dos hijos. Uno está en el ejército luchando por su país; el otro es policía. Ellos sí que son hombres Federov, pero tú no te pareces en nada a ellos.

Federov echó un vistazo a aquella sala abarrotada y se fijó en las fotos de familia del aparador, las medallas expuestas en una vitrina y la alfombra de motivos marrones que no pegaba nada con el papel pintado decorado con flores. Había un tapiz de estilo persa colgado en un lugar destacado de la pared y las ventanas estaban adornadas con cortinas de yute. Su mirada se iluminó al posarla en una mesita con el tablero de cristal cubierto con un tapete de encaje sobre la que había un cuaderno abierto por una página medio llena de una escritura pulcra y menuda con un bolígrafo atravesado encima, como si alguien hubiera interrumpido la acción a media frase.

—¿Está trabajando en algo? —preguntó en un intento de animar la conversación.

—Estoy llevando a cabo una investigación de vital importancia.

—¿Sobre qué?

—Sobre algo que hará que el nombre de Federov se conozca en toda

Rusia, el mayor legado a mi tierra natal.

—Pero ¿de qué va?

La expresión de su padre se apagó, como si hubieran bajado una persiana.

—¿Crees que voy a compartir el trabajo de mi vida con un extraño?

A esas alturas, Federov ya debería haberse acostumbrado al rechazo, pero aun así la palabra «extraño» se le clavó en el corazón de una forma irreparable. Cuando se marchaba, una mujer emergió de una de las habitaciones que daban al pasillo; al descubrir a Federov se sobresaltó como si hubiera visto un fantasma.

—Vuelve a tu habitación, Yelena —le ordenó su padre.

De eso hace veinte años. Y ahora está allí de nuevo, frente a la misma puerta de la cuarta planta del edificio donde se había prometido a sí mismo no volver a poner los pies.

—Lo siento —dice Yelena Federova, su media hermana. Debe de rondar los cuarenta años, pero parece dos décadas mayor—. Supe que eras hijo de mi padre en cuanto te vi aquella vez, hace años. Él nunca quiso hablar de ello. Apagaba la tele cada vez que salías en pantalla. Estaba avergonzado.

—¿De mí?

—De sí mismo.

Se miran el uno al otro con incomodidad, aguardando una chispa de conexión que no termina de llegar.

—Me imagino que no puedes quedarte mucho tiempo. Mi hermano Dmitri no tardará en llegar.

Federov echa un vistazo alrededor.

—¿Dónde pasaba nuestro padre…, tu padre…, la mayor parte del tiempo?

Yelena ríe sin alegría.

—La respuesta es fácil. En su despacho. Al final prácticamente no salía de allí.

—¿Puedo verlo?

Federov sonríe como si unos dedos invisibles le tirasen de la comisura de los labios contra su voluntad, y un gélido escalofrío recorre el pecho de Yelena Federova. Ve claramente que es hijo de su

padre, y eso le preocupa. La convivencia familiar no ha sido nada fácil.

El despacho es una habitación pequeña y mal aireada que contiene un escritorio de madera pulida sobre el que se apilan montones de archivadores y un armario con los frentes de cristal lleno de cajas cuidadosamente etiquetadas. De la pared cuelga una fotografía en sepia en la que Federov reconoce al zar Nicolás II con su familia. El hombre de bigote posa junto a su mujer ataviado con un uniforme de botonadura de bronce y rodeado por sus hijas, todas con sus vestidos blancos y el pelo largo adornado con cintas. Ninguno tiene la más remota idea del horror que se avecina.

Federov se sienta al escritorio frente a otras dos fotografías enmarcadas en plata. La primera muestra a su padre flanqueado por dos hombres de espaldas anchas con los mismo ojos pequeños y barbilla angulosa que él. En la segunda aparece mucho más joven de lo que ahora es Federov, apostado junto a un grupo de hombres uniformados en el exterior de un edificio de aspecto austero.

—Estuvo en el ejército después de la guerra y luego se unió al KGB en sus inicios. Ascendió a teniente coronel. Como hablaba alemán con fluidez, formó parte del equipo operativo que buscó e interrogó a los nazis que habían cometido crímenes de guerra contra la Unión Soviética.

Yelena Federova se halla de pie en la puerta. Su voz denota cierto orgullo.

—¿Hablaba de su trabajo?

Federov ha cogido el archivador más cercano y hojea lo que parecen un montón de informes de genealogistas en relación con diversas mujeres que se identifican como Anastasia Románova, de quien se rumorea desde hace tiempo que consiguió escapar de la masacre donde pereció el resto de su familia.

—A veces, sobre todo cuando se tomaba una copa. Pero solo conmigo. Vivimos juntos durante muchos años.

—¿Estabais muy unidos?

—Es imposible estar unido a un hombre como papá, pero nos hacíamos compañía mutuamente. —Yelena echa un vistazo al reloj de

plástico de la pared—. ¿Tardarás mucho? Lo digo porque tienes que marcharte antes de que llegue Dmitri.

—No mucho —dice Federov a la vez que abre otro archivador—. Solo quiero hacerme una idea de quién era. Ya sabes que cuando vine la otra vez me dijo que estaba trabajando en algo muy importante.

Yelena pone los ojos en blanco.

—¿Por qué será que no me sorprende? Bueno, está todo ahí. —Sus ojos claros se posan un instante en la pila de archivadores—. Esa fue la gran investigación que iba a hacer que su nombre pasara a la historia.

Su voz no denota mucho cariño.

—¿Qué es? ¿En qué consiste la gran investigación?

—Nuestro padre creía que tendría éxito en aquello en lo que cientos de personas e infinidad de agencias del gobierno han fracasado y que encontraría lo que desapareció hace décadas.

—Creía que podría devolvernos la Cámara de Ámbar.

—En serio, ahora deberías marcharte. Dmitri está de camino hacia aquí. —Yelena Federova se asoma a la puerta de vez en cuando, cada vez más nerviosa, pero su medio hermano recién hallado no parece tener ninguna prisa.

—No te preocupes por mí. Los guardias de seguridad están afuera.

Yelena no le explica que no es la seguridad de él la que le preocupa. Dmitri tampoco es un hombre de trato fácil.

—¿Qué estás leyendo?

Vasili Federov está concentrado en un documento impreso de varias páginas. Un atisbo de enojo cruza su rostro ante la interrupción, pero no levanta la vista.

—Es una transcripción.

Yelena asiente.

—Ah, sí. De Rudolf Naumann. Uno de los mayores nazis, responsable de todos los robos de antigüedades y obras de arte únicas que los ladrones alemanes efectuaron durante la guerra. Él fue el origen de la absoluta obsesión de papá por la Cámara de Ámbar. Lo interrogó nueve años después de que acabase la guerra porque tenía el mismo apellido que otros dos agentes de las SS con quienes los aliados

lo confundieron y consiguió librarse de ser capturado durante todo ese tiempo, pero por fin lo localizaron en Austria.

»Papá tenía sus… técnicas… para hacer hablar a la gente, y Naumann, según se dice, no opuso mucha resistencia. Gracias a su confesión recuperaron una obra de Leonardo da Vinci que todo el mundo creía perdida para siempre. —De nuevo la nota de orgullo—. ¿Por qué no, pues, la Cámara de Ámbar?

Federov hojea impaciente el documento con la transcripción.

—Les faltó poco. ¿Has leído la parte en la que explica cómo trasladaban las cajas en plena noche, y cuando habla de la emoción que sintió al ver que la estaban montando de nuevo? ¿La parte en la que dice eso de que estar en medio de aquella sala era como estar cerca de Dios?

—Sí, pero ¿dónde está la cámara? ¿Por qué no lo pone?

—Porque Naumann murió. De un ataque al corazón. Justo cuando estaba a punto de decirles el lugar. A veces pasaba eso durante los interrogatorios. Papá no siempre sabía cuándo debía parar.

Mira a Federov como si esperase más preguntas por su parte, pero él no hace ninguna.

—Pero seguro que tu padre investigó a Naumann, claro. Para descubrir dónde se estableció durante la guerra.

—Por supuesto. Lo que pasa es que no se estableció en ninguna parte. Viajó a todos y cada uno de los lugares de Europa ocupados por los alemanes, hacía listas de las obras de arte robadas y decidía qué enviar a galerías privadas y coleccionistas, o qué era inmoral y debía destruirse. Podría tratarse de cualquiera de esos lugares.

—¿Por qué pone «pausa», aquí y aquí, y también aquí?

—A veces decía cosas sin ton ni son. Bueno, no es extraño. Después descubrieron que tenía el cuerpo invadido por una enfermedad vergonzosa, la sífilis. —Yelena pronuncia la última palabra con un hilo de voz—. Cada vez que decía algo sin sentido escribían «pausa». Al parecer no dejaba de repetir el nombre de una mujer, una y otra vez. Puede que fuera ella quien le pegó la enfermedad.

—¿Te acuerdas de su nombre?

—Está ahí, en algún sitio. Cuando se obsesionó con la Cámara de

Ámbar, papá lo escribió en alguna parte. Resultó ser una actriz francesa, pero hace mucho tiempo que murió.

Federov examina los márgenes de las páginas mecanografiadas y se detiene al dar con una anotación manuscrita.

—Nathalie Chabert. ¿Es ella?

Yelena se encoge de hombros. Vuelve a estar preocupada y cada vez mira el reloj con más frecuencia.

—Probablemente. De verdad que ahora tienes que marcharte.

Por un momento, Yelena Federova cree que ese extraño, el medio hermano que tiene la misma cara que el padre que convirtió su vida en un infierno, se va a negar a irse. Tenía la esperanza de que invitarlo allí supusiera un nuevo comienzo para ella. Es rico. Son parientes. Pero cuanto más se prolonga su presencia, mayor es su deseo de que se largue. No es solo por Dmitri, sino por la atmósfera que satura el piso desde que ha entrado él; una atmósfera cerrada, pegajosa y difícil de respirar.

Se siente aliviada al ver que se pone de pie. Sin embargo, cuando llega al estrecho pasillo, vacila.

—¿Qué más? —pregunta.

—No entiendo a qué te refieres.

—A las pausas. ¿Qué más decía?

—Nada. Solo repetía su nombre. Nathalie no sé qué. Lo has anotado.

—Tiene que haber algo más.

—No, yo…

—¡Piensa! —Es la primera vez que levanta su voz melosa, apocada y anodina, y Yelena se sobresalta.

—Sé que repetía su nombre. Eso es todo. ¡Ah! —De pronto le viene algo a la cabeza—. También decía otra cosa sin ton ni son. «Pulsera».

—¿Pulsera? ¿Qué pulsera?

—No sé nada más. Solo que decía su nombre y «pulsera». Ahora tienes que irte, por favor.

6

—¿Qué puedes decirme de ese tío? Aparte de que desapareció de la faz de la tierra después de salvarles la vida a dos de nuestros agentes.

Cuando Frances Coffey te hace una pregunta, lo hace de una forma tan benévola, con sus ojos de miope muy abiertos tras las gafas y las comisuras de los labios curvadas hacia arriba con gesto alentador, que bien podrías imaginarte entablando una conversación con ella, o incluso decidir que no es obligatorio dar la respuesta correcta o que ni siquiera hace falta que contestes.

Eso sería un error.

Habría sido imposible que Coffey se impulsara hasta la cima de ese bastión masculino, esforzándose por subir cada peldaño desde la División de Archivos Clasificados donde empezó su carrera, desprovista de toda influencia e incluso de belleza, con tan solo la convicción inquebrantable de que hacía lo correcto, sin el núcleo de acero que la recorre oculto bajo la anodina chaqueta azul marino y los prácticos zapatos de suela de goma y tacón bajo.

Mike Randall ha aprendido por las malas a no subestimar a su jefa. Sabe de personas que creían que podían salirse con la suya dejándose ver y haciendo uso de sus encantos y que han descendido de la peor manera hasta los puestos más bajos del escalafón de la CIA.

También conoce la satisfacción que supone afianzarse por ganarse su respeto. La leve inclinación de cabeza que concede ante el trabajo bien hecho. En estos momentos está sentado en el borde de la silla, consciente de que la respuesta a esa pregunta en particular desatará una explosión.

—Es una historia curiosa, jefa. —No puede ocultar la emoción de su voz ante lo que han revelado sus pesquisas—. Para empezar, no estamos seguros de que Argylle sea su verdadero nombre. Sus padres

tenían un montón de alias: Derwent, Nielsen, Buckley… Por desgracia para él, parece que Aubrey sí que es su auténtico nombre de pila. ¿Quién sería capaz de hacerle eso a un niño?

—A lo mejor eran fans de Aubrey Beardsley —sugiere Coffey, que obtiene una mirada inexpresiva como respuesta.

—La cuestión es que fueron traficantes de maría en la época dorada —prosigue Randall—. La DEA tiene un historial sobre ellos más grueso que mi brazo. Procedían de California y llevaron al crío consigo de una punta a otra del mundo: África, Asia, América del Sur y Europa. Al parecer eran una familia muy unida, se querían mucho, y aunque Aubrey apenas estuvo escolarizado, tiene una inteligencia sobresaliente. Habla seis o siete idiomas con fluidez.

—Y aun así, ha acabado viviendo en un pueblucho del norte de Tailandia.

—Eso parece, jefa. Sus padres murieron allí hace cinco años, cuando él tenía diecisiete. Seguramente los mató el Sam Gor, lo cual resulta bastante irónico. Por aquel entonces lo habían mandado a un lujoso internado de Inglaterra, según hemos podido averiguar.

—¿Sabía él de dónde salía el dinero?

Randall niega con la cabeza.

—Entonces no. Decían dedicarse al negocio de importación y exportación, sobre todo de productos textiles, y creemos que eso era lo que le contaron también al chico. De esa forma podían justificar que su padre tuviera una avioneta propia y que viajaran tanto por el mundo.

Coffey asiente.

—Y supongo que cuando fue lo bastante mayor para empezar a hacer preguntas, lo mandaron a una escuela bien lejos.

—Me sabe mal por el chico. Está claro que le jodieron la vida con lo del internado, aparte de con el nombre.

Coffey se queda pensativa.

—Y aun así, ese joven tan maltratado por la vida se puso en peligro para salvar a la misma gente que andaba detrás de sus padres. Y además tuvo la brillante idea de utilizar el transpondedor de un avión para guiarnos hasta el cartel.

A Randall no le gusta la forma en que lo mira Coffey, con las cejas arqueadas sobresaliendo por encima de las gafas, como si ambos compartieran el mismo pensamiento y encima estuvieran completamente de acuerdo. Cuando abre la boca para hablar, sabe lo que está a punto de decirle antes de que pronuncie las palabras.

—Me parece que deberíamos tener una conversación con el señorito Argylle.

7

Argylle está en El Bar. El establecimiento tiene un nombre tailandés, pero sus amigos y él lo llaman simplemente El Bar. Da la impresión de que funciona bastante bien. A diferencia de los elegantes locales para turistas que abren sus puertas a lo largo de ambas orillas del Mekong, El Bar queda oculto en un callejón de la parte interior de la ciudad y da servicio a clientes locales y a algún mochilero esporádico que se aventura a entrar atraído por la mesa de billar situada en el centro y la barra de bambú con taburetes de vinilo rojo, además de las mesas de formica donde las chicas del salón de masajes se toman un respiro aferradas a su refresco sin que nadie las moleste. La iluminación es escasa; hay dos lámparas bajas que cuelgan sobre la mesa de billar y unas tiras de lucecitas rojas y azules pegadas en el techo y alrededor de los postes de bambú de la barra. Las paredes están forradas con cajas de huevos de cartón en un intento poco entusiasta de insonorizar el local, salpicadas de pósteres turísticos de playas y templos tailandeses y enmarcadas por boas de espumillón rojas y verdes olvidadas desde una Navidad remota. Hay dos ventiladores de plástico, uno a cada lado de la mesa de billar, que al rotar reparten un aire más fresco, y postales adheridas con masilla adhesiva a la pared de detrás de la barra, enviadas por antiguos clientes habituales, bajo cuyas imágenes Paitoon, el barman, permanece sentado en su taburete, concentrado en la serie de turno que proyecta la pequeña pantalla de televisión de la esquina.

Esta noche Argylle está junto a la mesa de billar con su amigo Somchai, quien enseña inglés en el instituto de la localidad y envía el dinero que gana a su familia, que vive en su pueblo natal, a cientos de kilómetros de distancia. Los dos han adoptado la costumbre de reunirse todas las noches a las ocho y jugar al billar durante un par de

horas. Somchai habla en inglés y Argylle le responde en tailandés. Han tenido experiencias muy distintas en la vida, pero ambos desean crear algo que les haga sentir que están en casa.

Han pasado seis días desde el derribo del avión y Argylle empieza a tener la sensación de que fue una simple alucinación tras beber demasiado de la mezcla especial de Paitoon.

Chiang Saen es una población pequeña y tranquila, pero gracias a su situación a tan solo nueve kilómetros de distancia del Triángulo de Oro, donde convergen las fronteras de Tailandia, Laos y Birmania, y a unas vistas que van más allá del poderoso río Mekong y penetran en Laos, recibe a un número considerable de turistas. Muchos viajan con paquetes organizados, pero el lugar también atrae a mochileros solitarios que llegan en busca de aventuras tras refrescarse en las playas de atmósfera festiva del sur y atraídos por la tentadora frontera de Birmania, cerrada a los extranjeros, y el mito idealizado del Triángulo de Oro.

Esta noche, uno de esos individuos cruza la puerta. A primera vista parece cuatro o cinco años mayor que Argylle, con sus anchos hombros cubiertos por una camiseta de algodón holgada que tiene un color azul desvaído y necesita un lavado. Por debajo del pelo cortado al rape, su piel luce el típico tono tostado del turista que lleva tiempo en Tailandia, y su barbilla, ancha y angulosa, no admite concesiones. En un país en el que alguien de un metro setenta y cinco se considera alto, el recién llegado sobresale por encima de la mayoría de los clientes del bar. Argylle, con su metro ochenta y cinco, está habituado a sentirse como un gigante desgarbado, pero le parece que el hombre que acaba de entrar tiene como mínimo su misma estatura, y tras mirarlo más de cerca ve que es tan robusto como un tanque.

Argylle se inclina sobre la mesa de billar para golpear la bola y se detiene a observar cómo el extraño de aspecto imponente cruza el local en dirección a la barra y pasa junto a la mesa donde están reunidas cuatro chicas del salón de masaje. Llevan puesto su uniforme de trabajo, más bien escueto. Como Somchai, ellas también están allí para ganar dinero y enviarlo a sus casas, pero al no tener estudios ven más limitada su elección del oficio.

El recién llegado apenas posa los ojos en ellas; la mirada le resbala como si tuvieran una capa de aceite en el cuerpo.

«Qué interesante», piensa Argylle a la vez que introduce la bola en la tronera.

—Eh, tíos, ¿qué os parece si jugamos una partida juntos cuando acabéis?

El extraño se acerca a ellos en cuento pide una cerveza en la barra.

Argylle y Somchai se miran y se encogen de hombros.

—Vale —dice Argylle.

—Me llamo Scott. Scott Novak.

La mano del hombre, cuando Argylle se la estrecha, tiene el tamaño de un guante de béisbol.

La primera tirada le corresponde a Argylle, que sabe compensar bien la pendiente de la mesa. Las cuatro tiradas siguientes son para Novak.

«Es competitivo», piensa Argylle, a pesar de su apariencia despreocupada.

Somchai se marcha. Al día siguiente tiene que levantarse temprano para ir al instituto, así que el Argylle y el gigantón se quedan solos. Llegados a ese punto, ya han pasado de la cerveza a bebidas más fuertes. Argylle toma Mekhong, un licor tailandés que se considera whisky pero sabe a ron barato. Rehúsa unirse a Novak cuando este pide una copa de la marca superior de importación Johnnie Walker, no solo porque vale el doble, sino porque sabe que Paitoon lo mezcla con algo más en la trastienda. No es una bebida para debiluchos. Da la impresión de que Novak lo soportará, pero aun así Argylle se siente con el deber de hacerle una advertencia.

—No es como el que acostumbras a tomar en tu país.

Novak sonríe.

—Tío, ¿te parece que soy de los que no aguantan la bebida?

Está muy seguro de sí mismo.

Sentados en los taburetes de vinilo, entablan una conversación poco comprometida. Novak le cuenta que su novia lo ha dejado por su mejor amigo, de modo que ha empleado el dinero que había ahorrado para la boda en hacer el viaje de su vida. Durante los últimos dos años

ha estado visitando todo el sur de Asia. La India, Indonesia, Camboya, Vietnam. A esas alturas empieza a costarle pensar, de modo que saca su pasaporte para recordar dónde ha estado y hojea las páginas con los diversos visados.

—La fiesta de la luna llena en Koh Phangan. Tío, menudo viaje. Un curso de buceo avanzado de la PADI en la playa de Vietnam.

A Argylle, que ha tomado unas cuantas copas menos que su nuevo amigo, le llama la atención uno de los visados, pero no dice nada. Novak prosigue.

Argylle está acostumbrado a que los turistas enumeren los lugares que han visitado como si fuera la lista de una hoja de cálculo.

—He estado en Malasia —le dicen—. Y en la India. Y en casi toda África.

Quieren impresionarlo, y se muestran contrariados al ver que no lo consiguen. Pero Novak no es así.

Él quiere saber cosas de Argylle. Cómo es que acabó aquí (ojalá el propio Argylle lo supiera). Qué les ocurrió a sus padres (con frecuencia Argylle desearía no saber todo lo que sabe). Qué planes tiene a largo plazo (llegar al final del día y despertarse al día siguiente para poder hacer lo mismo). Argylle no contesta nada de eso. En su lugar, se muestra amigable, pero esquiva las preguntas. Es algo que aprendió muy pronto. «Los asuntos de familia se quedan en familia» era el lema durante su infancia.

—¿Exportación de productos textiles? —sigue Novak—. Parece guay. Aunque debió de ser duro pasarse la vida viajando de una punta a otra del mundo.

—Estaba acostumbrado —responde Argylle.

No le apetece contarle nada sobre la verdad a ese estadounidense que se cree con todos los derechos, como por ejemplo que, lejos de molestarle los traslados sin fin, acabó por adorar la sensación de despertarse en un lugar totalmente nuevo. La emoción de explorar un barrio diferente, de escuchar los sonidos de un lenguaje que le era ajeno por completo, de retarse a sí mismo a captar las palabras repetidas, empezando por «sí» y «no» y ampliándolas a partir de ahí.

Una de las chicas se levanta de la mesa de la esquina y se acerca a

ellos. Es guapa, con su brillante melena negra recogida en una cola de caballo que se balancea cuando se mueve y un vestido sin tirantes pegado a su cuerpo delgado y elegante.

Novak se pone tenso.

—No te preocupes, ya me ocupo yo —dice, situándose entre Argylle y la chica. Al ponerse de pie, su estatura hace que la figura menuda que tiene delante parezca enana.

—Lo siento, corazón. Ahora no. Mi amigo y yo estamos manteniendo una conversación privada.

La chica abre mucho sus ojos oscuros y lo mira con desprecio. A continuación lo aparta para pasar.

—Argylle. Me dejas el teléfono otra vez, por favor. El de la calle no va y tengo que llamar a mi amor.

Somchai no es el único en esa ciudad que utiliza a Argylle para practicar su inglés.

—Claro, Ning.

Argylle mete la mano en el bolsillo de sus pantalones cortos, da con su móvil y se lo entrega a la chica.

Novak se la queda mirando con incredulidad cuando sale del bar.

—Mira, tío, lo que hagas con tu dinero es asunto tuyo, pero seguro que en un sitio como este las llamadas de móvil no son precisamente baratas. ¿En serio piensas dejarle el teléfono a una puta para que llame a su novio?

—Tienes razón, no es asunto tuyo —le contesta Argylle sin inmutarse—. Y no llama a su novio, llama a su hijo. Tiene dos años y vive con la madre de Ning a cuatro horas en coche de aquí. Ning les manda todo el dinero que gana.

—No parece tener edad para ser madre.

—Dice que tiene diecinueve, lo que significa que seguramente es como mínimo dos años más joven.

Novak tiene la decencia de mostrarse avergonzado. Y cuando Ning regresa con el teléfono de Argylle, él le pone un billete de diez dólares en la mano.

—Para tu amor —le susurra, y a continuación levanta la voz—. Paitoon, ponle otro whisky doble a mi amigo.

Argylle no está seguro de lo que Paitoon mezcla en las botellas de marca superior, pero cuando llega la hora de cerrar el bar, Novak apenas puede hablar con coherencia.

—Ya te llevo yo a casa, tío —se ofrece Argylle, pero es más fácil decirlo que hacerlo. Novak pesa como un camión. Por suerte, no tienen que ir muy lejos. Se aloja en la calle del Buda Durmiente; ese no es su verdadero nombre, pero Argylle la ha bautizado así por la gran figura de piedra que yace recostada y domina una parte de la calle que, por lo demás, es residencial. Es lo que adora de ese lugar: bares de carretera que acaban donde empieza un templo antiguo y puestos de venta ambulante que aparecen entre palmeras y estatuas.

Su nuevo amigo ocupa una habitación en una casa de huéspedes cuya parte trasera da a un río y que tiene un pequeño porche junto a la carretera. Dentro hay una cama pegada a la pared y un televisor de pantalla cuadrada rodeado de una estructura metálica para que no lo roben. Sobre el suelo de mosaico chillón hay una mochila abierta llena de ropa que se niega a permanecer doblada.

Argylle deposita a Novak en la cama y el hombro le cruje aliviado.

—Sería mejor que dejaras de tomar tantos batidos de proteínas —masculla.

Seis horas más tarde, Argylle se despierta en el porche con un perro callejero husmeándole el cuello. Estira los miembros quejumbrosos. Aunque anoche cogió los delgados cojines de su propio porche para tumbarse encima, estos no han conseguido frenar el calor húmedo que traspasa las tablas de madera del suelo y se siente rígido y dolorido.

—¡¿Qué coño es esto?!

El sonido resuena en la calle desierta y acalla momentáneamente a las gallinas de un patio cercano.

—¡¿Qué coño está pasando aquí?!

La voz de Novak suena muy distinta a la del tipo que la noche anterior quiso hacerse su amigo en El Bar.

La puerta se abre de golpe y ahí está su colega, con una sábana rosa satinada rodeando su cuerpo musculoso.

—¿Dónde narices está mi ropa?

—Me la llevé a mi casa para más seguridad.

—Pues haz el favor de traerla aquí.

—Claro. Pero antes dime quién eres y qué quieres.

Novak le clava una mirada fulminante. De cerca, Argylle observa que el Johnnie Walker de edición especialísima de Paitoon le ha dejado las típicas marcas moradas debajo de los ojos y cierto tono verdoso en la piel.

—No sé de qué me hablas. Y puedes decirle a ese amiguito tuyo del bar que espero que tenga el seguro en regla, porque va a necesitarlo cuando le mande una inspección de salud y seguridad. No puede dedicarse a envenenar a la gente. Espera a que le haga una visita y…

Argylle se hace a un lado para dejar que Novak baje los escalones hasta la calle.

—Considérate mi huésped. Solo debo advertirte que los tailandeses son bastante exigentes en cuanto al decoro en público. Hay muchos templos sagrados por todas partes y si te pillan cerca de alguno vestido así… Además, creo que es justo que te avise de que en Tailandia es ilegal andar por ahí sin ropa interior. Y, aunque no quiero presumir, estoy bastante seguro de que debajo de esa faldita rosa tan mona no llevas puesto nada.

Novak da un paso hacia él en el mismo momento en que la puerta de tela metálica de la habitación contigua se abre y da paso a una joven pareja de tailandeses que se sonríen y juntan las manos para despedirse con un *wai*, el saludo tradicional. La sonrisa de la mujer se desvanece en cuanto se fija en la figura abultada cubierta por la sábana de satén rosa.

Cuando se marchan, Novak se deja caer en el peldaño de la escalera.

—¿Qué quieres?

—Ya te lo he dicho. Quiero saber quién eres.

—Me llamo Scott Novak y soy…

—Quién eres de verdad. Y no vuelvas a enseñarme ese pasaporte falso. Tal vez no sepas que los extranjeros como yo tenemos que abandonar el país cada noventa días para ampliar el visado de turista. Yo suelo ir a Vietnam, de modo que estoy familiarizado con el sello

que ponen ahora y también con el que ponían hace dos años, cuando dices que hiciste el curso de la PADI. ¿Sabías que han cambiado el diseño? Imagino que no, si no, no andarías diciendo que el sello que te pusieron en la frontera es actual.

—Se ve que me equivoqué con las fechas. Tío, con el mejunje que sirve ese hombre en el bar, me extraña que me acuerde ni de mi nombre.

—*Semper Fi*.

—¿Cómo dices?

—*Semper Fi*. Está grabado en el dorso de ese anillo de plata que llevas en el bolsillo de la mochila.

Novak da un respingo.

—¿Has estado hurgando en mis cosas? Eso está muy mal, tío. Espero que te lleves bien con tu amiguito del bar, porque vais a tener que intimar cuando compartáis celda.

Con la euforia, al gigantón se escurre la sábana de las manos, y Argylle da media vuelta con discreción mientras dirige las siguientes palabras al perro, que ha reaparecido en busca de comida.

—*Semper Fi* es el lema del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, aunque seguro que no hace falta que te lo diga, sobre todo porque creo que lo llevabas tatuado en la parte superior de la nalga izquierda. —Señala una parte del cuerpo del hombre donde se vislumbra el pálido brillo de las letras borradas del lema de los marines—. Qué curioso que se te olvidara ese detalle mientras me contabas tu vida anoche, en el bar. Te lo vuelvo a preguntar. ¿Quién eres? ¿Eres de la DEA o de la CIA? Tómate tu tiempo. Yo tengo todo el día.

8

—A ver si lo he entendido bien. ¿Has estado solo un par de horas allí y ese tío te ha tumbado? Vaya, Wyatt, estás perdiendo facultades.

Woody Wyatt levanta sus manos como panes en dirección a Mike Randall y se rinde a la evidencia. Intenta ser un buen perdedor, pero ¿por qué el tipo tiene que regodearse tanto? Le gustaría haber visto a Randall en su situación. El tío no se levanta nunca de su mesa; lo más cerca que está del peligro es de cortarse con el filo del papel cuando abre el correo.

—Dímelo a mí. Tío, no sé qué le meten a ese mejunje que sirven; de verdad, deberíamos patentar esa mierda. Hace ya tres días que lo bebí y todavía estoy escupiendo las tripas. ¿Quién necesita armas químicas si puedes lanzarle un barman tailandés al enemigo?

Frances Coffey tose y Wyatt se endereza. Por un instante, había olvidado que su jefa estaba presente. Son esa clase de despistes por los que tenía que estar dando explicaciones constantes ante el comité disciplinario durante su época en el cuerpo de élite de los Navy Seal.

—Lo siento, jefa. Supongo que estoy avergonzado. Es que ese tipo me pasó la mano por la cara.

Coffey saca el vapeador de nicotina y se queda mirándolo fijamente antes de volver a metérselo en el bolsillo de la chaqueta sin llegar a usarlo. Como exfumador por obligación, Wyatt la compadece. Le gusta Coffey. Ella no soporta a los imbéciles. Vale, a veces puede resultar demasiado analítica, insistiendo en que esperen hasta que estén todos los ángulos cubiertos —le puede su pasado de archivista—, mientras que él preferiría atacar de inmediato, pero al menos va de cara con todo el mundo.

—Cuéntanos qué impresión te ha dado, Woody. Deduzco que es una especie de cerebrito para los idiomas.

—Supongo que sí. Sus amigos parecían entenderlo bastante bien, aunque, para serle sincero, jefa, podría haber estado hablando griego clásico y yo no me habría enterado. Los idiomas nunca han sido mi fuerte.

—¿Qué hay de su personalidad? Bueno, lo digo porque es el tipo que arriesgó su vida para salvar a la gente que intentó durante años encarcelar a sus padres, ni más ni menos. No ha recibido entrenamiento y supo cómo usar un transpondedor para fabricarse un GPS. Además, se ha cargado la tapadera de uno de nuestros agentes más prometedores en menos de veinticuatro horas.

Wyatt se siente avergonzado. Empieza a ser consciente de que hará falta mucho tiempo para superar este bochorno.

—Mejor no acercarse a ese tipo. De verdad. Sus padres eran traficantes de drogas. Él saca dinero ayudando a colocarse a los turistas que buscan emociones fuertes hasta prácticamente morir y pasa el resto del tiempo fumando maría, bebiendo cerveza y yendo de putas. Es un vago, no tiene principios y desconfía de la autoridad.

—Pero ¿tiene lo que hay que tener?

Wyatt siente la tentación de responder que no. Creció en una familia de militares en Illinois y siguió los pasos de su padre al convertirse en marine en cuanto cumplió la mayoría de edad; luchó por ir subiendo de rango hasta ingresar en los Navy Seal y de allí fue destinado a la Agencia de Inteligencia de los Estados Unidos. Ese holgazán de pelo largo que se había encontrado jugando al billar en el bar de un callejón, en un pueblo remoto de la jungla tailandesa, conocido sobre todo por sus vínculos con la producción de droga a gran escala, representa todo cuanto detesta. Sin embargo, Woody Wyatt es, en primer lugar, un tipo sincero.

—Sí. Es bueno. Pero, jefa, si está pensando en reclutarlo, pierde el tiempo. Allí tiene muy bien montada la vida: se pasa el tiempo jugando a billar y poniéndose hasta arriba de todo.

—Pero ¿no vive a todo tren? ¿No hay pruebas de que esté gastándose el dineral que deben de haber acumulado sus padres?

Wyatt niega con la cabeza.

—De todas formas parece bastante contento allí. Y no olvide que,

aunque la DEA no haya matado a sus padres, está claro que les hicieron la vida imposible. Nosotros somos el enemigo para las personas como Argylle.

—Aun así, tal vez no le haga ascos a la oportunidad de unas vacaciones con todos los gastos pagados en Estados Unidos.

—¿En Delaware?

Coffey tuerce el gesto.

—Puede que no. Pero yo estaré en Manhattan la semana que viene. Quizá la gran ciudad sea más del gusto del señor Argylle.

Diez días después de la visita de Scott Novak, la vida en Chiang Saen ha ido retomando poco a poco su habitual ritmo ocioso, y Argylle vuelve a luchar contra la idea de que todo aquello haya ocurrido de verdad. Mientras está acostado en la hamaca del porche de su cabaña de bambú, en medio del pegajoso calor de la tarde, la escena en lo alto de la montaña con el avión derribado le parece un sueño que hubiera tenido, no algo relacionado con su vida.

Por eso, al realizar su visita semanal a la oficina de correos de la ciudad para recoger la correspondencia, le sorprende encontrar una carta de aspecto oficial con una dirección mecanografiada y el matasellos de Estados Unidos esperándolo. Cruza la ancha calle de tres carriles, esquiva una motocicleta con un sidecar entoldado y cargado de sandías y por fin abre el sobre. En el interior hay una hoja de papel grueso, doblada en tres pliegues, con el logotipo del Servicio Diplomático estadounidense.

«Interesante», piensa.

A la sombra del toldo de un restaurante, lee la carta en diagonal. En ella le agradecen su hábil actuación, que ha contribuido a salvar las vidas de funcionarios del gobierno, y le comunican que, teniendo en cuenta su notable destreza para los idiomas, lo invitan a Nueva York para hablar sobre la posibilidad de convertirse en intérprete del servicio diplomático. Con todos los gastos pagados.

Argylle se ríe en voz alta. No es idiota. Sabe quién viajaba en ese avión y por qué. Al igual que sabe que Scott Novak, o comoquiera que

se llamara en realidad, era una especie de agente federal. Sabe que lo que hizo en la montaña situada en la frontera con Birmania lo ha puesto en el punto de mira de los servicios de inteligencia estadounidenses, y que ahora quieren comprobar quién es.

También sabe que el mismo gobierno que está ofreciéndole esas «oportunidades» habría estado encantado de encerrar a sus padres en una prisión de alta seguridad y tirar la llave.

No deja de reírse durante todo el camino de regreso a casa, deseando que su padre estuviera con él para poder saborear la maravillosa ironía de la situación: la idea de que el hijo de unos traficantes de drogas, criado para cuestionar cualquier tipo de autoridad, pueda acabar trabajando para el *establishment* estadounidense. Sin embargo, cuando llega al porche de su cabaña, ha dejado de parecerle divertido y le provoca la ya conocida sensación, mezcla de dolor y rabia.

Al final, todo es una gran pérdida de tiempo.

Se queda plantado ante la puerta, hace una bola de papel con la carta y la lanza a la otra punta de la habitación para colarla en la caja de cartón que usa a modo de papelera. «¡Goool!». A continuación, monta en su bicicleta para ir a nadar a las cascadas locales, donde el impacto del agua helada borra de un plumazo cualquier pensamiento relacionado con lo ocurrido.

No obstante, dos días más tarde, sucede algo que hace que vuelva a pensar en la carta.

Está en el porche, escribiendo su diario, cuando lo sorprende ver una silueta conocida dirigiéndose a todo correr hacia él por el camino sin asfaltar. Argylle no logra recordar la última vez que vio a Ning en algún lugar que no fuera El Bar o el salón de masajes y, a juzgar por la seriedad de su expresión y el balanceo agitado de su cola de caballo de pelo negro, no se trata de una visita de cortesía. Cuando se acerca, se fija en que tiene los ojos enrojecidos y la mirada ansiosa; al dirigirse a él en tailandés, en lugar de aprovechar el encuentro para practicar su inglés, como suele hacer, Argylle sabe que algo va muy

mal.

—Mi primo Kasem. Tiene mierda en la cabeza. Incluso mi tía lo dice. Trabaja para gente muy mala. —La voz de Ning fluye cuando habla tailandés, en comparación a cuando lo hace en inglés, que suena pausada y con precisión. Aun así, se calla y mira a su alrededor, asustada, antes de bajar la voz y proseguir—: Cartel de la droga. —Vuelve la cabeza y finge escupir al suelo—. Mi primo me contó anoche que el Sam Gor derribó un avión estadounidense en la montaña y que un *farang* local llevó a los soldados estadounidenses al campamento del Sam Gor y que muchos de los miembros del Sam Gor acabaron muertos, ¡por fin! —Repite el ademán de volver la cabeza a un lado y escupir al suelo—. Incluido el hermano pequeño de San Yuan Lai.

Argylle siente un frío helador en la boca del estómago. Todo el mundo sabe que San Yuan Lai está en la zona. Lai, la mano derecha de Tse Chi Lop, el legendario cabecilla del Sam Gor, tiene una reputación imbatible por su brutalidad y sus imaginativas formas de deshacerse de aquellos que abandonan el cartel o, peor aún, que lo traicionan. Lenguas enviadas por correo a los afligidos familiares, mensajes escritos con vísceras.

—Lai ha ofrecido una gran recompensa a cualquiera que encuentre al *farang* y se lo lleve… vivo. Ese idiota de Kasem dice que el *farang* tiene el pelo largo, como una chica. —Ning mira significativamente la desgreñada cola de caballo de Argylle—. Kasem sigue en la ciudad durmiendo la mona, pero su amigo salió a primera hora. Sabe que has sido tú, Argylle. Y cuando llegue al campamento, todos lo sabrán. Calculo que tienes unas ocho horas. Nueve, con suerte.

El frío helador que siente Argylle le pasa a las venas y se le extiende por los brazos y las piernas.

—Pero esta es mi casa.

A Ning se le nublan los ojos, pero su voz conserva el tono brusco de alguien que ha aprendido, a fuerza de golpes, que el sentimentalismo no lleva a ninguna parte.

—Ya no, Argylle. Tienes que irte. Sea lo que sea lo que les hicieron a tus padres, a ti te lo harán mucho peor. Y a tus amigos también.

Estaba claro. Argylle se siente abochornado. Al pensar solo en sí

mismo, ha olvidado por un instante que su presencia en ese lugar también pone en peligro a cualquiera que lo conozca. Por el simple hecho de acudir a prevenirlo, Ning corre un tremendo riesgo.

—Tengo un hijo, Argylle.

No hace falta que la mujer añada nada más.

—Cogeré un taxi e iré directamente al aeropuerto. Reservaré un billete de avión. Dejaré un rastro.

Ning asiente en silencio, sabiendo que es la mejor opción para mantener al Sam Gor alejado de Chiang Saen.

Argylle observa apesadumbrado cómo se aleja su amiga, maldiciéndose a sí mismo por sus actos heroicos. A pesar de la muerte violenta de sus progenitores, siempre se ha sentido seguro en esta pequeña ciudad, alejado de los narcolaboratorios de las montañas.

Ya no es así.

Cruza la cabaña hasta la parte trasera, donde hay una puerta que da a un rudimentario aseo exterior. En realidad se trata de una ducha alimentada por el agua calentada al sol en el interior de una bolsa de basura negra colgada de la rama de un árbol que hay encima, y un retrete de agujero en el suelo con un cubo al lado. En un rincón hay una tubería desconectada y oxidada que asoma por el suelo. Argylle la desenrosca y la sacude hasta sacar una bolsa de plástico. Cuando vuelve a entrar en la cabaña, vierte el contenido sobre el colchón. Veintidós dólares y cincuenta y nueve centavos.

Cuando los padres de Argylle fueron asesinados, dejaron instrucciones que debían seguirse en el caso de que murieran, además de una cuenta corriente en un banco suizo donde supuestamente había dinero suficiente para que su hijo se mantuviera de por vida, junto con el nombre de un corredor de bolsa. Sin embargo, cuando Argylle contactó con el corredor, este le dijo que solo había cinco mil libras en la cuenta. Y, puesto que los fondos habían sido invertidos a través de una compleja trama de paraísos fiscales para evitar tanto el pago de impuestos como las preguntas comprometidas de las autoridades, no hubo forma de comprobar que esa fuera la verdadera cantidad restante.

Esos veintidós dólares y cincuenta y nueve centavos son todo cuanto

le queda de la herencia.

Argylle sabe que necesita huir. Y permanecer alejado.

Con veintidós dólares y cincuenta y nueve centavos no va a llegar, ni de lejos, hasta donde necesita.

Durante un instante se queda mirando la irrisoria colección de billetes y monedas sobre la sábana mientras oye el bombeo de la sangre en los oídos como olas chocando contra la costa. A continuación, cruza la habitación y se agacha delante de la caja de cartón que usa como papelera, donde rebusca la carta hecha una bola que tiró hace dos días.

La saca, la sacude para despegar la peladura de una naranja que ha quedado atrapada entre los pliegues y alisa el papel.

9

Tres meses antes de la promesa de Federov al pueblo ruso

El ambiente en la sala es electrizante: el aire huele a dinero y codicia. Ya se han batido récords en esta subasta de piezas únicas de alta joyería. Un collar de Tiffany con un conjunto de diamantes y esmeraldas poco común se ha vendido por casi doce millones de dólares. Un reloj de Cartier de la década de 1920 que perteneció a Jackie Kennedy acaba de triplicar el precio de salida.

En las hileras de asientos más próximas al atril del subastador, hombres y mujeres elegantemente vestidos se mantienen muy erguidos y toman notas con avidez, sacan fotos o envían mensajes con el móvil, moviendo los dedos a toda velocidad. O están hojeando el catálogo de la subasta y susurrando entre ellos, o mirando hacia los bancos de postores telefónicos que se agolpan en los márgenes de la sala para intentar averiguar quién habla al otro lado de la línea. Corre el rumor de que Larry Ellison, el magnate de Oracle, está interesado, y también el príncipe Al Walid bin Talal Al Saud, uno de los hombres más ricos del mundo.

El último lote provoca una ola de interés en la vasta sala, por suerte acondicionada para combatir el pegajoso calor de esta tarde veraniega en Hong Kong.

—Aquí tenemos una pieza del todo única, una entre mil —anuncia el subastador, y señala la pantalla que tiene a la derecha, que muestra un primer plano de una pulsera de oro sobre fondo negro—. Esta impresionante pulsera fue creada por la famosa casa de Mellerio, con incrustaciones de diamante, tanto brillantes como de talla rosa, y posee una misteriosa inscripción en el interior, «15.X», junto con la expresión en latín *fidelis*. También tiene estas dos peculiares muescas

en cada extremo del aro. Elaborada en Francia, data del siglo XIX, y sabemos que fue encargada por el emperador Napoleón III como regalo para su esposa, la emperatriz Eugenia, aunque el significado de los dígitos grabados en la cara interna y la compleja forma grabada en la externa continúan siendo un misterio seductor. La emperatriz tenía la fama de cambiarse de ropa y joyas tres o cuatro veces al día, por ello, esta pulsera es una entre mil y no hay registros que justifiquen este peculiar diseño. Durante varios años perteneció a la estrella de cine francesa Nathalie Chabert; de ahí las iniciales «NC», también grabadas en la cara interior, una inscripción más tardía que los expertos han datado de mediados del siglo XX. La pulsera formaba parte de la colección de Madame Chabert cuando falleció en la década de 1970 y en la actualidad, treinta años después, su hija Isabelle ha decidido subastarla. A pesar del misterio relativo a su diseño, continúa siendo un sorprendente y refinado ejemplo de joyería antigua del siglo XIX, motivo por el cual hemos iniciado la subasta en seiscientos mil dólares.

Empieza la puja. Un buen número de postores vía telefónica están lanzados, además de diversas personas distribuidas por la sala. Se alcanzan los ochocientos mil dólares. Un millón. Ahora, el número de interesados del principio ha quedado reducido a cuatro pujadores duros de pelar.

Un millón cuatrocientos mil. Un millón y medio… Dos millones.

En este momento solo quedan dos pujadores comprometidos, y uno de ellos parece dudar. Da la sensación de que el lote irá a parar a manos de una puja telefónica gestionada por una joven con una americana negra muy formal que no pega para nada con su rostro ovalado y sonriente.

—Dos millones a la una, dos millones a las dos…

—Cinco millones.

Un suspiro ahogado recorre la sala. La puja no procede de una oferta telefónica, sino del fondo del auditorio. Los presentes retuercen el cuello para poder ver de quién se trata y muestran su confusión cuando comprueban que no se trata de ninguno de los coleccionistas habituales ni sus representantes que realizan el circuito de subastas de

joyería, ni de ningún famoso de los que a veces se presentan en busca de chucherías en las que gastarse sus millones. Se trata de un hombre de aspecto común y corriente con gafas sin montura y un rostro ancho e impávido, tan carente de expresión que bien podría haber estado ofreciendo la calderilla para comprar un periódico y no comprometiéndose a pagar cinco millones por una pulsera valorada por una quinta parte de esa cantidad.

En los bancos elevados con respecto al resto del público, donde se sientan los postores telefónicos, la joven de rostro ovalado ha dejado de sonreír. Ahora habla de manera acelerada por teléfono. El subastador, que parece tan anonadado como los demás presentes, la mira de reojo.

—Tal como ya he dicho, esta pieza es una entre mil. ¿Tenemos alguna oferta que supere los cinco millones?

La joven niega con la cabeza y sigue con el móvil pegado a la oreja.

Cuando terminan las pujas, la mujer sentada junto al postor misterioso —una marchante de arte que trabaja para el Victoria and Albert Museum de Londres— se vuelve hacia él enarcando las cejas.

—Ha sido una puja muy atrevida —comenta con admiración—. Pero ¿no le preocupa haber pagado demasiado?

El hombre desconocido se queda mirándola y ella se arrepiente de haber hablado al ver la ausencia de calidez en la expresión masculina.

Aun así, él le responde en un tono bastante civilizado.

—Se trataba de un regalo de un marido devoto a su esposa. —La sonrisa que le dedica no modifica la expresión de sus ojos casi blancos y prácticamente sin pestañas—. ¿Qué precio se le puede poner al amor?

10

El descomunal edificio de estilo art déco, ubicado en la confluencia entre Varick Street, King Street, Hudson Street y West Houston Street, en la parte oeste de Lower Manhattan, tiene un aspecto tan poco acogedor como anónimo. Ocupa toda la manzana y la monotonía de su fachada de ladrillo marrón solo queda interrumpida por las barras y estrellas de las banderas que cuelgan de los mástiles y los parcos letreros donde se anuncia la presencia de distintos departamentos federales: la oficina de correos, la de los veteranos, el servicio de renovación de pasaportes. Al alzar la vista, el transeúnte se encuentra con doce plantas de anodinas ventanas de oficina. Aquí no hay nada que ver.

Aubrey Argylle sube la escalera de la boca de metro de Houston Street, sale a la pringosa atmósfera de Manhattan y vuelve a preguntarse qué narices está haciendo allí.

Cuando cruza la poco estimulante entrada del edificio y una recepcionista le pregunta qué está buscando, tiene que reprimirse para no responder: «No tengo ni idea».

El hombre que sale a su encuentro en el vestíbulo tiene uno de esos rostros de facciones marcadas que podría corresponder a alguien de veintitantos o de cuarenta y tantos. Se presenta como Mike Randall, añade su cargo, que Argylle olvida de forma tan rápida que sospecha que debió crearse a propósito para eso. Ya en el ascensor, Randall le pregunta por su vuelo y el hotel en el que se aloja, y sobre qué ha estado haciendo desde que llegó la noche anterior, sin dejar espacio para que el recién llegado formule cuestión alguna.

Bajan en la décima planta, donde Argylle sigue a Randall por una puerta que conduce a un tramo de escalera y suben al piso superior. Todo es de color beis, sin ningún elemento destacable. Un pasillo

idéntico al otro. Al final, se detienen frente a una puerta tan anodina como todas las demás.

Randall la abre y entran en una oficina diáfana y abarrotada, con cinco o seis mesas de escritorio. Nadie levanta la vista. Al fondo del espacio de trabajo hay una segunda puerta. Randall hace una breve pausa antes de llamar, y Argylle se fija en que el hombre se yergue un poco más. Va a encontrarse con alguien a quien quiere impresionar.

Argylle sigue a Randall hasta el interior del modesto despacho rinconero con un par de ventanas que proporcionan una vista partida en dos del sucio y gris cielo neoyorquino a través de las persianas de lamas verticales.

No siempre reconocemos a las personas que serán las más importantes de nuestra vida, pero Frances Coffey tiene algo que a Argylle le corta la respiración y le hace sentir una repentina calidez en el pecho. Años más tarde, la gente sugerirá que se quedó huérfano de madre y que intentaba llenar ese vacío, pero Argylle no ha dejado de querer a su madre ni está buscando una sustituta.

Coffey se levanta para estrecharle la mano; sus ojos se ven más grandes por los cristales con aumento de las gafas, y Argylle percibe en su mirada tanto perspicacia como inteligencia, lo que era previsible, aunque también cierta compasión que lo pilla por sorpresa.

Ella le pide que se siente y rompen el hielo hablando de lo frío que resulta el mes de marzo en Manhattan después del calor tropical de Tailandia y de que, aunque Argylle nunca ha estado en Nueva York, le parece un lugar familiar por todas las escenas de las películas. Pasan a hablar de su familia. Argylle echa mano del guion. Sus padres se dedicaban al negocio de importación y exportación, y bla, bla, bla.

La cuestión es que él sabe que ella sabe a qué se dedicaban realmente sus padres. Al igual que ella sabe que él sabe que no está allí para optar a un puesto en la embajada.

«Los asuntos de familia se quedan en familia». El lema paterno vuelve a aflorar en su memoria. Argylle quería a su padre y jamás ha dudado de ser correspondido por él, aunque se trataba de un cariño más complicado que el de su madre. Mientras ella era callada y atenta, una observadora de la vida, su padre acaparaba todo el oxígeno de la

sala. Era encantador y egocéntrico, y estaba convencido de que su manera de actuar era la única correcta. Argylle no dudaba de que la vida que llevaban la había elegido él. Jamás ocultó su convencimiento de que la legalización del cannabis estaba al caer y, por los papeles que Argylle había encontrado tras la muerte de sus progenitores, quedaba claro que ellos se consideraban unos pioneros, no unos criminales.

«No es adictiva, como el opio o la cocaína —había escrito su padre en una carta con el encabezado de "En caso de que muramos de forma inesperada"—. No convierte a las personas en seres violentos ni antisociales, como el alcohol. Estamos muy lejos de aprovechar por completo el potencial de sus propiedades curativas. Podríamos haber cuadruplicado nuestros ingresos si hubiéramos ampliado el negocio con otros narcóticos, pero no somos delincuentes. Solo somos unos adelantados a nuestro tiempo».

Coffey sonríe a Argylle por encima de sus manos unidas formando un triángulo. Él observa la piel magullada y rojiza alrededor de la uña de su dedo pulgar y entiende que su pose tranquila es más autoimpuesta que natural, y que le pasa factura.

—Menuda misión de rescate que se marcó en Birmania —comenta ella—. Es usted un hombre valiente, señor Argylle.

Argylle se remueve en su asiento. ¿Cómo explicar que no fue una cuestión de valentía, sino de respuesta al dilema entre actuar o no actuar? ¿Cómo puede hacerle entender a ella que toda su vida, durante los últimos cinco años, ha consistido en no actuar, en mantenerse a flote y que con eso le ha bastado? Piensa en ese día sofocante, en que la atmósfera estaba como una sopa, en que un pequeño avión cayó del cielo amarillo, y se pregunta cómo podría haber hecho algo distinto.

—Pero dos de sus hombres murieron —objeta Argylle—. Eso no me parece un éxito.

—Pero otros dos sobrevivieron gracias a usted.

Ambos se quedan callados. Él quiere preguntar sobre la mujer del brazo roto, aunque supone que es mejor no saber nada.

—Soy consciente de que estoy reteniéndole cuando seguramente

tiene toda una lista de cosas que ver y hacer aquí, en la Gran Manzana —comenta Coffey, como si él estuviera en Nueva York de turismo—. ¿Le parece que pongamos las cartas sobre la mesa? A estas alturas, ya se imaginará que esto no es ninguna entrevista de trabajo para el puesto de intérprete. Pertenezco a la CIA y estamos interesados en que entre a formar parte de nuestra organización.

Argylle ríe. No puede reprimirse.

—Asumo que, siendo usted de la CIA, ya sabrá quiénes eran mis padres y a qué se dedicaban, ¿no?

—En efecto. —Coffey le sonríe, como si estuvieran hablando de algo totalmente legal y saludable en lugar de estar refiriéndose al tráfico de marihuana a gran escala—. Pero no le contaron a qué se dedicaban cuando lo educaron e incluso, aunque lo hubiera sabido, ¿qué podría haber hecho al respecto? Era solo un niño. Estoy segura de que no le sorprenderá que ya hayamos realizado nuestra pequeña investigación y sepamos que no ha recibido beneficio económico alguno de las actividades ilegales de sus padres, lo que debe de haber complicado más las cosas…

Argylle deja de reír de golpe.

—Me alegro de que el hecho de estar arruinado le facilite las cosas.

—Bueno, ¿qué dice entonces?

Entonces ¿esta invitación absurda va en serio? De pronto se da cuenta de que está furioso. Es posible que no haya sabido a qué se dedicaban realmente sus padres, pero los había oído discutir entre susurros y sabía que, algunas veces, su madre sentía miedo sin motivo aparente y lo abrazaba pegándoselo al cuerpo, y le decía que recordara siempre lo mucho que lo quería. La última vez que los había visto fue al regresar a casa para las vacaciones de Navidad, y saltaban por cualquier cosa. Se comportaban de forma muy distinta a lo habitual, y su madre estaba visiblemente más delgada, con la clavícula marcada bajo la piel.

Más adelante descubrió que su padre había llegado a un trato con el Sam Gor a espaldas de su madre para usar su ruta de suministro cuando su contacto habitual los dejó en la estacada. Algo había salido mal y la deuda jamás fue saldada.

Hasta ahí llega lo que sabe Argylle. Lo que sigue sin saber es qué les hicieron a sus padres. Si habían sufrido. Cuánto tiempo estuvieron retenidos en el campamento antes de que lanzaran sus cuerpos junto a una cascada, donde fueron encontrados por un grupo de turistas de ruta por ese camino. Cuando sucedió él estaba fuera, en el colegio, y al llegar a Tailandia el caso ya estaba cerrado.

«Será mejor que no lo sepas», le había dicho el jefe de policía cuando preguntó por lo ocurrido. Ver los cuerpos no era una posibilidad.

Por eso dedica su tiempo libre a deambular por la selva. Buscando respuestas que, en el fondo, es consciente de que no quiere encontrar.

Las agencias como a la que pertenece Frances Coffey, que quisieron dar caza a sus padres, fueron el motivo de que ellos cayeran en manos del Sam Gor y decidieran enviar a Argylle a una escuela en otro lugar, para no ponerlo en peligro. Él detestaba esa escuela, el hecho de estar lejos; siempre había odiado el insoportable peso que sentía constantemente en la boca del estómago.

—Lo siento —dice al tiempo que se levanta de pronto—. Le agradezco los billetes de avión, el hotel y la invitación, pero no soy la persona que buscan.

Coffey no borra la sonrisa de su rostro, aunque Argylle se fija en que se lleva una mano al bolsillo para toquetear algo a modo de talismán.

—Es una lástima. Tiene todas las cualidades de un agente notable. Claro está que la decisión es suya. Que disfrute del resto del viaje, Aubrey Argylle.

Cuando ya se ha vuelto para marcharse, siente una punzada de arrepentimiento porque no volverá a verla.

Unos minutos después está de regreso en la calle, entre el ruido ensordecedor de los cláxones de los taxis amarillos y el ritmo al ralentí de las furgonetas de mensajería. Hay un puesto de comida rápida mexicana en la acera de enfrente y cruza con la intención de comprarse algo de comer, pero cambia de idea y se dirige a la Séptima Avenida, en dirección a Times Square. Mientras camina, la rabia que le ha recorrido durante la última parte del encuentro con Frances Coffey, que ha alimentado una convicción inamovible en su

superioridad moral, se disipa en la atmósfera con olor a gasolina y se queda con una sensación de vacío, como si alguien hubiera agarrado una cuchara de mango alargado y le hubiera sacado las tripas.

Sigue caminando. Manzana tras manzana. Pasa por un cruce donde el Empire State Building emerge por un lateral como aparece en cientos de películas de Hollywood. Intenta volver a sentir la rabia inicial, pero no lo consigue. A medida que se acerca a Times Square, ve cada vez más siluetas sentadas en la acera sobre sacos de dormir o sobre cajas de cartón aplanadas. Algunas de ellas llevan carteles: «Tengo hambre, por favor»; o «Veterano de guerra, arriesgué mi vida por ti. Ayúdame, por favor»; o «Busco la bondad humana».

A Argylle se le encoge el corazón. La línea que lo separa de esas personas es tan fina que resulta prácticamente invisible. No puede regresar a Chiang Saen. Y no tiene ningún otro sitio al que ir. ¿Acabará aquí, en estas calles, igual que esas personas?

A una manzana de las luces y del bullicio de Times Square se cruza con un chaval de diecisiete o dieciocho años. Está sentado sobre una colorida manta, apoyado contra una pared. En comparación con los demás, que tienen esa mirada fija en ninguna parte de las personas desesperanzadas, el chico mira a su alrededor como si estuviera bebiéndose a sorbos la ciudad que lo rodea.

Argylle se rebusca en el bolsillo y saca un billete de cincuenta dólares del fajo que le entregó, en concepto de «dinero para gastos», la mujer que lo recibió al bajar del avión cuando llegó. Encantado, el chico se levanta de un salto.

—¡Oye! No te vayas corriendo. Quédate a hablar conmigo, tío —dice el chico.

Argylle se acuclilla a su lado. El chaval está emocionado. Acaba de cruzar la frontera con México.

—Se me dan bien los ordenadores —le cuenta—. Aquí puedo hacerme rico. Lejos de las bandas.

Argylle siente una fuerte punzada de culpabilidad. Sus padres creían de verdad que las drogas con las que traficaban eran inofensivas, incluso beneficiosas. Sin embargo, ¿pensaron en los daños colaterales sufridos por los seres humanos implicados en vender las drogas a las

personas que las consumían?

—Mi madre ahorró quinientos dólares y me los dio para que yo pudiera vivir mejor —continúa el chico.

—¿No tenías miedo?

—¿Me estás vacilando? Me cagaba de miedo, tío, pero ¿sabes?, siempre hay que hacer lo que te asusta.

Y ahora Argylle oye la voz de su madre, ligera como una lluvia de verano, evocadora después de tantos años: «Cuando te enfrentes a un dilema, escoge la opción que te dé más miedo».

Entonces cae en la cuenta de lo que, en el fondo, sabía desde el principio. Que no ha rechazado la oferta de Frances Coffey por rabia, sino por miedo. No teme el peligro físico, es capaz de lidiar con eso, pero… ¿podría dejar el pasado atrás y atreverse a volver al mundo? ¿Podría aceptar, por fin, que sus padres han desaparecido y que necesita forjar su propio camino? Eso sí que le da miedo.

Se incorpora, le estrecha la mano al chico y confía en que la gran ciudad lo trate bien. Se saca del bolsillo trasero del pantalón la pequeña tarjeta rectangular que le ha entregado Coffey antes de marcharse y marca el número de teléfono, que es lo único impreso en el papel. Cuando suena el tono de llamada, se vuelve en la dirección por la que ha llegado y empieza a desandar el camino.

—Soy yo, Argylle. Estoy volviendo.

11

Dos meses después de la promesa de Federov al pueblo ruso

—¿Exactamente cuál es su formación, señor Dubinin? La cuestión es que yo había solicitado específicamente al más destacado experto de Rusia en joyería exclusiva y antigua y surgió su nombre; aun así, ha tenido usted mi pulsera durante seis semanas y no es capaz de aportar nada nuevo a lo que ya sabía.

Pavel Dubinin se muerde el labio inferior. Como director de la reconocida Fundación del Museo Hermitage de San Petersburgo y uno de los más destacados expertos en Fabergé y joyería antigua francesa, está acostumbrado a que se le rinda pleitesía. No está habituado a que le hablen así, y mucho menos en su propio despacho. No obstante, Vasili Federov es un hombre poderoso. Podría ser un benefactor interesante para el museo. Además, ahora que se presenta a las elecciones con el apoyo extraoficial de su suegro, o eso dicen los rumores… Bueno, ¿no sería una tontería por parte de Dubinin enemistarse con él?

—Es una pieza hermosa, señor Federov. La verdad es que se trata del típico objeto que solo el más avezado comprador sabría escoger. Napoleón III en persona la mandó fabricar para su espo…

—No le pago para que me vomite lo que ya me ha contado el subastador.

A Dubinin le gustaría puntualizar que todavía no le han pagado ni un solo kopek, pero se muerde la lengua.

—He invertido una considerable cantidad de tiempo en la investigación que me encargó para rastrear a los propietarios de la pulsera. Como ya sabe, la joya perteneció a la actriz francesa Nathalie Chabert, que fue muy famosa en la década de 1940 y a principios de

los cincuenta; más adelante, su estrellato se desvaneció y, cuando falleció, en los setenta, llevaba dieciséis años sin rodar una película.

—¿Sabe si viajó a Rusia antes de la guerra?

La extraña pregunta pilla por sorpresa a Dubinin.

—No, que yo sepa. De hecho, estoy seguro de que no lo hizo. Su biografía asegura que era casi desconocida fuera de su Francia natal, y ella decía que se sentía orgullosa, porque seguramente moriría sin salir del país que la vio nacer y que se lo había dado todo.

Federov está cada vez de peor humor y la atmósfera es cada vez más tensa.

—Así que tampoco viajó a Alemania —masculla para sí mismo—. Pero tiene que haber alguna conexión.

¿Tal vez está arrepintiéndose de los cinco millones de dólares que ha gastado movido por una corazonada? ¿Un impulso basado poco menos que en la agonía de un nazi moribundo, unas palabras fruto de la tortura y la convicción de su difunto padre de que lo dicho podría resolver el enigma de la desaparición de la Cámara de Ámbar?

Imposible saberlo.

—Sí que hablé largo y tendido con Isabelle Chabert, la hija mayor de Nathalie. Fue ella quien puso la pulsera a la venta. Dos más dos son cuatro: creo que necesitaba el dinero, así que no hace falta que le diga lo agradecida que estuvo con su generoso pago.

—Tiene razón, no hace falta que me lo diga.

Dubinin lo mira fijamente. ¿Es que Federov está de broma? Pero le basta con ver su expresión para descartar esa idea.

—Madame Chabert me contó que su madre jamás se puso la pulsera y se mostraba muy misteriosa sobre su procedencia. Cuando salía el tema siempre argumentaba que no lo recordaba, que podría haber sido el regalo de algún director agradecido. Madame Chabert aseguraba que su madre no solía ser tan imprecisa. Por lo general, daba muchísimos detalles. Parece que la madre se casó en dos ocasiones —continúa—, y que no hacía distinción alguna a la hora de profesar amor a sus hijos de padres diferentes. Isabelle cree que toda la herencia de su madre debería haberles correspondido a su hermano y a ella, en lugar de quedar dividida entre los tres descendientes de

Chabert.

Federov permanece callado, aunque él mejor que nadie debería entender cómo se complican las cosas entre los medios hermanos.

—¿El heredero más joven es hijo o hija?

—Hija, me parece.

—¿Le parece? ¿No ha intentado contactar con ella?

—Usted me pidió que averiguara algo más sobre la pulsera, señor Federov. La hija pequeña de Chabert no tiene nada que ver con ello. De hecho, las dos hermanas solo se han visto en una ocasión, en el funeral de su madre.

—Da igual. Su madre podría haberle contado de dónde venía la pulsera. Me sorprende que no haya pensado en lo importante que era seguir esa pista.

Al final, a Pavel Dubinin se le agota la paciencia. Se gana muy bien la vida con su puesto en la fundación. Está bien considerado. No necesita aguantar esto. Aun así, no se atreve a mirar a Federov a los ojos cuando le dice:

—Creo que tal vez haya malinterpretado mi cargo, señor Federov. Soy historiador de arte, no investigador privado.

—Es de vital importancia para mí descubrir la procedencia exacta y la historia de esta pulsera, señor Dubinin. Creía haberlo dejado muy claro. No puede dejar ni una sola piedra sin levantar.

Dubinin se enfurece. ¿Acaso cree que está hablando con una especie de esbirro al que puede ordenarle lo que se le antoje?

—¿Tiene esto relación con cierta promesa que hizo en el debate presidencial?

No había pensado mencionar la Cámara de Ámbar, aunque, por supuesto, había relacionado el asunto con ella desde el principio. Por la urgencia de Federov y la abrumadora cantidad de dinero que ofrece como recompensa por la información, Dubinin supo de inmediato que era por algo más que una pulsera, aunque ni por su vida es capaz de entender cómo están relacionados ambos elementos.

—Los motivos que tenga son asunto mío.

El hombre se siente tan superior que resulta exasperante.

—Por supuesto. Solo espero que esa promesa que hizo no acabe

siendo algo prematura.

Federov lo mira con impavidez.

—Déjelo. Daré con alguien más cualificado. Bien, cuídese, señor Dubinin.

A Dubinin le recorre un escalofrío por la piel, ligero como las patas de una araña.

12

El equipo está acorralado. Más adelante, dos tanques iraquíes avanzan pulverizando el suelo de un yacimiento petrolífero, removiendo con sus ruedas el polvo y la tierra hasta convertirla en una arenosa nube marrón. Desde un búnker cercano llega el estruendo casi incesante de los disparos, mientras que, en la retaguardia, iraquíes armados salen en avalancha de un complejo bombardeado. A lo lejos, las columnas de humo negro ascienden en dirección al cielo. Basora está en llamas.

Argylle realiza un sondeo visual. A cincuenta metros a la izquierda hay un tanque, sus ocupantes han sido derribados hace unos minutos por una cortina de fuego de ametralladoras disparada por su equipo. Si Argylle logra llegar hasta el tanque, puede volver conduciéndolo y rescatar a los demás antes de que los iraquíes se acerquen.

—¡Cúbreme! —le grita al hombre que está junto a él mientras el polvo le fustiga la boca y los ojos.

—¿Cómo? ¡Ni hablar!

—Puedo llegar hasta allí, pero necesito salir ahora.

—Déjate ya de heroicidades.

Argylle siente el corazón desbocado.

—Está bien, lo haré sin ti.

Se lanza a la carrera, con la mirada fija en el abismo que tiene por delante, resollando y jadeando.

El ruido producido por el impacto de la artillería es ensordecedor.

—¡Cuerpo a tierra! ¡Joder, cuerpo a tierra, Argylle! —le grita Wyatt —. ¡Alto!

La orden se oye a pesar del ruido de metralla y del bombardeo lejano. Argylle se arranca las gafas de realidad virtual, asqueado.

—Argylle, Wyatt, regresen aquí. ¡Ahora!

Wyatt tira su simulador. Los dos hombres apenas se miran mientras

se dirigen hacia Will Hooper, el instructor de operaciones de entrenamiento.

—¿Qué narices les ocurre a ustedes dos?

—Este tipo no tiene ni idea de protocolo de combate, señor. Prácticamente no tiene formación militar. No es más que una carga.

—Podría haberlo conseguido, señor. Tenía el camino despejado.

Hooper levanta una mano. Es casi una cabeza más bajo que Wyatt, pero igual de corpulento; un tocho, musculado y fibroso, y con una ira apenas contenida.

—Todos ustedes, vengan aquí.

Los otros doce hombres dejan sus simuladores y se quitan las gafas de realidad virtual. La atmósfera de la sala se puede cortar con cuchillo.

—No debería tener que decirles esto, pero parece que hemos vuelto de cabeza a la guardería con ustedes, panda de perdedores, así que pónganse en posición fetal, métanse el dedo pulgar en la boca y escuchen atentamente. Este grupo de operaciones especiales no fue creado porque a Frances Coffey le pareciera que quedaban muy monos todos juntos; fue seleccionado con sumo cuidado. Ustedes son un equipo, ¿lo entienden? Y son un equipo porque yo lo digo. Cada uno de ustedes tiene una habilidad que el otro no tiene, aunque Dios sabe que hoy se han esfumado todas. Así que quiero que olviden que han conocido a Glenn Dabrowski. Olvídense de Isfahán. Empiecen a recordar por qué están aquí y para quién trabajan. Y, como primer paso, pueden salir esta noche a tomar una cerveza y comer una pizza. Juntos, como equipo.

Se oye un rumor de descontento, los presentes se lanzan miradas de soslayo. Nadie mira directamente a Argylle.

—Por cierto, no es una sugerencia. —Hooper tiene una forma de mirarte que parece el escáner del aeropuerto, te atraviesa con la mirada y ve lo que pasa en tu interior—. Es una orden.

13

Argylle no tiene ni idea de dónde está Perilli's. Los demás han estado entrando y saliendo de estas instalaciones durante meses, incluso años. Conocen hasta el último bar y puesto de comida en un radio de veinte kilómetros a la redonda de la hipervigilada verja de entrada de la base, pero nadie ha encontrado el momento para indicarle dónde se supone que han quedado para comer pizza.

No es que a él lo sorprenda, ni mucho menos. Nadie se ha desvivido por ser su colega del alma desde que ha llegado a Harvey Point. Tras aceptar la oferta de Coffey, todo sucedió muy deprisa. Hizo una llamada a Somchai, que seguía en Chiang Saen, para contárselo y decirle que se quedara con lo que quisiera de la cabaña de bambú. Luego viajó directamente a Virginia para someterse a seis semanas de entrenamiento intensivo en Camp Peary. Después, fue incluido directamente en este equipo del programa de iniciación en Carolina del Norte. Son catorce miembros, aunque Coffey le ha explicado que para las misiones individuales podría requerirse un grupo principal mucho más reducido. Para Argylle, que no fue a la escuela hasta los dieciséis, lo de pertenecer a un grupo no es algo que le salga de forma natural, pero al menos tiene la voluntad de intentarlo. A diferencia del resto de sus compañeros.

Se convence de que le da igual. Está acostumbrado a ser autosuficiente. Es lo que sabe hacer. El gigantón ni siquiera se molestó en disimular su desprecio cuando les endosaron a Argylle en el equipo para sustituir al desaparecido Dabrowski. Argylle no tiene ni idea de qué ocurrió en Irán. Lo único que sabe es que el equipo fue enviado a investigar una instalación nuclear en Isfahán y que algo salió mal. Les tendieron una emboscada incluso antes de acercarse. Y ahora, el tremendamente popular Dabrowski estaba encarcelado por delitos de

espionaje y Argylle había sido asignado a pesar de haber realizado solo una parte del entrenamiento que los demás ya habían completado, y todo el mundo odia las agallas que tiene.

—Ya cambiarán de opinión sobre ti —le había dicho Coffey cuando lo llamó un fin de semana, dos días después de su llegada a Carolina del Norte, y él le confesó que había cometido un gran error al ir.

A Argylle lo sorprendió el interés personal que la directora de operaciones de la CIA —quien, según sabe ahora, ostenta el cargo institucional no político de más alto rango dentro de la organización— le ha demostrado desde la primera llamada que le hizo allá por marzo. Cuando Argylle le preguntó si llamaba cada quince días a todos sus nuevos reclutas, ella se rio con su risa ronca y él supo, por su larga inspiración, que estaba dando una calada a su vapeador de nicotina.

—La verdad es que me recuerdas a mí. Yo también era una intrusa. Cuando empecé en los setenta, trabajaba en la biblioteca. Imagínate, sin formación en una academia militar, sin trayectoria en las fuerzas armadas, sin un título en lenguas de alguna universidad de la Ivy League. Solo yo en los archivos, año tras año. Pero ¿sabes lo que hay en los archivos, Aubrey? —Nadie lo ha llamado por su nombre de pila desde la muerte de sus padres. Es el nombre con el que se burlaron de él sin piedad en el colegio. Aunque, para su sorpresa, le encanta que Frances Coffey lo use—. Conocimiento. Eso es lo que hay en los archivos. Lo devoré todo. Engullí hasta la última letra. Y más que eso: aprendí todo lo que la Agencia ha intentado enterrar durante años de misiones secretas, los asesinatos que siempre negamos. Las misiones que, oficialmente, jamás existieron. Las misiones que fueron una rotunda catástrofe.

»El conocimiento es poder, y ese poder fue el que me impulsó y me hizo ascender hasta el puesto que ocupo. Aunque te diré que hubo muchas personas a las que no les hizo ninguna gracia. Ganarme el cargo me costó mucho más de lo que va a costarte a ti, te lo garantizo. Pero la verdadera cuestión es la siguiente, Aubrey: todo el mundo pasa por momentos en los que tiene la sensación de no encajar en el lugar. Incluso el famoso Woody Wyatt.

Cuando mentó a Wyatt, Argylle se desanimó.

—Ese tipo me odia.

Coffey no lo rebatió.

—¿Qué esperabas? Dabrowski era su colega y ahora cree que tú has llegado para sustituirlo. Además, lo dejaste como un imbécil en Chiang Saen. ¿Sabes cómo nos enteramos de eso?

—¿Porque le había pinchado el teléfono?

—Incorrecto. Porque él vino hasta aquí y nos lo contó. Eso es lo bueno que tiene Woody. Debajo de esa fachada de graciosillo es directo y no se anda con rodeos. No adornó la realidad para quedar mejor. Lo admitió todo. Pero eso no quiere decir que le gustara. Cuesta un poco ganarse su confianza, pero, en cuanto lo consigas, tendrás un amigo de por vida.

Argylle ve pocas pruebas de esa prometida amistad cuando por fin se presenta en Perilli's, en el pequeño pueblo de Hertford, a dieciséis kilómetros de la base.

Los otros han llegado antes que él y ya han entablado una animada conversación que se interrumpe en cuanto Argylle entra. Escribe en código morse «SOS» palmeándose el costado de la pierna, algo que le enseñó su madre. «Te sorprendería la cantidad de veces que tú mismo puedes responder a tu llamada de socorro», le dijo.

No esta vez.

Argylle escudriña la mesa alargada en busca de un rostro amigo o, en caso de no haberlo, de un sitio libre. Sin embargo, parece que todas las sillas están ocupadas. Localiza a Brandon Reynolds, que acaba de terminar la universidad, y a Mia Matsyuk, alta y espigada, con las muñecas tan delgadas que Wyatt se las podría partir con las manos. Está el canadiense de ojos tristes, Alex Kellerman, y Jim Ryder, el mecánico de calvicie incipiente. Y muy al fondo, el tipo con las cicatrices en las mejillas, Eric Lawler, un veterano de la guerra de Afganistán muy nervioso cuyas heridas le fueron infligidas durante un ataque en el que, por lo visto, la mitad de su patrulla cayó muerta o fue apresada.

Justo cuando se está planteando dar media vuelta y marcharse por donde ha llegado, se produce cierto movimiento en el fondo. Una joven corpulenta y musculosa, con una mata impresionante de

compactos rizos negros y una ajada chaqueta de motorista se pone de pie y, sin mediar palabra, levanta una silla de la mesa que tienen detrás.

—Muévete, Schneider —le dice al hombre de piel cetrina que se sienta a su lado, que obedece, aunque si dieran un premio por acceder a algo de mala gana, él se lo llevaría sin dudarlo.

La joven mira a Argylle y asiente en silencio. Él toma asiento. Espera que la gratitud que siente por haber sido rescatado no resulte muy evidente e intenta recordar su nombre, pero se queda en blanco.

—Gracias —murmura mientras se acomoda en la silla.

—Bueno, con todo el mundo peleándose para ver quién se sienta a tu lado, me siento honrada de que me hayas escogido a mí —responde ella con gesto impávido.

—Ya lo pillo. Bueno, gracias de todos modos…, creo.

Levanta la carta de pizzas.

—No tienes idea de quién soy, ¿verdad?

—Claro que sí. Eres… ¿Karla?

Ella le lanza una mirada desdeñosa de soslayo.

—Nos dijeron que eras un tío listo, una flecha, un sabelotodo, ¿y ni siquiera recuerdas mi nombre? Menuda forma de impresionarme, novato.

Argylle se siente humillado. Ella tiene razón.

—Lo siento.

—Para tu información, me llamo Keira. Keira Carter. Estoy en el CCI. —Ella se fija en su expresión de pasmo—. Es el Centro de Cíber Inteligencia. Pero por algún motivo acabé siendo asignada a este grupo de pazguatos. No es que me dieran la oportunidad de escoger.

—¿Así que no estuviste en la misión de Irán?

—No. De haber estado, a lo mejor no habría salido como una mierda.

Argylle disimula una sonrisa. Carter tiene una energía tremenda.

—Me he dado cuenta de cómo nos miras. Tienes que trabajarte más la cara de póquer. La verdad es que lo de Isfahán se fue al garete porque nuestra información secreta podía ser descifrada por un niño de diez años con un libro de *Descodificación para Dummies.* Por eso

acabé en este lugar un par de meses antes que tú.

Ah, de modo que Carter es la friki de la informática. Tiene sentido. Argylle sabe apañárselas con un ordenador, pero se le escapan por completo los entresijos de la codificación y la encriptación de mensajes.

—En realidad, no lo has entendido. —Los ojos de Matt Schneider, tan juntos que resultan desconcertantes, parpadean al mirar a Carter y a Argylle—. La misión en Isfahán se fue al garete porque los iraníes iban por delante de nosotros en cada paso que dimos en el puñetero camino. Porque había un puto topo en el equipo informando de todos nuestros putos movimientos a los jefazos rusos.

Cuando termina de hablar se hace un silencio absoluto en la mesa y Argylle percibe con incómoda claridad la mirada de trece pares de ojos vueltos en su dirección. Sin una pizca de expresión amistosa apreciable, por cierto.

—Y para que las cosas queden bien claras, ese topo no es Dabrowski, de ninguna manera.

Durante todo este tiempo, Wyatt ha sido el centro de atención en el otro extremo de la mesa, entre risas y bromas. Pero ahora su expresión es completamente seria.

—Sí, claro, entonces ¿cómo es que Dabrowski está cumpliendo condena en una prisión de máxima seguridad?

Matt Schneider no es tan imponente como Wyatt, pero sus marcadas facciones afiladas, como las de un hurón, dan pocas ganas de querer cabrearlo.

—A Dabrowski le tendieron una trampa.

Coffey no bromeaba cuando dijo que Wyatt era leal a sus amigos.

—Y deja de cotorrear sobre el equipo con los extraños —añade Wyatt, haciendo un gesto en dirección a Argylle.

Argylle se muerde el labio inferior. Cada vez que intenta darle a Wyatt el beneficio de la duda, él encuentra una nueva forma de mosquearlo.

—Venga ya, Wyatt —le dice la mujer que tiene sentada a la izquierda—. Carter y Argylle ahora forman parte del equipo. Dales un respiro.

Argylle ya se ha fijado en ella antes. Mide poco más uno setenta, tiene unas pobladas cejas castañas sobre unos ojos que cambian de marrón a verde, dependiendo de la luz, y una nariz larga y afilada que divide su rostro angosto. No posee un atractivo convencional. Con todo, le gusta mirar la forma en la que tuerce la boca antes de reír y cómo se mete con los demás sin llegar a ser cruel en ningún momento.

Él asiente, agradecido, y se ve recompensado con una sonrisa fugaz que ella esboza antes de desviar la mirada. Wyatt, que los observa, frunce el ceño.

—Bueno, pues yo, por una vez, estoy encantado de tener sangre fresca en el equipo —dice alguien sentado al centro de la mesa arrastrando las palabras, con un cantarín acento del sur de Estados Unidos—. Vosotros me estabais matando del aburrimiento, sin ánimo de ofender.

Asoma un rostro, alguien que se inclina sobre el mantel a cuadros y una elegante mano saluda de forma casual en dirección a Argylle.

Él ya se había fijado en ese tipo con anterioridad.

¿Cómo no iba a hacerlo?

Dos metros de alto, con un cuerpo ágil y grácil y la cabeza rapada. Noah Washington destacaría en cualquier lugar, y mucho más en el ambiente machista del campo de entrenamiento de Harvey Point.

Al principio, Argylle lo había tomado por un recién llegado como él, convencido de que alguien tan peculiar no sobreviviría en un programa plagado de normas y exigencias. Pero descartó la idea en la primera misión de prueba. Washington es sin duda alguna el mejor tirador de todos. No solo eso, tiene un estilo de combate único que combina la fuerza grácil y la agilidad con una precisión letal. Argylle —quien también posee una técnica propia, suma de elementos del muay thai, la eskrima, el vo thuat y el pecak silat, aprendidos en los diversos países del sudeste asiático en los que vivió de niño— intentó felicitarlo en una ocasión por ello, pero Washington le restó importancia. «Cariño, cuando tienes la pinta que yo tengo y vienes de donde yo vengo, aprendes a luchar rápido y bien».

—No tengo ningún problema con la sangre fresca —los interrumpe Schneider—. Incluso Carter, aquí presente, ha pagado sus deudas,

¿verdad? Todos sabemos por qué está aquí. Pero ¿este tío? Seis semanas de preparación física, cero misiones de entrenamiento. ¿Es que eres el pimpollito de Coffey, Argylle? ¿Te la estás tirando? ¿Es eso?

La llegada de la pizza le ahorra a Argylle el mal trago de contestar. Durante la cena, Wyatt cuenta una anécdota sobre una cita a ciegas en la que, al ser rechazado, con su metro ochenta y cinco y sus más de cien kilos de músculo, la mujer lo miró de arriba abajo y le dijo: «No te ofendas, pero prefiero a los hombres un poco menos… evidentes».

Mientras los demás ríen, Argylle recuerda lo que le contó Coffey sobre cómo Wyatt había admitido la humillación sufrida en Tailandia. Durante un instante se replantea lo que piensa de él, si lo estará juzgando mal. Sin embargo, que alguien sea capaz de reírse de sí mismo no significa que no sea un rematado imbécil.

—Ella tiene razón en eso, tío —dice el hombre sentado delante de Wyatt, un tipo mayor y reservado con un mechón blanco en su pelo castaño y profundas marcas de expresión—. Algunas veces las mujeres solo buscan un poco de sofisticación sutil. —Se recoloca una pajarita imaginaria.

—Sigue soñando, Corcoran.

—¿Por qué escribes a todas horas? —le pregunta Carter a Argylle levantando un trozo de pizza grande como su cabeza y recuperando las hilachas de queso fundido para comérselas—. Se rumorea que en realidad eres un periodista de incógnito preparando un artículo de revelación sobre nuestro día a día. Si es para *Vanity Fair*, exijo un estilista y aprobar las fotos que publiquen.

Argylle se encoge de hombros.

—Es una costumbre.

Por un instante se plantea contarle la verdad, pero no soporta las preguntas.

—Claro que la hipótesis ganadora es que lo estás apuntando todo para chivárselo a Coffey.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Carter tira una bola de masa al aire y la atrapa con la boca.

—Porque eres un títere enviado para averiguar qué salió mal en la

misión de Irán. Por eso te has saltado el entrenamiento en el que todos nos hemos dejado la piel.

No debería dolerle, pero lo hace.

—Ya saben por qué salió mal la misión de Irán. Dabrowski nos traicionó. Por eso está en el trullo, que es su lugar.

—Eso ya lo sé, Argylle. Y, muy en el fondo, los demás también lo saben. Pero eso no significa que les guste. Este asunto nos ha hecho sospechar de todo el mundo. Y tú, amigo mío, eres el primero en la lista de sospechosos.

—¿Debería preocuparme?

Carter sonríe mostrando todos los dientes; la amplia sonrisa le parte el rostro por la mitad.

—Tú camina con la espalda bien pegada a la pared, es lo único que te digo.

—Creen que soy una especie de chivato, que estoy pasándole información a usted. Nunca voy a caerles bien.

—Tranquilízate, Aubrey. Solo lo dicen para provocarte. No es necesario que nadie nos informe. Ya tenemos al hombre que buscábamos. Se llevó a cabo una investigación completa y no cabe ninguna duda de quién los traicionó. Glenn Dabrowski va a pasar una larga temporada en la cárcel.

Argylle patea el suelo con furia. Está dando vueltas por el pinar que rodea el exterior de las dependencias donde duerme el equipo, un término eufemístico para describir los alargados cobertizos prefabricados de chapa corrugada (para hombres y mujeres), con hileras de literas, cada uno de ellos con un austero baño en un extremo. Harvey Point —un cordón litoral de cinco kilómetros cuadrados que se adentra en el vasto estuario de Albemarle Sound, en el condado de Perquimans, Carolina del Norte, a orillas del océano Atlántico norte— fue utilizado por el ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial para organizar la vigilancia antisubmarinos y como pista de despegue de hidroaviones. Desde entonces ha sido un complejo gubernamental de alta seguridad, ya

que su ubicación remota, además de sus dos aeródromos y una gran extensión de campos y bosques, lo convierten en la localización perfecta para el entrenamiento en la lucha contra el terrorismo y la formación con explosivos. Y está apartado del resto del mundo, lo cual incrementa la sensación de aislamiento de Argylle.

—En primer lugar, por el amor de Dios, le pido que no me tutee ni me llame por mi nombre de pila cuando los demás estén delante. Ya tienen suficientes motivos para criticarme, no necesitan más.

—Por supuesto, si eso es lo que quieres.

—Pues claro que es lo que quiero. Y en segundo lugar, me da igual si lo hacen para provocarme. Lo que importa es que usted me está pidiendo que ponga mi vida en manos de un puñado de gilipollas que me odian a muerte.

Se da una palmada en el muslo, pero eso no ayuda. Lo que de verdad necesita es fumarse un porro, pero Coffey le ha dejado muy claro que eso ya no puede volver a pasar, no si quiere seguir formando parte de esta organización.

Lo cual, en este momento, es algo que no tiene nada claro.

14

Argylle está tumbado boca abajo sobre la tierra cuarteada, con la nariz y la boca llenas de polvo.

—Adelante —le susurra Wyatt al oído.

Argylle no responde, se limita a hacerle un gesto a su compañero para que se detenga. Necesita centrarse. Desde su posición detrás de un arbusto bajo solo puede distinguir, a duras penas, la silueta desplomada de Keira Carter, esposada al poste del porche de una cabaña de madera en una zona especialmente apartada del complejo. Es un cálido día del mes de mayo, y la suma del calor y la falta de sueño lo obligan a realizar un gran esfuerzo para concentrarse al máximo.

Durante los últimos días y noches de este ejercicio de entrenamiento los han llevado al límite de su fuerza física: han corrido kilómetros cargados con mochilas y dormido durante breves descansos de cuarenta minutos, ocultándose durante horas en posturas imposibles e incómodas. Para los veteranos, con meses o años de entrenamiento y misiones completadas a sus espaldas, ha sido agotador, pero Argylle, que solo cuenta con la formación más básica, ha necesitado hacer acopio de toda la resiliencia posible y de una obstinada determinación. Los dividieron en grupos al principio del ejercicio, y solo les habían dicho que tenían que recuperar un lápiz de memoria oculto en algún lugar del cuartel general del equipo enemigo; el objetivo era intentar conseguirlo sin acabar como rehenes, como le ha ocurrido a Carter.

Argylle lidera su equipo, lo que ha enfurecido a Wyatt.

—Adelante —le susurra de nuevo en el oído—. ¿A qué narices estás esperando?

Argylle, quien a pesar de su mínimo entrenamiento aprendió mucho

sobre instinto e intuición de sus padres, que siempre estaban alerta, intenta impedirle el paso.

Mientras se centra en la cabeza gacha de Carter, repasa mentalmente las últimas posiciones conocidas de los miembros del equipo contrario.

—Todavía hay alguien en la cabaña.

—No, no hay nadie —niega Wyatt con tozudez.

—Creo que es una emboscada.

—Los hemos visto marcharse.

El intercambio susurrante es articulado cada vez con más rabia. A estas alturas ya llevan tres días de ejercicio y tienen los nervios de punta. Aguantan a base de café y adrenalina.

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

Argylle mira por encima del hombro. Wyatt lo mira igual. Durante un instante solo se oye el silencio que precede a una discusión. Entonces, Argylle actúa; se levanta de golpe y sale corriendo hacia la puerta a pesar de saber, incluso antes de haberse incorporado del todo, que eso acabará siendo un error.

Tal como había previsto, la puerta se abre de golpe.

—¡Saca la pistola! —le grita Wyatt.

La mano de Argylle se dirige hacia la Glock que lleva en el cinto, pero no la saca, ni siquiera cuando Schneider sale disparado de la cabaña seguido por el resto de su equipo: primero, Martin Casner, un corpulento tejano; luego, Brandon Reynolds, que tiene veintidós años pero parece más joven, y por último la delgada Mia Matsyuk.

—¿Qué haces, tío? Saca la puñetera pistola.

En lugar de eso, Argylle entra con los pies y los puños por delante. Todos los reclutas de la CIA aprenden rudimentos de krav magá, la letal disciplina israelí de combate que combina artes marciales con boxeo y lucha libre, que Argylle acompaña con todo lo que aprendió de niño.

Aunque sus padres eran pacifistas, le inculcaron la necesidad de saber defenderse. Pradal serey, lethwai, muay thai. Aprendió todas esas disciplinas. Ahora que sabe más sobre la vida secreta de sus padres entiende el porqué, pero de niño ni siquiera se lo cuestionó. Se

limitaba a disfrutar de la actividad física que implicaba cada práctica, la forma en que una acción se fundía con la siguiente. Era como el ajedrez, una vez que conoces las distintas secuencias, la táctica de tu oponente para combatirlas y qué respuesta deberías dar tú, las diferentes permutaciones se abren ante ti y se transforman en una auténtica danza.

Si ambos combatientes conocen las reglas.

Pero Schneider no las conoce.

En cuestión de segundos, tras la patada giratoria de Argylle, Schneider cae desplomado; ha perdido la pistola, que está en el suelo, sobre el polvo, a un par de metros de distancia. Sin embargo, Argylle, arrodillado sobre los brazos de Schneider para retenerlo, no puede encargarse del resto de los miembros del equipo enemigo, que se encuentran muy cerca de su líder derribado. Además de Casner, Reynolds y Matsyuk, también está Asif Samra, el ingeniero de voz susurrante.

Wyatt, que ha ido pisándole los talones a Argylle, podría haber tenido una oportunidad de disparar si su campo de visión no hubiera quedado bloqueado por Argylle y Schneider. En lugar de eso, no tiene más alternativa que abalanzarse con todo el cuerpo sobre Casner, quien ya empuña su pistola.

Una milésima de segundo después, Argylle oye la detonación que indica que alguien ha sido abatido. Mira a su alrededor y ve la reveladora mancha del perdigón de tinta roja en el chaleco de camuflaje de Wyatt.

—Pero ¡qué cojones…!

Cuando te dan, las normas dictan que te dejes caer, pero Wyatt no lo hace. Empieza a dar vueltas con el rostro morado de rabia.

—De verdad, Argylle, ¿qué cojones has hecho?

Todo frena en seco. Los que estaban combatiendo hace un minuto empiezan a discutir. Nadie ha dormido y están desquiciados.

Se oyen muchos gritos y, en pleno barullo, aparece Erin Quinn con un aspecto sorprendentemente relajado y agitando algo en el aire.

Algo pequeño y con la forma de un lápiz de memoria.

—Te has lucido, Escobar —le suelta Wyatt con los dientes

apretados.

Coffey le había asegurado que solo un puñado de personas de la Agencia conoce la verdad sobre su pasado y la auténtica ocupación de sus padres. Sin embargo, el hecho de que Wyatt sea uno de ellos lo enfurece. ¿Quién es este intolerante paleto de pueblo para juzgar a su familia? No sabe nada sobre ellos.

De pronto todo le parece demasiado: que sus padres estén muertos, que los eche de menos, que no fueran quienes creía que eran, que, aun así, sean sus padres, y que él haya acabado en este sitio, teniendo que defender a unas personas que jamás lo entenderán. Impulsado por la frustración, hace acopio de la energía que le queda, la deja fluir por todo el cuerpo y se levanta de golpe para proyectarla hacia el codo, que le clava directamente a Wyatt en el cuello rollizo.

El gigantón se tambalea; lo ha pillado por sorpresa y parece que va a caer. Por un instante, Argylle sale de su propio cuerpo y ve la escena desde fuera, como si estuviera contemplándola en una película. Wyatt vuelve a enderezarse y empieza a bufar como un toro. «Oh, mierda», es lo único que le da tiempo de pensar al Argylle extracorpóreo antes de recibir el fuerte golpe —¡pam!— que lo tira al suelo. Ahora solo nota el peso demoledor de Wyatt encima, que lo deja sin aire en los pulmones.

—¿Qué narices está pasando aquí?

Will Hooper, que ha estado supervisando el ejercicio desde uno de los puestos de vigilancia de madera desperdigados por el territorio, ha salido de su posición de incógnito para reprender a Wyatt. Argylle se endereza y se lleva las manos a las magulladas costillas.

—¿Os creéis que estáis en el patio del colegio? ¿Es que esto os parece un juego?

Hooper los mira a ambos alternativamente, adelantando la barbilla y con los ojos saliéndose de las órbitas.

—¿Y bien?

—No, señor.

Wyatt y Argylle clavan la vista en el suelo, con los hombros caídos; son dos colegiales, tal como los acaban de definir.

—Los dos, a mi despacho. Ahora.

Argylle se siente fatal. No suele perder los nervios con tanta facilidad. Siempre ha preferido observar y sopesar antes de reaccionar. ¿Cómo va a convenirle este lugar cuando le hace comportarse como si no fuera él?

El despacho de Hooper es un cobertizo prefabricado próximo a la cantina. Tiene una mesa de escritorio y un ordenador que, a juzgar por los papeles apilados junto al teclado, no debe de usar mucho.

—Por el amor de Dios, ¿qué acaba de ocurrir? —Cuando Hooper está enfadado se le marca mucho la vena de la frente.

—Lo siento —masculla Argylle—. He empezado yo.

Wyatt no piensa tolerarlo.

—Porque yo lo he provocado —dice, como si no quisiera que Argylle se llevara todos los honores.

Pero cuando Hooper le pregunta qué ha dicho, él mantiene la boca bien cerrada.

—¿Por qué no has sacado el arma, Argylle? —exige saber Hooper.

Argylle cambia el peso del cuerpo de un pie al otro, sin atreverse a mirar a los hombres que, con sus mandíbulas cuadradas y sus espaldas anchas, han ascendido por la vía dura. Argylle ya sabe que Hooper también pertenecía a los Navy Seal antes de unirse a la División de Actividades Especiales.

—Me crie en un hogar en el que no gustaban las armas —empieza a decir por fin—. Mis padres eran pacifistas.

A su lado, Wyatt suelta una risotada. Argylle siente que se le enciende la cara pero oye la voz de su padre: «La industria armamentística es responsable de muchas desgracias en el mundo».

—¿Pacifistas? —Will Hooper pronuncia la palabra como si fuera un término de otro idioma que le cuesta pronunciar—. Y, a pesar de eso, ¿decidiste que tu vocación era la CIA? ¿Qué crees que hacemos aquí, hijo? ¿Preparar galletitas?

Argylle vuelve a intentarlo.

—Mis padres entendían que el mundo no es un lugar perfecto y que hay que saber defenderse, pero creían que el combate cuerpo a cuerpo es más… noble, supongo.

En cuanto pronuncia ese adjetivo se arrepiente de haberlo usado.

Hooper se coloca delante de Argylle de modo que sus caras quedan casi pegadas. Aunque el instructor es más bajo, hay una fuerza compactada en el interior de su cuerpo musculado que le otorga una presencia imponente.

—Esto es la CIA, Argylle. No nos dedicamos a ser nobles. Nos dedicamos a tener éxito y a cumplir con el trabajo. Si Frances Coffey no te hubiera recomendado, tú y tu mierda de filosofía a lo Bruce Lee estaríais fuera de aquí antes de que supieras quién te ha dado la patada. Tal como están las cosas, tendrás dos horas extra de entrenamiento con armas cada noche, cuando los demás se vayan a dormir. ¿Lo has entendido?

Al salir del despacho de Hooper, Argylle y Wyatt están a punto de echar la bilis.

—Venga —dice Argylle—. Escúpelo. Sea lo que sea que tengas que decir.

Wyatt lo mira de soslayo. Niega con la cabeza, pero se lo piensa mejor.

—No me gusta hablar mal de los muertos, pero tus padres eran unos hipócritas de cojones, tío. Está muy bien que no quisieran mancharse las manos con las armas, pero ¿qué pasa con los otros tíos de la cadena? ¿Qué pasa con el pobre chaval mexicano cuya única forma de ganar unos pesos es traficar para una banda? ¿Crees que él puede permitirse el lujo de tener principios? ¿Sabes lo que pienso, Aubrey? ¿Qué te pasa? ¿Te crees que no lo sabía todo sobre ti antes de que me enviaran a ese bar de mala muerte en Tailandia para conocerte? Lo que pienso es que tus padres eran un buen montón de mierda.

Argylle siente cómo va recuperando la energía. Se queda mirando a Wyatt; se fija en un punto de su nariz y se imagina el crujido que producen el cartílago y el nervio al ser golpeados con el codo. Y se aleja caminando con paso firme.

La rabia lo conduce hacia lo más profundo del pinar, donde la temperatura cae por la densa sombra. Lleva las manos, cerradas en puños, metidas en los bolsillos. Wyatt sí que es buen montón de mierda. No sabe nada sobre la vida de Argylle ni la de su familia.

Sin embargo, cuando la rabia amaina, lo asaltan las dudas. Las

preguntas sobre por qué ha conseguido mantenerse a raya durante los pasados años desde que regresó a Tailandia para enterrar a sus padres y un jefe de policía, con cierta empatía, le había informado de que no era el hijo de unos exportadores de la industria textil y de que toda su vida había sido una mentira.

Porque Wyatt tiene razón, ¿no es así? Sus padres eran unos hippies de corazón, convencidos de que la marihuana con la que traficaban era más beneficiosa que perjudicial y que tarde o temprano la ley se ajustaría a su filosofía. Estaban abiertamente a favor de la legalización y en contra de la violencia. Argylle recuerda que, en un mercado callejero de Hanói, su madre, con sus ojos marrón claro, le habló de la guerra de Vietnam; le contó que los jóvenes estadounidenses fueron enviados al campo de batalla para atacar a civiles desarmados por razones que jamás entendieron.

No obstante, al mismo tiempo sus padres dirigían una operación de tráfico de drogas por valor de millones de dólares. Debían de saber, sin duda, que aunque considerasen la droga beneficiosa, el proceso de ponerla en manos de aquellos que la querían comprar estaba manchado de sangre.

Se detiene bajo unos árboles y se agacha; de pronto, le entran ganas de vomitar. Evoca imágenes fugaces de su infancia, pero por primera vez no encuentra consuelo en ellas. Durante todo ese tiempo, sus padres aparentaron ser quienes no eran. Y ahora jamás sabrá qué tipo de personas fueron en realidad.

Entonces lo recuerda. La escena que, en el momento de producirse, le pareció tan improbable que más adelante dudó si la había soñado. Durante el último curso de Argylle en la escuela, poco después de que su padre le hubiera hecho una visita inesperada mientras estaba en Reino Unido «por negocios», su tutor le había dicho que habían llegado dos hombres preguntando por él. «Pero lo raro es que han preguntado por alguien apellidado Major», le contó a su padre por teléfono, refiriéndose al apellido familiar que había cambiado hacía algunos años. Su padre le había quitado importancia, pero una semana más tarde había llegado una misteriosa postal de Tailandia. «Si nos ocurre algo, en The Kingsman Arms preparan un Cosmopolitan

delicioso. Los ingredientes son lo de menos; lo que importa es el toque especial».

No tenía sentido que su padre, quien rara vez bebía, hubiera oído hablar del pub cutre situado cerca del colegio. Argylle se recordó a sí mismo preguntarle sobre el mensaje misterioso la próxima vez que hablaran, pero entonces se produjo la llamada demoledora en la que le informaron de la muerte de sus padres.

Los días siguientes los pasó aturdido por los trámites, pero la víspera de su regreso a Tailandia, un Argylle todavía en shock recordó la postal y se escapó al pueblo.

Entrar en el pub esa noche directamente desde la escuela fue como cruzar de un mundo a otro. En el interior había pequeñas mesas redondas con lámparas de luz roja encima y paredes forradas con paneles de madera. Había una diana para tirar dardos y una pizarra negra donde se anunciaba EL MEJOR ASADO DOMINICAL DE INGLATERRA. Los pocos parroquianos que había, la mayoría hombres, estaban pegados a la tele viendo al Chelsea darle una paliza al Arsenal. Apenas miraron a Argylle cuando entró.

Con todo, actuó con precaución. En un lugar como ese, uno no pide un cóctel sofisticado. Una mirada rápida al barman no contribuyó mucho a calmar sus nervios. Alto, con una extraña chaqueta de cuello Mao y un estrambótico corte de pelo, de punta de frente para arriba y plano por encima, el hombre resultaba tan imponente como peculiar.

Argylle tragó saliva y se sentó en un destartalado taburete de plástico rojo delante del grifo dispensador de cerveza negra Guinness.

—Un Cosmopolitan con un toque especial, por favor.

El barman levantó la vista, lo miró con sus ojos verdes y expresión divertida, y Argylle fue muy consciente de su aspecto de chico delgaducho de diecisiete años y de su pelo largo y despeinado, que en la escuela insistían que se recogiera en una coleta con una goma elástica.

—¿Tú crees que esto tiene pinta de club o de pub?

A pesar de todo, no percibió malicia en la voz del hombre.

—Vale. Pues no me ponga el vodka, ni el Cointreau ni el zumo de grosella. Solo el toque especial.

Argylle se alegró de haber buscado los ingredientes del Cosmopolitan antes de salir. Hombre prevenido vale por dos. Sin embargo, contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta del barman y se sintió aliviado cuando una sonrisa le curvó las comisuras de los labios.

—Marchando.

El barman metió la mano por debajo de la barra y, para sorpresa de Argylle, sacó una cajita plana que empujó hacia su cliente menor de edad.

—Debes de estar metido en un buen lío si te han enviado hasta mí, cariño. ¿Cómo te llamas?

Argylle no estaba seguro de si le había impactado más lo de «cariño» o lo que había dicho el hombre.

Intentó que no le temblaran los dedos al abrir la caja, aunque no pudo evitar un grito ahogado cuando vio el contenido.

—Aubrey —respondió con un hilillo de voz y la mirada clavada en la pistola colocada en el interior de la caja que tenía delante—. Aubrey Argylle.

Un cliente se levantó de una mesa cercana y el barman cerró la tapa de la caja con disimulo.

—Bueno, Aubrey —siguió hablando cuando el cliente desapareció por una puerta angosta del fondo con el cartel de CABALLEROS—, creo que deberías coger tu juguete nuevo y marcharte.

Pero durante esa breve pausa, Argylle ya había tomado una decisión.

—Gracias, pero no voy a necesitar esto —dijo con toda la firmeza que pudo, y empujó la caja hacia el barman por encima de la barra.

El hombre enarcó una ceja y se quedó mirando al chico con interés; fue como si se entendieran sin hablar. Luego se encogió de hombros y retiró la caja de encima de la barra para volver a esconderla en la parte inferior.

—Como tú quieras, cielo.

Argylle recuerda que tenía el corazón desbocado al salir del pub, pero que, por primera vez desde que se había enterado de la muerte de sus padres, tenía cierta sensación de control. Hasta que regresó a

Chiang Saen no tuvo ni idea de cuál era la auténtica situación, pero sí sabía que en aquel pub se había enfrentado a una encrucijada y que el camino escogido tendría repercusiones durante el resto de su vida. Y, aunque su padre hubiera intentado protegerlo, sabía que su madre habría aprobado su decisión.

Ahora se encuentra ante una nueva encrucijada.

Y está a punto de tomar una decisión distinta.

Sus padres están muertos. Él no necesita vivir su vida en constante referencia a la de ellos, lo que habrían hecho o dejado de hacer. Argylle forjará su propio destino.

Sin embargo, eso no significa renunciar a su recuerdo ni a todo lo que le aportaron.

Más tarde, esa misma noche, llama a Frances Coffey.

—¿Recuerda que le dije que no me llamara por mi nombre de pila? Quiero que lo olvide.

—¿Estás seguro? Hay gente que podría usarlo en tu contra.

—Que lo hagan. De todas formas, Wyatt ya lo sabe.

—Sí, pero no se lo ha…

—Estoy harto de sentirme avergonzado. Sé que mis padres no eran perfectos, pero yo los quería y no me disculparé por ello. Dios sabe que tengo poco más para recordarlos. Prefiero morir antes que enterrar el nombre que me pusieron para que algún don nadie como Matt Schneider no se burle de mí. Escuche —añade—, por lo que sé, ustedes están a punto de echarme de todas formas, pero si me quedo, quiero que sea con mis condiciones. Y si a los demás no les gusta, como diría Wyatt, que les den por el culo.

15

Pasadas unas horas, Woody Wyatt vuelve a estar, a regañadientes, en el despacho de Hooper. Le han fastidiado un encuentro bastante prometedor con Erin Quinn, y eso que a él no le va lo de ligar con una componente de su propio equipo. Eso es terreno vetado. Además, ya tiene experiencia en rupturas lo bastante amargas como para entender que es preferible que quien debe guardarte las espaldas no quiera pegarte una puñalada trapera. Sin embargo, este es un equipo interno de la Agencia y, cuando la misión se haya acabado, seguramente volverán a separarlos; por lo tanto, Wyatt considera que tiene vía libre.

Quinn y él habían estado sentados en la parte trasera del barracón de las mujeres, compartiendo una cerveza que ella había colado en los dormitorios. Esta parte del entrenamiento se centra en la resistencia y la fortaleza físicas, y los botellines de Coors no están bien vistos en esa situación. Pero Erin Quinn tiene sus armas secretas. Haber nacido en una familia empapada por la cultura de la CIA —su padre, recientemente fallecido, fue un héroe de la Agencia que cayó en el ataque con bomba de un terrorista suicida poco después de que Estados Unidos entrara en la guerra de Irak—, hace que Erin Quinn se mueva como pez en el agua por el Point y casi todos los demás puestos avanzados de la CIA. En el pueblo más próximo, los dueños de los bares y los camareros la saludan por su nombre de pila.

Por eso Wyatt no se alegró de que Asif Samra, el amable ingeniero del equipo, lo avisara de que Hooper andaba buscándolo.

Con todo, ahí está él. También se han personado Mike Randall y Frances Coffey, aunque participan de forma remota a través de una pantalla cortesía de Bright Eyes, el sistema de videoconferencia altamente encriptado de la Agencia con un servidor exclusivo tan

secreto que no deja rastro alguno en la red.

Hooper está informando a toda prisa a los otros dos de lo ocurrido hace unas horas y deja muy claro que considera que Argylle no es adecuado para la misteriosa misión que tienen por delante.

—A lo mejor es apto para algún trabajo de despacho —afirma—, pero sin la formación adecuada en armamento, el chaval es tan útil para el equipo como una parrilla hecha de chocolate.

Coffey está muy seria y aprieta con fuerza los labios.

—¿Dice que tumbó a Matt Schneider? —pregunta Randall.

Está tomando notas mientras hablan, y Wyatt sabe, sin necesidad de verlas, que sus anotaciones serán claras y precisas, lo contrario a las suyas.

—Mire, no estoy diciendo que el chaval no tenga algunas habilidades en lo relativo al combate sin armas —dice Hooper—. De hecho, no me importaría que me enseñara algunos de los movimientos que usó.

—Pero eso no sirve para una mierda si no es capaz de coger una pistola cuando estamos entre la espada y la pared —lo interrumpe Wyatt.

—Entiendo —admite Coffey pausadamente—. Pero, Will, ¿ya le has dicho que debe realizar un entrenamiento adicional para el manejo del armamento? Estoy segura de que no tardarás mucho en ponerlo al día.

Hooper se encoge de hombros.

—Solo si accede a realizar el entrenamiento.

—No querrá comprometer sus principios —opina Wyatt, quien todavía está molesto por haber perdido en el ejercicio.

En general, Wyatt suele mostrarse relajado, no se toma a sí mismo muy en serio. Sin embargo, tiene una vena competitiva que, en ocasiones, lo sorprende incluso a él mismo. Siempre ha sido así: era el niño que hacía el tonto en el fondo de la clase, pero una vez en el campo de fútbol o en la pista de atletismo, se transformaba. Lo hacía sin dejar de mirar hacia las gradas, con la esperanza de captar algún destello de orgullo en el rostro de su padre. Wyatt cree que la mayoría es así en la Agencia. Es casi un requisito obligatorio para el trabajo. Pero ¿Argylle? Todavía no tiene muy claro si lo mueve la

competitividad u otra cosa. No es el patriotismo; es un hombre criado sin patria. Tampoco es por sus fallecidos padres hippies. Entonces ¿qué lo ha traído exactamente hasta este lugar? Y, una vez aquí, ¿qué está haciendo que se quede?

—¿Cuál es tu veredicto, Woody? —le pregunta Coffey en ese momento, moviendo la mandíbula como si se estuviera mordiendo la cara interna de la mejilla.

Su forma de preguntarlo es peculiar, como si depositara toda su fe en la valoración del hombre, lo que hace que Wyatt decida dejar de lado su antipatía personal.

—O bien se convierte en el mejor recluta que usted ha tenido jamás… —Deja la frase inconclusa, pensando en la mejor manera de expresar lo que quiere decir.

—¿O…? —lo anima ella.

—O caerá derribado ante el primer obstáculo y nos arrastrará a todos detrás.

16

Hay dos horas de viaje en helicóptero desde el punto de partida hasta la parte más alta del río Gauley, trayecto que se hace el doble de largo cuando nadie te habla. Argylle se convence de que eso da igual. Se ha pasado la vida entera siendo el extraño, ¿por qué iba a empezar a molestarlo ahora?

El helicóptero de Operaciones Especiales tiene siete hileras de asientos dobles a cada lado con un pasillo en medio. Desde atrás, puede oír a Wyatt hablando en voz baja con Erin Quinn y luego la oye a reír a ella. En cada par de asientos van dos personas, salvo en el suyo. «Pues muy bien —piensa—. Así tengo más espacio». Para demostrarlo, estira sus largas piernas en diagonal sobre los dos asientos de lona con respaldo alto y coloca los brazos por encima de la cabeza. Del otro lado del pasillo, Mia Matsyuk le dedica una sonrisa tímida e íntima. La chica es una especie de enigma. Contenida y ligeramente distante. Argylle ha oído que vivió en Rusia durante siete años y que, como él, habla el idioma con fluidez, pero no entabla conversaciones personales. Junto a ella, Eric Lawler tiene las piernas separadas en dirección al pasillo y taconea con nerviosismo el suelo del helicóptero con el pie izquierdo. Al igual que Matsyuk, Lawler no es muy dado a la charla y Argylle sospecha que las cicatrices de su tiempo en Afganistán no son solo físicas.

Argylle cierra los ojos y se da cuenta de que está pensando en los seis meses en los que sus padres y él vivieron en Pondicherry, India; evoca las villas francesas de color pastel con sus balcones con arcadas y sus paredes revestidas de buganvillas, el penetrante perfume de los ramos de jazmín que se vendían en enormes baldes en los arcenes de las carreteras y el coro de motocicletas tocando la bocina. Recuerda una tarde en particular, cuando los tres estaban contemplando la

puesta de sol en el paseo marítimo, y la impresionante majestuosidad del instante. Su madre se volvió hacia él, con el rostro dorado por la luz del ocaso. «Quiero que recuerdes este momento, sin importar qué ocurra en un futuro ni lo que pienses sobre nosotros; intenta no juzgarnos con demasiada dureza».

En ese momento no lo entendió, se había limitado a pensar que su madre estaba sensiblera, como solía pasarle cuando se encontraba ante la enormidad de la naturaleza en toda su gloria.

¿Por qué le habían ocultado tantas cosas?

Se remueve en el asiento e intenta apartar el recuerdo.

Llevan una hora de vuelo cuando cae en la cuenta de que hay alguien de pie frente a él.

—Muévete, Argylle. ¿No sabes que estar cómodo va en contra de la política de la Agencia?

Keira Carter le empuja los pies a un lado y se sienta junto a él.

—Casner se ha puesto a roncar, así que te has ganado el placer mi compañía.

Empiezan a hablar. Argylle se ha convertido en un experto en el arte de hacer tantas preguntas a sus interlocutores que los deja sin tiempo para formular las suyas. Sin embargo, le parece realmente curioso que alguien como Carter, quien, al igual que él, parece un espíritu solitario, haya acabado en ese lugar, embarcada en esta aventura, de camino a otro ejercicio para «hacer equipo»; en esta ocasión, practicando rafting en unos rápidos.

—¿Te crees que tienes el monopolio de ser el perdedor e inadaptado social, Argylle? ¿Es eso lo que te pasa?

Ha descubierto que los padres de Carter eran inmigrantes de primera generación con grandes esperanzas para su hija única, que parecieron cumplirse cuando consiguió una beca para estudiar informática en Yale.

—Ellos habrían preferido que fuera médica o dentista, pero, aun así, yo seguía siendo la primera de la familia que iba a la universidad. Tío, por lo mucho que llegaron a presumir de ello, cualquiera habría dicho que había descubierto cómo dividir un átomo. Les partí el corazón cuando lo dejé.

Carter había sido captada por el CCI cuando todavía estaba en el segundo año de carrera. Como no puede contarles gran cosa a sus padres sobre lo que supone su nueva trayectoria profesional, ellos tienen la impresión de que lo ha dejado todo por un trabajo de despacho con pretensiones.

—Mi padre es fan de la vida fácil, pero para mi madre siempre he sido una decepción, desde la primera vez que me negué a ponerme los vestidos rosas con volantes que me compraba.

—¿Desde el año pasado?

—Qué cachondo eres, Argylle. Ella nunca me ha entendido. Ni siquiera lo ha intentado. Mi entrada en Yale fue lo primero que la hizo sentirse orgullosa de mí; supongo que estaba viviendo la vida que ella nunca pudo tener, así que ya te puedes imaginar lo contenta que se puso cuando lo dejé.

A lo largo del viaje, las nubes han ido acumulándose alrededor de las ventanillas del helicóptero. El ejercicio con los kayaks en los rápidos supuestamente debía realizarse dos días después del abrupto final del ejercicio de recuperación del lápiz de memoria, pero una tormenta de verano lo ha retrasado un día. Durante la jornada de ayer, la lluvia torrencial y un fuerte vendaval arrasaron el campo de entrenamiento y el equipo tuvo que permanecer confinado, a la espera de que pasara la tormenta.

Esta mañana ha amanecido despejada y fresca en Carolina del Norte, pero el cielo ha ido nublándose y, a medida que los miembros del grupo se acercan a su destino, ven la evidencia de la pesadilla del día anterior. Ramas partidas desperdigadas por la autopista y un campo anegado.

Ya ha empezado a llover cuando desembarcan.

—A la porra con mi peinado —murmura Carter, cuyos densos rizos tienen aspecto de no haber visto jamás un secador, mientras todos esperan, ya calados hasta los huesos, a ponerse el chaleco salvavidas y montar en sus respectivos kayaks.

Argylle sonríe. Todavía lleva el pelo largo —para disgusto de Hooper— y se le ha pegado a la cabeza; las puntas le empapan el cuello de la camiseta. Sin embargo, sus años en los trópicos lo han

acostumbrado a este tiempo; la lluvia caliente acribilla la tierra cuarteada como metralla y la ropa siempre está empapada por la humedad.

Además, aunque no ha sentido la necesidad de compartirlo con el grupo, está muy acostumbrado a practicar rafting en aguas rápidas. En su antigua vida, a menudo llevaba a pequeños grupos de turistas a descender el río Mae Kok, donde, en ocasiones, las balsas de bambú debían rodear a los elefantes que estaban bañándose. Sabe que el río cambia según la época del año, que hay que respetar mucho más sus exigencias durante la estación de lluvias, cuando el nivel del agua crece y los rápidos van todavía más deprisa y las corrientes son más fuertes.

A principios de verano, la parte más alta del Gauley suele ser un río de aguas cálidas, pero la lluvia reciente y el vendaval han hecho descender las temperaturas de manera considerable. «No creo que muráis de hipotermia, pero esto no va a ser para nada divertido», les dice Hooper cuando se ponen en marcha. Para este ejercicio no forman equipos, y el instructor les deja bien claro que no se trata de una carrera, sino que deben conseguir que todo el grupo descienda el río lo más rápido y con la máxima seguridad posible.

Un hombre de aspecto atlético y rostro arrugado por efecto del clima, ataviado con un grueso neopreno, les da instrucciones sobre el lecho del río, que tiene rápidos de hasta cinco grados de dificultad, los más peligrosos según la clasificación tradicional. «Por lo general, el río está abarrotado de embarcaciones y siempre hay alguien que os eche una mano en caso de problemas, pero hoy sois los únicos lo bastante locos como para salir. Así que nada de bravuconadas».

Les habla sobre los rápidos: qué vías de paso buscar, cuáles evitar, dónde están los socavones —rocas que sobresalen de la superficie y que pueden succionar hacia el fondo a los navegantes que vuelcan junto a ellas— o los coladores, donde un navegante puede ser arrastrado hasta un agujero formado por un amontonamiento de rocas. «El nivel del agua ha subido bastante, algunas de las piedras que veríais a un kilómetro y medio de distancia en circunstancias normales, están totalmente sumergidas. Tenedlo en cuenta: hay

algunas cabronas grandes de cojones en el recorrido».

Argylle escucha con atención, pero se fija en que Wyatt se pasa el rato de la charla bromeando con Schneider. Sin duda, como exmarine cree que conoce bien el agua. Craso error.

El primer rápido recibe el nombre de Iniciación y es un tramo de caídas anchas y bastante superficiales, y todos creen que es el más fácil; la mayoría avanza en línea recta sin demasiadas dificultades, aunque el oleaje golpea la proa de los kayaks con una fuerza que provoca un coro de «¡Toma ya!» y «¡Vaya!». Argylle había olvidado lo divertido que puede ser ir chocando contra la mismísima naturaleza.

Los siguientes rápidos pasan de la misma manera; todos se van sintiendo más confiados a pesar de las condiciones meteorológicas, que empeoran, y toman las curvas cerradas, arriesgándose a pasar por los canales más rápidos. Erin Quinn se sitúa a la altura de Argylle con su kayak mientras ambos esperan en una balsa de agua a que los demás lleguen hasta ese mismo punto.

—Ya habías hecho esto antes —le dice ella.

Incluso con el casco reglamentario y el chaleco salvavidas de color naranja, su sonrisa toca una tecla muy profunda del corazón de Argylle.

En el décimo segundo rápido, Pillow Rock, empiezan a aparecer las primeras señales de peligro. En este punto, los rápidos tienen caídas de nueve metros de altura y hay una curva pronunciada en el río de la que sobresale una roca enorme. Argylle avista el recorrido y se queda a la izquierda del canal para virar a la derecha y así evitar el afloramiento rocoso. Sin embargo, mientras está descendiendo con el agua salpicándole la cara, percibe algo aproximándose hacia él por detrás. Wyatt se le echa encima con la mirada enardecida de emoción. «¡Hasta luego, mamón!», le grita mientras lo adelanta con el kayak por el centro del canal, lo que obliga a Argylle a aguantar en la orilla izquierda mucho más de lo que había pensado.

¡Pam!

Argylle se distrae por un segundo y su embarcación choca contra la roca con una fuerza desquiciante. No obstante, se ha librado de quedar hecha trizas gracias al colchón que ha generado el agua como

resultado del impacto, y sale girando sobre sí mismo hasta el remolino del río. Disparado a las aguas revueltas, Argylle puede hacer poco más que dejarse llevar hasta la curva, donde la embarcación cae en los rápidos. La tormenta del día anterior ha llenado el río de escombros: ramas caídas de los árboles y enormes troncos arrancados de raíz. Mientras desciende, tragando agua cuando la fuerza de la corriente lo hunde una y otra vez, algo le golpea el hombro y siente un dolor punzante.

Con el corazón desbocado por el tremendo esfuerzo y la descarga de adrenalina, por fin llega a las aguas más calmadas de la balsa natural de recuperación, situada en la orilla derecha del río. Wyatt le sujeta el kayak.

—¿Te ha gustado el baño? —le pregunta a Argylle cuando este sale jadeando del agua.

«Gilipollas», piensa.

—Gilipollas —dice cuando consigue hablar.

—No le hagas ni caso a Wyatt —le aconseja Washington cuando se ponen a la misma altura en el siguiente tramo de rápidos—. Es como un niño grande. Es el resultado de haber estado encerrado durante un día entero mientras rugía la tormenta; tiene un exceso de energía y necesita una vía de escape. No te lo tomes como algo personal.

Sin embargo, Argylle, cuyo hombro palpita con un sordo y persistente dolor, sí se lo toma como algo muy personal, desde luego.

Pasan por los siguientes rápidos sin pena ni gloria, pero una densa atmósfera de tensión se abre paso entre la lluvia incesante y las salpicaduras de agua a lo largo de todo el recorrido, hasta que sobrevuela al grupo como un nubarrón más que los acompaña. Solo Wyatt parece no percatarse y sigue adelante con fuerza, jaleándose y gritando, agitando el remo en el aire mientras vuela sobre los rápidos con el kayak elevándose en el aire cargado de humedad.

El siguiente rápido de grado cinco, llamado Lost Paddle, es ancho y no posee una caída tan pronunciada como otros, pero tiene cuatrocientos metros de largo y está plagado de rocas sobresalientes. Procede directamente de un cruce con un segundo río que llega rugiendo para unirse al que recorren; Argylle sabe que el agua será

rápida y profunda en ese punto.

Mientras desciende dando saltos por los rápidos acelerados de la parte superior, Argylle intenta, en vano, localizar la Six Pack Rock, la roca sobre la que el instructor les ha advertido antes de partir. Sabe que se encuentra en el centro del tramo, en medio de los rápidos más acelerados, donde se forma un terrible remolino bajo la corriente y una enorme roca aflora contundente por el lecho de la orilla derecha.

Argylle es el primero en descender. Al darse cuenta de que la piedra debe de estar totalmente sumergida, vira con rapidez hacia el distante canal de la izquierda para poder asegurarse de que la esquiva, aunque ese sea el trayecto más largo y menos evidente. Es consciente de que los demás le van a la zaga mientras lucha contra el remolino que forma la corriente. La lluvia arrecia y el viento hace que los golpee en la cara. Cuando por fin llega a la balsa natural de seguridad, situada en la parte baja, ve a los demás luchando con valentía para seguir el mismo trayecto hacia la izquierda.

Todos, menos uno.

«Por el amor de Dios, no me digas que va a…». Wyatt baja volando por el centro de la corriente, con el remo levantado por encima de la cabeza, como un dios griego montado en su carro alado.

Un dios griego que no tiene ni puta idea de que hay una roca oculta en su trayectoria.

De pronto, el kayak se eleva por los aires al impactar contra la piedra. Wyatt sale despedido y acaba cayendo al agua peligrosamente cerca de la roca que despunta en la orilla derecha. La que Argylle sabe que oculta un remolino donde una persona puede ser arrastrada al fondo y quedar atrapada durante Dios sabe cuánto tiempo, para acabar siendo escupida, medio ahogada, por el otro lado.

Como era previsible, Wyatt, que ha estado dando tumbos y usando el remo para mantenerse a flote, desaparece de golpe bajo la superficie.

—¡Se veía venir! —exclama Carter, que se ha situado a la izquierda de Argylle.

Ambos esperan a que Wyatt reaparezca, pero incluso antes de que resulte evidente que no lo va a hacer, Argylle ya ha empezado a

moverse, luchando contra la corriente para dirigirse a la parte trasera de la roca bajo la que ha sido arrastrado Wyatt.

Sabe que, cuando un navegante experimentado como Woody Wyatt no reflota, es porque hay algo que se lo impide. En el río lo llaman «atrapamiento»: rocas, troncos, residuos; cualquier cosa en la que pueda quedar enganchada la pierna o el pie de una persona.

Argylle se sumerge y no tarda en ver a Wyatt. Lo primero que piensa es que les está tomando el pelo, porque parece que ha cruzado todo el socavón. La rabia le provoca un regusto amargo. «¿Se cree que tiene gracia?», piensa. Pero entonces se da cuenta de que Wyatt todavía tiene un pie echado hacia atrás, atrapado en el otro lado de la piedra. El gigantón manotea para intentar liberarse, pero el peso del agua lo arrastra corriente abajo y le impide girarse lo suficiente para desencajar el pie.

Argylle emerge y se sujeta a la roca bajo la cual está atrapado Wyatt, que se revuelve para llegar a la superficie, zarandeado por los embates del agua que choca contra la piedra. En este tramo, el estruendo del río es casi ensordecedor. Argylle cree que oye gritar a los demás, pero está demasiado concentrado en llegar al otro lado para poder liberar la pierna de Wyatt de lo que se sea que la tiene atrapada.

Por lo general, Argylle es capaz de despejar la mente para poder actuar sin darle demasiadas vueltas a nada. Pero incluso él vacila durante un instante, apoyado sobre la roca, mientras mira hacia abajo, a la masa arremolinada de agua.

En esa milésima de segundo de duda, percibe de soslayo un movimiento fugaz a la altura del hombro y ve a Erin Quinn, empapada y con la cara blanca, trepando por la roca para atar un cabo del kayak a la cintura de Argylle; pasa el extremo de la cuerda a Washington, situado detrás de ella, quien, a su vez, se lo pasa a Schneider, a Casner y a Corcoran, Reynolds, Lawler y el resto del equipo. Forman una cadena humana en la que incluso participa la delgadísima Mia Matsyuk hasta llegar a Carter, quien se sitúa en la orilla, por detrás del tronco de un árbol para asegurar la cuerda. El tiempo de pensar ha terminado. Argylle se zambulle y el impacto del agua helada anula por

un momento la presión de la corriente; de golpe, vuelve a centrarse y es empujado contra la roca; se desuella el costado izquierdo del cuerpo y solo la sujeción de la cuerda lo mantiene conectado al mundo firme y seguro.

Vuelve a hacer fuerza para sumergirse a pesar de la presión del agua, que intenta arrastrarlo por debajo de la roca. Con el socavón bloqueado por la corpulenta figura de Woody Wyatt, Argylle se arriesga a salir despedido hacia el peligroso canal central, donde hay un remolino que lo succiona todo hasta su profundo vértice de residuos.

En ese instante, Argylle entiende qué ha ocurrido. Debido a la tormenta se ha creado, un montón de restos tan considerable que es imposible pasar por debajo del afloramiento rocoso. Una rama gigantesca, seguramente descolocada de esa pila por Wyatt cuando fue tragado hasta el fondo, ha seguido su trayectoria y se ha quedado atascada en diagonal, justo en la entrada del canal de la parte inferior, lo que ha atrapado el pie de Wyatt entre la rama y la pila de piedras sueltas más pequeñas del lecho del río.

Argylle siente cada vez más presión en los pulmones, como un globo lleno de agua que se hincha por dentro de la caja torácica. Dios sabe cómo estarán aguantando los pulmones de Wyatt. Argylle se sumerge e intenta levantar la rama para liberar el pie atrapado de su compañero, pero la presión de decenas de cientos de metros cúbicos de agua por segundo la mantiene clavada en el sitio. Así que Argylle tiene que descender mucho más para arrancarla del lecho del río, aunque todo le indique que debería ir en dirección contraria, hacia la superficie, donde puede respirar.

Las piedras situadas por debajo del pie de Wyatt están sueltas, seguramente conducidas hasta allí desde río arriba, antes de acabar frenadas por la gran roca. Argylle escarba con las manos para agarrar la de más arriba, y es presa del pánico cuando esta se resiste. Se hace con una pequeña rama que también ha quedado atrapada e intenta hacer palanca con ella por el hueco entre la piedra superior y la que está debajo, pero la rama se parte casi de inmediato.

Le arde el pecho, es una olla a presión a punto de estallar. La

desesperación por abrir la boca y respirar es casi insoportable.

Agarra una segunda rama. Esta es más resistente; consigue hacer palanca con ella metiéndola por un angosto hueco entre las piedras y ejerce presión sobre ella con toda la fuerza que le queda. La roca de más arriba se mueve, pero no cae. Argylle repite el movimiento, consciente de que este podría ser el último intento. El globo del pecho le presiona las costillas y las hace sobresalir de tal manera que sabe que están a punto de romperse.

Mientras el agua lo golpea sin descanso, él vuelve a ejercer presión sobre el extremo de la rama, que se parte como era de prever, pero no antes de haber desencajado la piedra de más arriba, que sale volando hasta la orilla y libera el pie de Wyatt. El nuevo embudo de agua creado por la nueva fuente succionadora arrastra a Argylle con su fuerza. Tiene el tiempo justo para darse cuenta de que va a seguir los pasos de Wyatt y acabará atrapado por debajo de la roca justo antes de que estalle el globo que siente en el pecho y todo se oscurezca.

17

En la entrada principal del hospital militar, Argylle se detiene para inspirar el aire fresco. Se pregunta cuánto tardará en olvidar la sensación de no poder respirar, cuánto tiempo pasará antes de que pueda sentir cómo se hinchan y deshinchan sus pulmones sin que lo asalte el pánico a que dejen de funcionar de pronto.

Durante los dos días que ha estado tendido en la cama del hospital ha reconstruido, a base de recuerdos fragmentados, lo que ocurrió después de que el mundo se fundiera en negro. Sus compañeros de equipo lo sacaron del agua a rastras, inconsciente, y lo llevaron junto a Wyatt, que tenía los labios azules. Will Hooper estaba practicándole la maniobra de reanimación con toda la fuerza contenida en esos enormes brazos musculados ejercida sobre la ancha caja torácica de Wyatt.

Argylle tiene un vago recuerdo de Erin Quinn sentada a su lado en la ambulancia y de que su presencia lo reconfortaba en cierto modo.

La oscuridad.

La información sobre el hombre cuya vida había salvado le llegaba a cuentagotas, relatada por una enfermera de cara redonda y risa escandalosa. Wyatt está vivo. Ahora ya está consciente. Ya está coqueteando y, ¿verdad que tiene unos ojos preciosos? Solo cuando le llegó la noticia que de Wyatt iba a ser dado de alta antes que él, Argylle lamentó conocer esas últimas novedades no solicitadas.

Tuvo visitas. Will Hooper se presentó en su habitación y le habló durante largo rato sobre el protocolo y los peligros de las heroicidades, hasta que la enfermera le advirtió con firmeza de que era demasiado pronto para eso. En una ocasión, se despertó fugazmente de un sueño profundo y se encontró con Erin Quinn sentada junto a su cama, pero cuando volvió a abrir los ojos, quizá

unos minutos o tal vez unas horas más tarde, ella ya no estaba, aunque se había dejado el periódico que había estado leyendo. Argylle reconoció el rostro impasible de Vasili Federov, que lo miraba desde la primera plana bajo un inquietante titular: ¿ES ESTE EL HOMBRE MÁS PELIGROSO DEL MUNDO?

Ahora, por fin va a volver al Point. La idea lo emociona y lo deprime al mismo tiempo.

Se alegrará de dejar atrás el hospital, con sus ruidos las veinticuatros horas y sus pasillos apestando a lejía. Sin embargo, volver con ese equipo, a la atmósfera de desconfianza, entrar en esas estancias bulliciosas donde se hace el silencio de golpe en cuanto él…

—Sube, ¿a qué esperas?

Argylle no se mueve, está mirando «la cosa» que acaba de aparecer delante de él: larga como un autobús, con una enorme abolladura a un lado y una puerta lateral que pertenece a un vehículo distinto. Es de color óxido, aunque, mirándolo más de cerca, puede que no solo sea el color…

—Menudo carro, Carter. ¿Has construido tú sola esta máquina del demonio?

—Uno de mis hermanos lo montó con las piezas desguazadas de tres coches accidentados. Ahora, ¿te vas a subir o quieres que te dibuje un mapa? Estás a sesenta y ocho kilómetros de nada, así que, si vas a ir andando, mejor será que te pongas en marcha cuanto antes.

Está prevista una reunión esa noche con la mismísima Frances Coffey, que acaba de llegar en avión. Argylle ni siquiera ha tenido tiempo de dejar su macuto en el barracón cuando Carter se lo cuenta.

—¿Van a separarnos?

Argylle ha estado pensando en ello. En la posibilidad de que Coffey decida que el equipo no funciona y que él debe marcharse. Ahora intenta valorar si esa idea lo hace sentirse decepcionado o aliviado.

Carter se encoge de hombros, aunque su expresión es tensa.

—¿Sabes?, es curioso, yo creía que tendría ganas de regresar al CCI, pero resulta que no estoy lista para volver a pasar el día detrás de una mesa de despacho.

Argylle piensa en su cabaña y en la hamaca de Tailandia. Piensa en

guiar a los grupos de turistas por la selva, siempre lidiando con el típico que quiere demostrarse algo a sí mismo; piensa en los días y los meses transcurridos; ya han pasado cinco años y le cuesta imaginar cómo. De no ser por el Sam Gor, ¿seguiría en Tailandia dentro de otros cinco años? ¿Dentro de diez? ¿Atrapado por un patrón de espera continua, en el último lugar donde tiene sensación de pertenencia?

Arrastra los pies detrás de Carter escaleras arriba, hacia el despacho de Hooper. No solo porque cualquier movimiento todavía lo agota, sino porque oye el rumor de la conversación y sabe que están todos ahí dentro.

Sin embargo, al entrar por la puerta que Carter mantiene abierta para él como si fuera un inválido, por el amor de Dios, escucha un aplauso espontáneo. El equipo al completo se pone de pie. Ve a Matsyuk, normalmente reservada, aplaudiendo con las manos por encima de la cabeza, y al taciturno Lawler metiéndose ambos meñiques en la boca para silbar.

Mortificado, Argylle se siente aliviado cuando Hooper los hace callar a todos. Se coloca en una silla vacía y se fija en que Wyatt está en el fondo de la sala y Frances Coffey, sentada junto a la ventana, echada hacia adelante, muy atenta.

Hooper se levanta y Argylle adivina, por cómo coloca la mandíbula, que no va a darle una palmadita en la espalda. Como era previsible, Hooper habla directamente de la importancia de seguir las instrucciones (y le echa una mirada a Wyatt) y de observar el protocolo cuando la situación cambia de golpe (y le echa una mirada a Argylle).

—En la CIA no queremos héroes. No queremos bravuconadas sinsentido. Queremos jugadores de equipo, ¿entendido?

Un «sí, señor» a coro es la respuesta a la punzante reprimenda.

Ahora Hooper repasa el ejercicio en detalle. Los errores que se cometieron. Las normas que no fueron respetadas.

Se refiere a Argylle para hacer alguna crítica, pero gran parte del rapapolvo de Hooper va dirigido a Wyatt. Por su temeridad y su imperdonable rivalidad con un miembro de su propio equipo. Cuando Hooper ha terminado con su diatriba, le pide a Wyatt que se levante.

—Tus actos han puesto en peligro a todo el pelotón. Si hubieras actuado así en el campo de batalla, habrías puesto en riesgo toda la operación. No culparía a la jefa Coffey si decidiera cancelar la actividad del equipo al completo ahora mismo. Sin embargo, en el caso de que os dé a todos, panda de inútiles, otra oportunidad, quiero que tú, Wyatt, salgas de aquí para que el resto de los miembros del equipo voten si quieren darte una patada en ese patético culo. Tal como han ido las cosas, es lo que yo recomendaré.

Wyatt se levanta y se dirige hacia la puerta, pero se detiene cuando pasa por delante de Argylle.

—Sé que merezco lo que sea que va a ocurrirme —dice con un tono muy alejado de su arrogancia habitual—. He sido un imbécil de campeonato. Pero quiero darte las gracias delante de todo el mundo por lo que hiciste en el río. Me salvaste la vida.

Argylle quiere bromear sobre la creencia de que, si salvas a alguien de la muerte, eres responsable de esa persona de por vida; piensa en decir que, de haberlo recordado antes, no lo habría hecho, pero se da cuenta de que tiene la boca seca como un trapo.

Cuando la puerta se cierra, Hooper les recuerda las faltas de Wyatt, por si alguien tiene alguna duda.

—No puedo subrayar más la importancia de la confianza entre los miembros del equipo. Haceos la siguiente pregunta: ¿de verdad podéis confiar en un tipo que os ha puesto a todos en peligro solo por llegar el primero a la línea de meta? —A continuación les remarca que la decisión que tomen tendrá consecuencias para el grupo—: No os enviaremos a otra misión si consideramos que hay un eslabón débil en el equipo.

Solo entonces les pide que levanten la mano a los que quieren que Wyatt se quede.

El primero en hacerlo es Schneider, luego Quinn, rápidamente seguida por todos los demás miembros del equipo. Hooper se queda mirando la mano levantada de Argylle.

—Estuvo a punto de matarte. ¿Eres consciente de eso? Solo porque sea el más fuerte del equipo…

—Pero no es solo el más fuerte del equipo, señor —replica

Washington—. También es el que tiene más corazón.

Se produce un silencio de una décima de segundo; Will Hooper se encoge de hombros y se gira para marcharse, aunque no antes de que Argylle haya visto el fugaz asomo de una expresión de alivio en su rostro arrugado. Asiente en silencio mirando a Carter, que es la que está más cerca de la puerta, y ella se levanta para llamar a Wyatt.

El gigantón está pálido cuando se sitúa ante los presentes.

—Estás de suerte, Wyatt. Estos otros trece idiotas de tu equipo han votado para que te quedes. Siéntate. Pero te lo advierto, si vuelves a hacer otra chulería semejante, te patearé el culo para echarte tan deprisa que no sabrás de dónde coño ha venido el golpe.

Wyatt vuelve a ocupar su asiento, cabizbajo.

Frances Coffey se levanta. No mira a Argylle, y él se prepara para escuchar que el equipo va a ser disuelto. Ahora que el momento ha llegado, lo sorprende lo mucho que parece importarle. Siente una fuerte presión en el pecho mientras espera a que ella hable.

—No voy a repetir lo que Will acaba de decir. Creo que lo ha dejado claro como el agua y confío en que lo hayáis asimilado bien. Lo que sí haré es hablaros sobre vuestra próxima misión.

Argylle levanta la cabeza de golpe. A su alrededor todo son murmullos de asombro e incredulidad.

—Pero ¿y lo de los rápidos? —pregunta Erin Quinn—. Yo creía que…

—Will Hooper tiene razón cuando dice que lo que ocurrió en la parte más alta del Gauley no debe volver a suceder jamás. Pero… —Mira a todos los presentes desde detrás de sus gafas con una amabilidad que contrasta con la parquedad de su cabeza rapada, hasta que se detiene en Argylle—. Cuando todo se torció en el río y podría haber acabado muy mal, por fin actuasteis como un equipo. Formasteis una cadena humana para que ningún hombre ni mujer quedara atrás. Eso es lo que esperábamos, y lo que nos preocupaba que no llegara a suceder. No me malinterpretéis —añade—, todavía hay muchas cosas que pulir. Y tendrá que pasar mucho tiempo para que se cierren las heridas de Isfahán. Pero por algo se empieza. Bien. Sacad vuestros cuadernos mientras os explico la misión. ¿Qué tal

llleváis el francés?

Segunda parte

18

La terraza del bar Américain del Hôtel de Paris, en el corazón de Montecarlo, desde donde Argylle contempla a través de las palmeras cómo el sol de primera hora de la mañana se extiende sobre la superficie azul marino del Mediterráneo, se encuentra muy lejos de Chiang Saen e incluso del campamento de Harvey Point. Y el evento inaugural Laval Ball parece más alejado incluso.

Esta rutilante celebración internacional, ideada por el príncipe Florestán, el licencioso heredero de la familia gobernante, y su esposa estadounidense, la famosísima actriz Jennifer Martin, pretende ser una excusa para recaudar fondos para la nueva atracción cultural del principado: el espectacular Museo de las Joyas de Montecarlo. ¿Qué lugar mejor que este pequeño paraíso de riqueza y elegancia para exhibir las joyas más valiosas, bellas y con historia del mundo? Desde antiguos broches de bronce recuperados en la excavación de las ruinas de palacios romanos hasta zafiros estrella de las minas de Mogok en Birmania y un collar de perlas que perteneció a María Antonieta, el nuevo museo promete exhibir una mezcla de antigüedades impregnadas de sangre e historia y el glamour de Hollywood: alhajas que Richard Burton compró para Elizabeth Taylor o el anillo de compromiso que lució la propia princesa de Mónaco, Grace Kelly.

La Salle Empire, junto al vestíbulo del hotel, con su techo cubierto con pan de oro, sus grandes lámparas de cristal y los pilares de mármol que sostienen arcadas con pinturas al fresco se ha convertido en una muestra temporal de algunas de las joyas más famosas del mundo. Las piezas expuestas proceden de particulares y colecciones privadas que las han cedido solo por esta noche, y se hallan bajo la custodia del operativo de seguridad más extenso que el principado ha montado jamás. Algunas no han sido vistas nunca en público, y el

hecho de que se muestren es un privilegio que hay que agradecer a esta ocasión tan especial y al prestigioso emplazamiento. Todo aquel que es alguien se encuentra hoy aquí. Y se espera que los invitados hagan los honores. Además de los dos mil quinientos euros por cabeza que cuesta la entrada, las mesas dispuestas en los jardines del casino, bajo toldos de seda adornados con miles de incrustaciones de lucecitas diminutas que dan la impresión de un manto de estrellas, cuestan más de doscientos mil euros cada una.

Se ha instalado un escenario en el extremo de los jardines más cercano al edificio del casino. La orquesta, compuesta por un centenar de instrumentos, está afinando, y los músicos visten acorde al tema principal del baile, «Metallica», en distintas tonalidades de plata, bronce y oro. Varios artistas famosos actuarán en diferentes momentos durante la noche. Hace un rato se ha oído un zumbido de emoción propagándose entre los invitados ubicados en la terraza cuando una caravana de coches negros ha ascendido desde Puerto Hércules, donde el superyate Hope, de cien metros de eslora, ha permanecido atracado todo el día. Se rumorea que en el primer coche viajaba Elton John, uno de los artistas más destacados que actuarán en la fiesta.

Argylle entra. Le gusta el bar, con las paredes revestidas con paneles de madera y unos taburetes de piel pasados de moda que irradian la sensación de que el lugar apenas ha cambiado desde que Charles Chaplin y Winston Churchill lo frecuentaban hace muchas décadas.

Hoy en día la clientela es distinta. Argylle oye hablar mucho ruso, además de árabe y mandarín. Todo Montecarlo, la pequeña joya del principado de Mónaco, permanecerá cerrado al público mientras dure el baile, lo cual crea un ambiente exclusivo para aquellos con los bolsillos más llenos del planeta.

Pide un whisky con soda y se acomoda en un sillón de cuero desde donde se domina la puerta, como si ese fuera su hábitat natural, aunque la verdad es que Argylle no tiene ningún hábitat natural; se siente cómodo en todas partes y en ninguna.

En los dos meses transcurridos desde el incidente de los rápidos del río, su apariencia ha cambiado. El entrenamiento intensivo le ha conferido una figura más musculosa y ha definido las líneas que antes

eran borrosas o poco claras. Sigue estando alerta, sigue siendo desconfiado, pero de vez en cuando se permite relajarse y mezclarse con el mundo como si adoptara una actitud de compromiso con él en lugar de mantenerse en retaguardia y observar.

No queda nada de la larga melena oscura que solía recogerse con una goma elástica para evitar que interfiriera con lo que estaba haciendo. En su lugar, luce un peinado de punta de frente para arriba, liso por encima y con los laterales cortados al cero, tan suaves como la napa. Sus tejanos desgastados y su vieja camiseta de manga corta han sido sustituidos por un traje de seda salvaje de color azul noche con un entramado de hilos de plata, en honor al tema del evento, que emite destellos bajo la luz. La chaqueta es de estilo nehru, larga hasta la cadera y de corte entallado, con cuello mao y un pañuelo de seda plateada en el bolsillo.

Cuando le asignaron la tarea de reinventarse para esta misión, el barman británico de aspecto distinguido del Kingsman Arms apareció en su cabeza, se instaló allí y se negó a cambiar de imagen.

—Estás imponente, Argylle.

Él finge desinterés.

—Sí, bueno, tú has hecho lo que has podido, Quinn. Me sabe mal eclipsarte.

Erin Quinn se encuentra de pie frente a él, con un brazo en jarras y aspecto de acabar de salir de entre las páginas de una revista de moda con su vestido dorado de tirantes finos, escote enorme y espalda vertiginosa, y la piel reluciente.

—Y pensar que incluso me he alisado el pelo para la ocasión…

Se sonríen, súbitamente incómodos, aunque ambos han pasado las últimas semanas, desde que Coffey los convirtió en pareja, pegados el uno al otro mientras creaban y elaboraban una identidad nueva y la historia de un pasado común que explique cómo se conocieron y se enamoraron. Argylle es Ben Armstrong, el hijo de un multimillonario británico que ha amasado su fortuna gracias a las antigüedades, mientras que Quinn es Kate Parry, un pibón con una licenciatura en Historia del arte que goza de un fondo fiduciario y su pasión por las joyas. Se conocieron en la universidad, en Oxford, adonde Kate se

trasladó desde Stanford para participar en un programa de intercambio de un año, y tienen planeado casarse en la Costa Amalfitana el próximo octubre. Han acudido a la fiesta en busca de ideas para la alianza que Kate tiene pensado diseñar ella misma. En el dedo luce un anillo de compromiso de trescientos mil dólares diseñado por la joyería Garrard de Londres, que la CIA ha alquilado especialmente para la ocasión y que deberá guardarse en la caja fuerte del hotel durante la noche a la espera de ser devuelto a su propietario al día siguiente en la furgoneta blindada de un servicio de mensajería. Incluso han asistido a clases de baile para poder demostrar que son quienes dicen ser: una ambiciosa pareja, ambos de familia acaudalada, que se comporta con la misma naturalidad en un baile de gala que en la carpa de un festival de música.

Quinn mira alrededor mientras toma asiento frente a Argylle, aunque en el bar están prácticamente solos. El baile no comenzará hasta dentro de una hora y la mayoría de los invitados todavía se están acicalando.

A veces Argylle siente que es alérgico a la riqueza extrema, igual que algunas personas lo son a la lactosa o al polen.

—¿Estás bien? —pregunta Quinn con la cabeza ladeada y los ojos color ámbar a la luz de la vela llameante que hay sobre la mesa.

—¿Yo? Claro. Solo cuento los minutos hasta que tenga que salir a demostrar lo bien que bailo.

Quinn le cubre la mano con la suya y se inclina sobre la mesa para que nadie pueda oír lo que le dice, solo los susurros de una pareja de enamorados. Argylle intenta concentrarse en su papel, pero lo distrae el tacto de los dedos de Quinn y su perfume de rosas.

—¿Ya ha llegado? —le pregunta.

Ella niega con la cabeza, sonriendo como si acabara de decirle algo cariñoso.

—Antes he visto a Wyatt y dice que todos los demás han llegado, pero la Duquesa todavía no está.

Woody Wyatt ha gozado de un periodo de preparación muy distinto. A él no le ha tocado asistir a clases de baile, zambullirse en la cultura británica de la alta sociedad ni pasar las noches en la pizzería Perilli

junto a Erin Quinn con el objetivo de establecer el vínculo que ha de acreditarlos como pareja sentimental. En vez de eso, ha recibido una formación intensiva como guardia de seguridad. Trabajó primero en la puerta de una exclusiva joyería de Manhattan y luego en la tienda insignia de Cartier en París antes de que la marca de joyería famosa en el mundo entero lo seleccionara para acudir aquí, a Montecarlo, con el objetivo de custodiar las joyas históricas que han sido cedidas por una noche. En estos momentos se encuentra montando guardia abajo, en la Salle Empire, junto con el resto del dispositivo de seguridad.

Al haber reunido en un solo lugar las joyas más caras del mundo, algunas de valor incalculable, los organizadores no han querido correr riesgos en relación con las medidas de protección. Debido a la naturaleza del evento, con invitados que entran y salen de manera constante, las alarmas o las barreras láser resultan imposibles, por lo que cada pieza expuesta cuenta con un guardia de seguridad en exclusiva. Estos se hallan situados de forma discreta alrededor del perímetro de la sala, vestidos con trajes apropiados para la ocasión pero fácilmente identificables por su falta de interés en el tema de la noche y por el hecho de que la mayoría tienen el cuello más ancho que la cintura de las invitadas a la fiesta, además de un auricular visible.

—Esperemos que tenga previsto hacer una entrada espectacular —dice Argylle, y responde con otra sonrisa a la de Quinn. Pero por dentro sus nervios empiezan a acusar las primeras señales de alarma.

La Pulsera de la Fidelidad, cuyo nombre secreto es la Duquesa, una joya deslumbrante con una base de oro macizo e incrustaciones de diamantes que luce una bella y misteriosa inscripción, es la única razón por la que están aquí, el motivo de las clases de baile, del corte de pelo y del traje, y de que Erin Quinn le aferre la mano y le susurre cosas al oído.

Y la verdad es que, aunque ha disfrutado con todas esas cosas, Argylle sigue sintiéndose incómodo en relación con la misión en sí. ¿Tantos esfuerzos y tanto despilfarro solo para robar un adorno caro? No le parece razonable.

Les han explicado que la pieza pertenece a Vasili Federov, el

aspirante a la presidencia de Rusia, un hombre cuya reputación se ha extendido más allá de las fronteras de su país. Él fue el responsable de la redada contra veinte mil alcohólicos y vagabundos en las calles de Omsk, en el suroeste de Siberia, de los que jamás se volvió a tener noticia; él fue quien insistió en irrumpir en un teatro donde ciento setenta y cinco niños habían sido tomados como rehenes por rebeldes chechenos, ignorando las constantes amenazas de los secuestradores de volar el lugar, como finalmente hicieron. A pesar de que no quedó ni un solo superviviente, Federov insistió en que volvería a tomar la misma decisión si se diera el caso. Irina Federova, la mujer que luce la pulsera, su esposa, es asimismo objeto de varios pleitos por parte de anteriores ayudantes y criadas que afirman haber sido víctimas de abuso y malos tratos. Por eso es imposible sentir ninguna lástima por la pareja a la que están a punto de robar.

Aun así, no es el tipo de misión que Argylle imaginaba para su debut. Por supuesto, no esperaba encontrarse luchando en mitad de una batalla épica, pero se figuraba que haría algo con sentido, algo que valiera la pena.

Coffey se ha mostrado hermética en lo referente al verdadero motivo que se esconde tras esa misión, la cual, por razones logísticas, cuenta con un equipo reducido de ocho personas.

—Limitaos a cumplir con vuestra tarea. Más tarde lo entenderéis —les ha dicho.

Ante cualquier otra persona, Argylle habría insistido para obtener más información y habría dejado patente su absoluta desconfianza en la autoridad. «Cuestiónalo todo siempre», le había aconsejado su padre. Pero por algún motivo, con Coffey ha aprendido a morderse la lengua.

Todo cuanto saben es que Federov ha accedido a la petición de exhibir la pulsera por parte de los organizadores del evento. Tal vez lo han convencido de que mostrar el objeto que tiene en su poder ante tantos miembros de la realeza y estrellas de cine servirá para afianzar su posición como figura global. O tal vez solo pretende alardear de su último juguetito.

El plan del robo ha sido ensayado una y otra vez, y se han

preparado para cualquier eventualidad. Han identificado a Iván Volodin, el guardia de seguridad ruso encargado de proteger el brazalete, y han verificado toda la información sobre él. El equipo conoce sus gustos y aversiones, los nombres de sus hijos y también que no le hace ascos a alguna que otra raya de cocaína para resistir mejor un turno de trabajo.

Wyatt se ha ganado la confianza de Iván y del resto del dispositivo de seguridad. Por supuesto. Él es así. Y ya ha compartido con Iván un momento para recuperar fuerzas en los lavabos de los empleados. El ruso está encantado de descubrir que, a diferencia de él, Wyatt ha viajado directamente desde París, con lo cual el contenido de su equipaje no ha sido olfateado por los perros entrenados para detectar drogas en el aeropuerto.

Ambos han ideado una señal para escabullirse y gozar de un reparador descanso sincronizado. Lo que Iván desconoce es que la cocaína de la segunda raya ha sido adulterada con Rohypnol. Wyatt, inclinado sobre la tapa del váter con un billete de cincuenta euros enrollado, deslizará su dosis por el cuello de la camisa y dejará la mejor parte para Iván, quien le estará muy agradecido.

De nuevo en la Salle Empire, mientras Iván empieza a sudar y a tambalearse, Wyatt se le acercará para ayudarlo y asegurarse de que, cuando finalmente caiga redondo, lo haga sobre el expositor, de modo que este quede destrozado. Y en el momento en que eso ocurra, Argylle y Quinn se dispondrán a recoger la pulsera del suelo, o más bien una réplica que Argylle lleva en el bolsillo. La falsa pulsera es el resultado de semanas enteras de trabajo por parte de uno de los falsificadores de joyas más destacados del mundo, a quien la CIA ha contratado para crear una copia idéntica de la Pulsera de la Fidelidad a partir de las fotografías y la descripción del catálogo de la casa de subastas de Hong Kong. La calidad de las fotografías ha hecho imposible la reproducción exacta del intrincado dibujo formado por puntos y filigranas. Y, por supuesto, ninguno de ellos conoce qué es lo que convierte la pulsera original en un objeto tan apreciado por Federov, y esa parte es la que ni el mejor de los falsificadores conseguiría reproducir.

Es un plan complicado y hay muchas posibilidades de que algo salga mal, pero lo han ensayado cien veces, y ahora que Iván ha mordido el anzuelo, la mayor parte de la incertidumbre que sentían se ha disipado.

Solo hay un problema. De momento, la pulsera no ha llegado.

A esas alturas el bar se ha llenado de invitados. Argylle no había visto jamás tanto vestido de alta costura, tanto diamante y tanta dentadura blanca, reluciente y perfecta. Entre los invitados de mayor edad —que en realidad solo superan los treinta años— se percibe cierta uniformidad en la apariencia esculpida con bótox y rellenos de silicona. Hombres y mujeres por igual exhiben unos pómulos redondeados y prominentes y unos ojos ligeramente rasgados. Todo el mundo está alerta gracias a la expectación y a los fármacos recreativos.

—¿Salimos a dar un paseo? —pregunta Quinn, como si fuesen una más de las parejas que buscan distraerse del ocio permanente de sus vidas privilegiadas.

Cruzan el vestíbulo con sus arcos y sus columnas de mármol, pasan por debajo de la enorme rosa del centro del techo con sus intrincados pétalos de cristal y la lámpara grande y exagerada. Un músico está tocando un piano de cola en una esquina, y se detienen junto a una de las mesas que rodean el perímetro del vestíbulo para impregnarse de la atmósfera. A través de la puerta abierta de la Salle Empire, Argylle atisba a Wyatt mirando hacia delante con mala cara; a dos metros de él, una vitrina vacía salvo por el cojín de terciopelo verde donde debería reposar la Pulsera de la Fidelidad. Wyatt lo ve y le dirige una inclinación de cabeza apenas perceptible.

Argylle no ha sabido gran cosa de él desde que el equipo se reunió en la oficina de Will Hooper, en Harvey Point. Y en las pocas ocasiones que se han visto el trato no ha sido fácil, aunque sí se ha mostrado ostensiblemente más cordial. Sigue habiendo cierta tirantez entre ellos, pero eso no es un problema para Argylle; no está allí para hacer amigos.

—Subamos a la habitación —propone Quinn, que juega demasiado bien a ser una novia seductora.

Él no necesita que se lo diga dos veces.

Aunque la suya es, al parecer, una habitación modesta para los estándares del hotel —la suite Princesa de Mónaco, por ejemplo, tiene dos plantas—, sin duda es la más lujosa en la que Argylle se ha alojado jamás. Cuando viajaba con sus padres se hospedaban en pensiones u hostales pequeños y peculiares. Su modesto modo de vida fue otra de las razones por las que Argylle no daba crédito cuando supo cómo se ganaban la vida sus padres en realidad.

Esta habitación de hotel tiene una mullida moqueta azul y un pequeño balcón con la barandilla de hierro forjado que da a las torres gemelas del famoso casino de Montecarlo. Lo domina una enorme cama con una colcha blanca y azul cielo y unos cojines a juego que Argylle intenta no mirar por si a Erin Quinn se le ocurriera adivinar lo que pasa por su mente en esos momentos. Las ventanas están adornadas con grandes cortinas de una tela que hace juego con la ropa de cama.

Frente a la ventana hay un pequeño escritorio ante el que Quinn se ha sentado con el teléfono en la mano.

—Sí —responde—. Lo comprendo.

Se la ve seria, y Argylle tiene el terrible presentimiento de que algo está a punto de salir mal, muy mal.

19

—Mierda —suelta, y arroja el teléfono sobre el escritorio.

Argylle aguarda.

—Según el nuevo mejor amigo de Wyatt, Iván, los Federov han cambiado de idea y han decidido no ceder la pulsera para que se exhiba en el expositor. En vez de eso, Irina Federova la llevará puesta.

—Hay que ser…

—Exacto.

Argylle se deja caer en la cama.

—O sea, que tendremos que improvisar —dice Quinn—. Coffey y Randall están revisando todo lo que saben sobre los Federov para encontrar la manera de quitarle la pulsera de la muñeca a esa mujer. Solo tenemos que esperar instrucciones, y mientras tanto… —Por un instante, una idea estúpida y descabellada cruza la mente de Argylle y cree que Quinn va a proponerle justo aquello en lo que ha intentado sin éxito no pensar—. ¡Vamos a bailar! —exclama por fin—. Coffey quiere que estemos en nuestros puestos en el jardín, no me preguntes por qué.

En el exterior cae la noche y la plaza del Casino y los jardines parecen el decorado de un cuento de hadas; de las palmeras y los toldos cuelgan luces bajo las cuales cientos de mesas bellamente vestidas brillan junto con las llamas de un millar de velas. En medio de ese escenario, los invitados lucen deslumbrantes con sus trajes metalizados: vestidos largos con capas superpuestas de lentejuelas de color plata y bronce, diademas que refulgen gracias a los diamantes y rubíes, peinados esculpidos y adornados con tiras de flores doradas.

Sobre el escenario, situado en un extremo, la orquesta toca mientras una caravana interminable de coches de lujo —Bentley, Ferrari y un flamante Rolls-Royce Phantom— se acercan para depositar su valioso

cargamento en una pasarela tapizada de rojo, donde sus ocupantes son recibidos por criados de librea.

El bochorno del día ha disminuido y ha dejado paso a un ambiente cálido y la promesa de una noche perfumada con la delicada fragancia del jazmín y la flor de azahar. Ni siquiera el runrún ocasional de algún helicóptero lejano que transporta a invitados desde Cannes o la Riviera italiana —el espacio aéreo de Montecarlo se ha cerrado mientras dure el baile— perturba la embriagadora atmósfera.

Argylle y Quinn se dirigen cogidos de la mano hacia la pista de baile situada a cielo abierto, de manera que las estrellas parecen la continuación de las guirnaldas de luces colgadas sobre las mesas. La orquesta inicia una suave versión con ritmo de samba de *Can't Take My Eyes Off You* y Argylle se estremece.

—No lo pienses dos veces, Argylle. Sabes hacerlo —lo anima Quinn.

Él hace lo posible por ignorar el tono melancólico de la canción y se deja guiar por la música, moviendo los pies tal como le han enseñado y volteando a Erin Quinn bajo el cielo fulgurante.

Todo el tiempo está pendiente de las mesas y del constante goteo de coches que se dirigen al hotel para acompañar hasta allí a los deslumbrantes invitados. Ve a Schneider ataviado con el traje negro, la acreditación y el auricular de uno de los camareros oficiales del evento, patrullando alrededor de la pista de baile. Sus miradas se cruzan y Schneider asiente y se aleja de inmediato. Argylle y Quinn aguardan un compás antes de seguirlo, riendo como si todo eso fuese tan solo una forma frívola y cara de divertirse.

Se reúnen con Schneider en el estrecho callejón que separa el Hôtel de Paris del edificio del Sporting d'Hiver.

—Todo se ha ido a la mierda —les dice mientras asiente como si le estuvieran preguntando algo, y a continuación se vuelve para señalar el lugar del que han venido—. Hay un nuevo plan que está relacionado con el espectáculo de luces estroboscópicas que dará paso a los fuegos artificiales. Me temo, tortolitos, que vais a tener que olvidaros del chachachá o lo que coño bailéis y estar atentos a…

—No funcionará —susurra Argylle al oído de Quinn.

—¿Tienes un plan mejor?

Los dos se dirigen a la torre desde donde se proyectará el espectáculo de luces.

—¿Habías oído hablar de eso alguna vez? —le pregunta a su compañera—. Epilepsia fotosensible. Por Dios. Estamos dando palos de ciego. Además, ¿no te parece muy poco ético aprovecharse de un problema de salud?

—No seas tan sensible, Argylle. ¿Has leído el historial de Irina Federova? Si lo hubieras hecho, sabrías que una vez le arrojó a propósito agua hirviendo a una criada de diecisiete años porque había derramado unas gotas de leche en su mesa con incrustaciones de marfil. Le provocó quemaduras de segundo grado en todo el brazo y tuvieron que hacerle un injerto de piel. Un exnovio que se atrevió a poner fin a la relación desapareció, y cuando en primavera el hielo del Volga se deshizo, lo encontraron con el cuello rebanado. Esto no le dolerá. Ni siquiera se acordará cuando vuelva en sí.

Han averiguado que los Federov han pedido que las luces estroboscópicas se mantengan dentro de ciertos límites de frecuencia, entre cuatro y seis destellos por segundo, debido al peculiar problema de salud de Irina.

—Todo lo que tenéis que hacer es subir a esa torre y reprogramar las luces —les ha dicho Schneider.

Antes de que su rostro recuperase la habitual expresión pétrea, Argylle juraría que lo ha visto esbozar una sonrisita de satisfacción.

Asif Samra, el ingeniero del grupo, se ha convertido en uno de los mayores aliados de Argylle dentro del equipo. Se trata de un hombre bajito y menudo en cuyo semblante serio asoma de vez en cuando una sonrisa tan inesperada como la lava que irrumpe entre las rocas. En cuanto se enfrenta a un problema o un obstáculo, utiliza su considerable capacidad logística al completo para encontrar una solución. Argylle envidia la perspectiva tranquila y metódica con la que enfoca la vida. Y también el hecho de que tenga una esposa y dos hijas pequeñas cuya fotografía lleva en el bolsillo.

«Algún día yo también quiero una familia así», piensa Argylle. Esa

reflexión lo pilla por sorpresa.

Samra y Carter están recluidos en el hotel Ibis del aeropuerto de Niza que hace las veces de base de operaciones del equipo y desde donde controlan todo lo que ocurre a través de un equipo de radio multibanda y varios ordenadores. Carter es consciente de las diferencias en los alojamientos de una parte y otra del equipo.

—Espera un momento —le ha dicho hace un rato—. Tú andas pavoneándote por el Hôtel de Paris, hartándote de champán y de langosta y perdiéndote en la mirada de Quinn, y a mí en cambio me toca aguantar a Samra en una habitación de cincuenta euros la noche con vistas a la Terminal 1 del aeropuerto, mientras me nutro del poco apetecible aroma de un McDonald's recién salido de la bolsa.

—Sí, pero tú no corres el riesgo de que Serguéi Denísov te arranque la cabellera.

—No te ofendas, pero tarde o temprano tendrás que librarte de ese peinado.

Se están comunicando desde la habitación de Argylle a través del sistema básico de cifrado en clave secreta Lai-Massey, pero aun así este se gira para comprobar que Quinn no ha oído el comentario sobre su mirada.

Ha sido Samra quien ha ideado el nuevo plan mientras todos los demás sucumbían al pánico. Durante las últimas semanas el equipo ha averiguado todo lo que puede saberse sobre Federov y su mujer. Lo que les gusta comer, dónde compran y quiénes son sus amigos (o por lo menos aquellos que dicen serlo). Conocen la infancia nada feliz que Vasili Federov vivió con el nombre de Christopher Clay, saben que sus padres se negaban a hablar de sus orígenes rusos e insistían en que «ahora eres estadounidense». Se han enterado de cómo su padre adoptivo le dijo hasta qué punto resultaba obvia su ausencia de consanguinidad cuando el chico no mostró ningún interés por los deportes. Conocen que se hizo rico de la noche a la mañana tras la creación de un portal de internet extraordinariamente popular llamado TradeOff, que permite que personas de cualquier parte del mundo intercambien las cosas más variadas, desde sofás hasta coches. Saben que conoció a su mujer en una fiesta de recaudación de fondos

en Moscú, en la que dejó petrificados incluso a los oligarcas más acaudalados al ofrecer siete millones de dólares a cambio de una cita con la hija del presidente. Y también saben cosas sobre ella. Son conocedores de su mal carácter y de sus rabietas, y de la larga lista de personas a las que ha sobornado para que guarden silencio sobre el maltrato que les ha infligido. Saben que el suyo es un matrimonio infeliz. Y están enterados de que sufre epilepsia fotosensible, un trastorno que le diagnosticaron dos años atrás y que su marido mantiene celosamente en secreto, puesto que detesta cualquier signo de debilidad.

Les han informado de que en la torre de control hay dos personas, un técnico y el «maestro de los espectáculos con luces a escala mundial», tal como lo anuncia el programa, responsable del «deleite para los sentidos» previsto para esa noche. Según el programa oficial, la exhibición incluye patrones de luces proyectadas en los árboles, en el césped y en las fachadas de los edificios que rodean los jardines, todo en perfecta sincronización con la orquesta, que interpretará una partitura especialmente compuesta para la ocasión, hasta culminar en un impresionante *crescendo* de notas y destellos.

En total, el espectáculo durará seis minutos y está programado para coincidir con la llegada de Vasili e Irina. Como invitados de honor, ya que han aportado más dinero al museo que cualquier otro donante, los Federov serán recibidos por el príncipe Florestán y su nueva esposa, la princesa Jennifer, quienes acudirán a su coche para darles la bienvenida y escoltarlos hasta la Gran Avenida, lo que servirá de señal para que empiece el espectáculo de luces, que ha sido diseñado con el máximo esmero para que no afecte a esa forma tan sumamente rara de epilepsia que sufre la señora Federova. El final del show está programado para coincidir con el momento en el que el grupo ocupe sus asientos, y será entonces cuando empiecen los fuegos artificiales.

—Así pues, lo único que tenemos que hacer es subir ahí y averiguar cómo podemos reprogramar las luces, y después convencer a dos perfectos extraños de que sigan con el espectáculo con total normalidad —le susurra Quinn mientras examinan el puesto de mando, una torre alta rodeada por un andamio que incluye un

habitáculo cerrado a unos veinte metros del suelo—. No se te ocurra empezar a sudar.

La instalación se encuentra al final del recinto vallado de los jardines, muy apartada de la zona más transitada, de modo que no hay ningún invitado alrededor.

—Espérame aquí mientras voy a echar un vistazo —dice Argylle, y se aleja antes de que ella pueda protestar.

Empieza a trepar por el interior de la estructura, fingiendo una confianza que no siente. Tiene la sensación de que la misión se les está escapando de las manos y, en lugar de albergar la indiferencia que imaginaba sentir, descubre que le importa muchísimo. Se ha pasado cinco años estancado, y ahora que por fin se ha decidido a actuar le parece impensable que todo quede en agua de borrajas.

Sabe por experiencia que es mejor no mirar arriba cuando se está trepando a un sitio alto, de manera que se concentra en las barras metálicas que tiene enfrente, y por eso no repara en el hombre que se está acercando hasta que nota que una mano le aferra el tobillo, tira de él y lo obliga a deslizarse hasta el suelo con torpeza.

«Piensa —se ordena a sí mismo—. Piensa».

—*Qu'est-ce que vous faites, Monsieur?*

El guardia de seguridad francés es bastante amable, pero su sonrisa parece burlona y Argylle ve cómo se lleva la mano a la cadera, donde se le nota el bulto de una pistola. A pesar de que Argylle habla francés con fluidez, le responde en inglés de forma atropellada.

—Quiero… subir ahí —dice, extendiendo mucho el brazo para señalar el habitáculo del equipo de control—. Divertido. Se ve todo, kilómetros.

Ve de reojo el brillo del vestido metalizado de Quinn, que se escabulle entre los árboles.

A Woody Wyatt se le ilumina la cara cuando ve a Quinn en el vestíbulo, tratando de captar su atención con la máxima discreción. A pesar de la adrenalina que le corre por las venas y de la tirantez de los músculos a causa de la tensión nerviosa, una parte distinta de su

mente aprecia lo bien que le queda ese vestido dorado. Hace una señal para indicar que va un momento al baño y se reúne con ella entre la multitud apiñada en torno al pianista, que interpreta una pieza clásica. Aunque Wyatt habría preferido escuchar algo de Foo Fighters, se detiene como si estuviera absorto en el deleite de la música. Mientras el pianista aporrea el teclado de punta a punta, Quinn lo pone al día con un breve resumen de lo que hay que hacer y él asiente con un gesto tan escueto que bien podría estar siguiendo el compás de la música con la cabeza.

A continuación cruza la salida del personal de seguridad, que da a un pequeño patio. Al principio cree que lo ha perdido, pero entonces ve el extremo anaranjado de un cigarrillo al otro lado del reciento y, efectivamente, allí está Iván, su nuevo amigo, sentado contra la pared con aire mohíno. Como al final no se expondrá la pulsera de Federov, su presencia allí es inútil, pero intenta aferrarse al glamour de la noche antes de regresar a su hotel de mierda.

—Iván, tío, necesito que me cubras media hora. Te recompensaré.

Le muestra el paquetito de cocaína original. Pero Iván parece haber olvidado el momento de camaradería en los lavabos y lo mira con suspicacia.

—¿Por qué me pides eso? ¿Cómo sé que no estás con la poli?

En ese momento, Argylle ve un destello entre las sombras en un lateral del patio. Erin Quinn avanza hasta un foco de luz, y el brillo de su piel bronceada destaca bajo las tiras del vestido dorado. Entrelaza la mano con el brazo de Wyatt.

Iván cambia de actitud de inmediato, relaja los hombros y una sonrisa atraviesa de punta a punta su cara mofletuda.

—Vale, ahora lo entiendo. Claro, amigo. Vete tranquilo.

Al salir del hotel, Wyatt sigue la áurea figura de Quinn con los ojos fijos en su resplandeciente columna vertebral. Un observador externo no notaría que van juntos, pero al acercarse a la torre de control Quinn aminora la marcha y señala a las dos personas situadas en la base del andamio, donde el guardia ha detenido a Argylle.

Wyatt asiente al comprender de inmediato lo que hay que hacer.

—Tío, tienes que marcharte de aquí enseguida —le dice al guardia

cuando se le acerca jadeando como si le faltara el aliento—. Algo pasa en la Salle Empire. Vengo de allí y estaban preguntando por ti.

El guardia observa el uniforme de Wyatt, su identificación y su imponente tamaño. Si llega a preguntarse por qué han mandado a ese estadounidense a buscarlo, la idea queda nublada por el atractivo de sentirse necesario, por el hecho de que hayan ido a por él personalmente. Al principio pidió que lo asignaran al dispositivo del interior del hotel, deseoso de estar en el centro neurálgico, donde tendría más oportunidades de mezclarse con los famosos y de impresionar a sus superiores. El hecho de que lo ubicaran en el exterior y le encomendaran la vigilancia de la zona perimetral del evento le pareció un gesto de desprecio. Pero ahora tiene una segunda oportunidad.

—No te preocupes, ya me ocupo yo de esto —le dice Wyatt con convencimiento.

Y el guardia baja la mano.

Mientras Quinn, con sus poco prácticos zapatos dorados, permanece de mala gana en tierra firme, a punto para orientar al guardia de seguridad hacia otro lado si se presenta, Argylle y Wyatt escalan el andamio. Los tres sufren, conscientes de que el reloj avanza. El corazón de Argylle marca la cuenta atrás para la llegada de los Federov.

Pero cuando irrumpen en la sala de control, en lugar de las dos personas que esperaban encuentran solo a una.

—Gracias a Dios. Me estaba volviendo loco. ¿Ha llegado? Por favor, decidme que viene con vosotros.

El hombre de complexión robusta que luce una camisa hawaiana y se halla sentado ante el cuadro de mandos se queda mirando la puerta que Argylle y Wyatt acaban de cruzar. Su rostro ligeramente sudoroso denota primero esperanza y luego decepción al ver que no aparece nadie más.

—¿De quién hablas?

—De Josef Koller. —Su expresión revela incredulidad cuando ellos

dan muestras de no reconocer ese nombre—. El coreógrafo de luces más famoso del mundo.

Por el acento del tipo y el nombre de Koller, Argylle deduce que los dos son pareja profesional y que seguramente proceden de Austria o Alemania.

—¿No ha llegado?

El hombre sacude la cabeza, muy disgustado.

—Se aloja en el hotel Chèvre d'Or, en Èze; *ja*, a él lo han mandado allí, claro, y yo estoy en un cuchitril con baño compartido a treinta kilómetros de distancia. La cuestión es que me he enterado de que ha habido un accidente y la carretera del hotel ha quedado totalmente cortada, así que el coche que han enviado a buscarlo no puede pasar. Ya sabéis cómo es ese pueblo, está construido en plena montaña y solo se puede llegar al centro andando, o sea que Josef está encerrado allí y tendrán que suspender el espectáculo después de pasarnos casi un año preparándolo.

Argylle no puede creer que tengan tan mala suerte. Parece que esa misión esté condenada a fracasar, sobre todo porque el hombre, de pronto, se interrumpe y entorna los ojos.

—¿Quiénes decís que sois, chicos? Creía que me traíais un mensaje.

Desvía la mirada hacia un lateral del cuadro de mandos, donde Argylle ve que hay un teléfono. Le hace una señal con la cabeza a Wyatt, quien no necesita que insista.

—Lo siento, amigo —le suelta Wyatt agarrando el teléfono—. Pareces un buen tío, así que limítate a hacer lo que te digamos. ¿Cómo te llamas, colega?

El hombre sentado ante los mandos se fija en los brazos de Wyatt, tan anchos como los postes de las farolas.

—Max —contesta, y se le oye tragar saliva.

20

Argylle baja de la torre e informa a Quinn antes de mezclarse entre el montón de invitados mientras habla con Carter por el auricular.

—Menos mal que te has dignado a despegarte del champán y del caviar —le dice ella en un tono cargado de sarcasmo—. ¿A qué debo el honor?

—Necesito que identifiques uno de los helicópteros que nos sobrevuelan y que le hackees la cámara —anuncia.

—Tengo trabajo, Argylle, estoy pidiendo una ambulancia.

—¿Qué? ¿Por qué? Da igual, no hay tiempo. Haz lo que te digo, por favor. Es urgente.

Al cabo de unos segundos, Carter habla de nuevo.

—Hay un helicóptero de la televisión francesa, de Canal Plus. Está todo lo cerca que le permiten, grabando imágenes de la llegada de los famosos.

—La próxima vez que se acerque a tierra firme, necesito que me digas qué está ocurriendo en un pueblo que se llama Èze. Está en la ladera de una montaña a unos diez kilómetros de aquí.

Argylle se dirige a la vía de acceso donde están aparcados los coches de lujo en los que viajan los invitados VIP y ve a los chóferes, de pie en pequeños grupos o sentados frente al volante echando una siestecita o escuchando la radio.

Si le preguntasen directamente, diría que esa clase de vehículos le es indiferente, que la idea de gastarse cientos de miles de dólares en algo que solo sirve para trasladarse de un lugar a otro le parece ofensiva. Y es cierto… hasta cierto punto. Pero allí plantado, observando la hilera de coches, los Porsche, los Lamborghini y los Bentley, siente una punzada de deseo.

Por el auricular, oye que Carter lanza un quedo silbido de

admiración.

—Qué pueblo tan bonito es Èze. Parece una especie de laberinto de calles antiguas, sin coches ni nada, encaramado en la cima de la montaña y rodeado por una muralla alta. Debe de haber una vista espectacular.

—No me voy de vacaciones, Carter, joder. Dime por qué el creador de espectáculos de luces más famoso del mundo no puede llegar al evento para el que ha estado ensayando durante meses.

—¿Quién dices? Bueno, da igual… Vale, se ha producido una especie de accidente en cadena que está bloqueando la única carretera que une la parte nueva con la vieja. Parece que un autobús turístico ha chocado con un coche. Todo el tráfico está parado. Nadie puede salir de allí.

—¿Y por qué no va andando hasta la carretera principal y coge algún transporte?

—La parte vieja está en una zona muy empinada y completamente aislada. Tendría que bajar por la muralla haciendo rápel.

—¿Y en el otro sentido? Mira el mapa para ver si hay alguna carretera secundaria que vaya directa a la costa para que pueda acercarme y recogerlo.

Argylle le ha echado el ojo a un Maserati de color oro cuyo conductor está dando una cabezada en el asiento del acompañante.

—Ninguna llega hasta allí. Aunque hay una que…

Argylle ya se está dirigiendo al coche dorado; cincuenta metros, veinticinco…

—Mierda, es un camino peatonal, no una carretera. Es estrecho y pedregoso, y la cuesta es abominable. Tendrías que ser una cabra para subir por ahí.

Argylle se detiene de repente. A regañadientes, aparta los ojos del Maserati y empieza a examinar la hilera de coches bellos y relucientes. Asiente sin entusiasmo cuando da con lo que está buscando.

—Es imposible que lo consigas, Argylle —prosigue Carter, ajena a lo que está ocurriendo—. De hecho, lo llaman el *Chemin de Nietzsche*, no va en broma, y si eso no es un mal augurio…

La motocicleta se encuentra apartada de la flota de coches de lujo. No puede decirse que carezca de espectacularidad en sí misma, con su flamante color rojo fuego, pero no cuadra con la estética de los otros vehículos. El casco del conductor descansa sobre el amplio sillín de cuero mientras él se encuentra apoyado en un muro cercano hablando por teléfono de espaldas a la moto. Cuando Argylle se acerca, ve que las llaves están en el contacto y se encomienda a Dios en silencio. «Por fin algo sale bien».

Está a punto de alcanzarla cuando el propietario da media vuelta y se guarda el teléfono en el bolsillo.

—Lo siento —dice Argylle en francés, acercándose al hombre.

—¿Por qué?

—Por esto.

El conductor de la moto todavía esboza una sonrisa cuando Argylle gira sobre sí mismo y le planta un puntapié en la sien que lo tumba de golpe. A continuación, lo arrastra detrás del muro y mete la mano en el bolsillo de su chaqueta para quitarle la documentación.

Durante un momento de infarto, está seguro de que uno de los chóferes que charlan en un grupo cercano lo ha visto, pero entonces el hombre se gira hacia el resto entre risas y Argylle respira de nuevo.

Un segundo después está montado en el vehículo. Aunque sabe cómo funcionan las motos, ya que se gastó una parte de los cinco mil dólares que heredó de sus padres en comprar una de segunda mano, sin duda esta es la más potente que ha conducido jamás. Tiene cuatro cilindros y doscientos caballos.

En el control de acceso le muestra la documentación al guardia sin quitarse el casco, y este mueve la mano con languidez para indicarle que pase. Un poco más adelante se detiene y se hace una selfi con el teléfono para mandársela a Carter.

—¿En serio? —le suelta Carter por el auricular cuando retoman la conversación—. ¿Estás de coña?

—Limítate a buscarme en las imágenes de la cámara y guíame.

—Espero que hayas hecho testamento, Argylle.

—Te lo dejo todo a ti, Carter. Puedes comprarte un helado.

A esas alturas ya ha salido del principado y enfila la carretera de la costa.

—Vale, te tengo. Estás en la cornisa inferior. Oye, ¿has visto la peli…?

—*Atrapa a un ladrón*. Sí, la he visto.

Argylle no le cuenta que se educó con películas. Como de niño no iba a la escuela, sus compañeros de juegos eran los vídeos. Antes de cumplir los doce años ya había visto todas las películas de Hitchcock, y lo sabe todo sobre las tres famosas carreteras llenas de curvas llamadas cornisas; una está esculpida en la cima misma de la montaña; otra, a media altura, y la tercera en la falda, abrazando el litoral.

—Vale, la cuesta se acentúa mucho justo después de esa curva. Será mejor que reces para no atropellar a algún senderista nocturno.

Argylle llega al final de la carretera y avanza serpenteando por un camino de asfalto muy empinado que recorre en zigzag la primera franja de la montaña, con abruptas paredes de piedra a un lado y al otro. Sus hombros descienden cuando se relaja. La cosa no es tan grave.

—No sé a qué viene tanto alboroto, Carter. Esto es…

Las palabras mueren en su boca cuando, de pronto, termina la zona asfaltada y el camino se convierte en un sendero estrecho de grava sembrado de rocas sueltas que atraviesa la maleza entre restos de vegetación y olivos. Tiene la osadía de alzar la mirada hasta lo alto de la montaña que asciende casi en vertical… y se arrepiente al instante.

Al cabo de unos segundos está subiendo a buen ritmo por el camino rocoso mientras las ruedas disparan guijarros a su paso. La pendiente es tan pronunciada que no se atreve a reducir la velocidad, de manera que no le queda más remedio que seguir acelerando, aunque el camino se adentra en la oscuridad y no ve las curvas hasta que prácticamente las tiene encima. En sus venas bulle una mezcla de adrenalina y miedo mientras la bestia de motocicleta ruge y retruena, y el sonido retumba en la tremenda elevación rocosa que rodea la garganta por la que asciende. El vehículo no está hecho para esa clase de terreno. En una curva especialmente cerrada, los neumáticos

patinan y a Argylle se le encoge el estómago mientras se prepara para acabar estampado contra los árboles arraigados a ambos lados del camino. Cierra los ojos un instante… —«Dios, Dios, Dios», reza—. Y, milagrosamente, recupera el control.

Por fin consigue estabilizar el ritmo. Los ascensos por la jungla en su Honda de 150cc le han sido de gran ayuda. Se relaja y casi disfruta del trayecto hasta que dobla una curva y la rueda delantera se estrella contra algo sólido y rebota con tanta fuerza que Argylle se eleva sobre el sillín y tiene que agarrarse al manillar mientras intenta guiar la moto de nuevo hasta el suelo. Se horroriza al ver que aquello con lo que ha chocado es un escalón de piedra de poco menos de un metro de ancho incrustado en el suelo de tierra y grava, y que es el primero de un tramo muy empinado que recorre un buen trecho de la ladera de la montaña. No tiene más remedio que ir saltando por los escalones de piedra con la moto, y aunque siempre que puede los rodea por los laterales cubiertos de grava, por lo demás la única forma de avanzar es ir dejando caer el vehículo sobre las losas hasta que tiene la impresión de que los órganos de su cuerpo se han soltado de los tejidos que los sostienen y van dando tumbos en su interior.

Carter lo acompaña todo el tiempo a través del auricular.

—¿Argylle? ¿Qué ocurre? ¿Qué narices ha sido eso?

En lo alto de la cuesta, el camino se ensancha de pronto y se vuelve más llano. Hay bancos y un mirador. Argylle nota que se le desacelera el pulso y su respiración empieza a normalizarse un poco.

—Va todo bien, Carter. No sé por qué estás tan alterada.

En el exterior de la entrada a la zona medieval de la población hay mucho alboroto. Argylle comprende lo que ocurre: más adelante, un autobús está bloqueando la carretera y todas las personas que no pueden pasar se han amontonado allí. Carter lo guía por el laberinto de calles hasta la arcada que da acceso al restaurante premiado con una estrella Michelin y al hotel, un *château* de piedra que se sostiene a duras penas sobre una cornisa de la montaña donde, a juzgar por la llamativa indumentaria a juego de la pareja que discute plantada en el camino de grava de la entrada, deben de alojarse algunos de los invitados al evento, nada contentos al ver imposibilitado el acceso a su

destino final y tristemente conscientes de que el baile en el que se han gastado decenas de miles de euros ha empezado sin ellos.

El hotel parece sacado de un sueño, con sus paisajísticos jardines construidos en la ladera misma de la montaña y las mesas dispuestas en una maravillosa terraza con vistas a las luces de los pesqueros y los yates que cruzan con gracia la superficie del mar Mediterráneo.

Carter ha llamado para avisar a Josef Koller de que los organizadores del evento han ideado un plan alternativo para su traslado, y Argylle se encuentra al coreógrafo de luces famoso en el mundo caminando de un lado a otro del elegante vestíbulo del hotel revestido de piedra. A sus cincuenta y pocos años, Koller resulta un personaje llamativo, con el pelo largo suelto y la barba color plata. Viste un esmoquin también plateado y lleva un manojo de papeles bajo el brazo.

La expresión dubitativa del hombre cuando Argylle se presenta se acentúa considerablemente al ver la motocicleta.

—No me gusta este transporte. Es peligroso.

—Para nada, caballero. Es mucho más seguro que un coche. Nunca he tenido un accidente montado ahí.

Koller no parece convencido.

—Mientras no vayamos deprisa —dice mientras Argylle coloca sus papeles en el portaequipajes y lo ayuda a ponerse el casco—. Insisto en ello.

Cuando siete minutos más tarde llegan a la cornisa inferior, que serpentea por todo el litoral desde Niza hasta Menton, Argylle tiene la sensación de llevar una abrazadera metálica alrededor del torso por la fuerza con la que Koller se agarra a su cintura. Querría decirle que ya puede soltarse, pero reflexiona y decide que es mejor abstenerse de conversar con él.

Carter vuelve a comunicarse por el auricular. Nota la urgencia en su voz.

—Tengo el coche de Federov a la vista. El tiempo estimado de llegada son once minutos. No puedes entretenerte con las vistas, Argylle. Acelera.

Koller gime a través del casco, pero Argylle lo ignora y sigue

acelerando. Justo en el momento en que llega al control de acceso, Carter anuncia que tienen cuatro minutos de margen. Agita de nuevo la documentación frente al policía de servicio sin quitarse el casco, pero esta vez no tiene tanta suerte.

—*Enlève le casque, s'il vous plaît.*

—No hay tiempo. Llevo al creador de espectáculos de luces más famoso del mundo, y llega tarde. ¡Mire!

Rápidamente, coge los documentos de Koller del portaequipajes y los planta delante del guardia mientras le levanta el casco al pasajero. «¿Tenía este color cetrino cuando lo he recogido en el hotel?».

—Tres minutos, Argylle.

El policía vacila, y Argylle tiene la impresión de que las acciones transcurren a cámara lenta, en un ritmo agónico que le hiela el aliento en la garganta, hasta que por fin le indica con la mano que puede pasar. Da gracias a Dios y acelera.

Casi teme encontrar la torre de control rodeada de agentes uniformados, pero la zona está tranquila. La multitud se concentra en el jardín con la esperanza de gozar de las mejores vistas del espectáculo de luces y de los fuegos artificiales.

—Deprisa —dice mientras empieza a trepar, haciéndole señas a Koller para que lo siga.

—Pienso presentar una reclamación. —Es la primera frase que el hombre articula desde que se ha bajado de la moto, con los labios blancos y temblorosos.

—Me parece muy bien —responde Argylle—. Pero mientras, ¿qué le parece si se espabila?

Cuando entra en la sala de control, al principio cree que Wyatt se ha marchado porque solo ve a Max, el técnico, con su complexión blandengue y sudorosa acentuada por el estampado chillón de la camisa hawaiana, pero entonces repara en el exmarine, que intenta camuflarse detrás de una torre de material eléctrico de un lateral de la sala mientras apunta con la pistola al hombre sentado frente a los mandos. Esconderse no es uno de los puntos fuertes de Wyatt, y si Koller se fijara vería un hombro abultado o un pie de la talla cuarenta y siete que sobresalen por detrás de la torre. Pero el hombre no tiene

ojos para nadie.

—Casi me muero —le dice a su ayudante. Pero en vista de que es Max el que tiene una pistola apuntándole la cabeza, la declaración no le despierta la misma compasión que en otras circunstancias.

—Ya están aquí —le anuncia Carter a Argylle por el auricular. Este cruza una mirada con Wyatt y los dos saben que todo depende de este momento.

—Manos a la obra —exclama Koller, que de pronto solo piensa en el trabajo.

La opresión que Argylle siente en el pecho disminuye.

Koller empieza a ajustar los mandos de los paneles de control que tiene delante mientras se pasa la mano por los rizos exuberantes que el casco solo ha aplastado ligeramente. Acciona un interruptor a su derecha y Argylle da un respingo al darse cuenta de que el hombre ha encendido una cámara, pero consigue apartarse del campo de visión justo a tiempo. De nuevo, intercambia una mirada con Wyatt y este se encoge de hombros.

La sala de control tiene un gran ventanal que da a los jardines. Hay un pequeño televisor, sujeto mediante una escuadra a la esquina superior del ventanal, que acaba de cobrar vida y muestra a la orquesta del Laval Ball en posición y alerta, con los instrumentos a punto. Sobre el escenario destaca una enorme pantalla de cine que muestra un primer plano de Koller. Argylle no tiene tiempo de pararse a pensar en esa disposición curiosa y egocéntrica porque este eleva las manos, y en cuanto las baja, la orquesta empieza a tocar a todo volumen. De repente, se desata una actividad frenética. Max se ha lanzado al ataque con el mezclador y Koller dirige en parte la orquesta y en parte el control de las luces con la misma sensibilidad que si fuera uno de los músicos.

Haces de luz de todos los colores del arco iris juguetean entre los árboles y se detienen en los edificios que rodean la plaza, donde forman dibujos y palabras que se desvanecen en cuanto se han creado, todo acompasado con la música de tal manera que parecen una sola cosa. Es un hermoso maridaje de imágenes y sonido, y Argylle rememora unos instantes las fiestas de la luna llena en las que ha

participado un par de veces en las playas del sur de Tailandia.

—Los Federov han salido del coche y van hacia los jardines —informa Carter—. ¿Funcionará?

En ese momento Argylle no tiene ni idea. Lo único que puede hacer es confiar en que, durante su ausencia, las cosas han sucedido según lo planeado; es decir, que Samra ha encontrado la forma de aumentar la frecuencia del oscilador interno de las luces estroboscópicas para que le provoquen a Irina un episodio de epilepsia fotosensible y que Wyatt ha convencido a Max, por decirlo así, para que realice los ajustes según las instrucciones de Samra.

La pantalla situada detrás de la orquesta ha dejado de enfocar a Koller y se centra en un cuarteto que se acerca a la entrada de los jardines. Delante van dos caballeros: el príncipe Florestán, joven y con el atractivo fugaz de los hombres de buena cuna que acaban entrando en carnes y perdiendo el pelo a los treinta años, y otro de agresividad anodina con sus gafas sin montura, la expresión neutral y un traje siempre oscuro, cuyo único guiño al tema de la noche es una corbata con hilos de oro. Argylle ha analizado fotografías de Federov, pero al verlo así por primera vez, casi al natural, se lleva una decepción.

La cámara no se detiene mucho en los hombres que preceden el grupo, ansiosa por enfocar a la mujer que avanza unos cuantos metros por detrás. Al contario que Federov, Jennifer Martin no decepciona lo más mínimo. Va cubierta de los pies a la cabeza por pintura corporal metalizada que hace brillar su figura de un metro ochenta y cinco. Incluso lleva su famosa melena rubia peinada hacia atrás con la ayuda de un ungüento que reluce bajo los focos. Sea lo que sea lo que cubre su cuerpo bajo la pintura, si es que hay algo que lo cubra, es tan mínimo que resulta del todo invisible.

A su lado, Irina Federova aporta una imagen más convencional, con un vestido de discos de efecto espejo que deben de haberle cosido directamente encima por cómo se ajusta a los pechos en los que unos cirujanos de Brasil le implantaron sendas prótesis que más tarde unos cirujanos de Londres retiraron y sustituyeron por otras cuando las primeras explotaron. El vestido culmina en un cuello enorme que se eleva más de medio metro por detrás de su cabeza y que forma

ondulaciones como las olas del mar. Las magníficas extensiones de pelo humano virgen al que jamás se han aplicado tintes ni tratamientos se apilan en su cabeza en un impactante peinado *bouffant* sobre el que reposa una diadema de varias tiras con incrustaciones de diamantes. Las dos mujeres ofrecen una visión impresionante mientras avanzan muy despacio por los jardines en dirección a la mesa que en ese momento alcanzan sus maridos, con las luces lanzando destellos a su alrededor.

Argylle mira a Wyatt. Seguro que ahora…

De pronto, Koller, que ha guiado a su orquesta hasta un *crescendo* de sonido y luz, da un saltito en el aire que hace temblar la sala de lo alto de la torre, y en ese momento, con la melena plateada ondeando tras de sí, algo se pone en marcha y empieza el efecto estroboscópico.

A cien metros del cubículo acristalado, Irina Federova cae al suelo.

Josef Koller, absorto en su coreografía, no se da cuenta de nada. Tiene toda la atención puesta en el pequeño televisor que muestra un primer plano de su cara, exhausta pero triunfante. Se acaricia un lado de la barba y esboza una sonrisa modesta y débil a la vez que levanta la mano para saludar. Está tan concentrado en la imagen de sí mismo emitida por la pantalla que no ve que Wyatt sale de detrás de la torre de material eléctrico empuñando la pistola. Solo en el momento en que la cámara enfoca los fuegos artificiales se da la vuelta.

—Ha sido una pasada, tío. Soy un gran fan tuyo —dice Wyatt mientras se acerca a él blandiendo un cable eléctrico de poco grosor.

Un par de minutos después, Argylle y Wyatt descienden por el andamio de la torre de iluminación. Alcanzan a oír las voces de Max y Koller, que gritan tras la puerta cerrada con llave de la sala de control, pero el sonido queda amortiguado por la explosión de los fuegos artificiales.

—¿Cuánto crees que gana un coreógrafo de luces? —pregunta Wyatt.

—Este no es uno cualquiera —lo corrige Argylle.

—Es el más famoso del mundo —dicen a coro cuando llegan al suelo y echan a correr.

21

Tony Corcoran se ha vestido con una americana clásica y un discreto pañuelo dorado en el bolsillo para imitar de forma convincente a un médico en sus horas libres. Es mayor que el resto del equipo y goza de una circunspección natural gracias al mechón blanco de su pelo y la pausa que siempre hace antes de hablar, como si sopesara bien cada palabra.

En ese momento, Argylle lo observa desde la primera fila del pequeño grupo allí apiñado. Corcoran se encuentra agachado junto a Irina Federova, que emite suaves gemidos e intenta llevarse la mano a la cabeza.

—Soy neurólogo en el hospital Cedars-Sinaí, en California —dice a quienes le prestan atención—. Apártense, por favor, y dejen espacio a esta mujer. Ha sufrido alguna clase de ataque.

Cuando la paciente quiere protestar, Corcoran le introduce los dedos en la boca.

—Debo comprobar que no haya obstrucciones —explica.

—Buen trabajo —musita Carter, conectada a través de la radio al auricular de Argylle—. Acaba de darle el Rohypnol que quedaba del plan que hemos abortado.

Un hombre se abre paso hasta la primera fila de la multitud.

Es Serguéi Denísov. Argylle se ha movido en torno a algunas malas personas en los últimos años, como los señores del cartel de la droga al mando de los laboratorios de la jungla, que han traicionado su propia cualidad humana a cambio de ganancias económicas y consideran un daño colateral a cualquiera que se cruce en su camino. Pero este hombre, el primer comandante que autorizó la violación como arma de guerra en Grozni, el que ordenó bombardear un convoy de refugiados identificado con banderas blancas y la ejecución a

sangre fría de hombres de la resistencia chechena que se rindieron en virtud de una teórica amnistía y que, según dicen, le arrancó la cabellera a uno que intentó resistirse, sitúa el mal en un nivel completamente distinto.

—Señor, retírese. Deje espacio a la señora —le ordena Corcoran con tono autoritario.

—Claro —le contesta Denísov en su mismo idioma.

Es una sorpresa que hable idiomas. Las palabras con que habitualmente se le describe —bestia, monstruo o psicópata— no dejan lugar a matices, a la posibilidad de que sea un hombre que ha viajado o que tiene otros intereses más allá de la violencia y del encarnizamiento.

—No tiene…, cómo lo llaman ustedes, epilepsia. Son solo luces.

Irina intenta incorporarse en el suelo, pero Corcoran la empuja con suavidad hacia atrás.

—Es epilepsia fotosensible, ¿verdad? Normalmente, como usted dice, no reviste importancia, pero me temo que ha desencadenado algo más grave. Tiene una arritmia alarmante. Debo llevarla al hospital enseguida o nos arriesgamos a que sufra un paro cardíaco.

Una mujer situada cerca saca el teléfono y Argylle se pone tenso, pero Corcoran ya ha preparado el suyo.

—Tengo un amigo cardiólogo que trabaja en el hospital Princess Grace, un poco más arriba de la carretera. Lo llamaré directamente para que se ocupe de… —Se interrumpe para hablar por el teléfono—. ¿François? Necesito una ambulancia y un desfibrilador, y dile a tu equipo que se prepare para atendernos en cuanto lleguemos.

A esas alturas Federov se ha enterado de lo ocurrido y ha dado media vuelta. En ese momentos se presenta allí con los labios apretados.

—Irina, amor mío, tienes que levantarte. —Su cara, situada junto a la de ella, no revela absolutamente ningún sentimiento—. Irina. —Su voz es suave, pero Argylle capta un tono de amenaza que la atraviesa como si fuera un alambre de espinos, y cuando mira más de cerca la mano con la que Federov agarra el brazo de su esposa, ve que le está clavando los dedos en la carne con tanta fuerza que la sangre no le

riega las puntas.

Irina Federova se incorpora y esta vez consigue sentarse.

—Ay… —exclama Wyatt por encima del hombro de Argylle, que casi no se atreve a mirar. Si Federov consigue llevarse a su mujer consigo, todo estará perdido.

—¡Dios mío! —grita Jennifer Martin cuando el Rohypnol hace su efecto e Irina se desploma de espaldas otra vez, aunque Corcoran, con sus rápidos reflejos, amortigua la caída.

En la distancia se oye el sonido de una sirena de ambulancia, y casi al mismo tiempo Carter la anuncia.

—¡Ya llega! —exclama.

El vehículo se detiene. Argylle reconoce a Washington sentado frente el volante y la oleada de alivio que lo invade lo coge por sorpresa. Aunque sabe que algunos de sus compañeros no se fían de él, pero Washington ha sido una presencia invariablemente sólida y tranquilizadora durante los últimos dos meses, y su humor mordaz enmascara una profunda capacidad de empatía.

Argylle y Wyatt rodean el cúmulo de espectadores y se acercan tanto como se atreven a la parte trasera de la ambulancia. Washington se apea de un salto, ataviado con un uniforme oscuro cubierto con un chaleco reflectante, y abre las puertas del vehículo de par en par, cubriendo el espacio lo suficiente para que los dos se cuelen en el interior.

Dentro del vehículo, se colocan a toda prisa los uniformes que les han dejado preparados. Tardan solo unos instantes, pero cuando Wyatt se dispone a salir, Argylle tira de él obligándolo a retroceder mientras sacude la cabeza y le señala el punto en que los pantalones acaban a media pantorrilla y dejan el resto cómicamente al descubierto. Durante una fracción de segundo parece que Wyatt va a protestar, pero entonces asiente y se instala en el asiento del conductor.

Argylle ayuda a Washington a llevar la camilla hasta la pobre Irina Federova, que musita palabras incoherentes.

—La pulsera —dice Federov en el momento en que se disponen a meter a su esposa en la ambulancia. Pero Corcoran la sujeta por la

muñeca con firmeza para tomarle el pulso mientras pasan corriendo frente al ruso en dirección a las puertas abiertas del vehículo.

En esos momentos Argylle siente la adrenalina en todos los rincones de su cuerpo, el corazón le aporrea el pecho, tiene la respiración acelerada y el sudor le resbala entre los omóplatos.

Mientras sujetan a la paciente con las correas, nota algo tras de sí y se le erizan los pelos del cogote cuando se vuelve y descubre a Denísov a pocos centímetros de distancia.

«No puede estar aquí», desea decirle, pero la voz queda atrapada en su garganta al notar el aliento pastoso y agrio de Denísov. En su lugar, es Corcoran quien habla.

—¡Apártese, caballero! —grita—. Necesitamos espacio para usar el desfibrilador.

Denísov se retira a regañadientes.

—Los seguiré —anuncia, y a través de la ranura de las puertas de la ambulancia, Argylle ve que el hombre sacude su cabezota ante Federov y este se pone tenso, aunque su expresión no se altera.

—No hace falta que te diga lo importante que es esto para mí —le susurra en ruso, y aunque Denísov es dos veces más corpulento que su jefe y da la impresión de que podría arrancarle la cabeza con sus propias manos, Argylle lo ve estremecerse.

—Lo comprendo, jefe —dice—. Su mujer…

—¿Mi mujer? No seas estúpido. Es la pulsera lo que quiero recuperar, así que tráemela. ¿Te acuerdas de Aminoff? Tenía solo treinta y tres años y era tan guapo… Aunque no lo parecía cuando su familia lo enterró, desde luego. Sería una lástima que lo que le ocurrió a tu predecesor también te ocurriera a ti o, Dios no lo quiera, a esa hija tan guapa que tienes. Vive en la calle Románov, ¿verdad? Buen sitio. Tengo entendido que los pisos esquineros del edificio Sheremétev son muy especiales.

Todo el tiempo, Federov ha mantenido un tono monocorde, como si estuviera leyendo en voz alta la minuta del café, y sin embargo Argylle tiene los pelos de punta. Cuando se acerca a las puertas de la ambulancia para cerrarlas, siente una oleada de alivio ante la perspectiva de alejarse de ese hombre frío y extraño.

La ambulancia avanza deprisa con la sirena a todo volumen. Argylle oye que Wyatt lanza un grito de alegría desde el asiento delantero cuando estalla la tensión de los últimos minutos y aprieta el acelerador. Sin embargo, ni siquiera una ambulancia avanzando a toda pastilla es capaz de dejar atrás a un ruso enfadado al volante de un Porsche 911 GT2 RS.

—El hospital que ha mencionado Corcoran está a seis kilómetros de aquí —anuncia Carter—. Tienes unos ocho minutos para librarte de nuestro amigo.

Por el retrovisor de la ambulancia, Argylle ve la cara pálida de Denísov y el gesto firme de su mandíbula. El plan original era deshacerse de Irina Federova en algún punto de la cuneta y largarse, pero con Denísov pisándoles los talones no tienen más remedio que dirigirse al hospital.

—Carter, seguro que hay algo que puedes hacer para detener ese coche. Hackea o reprograma algo. Tú eres la experta en tecnología.

—Espera —pide Carter.

Oye que marca unos números y luego un tono de llamada seguido de un chasquido que le taladra los oídos.

—¿Policía? —grita Carter—. Soy Julia Roberts. Estoy en el Laval Ball. ¡Me acaban de robar el coche! —Y para más efecto añade—: ¡Y dentro está mi bebé!

—Te has pasado, Carter —musita Argylle—. ¿Desde cuándo Julia Roberts tiene un bebé?

—¿Qué? ¿Mi matrícula? Sí, claro, es… —Argylle se esfuerza por leerla a través de la ventanilla—. N —dice—. R, S… Por Dios, Wyatt, ¿dónde narices te enseñaron a conducir?

El diminuto Principado de Mónaco está plagado de policía, de modo que en cuestión de segundos los alcanzan los destellos de las luces azules. Argylle, que ha estado conteniendo la respiración, suspira cuando ve que detienen al coche ruso y el pálido óvalo del rostro de Denísov se hace más y más pequeño a través del cristal.

—¡Es hora de largarse, Carter! —grita Wyatt desde el asiento delantero—. Lo único que tenemos que hacer es salir de esta carretera y…

De pronto, clava el pie en el freno. Al doblar la esquina se encuentran en medio de un colapso de tráfico, hay colas de coches en todas direcciones al haber tenido que desviarse del centro cerrado al tráfico. Ni siquiera el insistente alarido de la sirena de la ambulancia consigue abrirles un hueco por el que pasar.

La ambulancia se detiene aún ululando inútilmente, lo cual parece despertar a Irina Federova.

—Dejen que me levante —masculla en ruso mientras intenta incorporarse, pero Corcoran la empuja con suavidad hacia atrás.

—Es demasiado peligroso —le dice, y le coge el brazo de forma que la pulsera se desliza hasta su muñeca y se la quita—. Tengo que tomarle el pulso. —Le presiona la piel pálida con una mano mientras con la otra deposita la joya en la bolsa que Argylle ha sacado de un bolsillo de la parte trasera del asiento del acompañante—. ¿Una bolsa para el mareo? —musita Corcoran—. Que no se diga que no tenemos clase.

Argylle se dispone a cerrar la bolsa, pero Corcoran lo detiene.

—Espera —lo insta mientras le sostiene la cabeza a Irina Federova para desabrocharle el cierre del collar de diamantes, oculto bajo el pelo, tras lo cual le retira los pendientes a conjunto y lo arroja todo en el interior de la bolsa que contiene la pulsera—. No se preocupe —dice para tranquilizar a la paciente, que va recobrando la conciencia —. Nos encargaremos de que sus joyas estén a salvo.

Argylle hace una mueca. Les habían ordenado que cogieran la pulsera y nada más.

—Espera. Eso no es… —empieza a decir, pero Corcoran sacude la cabeza y se lleva un dedo a los labios, y Argylle, no muy convencido, deja correr el asunto.

Mientras tanto, Wyatt está intentando avanzar con la ambulancia a través del colapso de tráfico.

—¡Muévete! —le grita a un joven de poco más de veinte años vestido con un chaleco blanco al volante de un descapotable que podría valer cien mil euros. El tipo levanta las manos y se encoge de hombros.

Poco a poco empieza a formarse un camino entre los coches que se

van retirando como pueden. Wyatt levanta el pie del freno y Argylle siente que de nuevo puede respirar. Pero el oxígeno se le seca en la garganta en cuanto mira atrás y ve que el coche ruso vuelve a pisarles los talones.

—Supongo que la policía no ha tardado mucho en darse cuenta de que en el coche no había ningún bebé —le dice a Carter—. Quién lo habría dicho…

—Ha sido una licencia del guion, tío —masculla Carter.

Han conseguido esquivar el tráfico, pero el Porsche avanza pegado a ellos.

—No sudes, Argylle —musita Washington, que viaja amarrado al asiento orientado hacia atrás, pegado al de Wyatt—. Llegaremos al hospital, dejaremos a la paciente y desapareceremos. Nuestros amigos rusos no podrán estar pendientes de nosotros porque andarán demasiado ocupados asegurándose de que la mujer del jefe no se muera y les echen la culpa a ellos.

Argylle, poco convencido, tamborilea insistentemente con los dedos sobre su muslo.

—¡Gira a la derecha! —grita Carter lo bastante fuerte para que Wyatt lo oiga desde la parte delantera de la ambulancia. El volantazo hace que los pasajeros se tambaleen.

—¿Qué ocurre? —pregunta Irina Federova mientras intenta apoyarse de nuevo sobre los codos.

Esa vez Argylle se dirige a ella en ruso.

—Tienen que hacerle una revisión. No le pasará nada si no se levanta. Enseguida se reunirá con su marido.

La última frase no parece haberle aportado un gran consuelo.

El plan es detener el vehículo en el aparcamiento donde solo se permite acceder a las ambulancias, colocar a la señora Federova en una silla de ruedas y dejarla en manos de Denísov y su tropa con la excusa de que deben atender otra emergencia. Pero cuando llegan a la zona habilitada para ambulancias, dispuestos a largarse cuanto antes, se encuentran con que un equipo médico los está esperando en el exterior con una camilla.

—Mierda. Alguien debe de haberles dado el soplo —deduce Wyatt.

Pero no tienen tiempo de averiguar nada más porque en ese momento las puertas traseras de la ambulancia se abren de golpe y todo es movimiento y acción: manos que preparan el material médico, las puntas de la sábana que se levantan, la paciente que cambia de un lugar a otro, y de pronto el equipo del hospital está de nuevo en tierra y Argylle se dispone a cerrar las puertas cuando oye gritar a Wyatt.

—¡Qué hijo de puta!

Mira hacia delante y ve que Denísov y sus secuaces han hecho caso omiso de las restricciones y han entrado en la zona de ambulancias, de manera que les están bloqueando el paso. El personal del hospital no se inmuta. Quieren llevarse a la mujer para examinarla mientras ella intenta bajarse a toda costa de la camilla, y Argylle trata de explicarles en francés que tienen que marcharse para atender otra emergencia. Solo faltaba Denísov, que señala la muñeca de Irina Federova, atada a un gotero a pesar de todas sus protestas. La mujer tiene la piel desnuda y extremadamente pálida.

Argylle se cuela en el rincón de la ambulancia en el que, debajo de un asiento plegable, yace un fardo con su ropa y la de Wyatt.

—¿Qué coño estás haciendo? —le susurra Washington mientras él rebusca entre la ropa—. No se te ocurra sacar la pistola en el hospital. ¿Te has vuelto loco?

Por el rabillo del ojo Argylle ve que Denísov lo está mirando y se lleva la mano al interior de la chaqueta.

—*Voilà!* —grita, y agita frente a él la pulsera recién recuperada del bolsillo de sus pantalones, donde ha permanecido desde que descartaron el plan inicial—. Casi nos marchamos con la pulsera de la señora. —La arroja hacia Denísov, y este no tiene más remedio que soltar lo que fuera que estaba a punto de sacar del bolsillo de la chaqueta para recoger la pulsera—. Y ahora, si nos permiten seguir trabajando…

Denísov lo mira con suspicacia, pero cuando ve que el equipo médico se dispone a entrar con la paciente en el edificio, asiente en dirección a su segundo de a bordo y le señala el coche con la cabeza. El hombre no puede ocultar su felicidad al poder conducir el flamante Porsche. Cuando arranca con un rugido de los neumáticos, Denísov

dirige otra mirada a Argylle y sus ojos negros registran cada uno de sus rasgos.

Cuántas barbaridades deben de haber presenciado esos ojos.

A continuación, el ruso da media vuelta y se apresura a seguir la camilla antes de que se cierren las puertas.

—No está mal, Argylle —dice Carter—. Ahora sugiero que os larguéis de ahí inmediatamente.

Mientras la ambulancia requisada sale del aparcamiento, Argylle se deja caer en uno de los asientos y se inclina hacia delante con la cabeza entre las manos para que nadie pueda ver cómo le tiemblan las piernas.

22

Frances Coffey sabía desde el principio en lo que se metía cuando se unió a la rama de operaciones de la CIA. Al haber iniciado su carrera en los archivos, cuando decidió cambiar la investigación por el control operativo hacía tiempo que había abandonado cualquier ilusión relativa a que el trabajo en la Agencia le proporcionaría una vida glamurosa llena de hombres guapos y encantadores y acceso a lo último en tecnología.

Aun así, las instalaciones que temporalmente hacen las veces de cuartel general para la misión europea del equipo han hecho descender los estándares hasta unos niveles impensables. Bajo la falsa apariencia de organizar una serie de simposios internacionales para directores y empleados del campo de los servicios privados de logística y transporte de residuos, han ocupado una unidad de negocio ubicada en un barrio industrial a diez kilómetros de Charleroi, una ciudad que han seleccionado porque tiene aeropuerto y no por su otra característica bien conocida: que suele encabezar la lista de las poblaciones más deprimentes de Bélgica.

Aquí, la oficina de Coffey es un cubículo con el suelo enmoquetado y vistas al aparcamiento y al hotel de dos estrellas del barrio, el mal llamado Hôtel Beaux Rêves, que consiste en un edificio común de forma rectangular con las paredes pintadas de gris y tres hileras de ventanas anodinas, y cuya plantilla habla polaco sin excepción. Es allí donde se alojan los asistentes y los organizadores del falso simposio sobre el transporte de residuos.

Coffey está escuchando un CD. Más concretamente, está escuchando a un hombre que habla en un CD. Está explicándole lo que le ocurre a su cuerpo cuando fuma, y describe con detalles macabros los efectos del alquitrán en el tejido pulmonar y los depósitos de grasa que se

acumulan en las paredes de las arterias.

Se trata del marido de Coffey, Andrew, que la presiona para que abandone el mal hábito. Dice que está harto de lo mal que huele la casa, aunque ella solo fuma en el jardín. También dice que no quiere tener que cuidarla cuando se arrastre por el pasillo acarreando una bombona de oxígeno o se quede postrada en un sillón.

Lo que no dice es que no quiere que se muera. Pero en realidad ese es el quid de la cuestión, y los dos lo tienen claro.

Coffey ama a su marido, al que conoció hace muchos años en la boda de una amiga, cuando todavía trabajaba como archivera. Andrew era el padrino del novio y pronunció un discurso más sincero que entretenido pero que llegó al corazón de la joven Frances Coffey, quien para entonces ya llevaba dos años trabajando en la CIA y estaba acostumbrada hasta cierto punto a la palabrería y a los hombres que prefieren monopolizar el discurso a mantener una buena conversación. Llevan juntos treinta y dos años. No tienen hijos porque la vida lo ha querido así, y el hecho de que todo el mundo dé por sentado que ella ha sacrificado la maternidad por su carrera lo convierte en algo más doloroso todavía. Pero se han acostumbrado a la compañía mutua y les va bien. Andrew sabe que no debe cuestionar lo que su esposa hace cuando está en el trabajo, a pesar de que sus jornadas absorben casi todo su tiempo, y ella evita preguntarle a él si de verdad es feliz con la sencilla vida que se ha forjado: construir muebles bonitos en el taller de la parte trasera del jardín de su casa de campo de Delaware y salir algún que otro viernes a tomar una cerveza con un vecino.

Tampoco le pregunta nunca si es consciente de que desde hace once años ella mantiene una relación con Darius Johnson, el jefe de la Oficina de Asuntos Públicos, cuyo trabajo consiste en evitar que quede como una idiota delante de los medios de comunicación de todo el mundo. Darius está casado y tiene dos hijos que ya no son niños, además de un perro enfermo del corazón. Frances lo ama. Y cree que él la ama a ella. Pero lleva suficiente tiempo en el mundo y ha visto bastante para saber que el amor no lo es todo en la vida.

—El equipo la espera en la sala de reuniones número uno, señora —dice Mike Randall desde la puerta de su cubículo.

Mientras baja la escalera, repasa y filtra mentalmente la información. Después de doce años en el puesto es consciente de que la clave de su trabajo consiste en saber qué callar y qué contar.

Y también a quién debe contárselo.

El equipo se halla dispuesto en torno a la mesa. Su aspecto es notablemente distinto al de los personajes de indumentaria impoluta del Laval Ball. Ahora llevan el atuendo entre práctico e informal que elegirían los asistentes a un simposio global sobre la logística y el transporte de residuos: camisa o blusa blanca con las mangas arremangadas a la altura del codo y pantalones oscuros o falda a la rodilla, además de una corbata con el nudo poco apretado. Todos se yerguen en sus asientos cuando ella entra.

—En primer lugar, me quito el sombrero ante el equipo de Mónaco —dice cuando entra en la sala de reuniones número uno, que es más grande que la sala número dos y que la número tres pero por lo demás idéntica, con una mesa de formica en forma de U, las sillas tapizadas de gris y una pizarra blanca en un extremo—. Sé que las cosas no salieron tal como estaban planeadas, así que todos tuvisteis que hacer un trabajo de improvisación tremendo. Mencionaré a algunas personas en especial. Aubrey, menuda carrera te marcaste en la moto. No sé si a Josef Koller le gustó tanto como a nosotros, pero lo hiciste muy bien.

Argylle baja la vista a la mesa. A su izquierda oye que Schneider dice «Claro que sí, Aubrey», y alguien más suelta una risita, pero aun así nota una calidez que asciende desde su vientre ante las palabras de Coffey. ¿Por qué será que todos se sienten tan inclinados a complacerla?

—Y Tony, creo que en *Urgencias* están buscando a un nuevo actor de reparto. En serio, estoy segura de que tu papel se merece un óscar, y quiero dejar claro que si alguna vez me da un infarto, solo dejaré que me atienda el doctor Corcoran, ¿de acuerdo? Además, es a ti a quien debemos agradecer que Federov esté dando palos de ciego. Al quitarle todas las joyas a su mujer en lugar de solo la pulsera, has conseguido convencerlo de que ha sido objeto de un robo por parte de alguna banda del crimen organizado. Unas cuantas pistas estratégicas lo han guiado hasta Alexandru Skutnik, un gángster rumano con muy poco

encanto que durante un tiempo estuvo en nuestro punto de mira. Uno de nuestros agentes de incógnito en Marsella le ofreció el collar y los pendientes por mucho menos dinero del que valen en realidad y él estuvo encantado de hacerse con semejante ganga.

Coffey capta algo en la expresión de Argylle.

—Que no te quite el sueño. Comprar y vender joyas robadas es solo una actividad complementaria. Su verdadero negocio está en el tráfico de personas. El mes pasado las autoridades francesas rescataron a once mujeres rumanas de un círculo de prostitución que dirige a las afueras de París. Les dijo que trabajarían en bares y les prometió un nivel de vida con el que en su país no podrían ni siquiera soñar. Luego les quitó el pasaporte y las obligó a tener hasta quince encuentros al día con los clientes para pagar la supuesta deuda de su traslado. La más joven tiene solo diecisiete años. Es un tipo ruin y despreciable.

Coffey hace una pausa y mira hacia el otro lado del aparcamiento, donde una valla publicitaria muestra a una mujer sonriente que sostiene contra su mejilla un espray limpiador para el hogar como si fuera la mano de su amante. Aunque el verano está bien entrado, el cielo de Bélgica tiene el gris deslavazado de las bayetas viejas, y Coffey siente que la cubre un fino velo de melancolía al recordar toda la fealdad del mundo y a las víctimas a quienes jamás podrá ayudar. Por eso ha escogido ese trabajo, pero a veces la hunde saber que todos sus mayores esfuerzos serán tan solo una gota de socorro en el océano del dolor infligido por hombres como Skutnik.

—Sé que algunos de vosotros os estaréis preguntando de qué va esta misión, por qué he reunido a los mejores agentes para llevar a cabo lo que en apariencia no es más que un robo de joyas corriente. Lamento no poder contaros los detalles, pero no dudéis de que los tentáculos de esta operación llegan muy lejos. Creedme si os digo que de vuestro trabajo depende la estabilidad del mundo entero.

Es la verdad. Y a la vez es solo una parte de la verdad.

Ser la única persona que posee toda la información hace que Coffey se sienta sola. Significa que no tiene ninguna oportunidad de compartir la pesada carga de la responsabilidad.

Mira a Argylle, al hombre nuevo de pelo corto con una confianza en

sí mismo recién descubierta. La primera vez que se vieron él apenas era capaz de mirarla a los ojos. Ahora, en cambio, se sienta muy erguido, como si ya no tuviera que disculparse por ocupar un espacio en el mundo.

Frances Coffey adora a todos sus jóvenes fichajes por la forma en que se comprometen, su idealismo y su convicción de que pueden cambiar el mundo. Pero Argylle tiene algo que le toca especialmente la fibra sensible.

—Sabéis que la pulsera que robasteis pertenece a Vasili Federov. Lo que quizá os sorprenda es que su valor equivale a un millón de dólares y que, sin embargo, el señor Federov pagó cinco por ella. ¿Por qué? Los expertos no tardaron en darse cuenta de que la joya que Argylle le entrego a Denísov es una falsificación, y Federov ha ofrecido un millón más como recompensa a quien le devuelva la pulsera original sin que haya sufrido daños. Y de nuevo os pregunto, ¿por qué? Mientras tanto, nos hemos enterado de que ha reunido, o comprado, a un equipo excelente de miembros actuales y antiguos de los Spetsnaz. Solo podemos deducir que las dos cosas guardan relación, aunque de momento no tenemos ni idea de cómo. Solo sabemos que ambas son la clave del empeño de Federov por construir una gran unión de estados rusos donde gobierne la extrema derecha. Y tenemos el deber de impedírselo.

23

Seis semanas después de la promesa de Federov al pueblo ruso y dos semanas después de la misión de Mónaco

En los ocho años que lleva trabajando como investigador privado, Mijaíl Poltorak ha conocido a clientes de todos los estratos sociales en todo tipo de sitios, desde bares de mala muerte hasta cocinas de suburbios y oficinas imponentes. Pero nunca ha estado en ningún lugar parecido a la residencia de Vasili Federov en Rublyovka, el equivalente a Beverly Hills en Moscú.

Como si fuera un pastel de boda de color rosa pálido, la enorme mansión de tonalidad clara emerge rodeada por jardines paisajísticos, con cuidadas extensiones de césped que descien-den hasta las orillas del Moscova, el río que atraviesa ese enclave de Rusia habitado por personas de extrema riqueza. Hay una extravagante fuente de mármol blanco, rebosante de gruesas carpas koi, y un laberinto muy bien recortado como el que podría encontrarse en los jardines de una casa de la campiña inglesa. A través de un seto en forma de arcada, Poltorak ve los brillantes azulejos turquesa de una piscina y, al otro lado, una tumbona de teca forrada con un grueso cojín de color marfil. Junto a la tumbona hay un vaso alto lleno de cubitos de hielo que descansa sobre una mesa acristalada, derritiéndose bajo el sol. En Moscú no suele hacer mucho calor, pero últimamente las cosas están cambiando. Tiene que ver con ese rollo del calentamiento global.

Desde el sofá de exterior blanco y con los reposabrazos bajos donde lo han acomodado al llegar, Poltorak posa la mirada codiciosa en las puertas acristaladas medio abiertas del bloque posterior de la mansión. Lo que daría por meter las narices dentro. El guardia de seguridad que ha salido a recibirlo en la puerta del jardín le ha

explicado que la señora Federova no permite que nadie entre en la casa por asuntos de negocios. Al comunicárselo, se ha encogido de hombros frente a Poltorak en un claro gesto de «Qué se le va a hacer», y los dos han comprendido sin necesidad de decirlo que son exagentes del KGB.

Cuando vuelve a mirar hacia el seto en forma de arco, ve a Irina Federova de pie frente a la tumbona, recogiéndose el pelo adornado con caros reflejos rubios en una cola alta que sobresale por encima de una visera blanca. Aunque no la conoce personalmente, la ha visto en cientos de fotografías de la sección de sociedad de las revistas: fiestas de etiqueta, funciones para recaudar fondos, retratos de familia con poses muy estudiadas junto a su padre y sus hermanas. Lleva unas gafas de sol con los cristales de espejo, de forma que cuando mira en su dirección no sabe si ella también lo ve, y un traje de baño dorado con tantas aberturas en sitios poco comunes que la prenda tiene más agujeros que tela. Sus pechos, de turgencia quirúrgica, se elevan frente a ella como si fueran una especie de flotador atado al cuerpo de un crío.

—Buenas tardes, Poltorak. Espero que no haga demasiado calor para usted.

Mijaíl Poltorak sabe que está sudando como un cerdo, pero no le han ofrecido ninguna sombra. Le sorprendería que Federov no lo hubiera dispuesto así expresamente.

Vasili Federov está fresco como una rosa cuando se aproxima a él desde la casa, ataviado con una camisa de lino blanco y unos pantalones color hueso. Poltorak lo ha visto una vez con anterioridad, cuando le encomendó la misión en su lujosa oficina del centro de la ciudad, y lo asombra la forma en que el hombre parece sentirse un extraño entre lo que lo rodea, incluso aquí, en su propio hogar, igual que en la oficina.

Federov hace un movimiento apenas perceptible con la mano y un miembro del servicio con su uniforme les acerca rodando una enorme sombrilla cuadrada.

—¿Tiene algo que contarme sobre la pieza que me han robado?

Pronuncia la frase sin apenas inflexión, por lo que es imposible

distinguir si se trata de una pregunta o una afirmación.

—Sí. He investigado a la hija menor de Nathalie Chabert, Amélie, tal como me pidió. Como sabe, existe una larga enemistad entre los dos hijos del primer matrimonio de Chabert y su hija más joven, fruto del segundo. Amélie no ha tenido una vida fácil. Es exdrogadicta y se le nota en la cara, ¿sabe? —Poltorak se chupa las mejillas hacia adentro para mostrar el aspecto demacrado de Amélie Chabert—. Bueno, la cuestión es que cuando Nathalie Chabert murió, le dejó en herencia a su hija mayor, Isabelle, la pulsera que usted compró en la subasta. Pero lo que Isabelle no sabía era que también le dejó otra pulsera igual a su hija pequeña.

Federov se queda de piedra.

—¿Había dos pulseras?

—Exacto. Le enseñé a Amélie la foto de la que le robaron a usted y me dijo que, por lo que recuerda, es idéntica a la que ella heredó de su madre, o se le parece mucho.

—¿Por lo que recuerda?

—Sí, la vendió poco después de la muerte de su madre para conseguir un pico. La compró un turista rico procedente de Grecia que estaba de vacaciones con su mujer en la Costa Azul.

—¿No lo conocía? ¿Ni sabía dónde vivía?

—No. Ni siquiera puede describirlo, pero no es extraño, ya que eso fue hace décadas.

Mijaíl Poltorak se jacta de tener un sexto sentido para adivinar lo que la gente piensa, y aunque Vasili Federov es un libro cerrado, podría afirmar casi con total seguridad que por dentro está furioso. Adquirió la pulsera porque estaba convencido de que lo guiaría hasta la mítica Cámara de Ámbar y ahora resulta que existe otra pulsera igual. ¿Y si compró la pieza equivocada? ¡Mira que si se ha gastado todos esos millones de dólares en una bagatela! Claro que se lo puede permitir… Poltorak vuelve a pasear la mirada por el entorno: el exuberante césped bordeado de aspersores, con el majestuoso río de aguas verdes discurriendo por el límite inferior de la propiedad, el cuidado seto recortado en forma de arcada perfecta a través de la que puede ver a Irina Federova, que ahora se ha estirado en la tumbona y

se aplica crema solar en las piernas esculpidas a base de horas de gimnasio. Ella levanta la vista, como si notara que la está mirando, justo en el momento en que Federov se vuelve y repara en lo que ha captado la atención de su invitado.

Sin pronunciar palabra, Federov se pone de pie y cruza la terraza revestida de pizarra hasta situarse en el centro de la arcada, desde donde se dirige a su mujer en voz baja pero sin delicadeza. Durante un largo instante después de que termine de hablar, ambos se miran con gesto desafiante; Federov se ve reflejado en las gafas con cristales de espejo de su mujer mientras la cuerda de su enfrentamiento se va tensando cada vez más, gruesa y fibrosa. Por fin, Irina Federova se levanta y desaparece con la bebida en la mano, seguramente para instalarse en otra tumbona cercana donde no puedan verla.

Poltorak mira a su alrededor y observa los dos sofás y las otras sillas que configuran la zona donde está sentado, y se pregunta por qué Federov no se ha limitado a pedirle que se cambie de sitio. Pero hace tiempo que aprendió que si te inmiscuyes en los juegos de poder de una pareja, siempre, siempre, tienes las de perder.

24

—¿Estás escribiendo tus memorias, Argylle? —le pregunta Carter.

—Qué va, son cosas importantes sobre el transporte de residuos.

Argylle, sentado ante una de las mesas mohosas de plástico blanco clavadas en el suelo de hormigón de la zona trasera del centro de negocios, cierra la libreta en el momento en que Carter se desliza frente a él. Cuando llegó a Harvey Point intentó seguir escribiendo regularmente su diario, pero los otros se ponían nerviosos y al final Will Hooper le pidió hojearlo, y Argylle se limitó a mirar fijamente por la ventana mientras le ardía el cogote de puro bochorno. De manera que lo guardó, aunque siempre lo ha echado de menos. Ahora, aprovechando su papel de delegado de un simposio, le ha parecido que podría retomar la actividad de escribir en la libreta. Una excusa muy conveniente.

Es el primer respiro que les concede el clima desde que llegaron aquí. El cálido sol baña el aparcamiento del almacén de baldosas contiguo a su sede y el equipo lo está aprovechando al máximo. En una mesa cercana, Lawler está echándole un pulso a Reynolds, el recién licenciado que se defiende con uñas y dientes contra el experto veterano con sus heridas de guerra. Jim Ryder, el mecánico, se ha quedado dormido junto a ellos con la cabeza apoyada entre los brazos, y su coronilla, cada vez más calva, empieza a adquirir un tono rosado. Mientras tanto, procedente de la mesa cercana a la puerta trasera de PVC, que se sostiene abierta gracias a una maceta con una planta, se oye la risa de Erin Quinn cuando saca cinco cartas del mismo palo y despluma a Wyatt, que en la última mano ha jugado a todo o nada.

—Te queda grande, Argylle.

Él se echa a reír para disimular el hecho de que se le ha puesto un nudo en la garganta. ¿Tan evidente es? ¿Quién más se ha dado

cuenta?

—¿Estás celosa, Carter?

—¿De Quinn? ¿Estás loco?

—No, no me refiero a Quinn.

Ahora es Carter quien se sorprende, aunque se recupera enseguida.

—Ella no es mi tipo.

—Ah, muy bien, ¿y cuál es tu tipo?

—Las prefiero ariscas. Y agarradas. De esas que con solo un vistazo sabes que tendrán entre los dientes restos de la carne que sobró de la comida.

Argylle suelta una carcajada. De pronto, se pone serio.

—¿Sabes? No deberías esconder quién eres en realidad, Carter.

Ella ha estado entreteniéndose en arrancar la etiqueta del botellín de Coca-Cola y forma una bolita para arrojársela a Argylle.

—Recuérdame una cosa, Argylle. ¿Cuándo le dijiste al grupo que eras al cien por cien un macho heterosexual orgulloso de su polla?

—Yo nunca…

—Exacto. ¿Sabes? El motivo por el que no hablo de mi vida privada no es porque me avergüence ser como soy, sino porque estoy tan sumamente orgullosa de ello que me niego a compartirlo con tipos como Matt Schneider o Martin Casner y darles la oportunidad de que me pongan verde a mis espaldas. Ni siquiera se lo he dicho a mis padres.

—¿Y no crees que si lo hicieras, mejoraría la relación?

—Déjame que te cuente algo sobre los inmigrantes, Argylle. Sin duda, cuando están juntos se dedican a celebrar su cultura, su idioma y sus tradiciones, pero cuando se trata de formar parte de un grupo más amplio, lo único que quieren es encajar, no sobresalir. ¿Y sabes por qué? Porque así se sienten más seguros. No corren el peligro de que se les señale con el dedo o de que los manden de vuelta por donde han venido. ¿Sabes? La primera vez que oí hablar de Steve Jobs le dije a mi madre: «Quiero ser como él». Y ella me miró y me contestó: «¿Por qué tienes que ponerte siempre el listón tan alto? Tienes que ser la mejor pero del montón». ¿Lo oyes, Argylle? Mi madre no quiere que tenga más aspiraciones que ser la mejor del montón para que no

destaque y me vean. ¿Te imaginas lo que me diría si le cuento que soy lesbiana?

—Eso significa que con ellos nunca vas a ser tú misma.

—¿No te han dicho que ser tú mismo está sobrevalorado? Vaya, que ¿para qué quiero ser yo misma si puedo ser Halle Berry o Ruth Bader Ginsburg? —A continuación suaviza el discurso—. De hecho, hace tiempo que le doy vueltas a si debería decírselo. No se trata de salir del armario, porque nunca he considerado que me esté escondiendo. Más bien es a mis padres a los que obligaría a salir del armario y reconocer en voz alta lo que en el fondo ya saben.

Callan, pero no es un silencio incómodo. Carter es lo más parecido a un amigo que Argylle tiene allí. Por algún motivo, su afilada sinceridad y su sonrisa amplia y ladeada se han colado por debajo de su coraza.

—Le gustas. Lo sabes, ¿verdad? —dice Carter—. A Quinn.

El corazón traicionero de Argylle lo sorprende con un vuelco.

—¿Te ha dicho algo?

—¿A mí? Por favor. Es algo que noto. De todos modos, no hay vuelta de hoja: a las mujeres les gustas. ¿Y sabes por qué?

—¿Por mi magnetismo salvaje?

—Porque a ti te gustan las mujeres.

—Venga ya. A todos los hombres les gustan las mujeres.

Carter enarca las cejas de golpe.

—¿Sabes? Para tanta inteligencia como tienes, a veces eres muy tonto. La mayoría de los hombres o bien odian a las mujeres o les tienen un miedo atroz. Va, venga, ¿por qué no anotas esa frase tan sabia en tu libretita?

Haber empezado su vida laboral enterrada en los archivos de la CIA hace que la visión de un pulcro recorte de periódico desate una cálida oleada de nostalgia en Frances Coffey, de modo que está encantada cuando abre un sobre enviado por Molly Riggs, su gran amiga y sucesora como directora de la División de Archivos Clasificados, y dentro encuentra un artículo fotocopiado del *New York Times*. Molly es

una de las poquísima personas dentro de la Agencia en quienes Coffey confía ciegamente, y fue ella, su discípula de otros tiempos, la única a la que pudo recurrir cuando se concibió la misión de Mónaco y necesitó que alguien llevara a cabo una discreta investigación sobre la Pulsera de la Fidelidad. El recorte tiene pegado un pósit rosa fluorescente con una nota —«¿No es esta tu pulsera?»—, seguida de una flecha que señala una fotografía en la que algo aparece marcado con un círculo de rotulador negro.

Un examen más detallado revela que el recorte es de un artículo sobre una exposición organizada en Salónica, en Grecia, que expondrá tesoros del Monte Athos que datan de hace más de mil años. Frances Coffey ha sentido fascinación por el Monte Athos desde que era una niña y vio por primera vez una fotografía de un monasterio encaramado de forma inverosímil en la cima de la escarpada ladera de una montaña rocosa. Sabe que en esa montaña hay veinte monasterios más, y que en ellos se alojan unos dos mil monjes. La entrada a la península está restringida a ciento diez peregrinos al día, y el visado debe tramitarse con mucho tiempo de antelación. Lo más curioso de todo es que las mujeres tienen la entrada prohibida no solo a la montaña sagrada, sino a quinientos metros a la redonda del límite de la costa que la rodea.

Durante su larga carrera en una institución tradicionalmente dominada por hombres, a Coffey la ha sorprendido descubrir la enorme cantidad de hombres en puestos importantes que en secreto tienen miedo de las mujeres, y con frecuencia se ha sentido tentada de sugerirles que prueben con un viaje al Monte Athos.

El artículo lleva fecha de unos años atrás y anuncia una futura exposición sobre algunos de los objetos de valor incalculable que los monasterios han ido atesorando a lo largo de los años. La mayoría son piezas religiosas: iconos, manuscritos, cálices y crucifijos. Sin embargo, también hay propiedades seculares legadas durante siglos por benefactores ricos que intentaban ganarse el favor de Dios, o bien cedidas por monjes novicios en el proceso de renunciar a sus bienes materiales.

Coffey examina la fotografía. A continuación, descuelga el teléfono.

25

Incapaces de soportar la perspectiva de pasar una velada más en el Hôtel Beaux Rêves, unos cuantos miembros del equipo se adentran en el barrio industrial en busca de un bar, tal como harían los delegados de un simposio global sobre la gestión privada del transporte de residuos. La tarea resulta más ardua de lo que parecía inicialmente. Se trata de un barrio de calles llanas, anchas e interminablemente largas bordeadas de casas, pero las tiendas, los bares y los restaurantes son escasos. El cielo gris de verano sobre los edificios de piedra gris hace que Argylle piense con dolorosa nostalgia en el verdor de los exuberantes plataneros que cuelgan sobre la terraza de su pequeña cabaña de Tailandia.

Por fin llegan a una zona donde se concentran algunos comercios. Hay una casa de apuestas, una clínica veterinaria, tres tiendas de productos de segunda mano, dos farmacias, un sucio almacén de muebles con el prometedor nombre de MOINS CHER IMPOSSIBLE, un restaurante chino y un símbolo de Stella Artois. En el rótulo del restaurante que luce el símbolo de la marca de cerveza puede leerse CAFÉ DU PARC. Argylle busca con la mirada algo parecido a un parque.

Pero no lo hay.

Dentro, una pareja de mediana edad ocupa una mesa y bebe Pernod mientras un perro pequeño descansa a sus pies sobre un suelo deslucido similar a un tablero de ajedrez. En otra mesa, cuatro hombres juegan a las cartas rodeados por una colección de botellines de cerveza vacíos. El local se queda en completo silencio cuando ellos entran. Argylle se pone tenso al ver que los jugadores de cartas miran a Washington, ya que supone un desafío tan solo siendo quien es y como es. Se pregunta qué debe de sentirse al andar por el mundo de esa forma, siendo tan visible.

—Sigo sin entenderlo —dice Argylle al cabo de un rato mientras sostiene entre las manos una cerveza tan floja que podría pasar por agua saborizada—. ¿A qué vienen tantas molestias para robar una antigualla a la que Federov le tiene cariño? Comprendo que es un hombre peligroso, pero evitar que consiga algunos objetos caros y deslumbrantes por los que siente debilidad no hará del mundo un lugar más estable.

—Así son las cosas, Argylle —responde Quinn—. Pronto aprenderás que una de las grandes paradojas de la organización para la que ahora trabajas es que se esfuerza por reclutar a personas con ideas distintas, que se salen de la forma de pensar convencional, pero a la hora de seguir instrucciones se espera que te ciñas tanto a lo que te ordenan que para volver a salir de esos límites tendrías que ser Houdini.

Quinn lleva puesta una camiseta sin mangas de color blanco sobre la que resalta la fina cadena de oro que luce alrededor del cuello. Huele a crema solar, a sudor y al perfume acre del champú de limón cortesía del hotel.

—Lo que no entiendo es por qué desea tanto otra de esas pulseras más feas que el culo de un mono —susurra Washington—. No me malinterpretéis, a mí también me gustan las joyas, pero si me preguntan diría que quien diseñó esa tiene muy mal gusto. ¿Habéis visto esos garabatos que lleva en el lateral? ¿Es que no han oído hablar de las frases inspiradoras?

Tras el golpe de Mónaco, el equipo esperaba que la siguiente misión fuera algo con más enjundia, de modo que no les ha sentado muy bien saber que tendrán que robar otra pulsera casi idéntica a la anterior.

—¿Cómo sabemos que existe una cosa así? —le ha preguntado Wyatt a Coffey cuando ella les ha dado la noticia.

—Porque se exhibió en una exposición de objetos y antigüedades de gran valor pertenecientes a los monasterios. Esas piezas suelen mantenerse guardadas bajo llave en la sala del tesoro, pero de vez en cuando se ceden unas cuantas a alguna galería de arte o algún museo para que las muestren al público. Pues bien, resulta que esa exposición en concreto contaba con un objeto que había sido robado de una

colección privada de Washington catorce años atrás, de forma que la Agencia se interesó y ordenó una investigación, y por eso Molly Riggs lo vio. Según la escasa información de que disponemos, esa fue la primera y la única vez que se exhibió la pulsera. Y escuchad esto: el periódico la cita como la Pulsera de la Piedad, no de la Fidelidad.

A pesar del entusiasmo que rezuma Coffey, al resto del equipo la información sobre esa segunda misión no le suscita precisamente una gran emoción.

—Además, imagino que tendremos que viajar a Grecia —observa Argylle.

—Y escalar edificios altos con cuerdas —añade Wyatt.

Aunque la misión tendrá lugar durante la noche, Quinn y Mia Matsyuk han recibido instrucciones de no participar en ella. En la península no se admite la presencia de mujeres, de modo que tendrán que quedarse con Carter en el barco pesquero que luego servirá para trasladar al equipo de vuelta a casa.

—Por lo menos a ti te han asignado un papel —se queja Quinn ante Carter—. Te encargarás de tocar botoncitos y practicar todos esos trucos de vudú que haces con el ordenador. Yo ni siquiera controlaré el timón.

Ocho miembros del equipo participarán en la misión del Monte Athos. Junto con Argylle y Wyatt estarán Washington, Schneider, Corcoran y Martin Casner. Argylle no sabe qué hacer con Casner, que todavía lo mira con suspicacia. No es que sea desagradable con él, pero le pone tantas barreras que los pocos intentos de Argylle para entablar una conversación han sido como lanzar pelotas de tenis contra una pared. Asif Samra, el ingeniero de voz suave, también participará, ya que en la misión se requiere a alguien con conocimiento sobre maquinaria y edificios; y también irá Alex Kellerman, el experto en explosivos.

El acceso a la montaña sagrada es sumamente difícil. Los visitantes requieren un visado que debe solicitarse con varios meses de antelación. Las únicas personas que tienen permitido el acceso a menos de quinientos metros de distancia de la costa son los peregrinos: cada día se concede un permiso a cien visitantes de

religión ortodoxa y diez que no lo son para que puedan pernoctar en la península y convivir con los monjes un máximo de cuatro días. Toda la documentación se examina con lupa antes de dejarlos entrar.

Las fronteras, tanto la de la costa como la terrestre, están vigiladas por miembros armados de la policía griega y sus perros. Una valla muy alta separa la península del resto del continente, y el territorio interior es del todo intransitable por sus montañas con bosques frondosos y sus barrancos verticales. Los únicos vehículos que hay en la península pertenecen a la policía o son taxis oficiales.

No resulta de ayuda que el objetivo de la misión, el monasterio de San Benito, sea uno de los más inaccesibles de la península, un edificio brutal de altura vertiginosa construido hace casi mil años en la cima misma de un peñasco imponente; una proeza increíble de perseverancia e ingenio.

De modo que tendrán que lanzarse en paracaídas aprovechando la oscuridad de la noche y aterrizarán en la ladera de la montaña situada justo detrás, desde la cual parte un empinado camino con setecientos cuarenta y dos escalones que conduce a la zona posterior de la cima sobre la que se asienta el monasterio. Corcoran y Schneider, que no solo son los paracaidistas más experimentados del grupo sino también, a excepción de Samra, los que menos pesan, aterrizarán en el tejado del monasterio, unos doscientos treinta metros por encima del nivel del mar, equipados con anclas y cuerdas de escalada que dejarán dispuestas para cuando el equipo llegue a lo alto de los escalones.

A partir de ahí, dispondrán de cuarenta y siete minutos exactos para llevar a cabo la misión, que es lo que dura la misa anual dedicada al santo patrón, una de las fechas más importantes en el calendario de los monjes, cuando la congregación en pleno se reúne en la capilla para contemplar la pieza más sagrada y valiosa del monasterio: un fragmento del hueso de la mandíbula de san Benito que suele estar custodiado bajo llave en la sala del tesoro.

Durante esos cuarenta y siete minutos en que los monjes estarán ocupados, el equipo debe escalar la fachada del monasterio y preparar un ataque a la sala del tesoro, protegida por fortificaciones y alarmas, donde también se guarda la pulsera que andan buscando. Luego, solo

es cuestión de recorrer los nueve kilómetros que los separan de la costa, donde un bote neumático los estará esperando para recogerlos y llevarlos hasta el barco de Carter.

¿Qué podría salir mal?

—Por favor, no cometáis el error de dar por sentado que, por el hecho de ser monjes, esos tipos son todo sonrisas y buenas intenciones —les ha advertido Coffey—. Como muchos otros monasterios, San Benito posee una colección valiosísima de iconografía religiosa, curiosos manuscritos ilustrados, efigies y antiguas reliquias sagradas, así como objetos donados por ricos benefactores a lo largo de los años, como la Pulsera de la Piedad, la pieza que queremos. Y todo eso no está suelto por ahí. Está bien guardado en una cámara de seguridad con control de temperatura, protegida por una puerta blindada con una cerradura antigua, que requiere cuatro llaves diferentes custodiadas por cuatro monjes distintos para garantizar que no haya un monje granuja que se apropie de algo.

»A lo largo de los siglos ha habido muchos intentos de saquear los tesoros de los monasterios. El propio Hitler envió a expertos para inventariarlos con la intención de trasladar algunas piezas seleccionadas a Alemania. Por suerte, los monjes fueron listos y, sirviéndose de su vanidad, lo invitaron a convertirse en el protector personal de la península, de modo que su proyecto inicial fracasó.

A esas alturas ya llevan tres o cuatro rondas en el Café du Parc, y mientras los otros siguen con los botellines de cerveza aguada, Wyatt se ha pasado al whisky y su expresión se vuelve taciturna por momentos, a medida que va acumulando vasos vacíos. La conversación gira ahora en torno a la anterior misión en Irán, la que fue abortada con muchas bajas después de que los iraníes, que contaban con el respaldo de los rusos, recibieran un soplo.

—No puedo creer que me equivocara tanto con Dabrowski —está diciendo Wyatt; es la primera vez que Argylle capta ese matiz de duda en la voz del gigantón—. Me caía bien. Casi lo adoraba. Le habría confiado mi vida. Y si me equivoqué con él, ¿cómo sé que no volveré a cometer el mismo error?

—No te creas tan especial, Wyatt —lo ataja Washington—. Todos

juzgamos mal a Dabrowski. Supongo que por eso era tan bueno en lo suyo.

Argylle, mientras tanto, se remueve en el asiento. Se siente incómodo cada vez que sale a relucir el nombre de Dabrowski, y piensa que ojalá fuese otro el motivo por el que hubo una vacante y no que alguien traicionó a su equipo en el río y acabó entre rejas.

—Sí, bueno, os aseguro que si ahora mismo tuviera a ese tipo aquí delante, se arrepentiría de haber venido —dice Schneider, a quien la bebida no parece haber ablandado tanto, si es que hay algo capaz de ablandarlo—. Por culpa de ese hijo de puta mataron a Fisher y a Levy.

—No recuerdo que Levy y tú tuvierais un tatuaje gemelo precisamente —suelta Washington.

—No he dicho que me cayera bien, pero tampoco le deseaba la muerte a ese cabrón. Tampoco tú me caes muy bien, Washington, pero no deseo que te mueras.

—Ya está bien de tanto sentimentalismo, me vas a hacer llorar.

26

Diecisiete semanas después de la promesa de Federov al pueblo ruso y tres semanas después de la misión de Mónaco

Andréi Belinski no ha estado jamás en un lugar parecido al enorme palacio erigido sobre un promontorio en algún lugar de la costa del mar Negro como en el que se encuentra ahora.

Lo han traído en un helicóptero con los cristales tintados, de modo que no tiene ni idea de la ubicación concreta. En el recorrido desde el helipuerto hasta el acceso lateral del palacio por donde ha entrado después de que lo cacheara el personal de seguridad, ha podido captar la imagen de una piscina y unas pistas de tenis, una iglesia dorada y un invernadero enorme, más grande que el bloque de apartamentos en el que vive actualmente.

Una vez dentro, han avanzado por pasillos de techos altos revestidos con mármol en cuya parte superior parpadean las luces rojas de las alarmas. A través de una puerta distante vislumbra un teatro con el escenario separado por un telón y una especie de palcos amplios delimitados por sofás. Otra puerta abierta revela lo que parece un bar de narguile.

Lo guían hasta una habitación con un suelo de motivos intrincados y delicadas incrustaciones de madera y marfil. Altos pilares de mármol bordean la sala, todos rematados por una moldura dorada con un recargado adorno en forma de flor de lis, mientras que la gran puerta de doble hoja se halla flanqueada por unas bases cuadradas de mármol blanco sobre las que reposan sendos jarrones de porcelana que le llegan hasta la cintura.

Dos sofás de respaldo alto tapizados con un brocado de color vainilla se hallan el uno frente al otro a ambos lados de una enorme

alfombra china de seda. Cada uno tiene la longitud de la sala de estar del piso de Andréi, con los brazos y los pies tallados en oro, los respaldos curvilíneos y las dos plazas unidas por un perfil dorado que se eleva en el centro. En medio de la alfombra hay una mesa baja con las patas de oro a juego con el resto del mobiliario. Sobre ella reposan los periódicos del día, tan lisos que parece que los hayan planchado, en una disposición tan impecable que harían falta muchas agallas para coger uno y empezar a hojearlo. Completan la formación cuadrada cuatro sillones a conjunto en color vainilla con las patas y los perfiles de un estilo italiano similar.

En el borde de una de esas butacas está sentado Andréi Belinski, aferrando su mochila de nailon barato contra el cuerpo como si su vida dependiera de ello. La puerta de doble hoja se abre de par en par y aparece el ama de llaves.

—El señor Federov estará con usted enseguida. Debo advertirle que no admite que le estrechen la mano, ni permite que nadie se acerque a menos de dos metros de distancia o lo mire directamente a los ojos. ¿Ha tocado los periódicos?

—No.

—Lo digo porque si lo ha hecho, debemos sustituirlos. Tenemos un circuito de videovigilancia, claro.

—No he tocado los periódicos.

El ama de llaves, con los labios apretados, lo mira de arriba abajo para acabar de decidir qué hacer acerca de esa cuestión antes de retirarse.

Las puertas se abren de nuevo y entra Federov acompañado por un guardia de seguridad. Belinski lo ha visto por televisión, desde luego, pero incluso si no fuera así habría reconocido al instante que se halla frente a una figura importante. Las personas ricas gozan de un porte que los distingue.

Federov se sienta en la butaca opuesta a la que ocupa Belinski, al otro lado de la extensa alfombra.

—He oído que tiene información para mí. Sobre la pulsera que me han robado.

—Leí su anuncio. Claro que no sabía que se trataba de usted. En el

apartado de correos…

—¿Qué tiene que decirme?

Belinski nota las palmas de las manos sudorosas contra la bolsa de nailon.

—En el anuncio se mencionaba una recompensa. ¿Un millón de dólares?

—A cambio de información útil, sí.

Tras las gafas sin montura, los ojos de Federov son claros, casi incoloros, y Belinski siente que unos dedos helados le recorren la columna vertebral.

—¿Sabe dónde está mi pulsera, señor…?

—Belinski. No, no exactamente. —El hombre empieza a sentir pánico al captar que una sombra atraviesa el rostro absolutamente inexpresivo de Federov—. Pero he visto otra que es clavada a la suya.

Esperaba alguna clase de reacción, pero no la hay.

—Mi pulsera no se parece a ninguna otra. Es una pieza única.

—Aun así… Si me permite…

Belinski abre la cremallera de su mochila y el guardia de seguridad se acerca con la mano en la pistola oculta bajo su chaqueta, a pesar de que el personal de seguridad ha registrado a fondo esa bolsa en la entrada.

—Aquí está.

Belinski saca una fotografía y se apresura a mostrársela a Federov, pero se detiene en seco cuando este levanta la mano.

—Déjela sobre la mesa —le ordena.

Belinski deposita la fotografía en la mesa, tal como se le indica, y vuelve a sentarse mientras Federov la inspecciona sin tocarla.

—¿Dónde la ha conseguido?

—Durante un tiempo fui monje en una comunidad ortodoxa, hasta que sufrí una crisis de fe. Pasé doce años en un monasterio de la Iglesia ortodoxa rusa en el Monte Athos, un lugar sagrado de Grecia que cuenta con veinte monasterios. Y como mi profesión anterior era el negocio de las antigüedades…

—Por favor, no presuma, señor Belinski. He investigado sobre usted y era un simple prestamista.

Belinski nota que la sangre le enciende las mejillas.

—Como quiera llamarlo. La cuestión es que en el Monte Athos me dedicaba a la vigilancia y conservación de la sala del tesoro del monasterio.

—¿La sala del tesoro?

—Los monasterios del Monte Athos se construyeron hace varios siglos y tienen en su poder piezas religiosas de valor incalculable que proceden de donaciones, han sido recuperadas de iglesias y catedrales o de propiedades privadas en riesgo de caer en manos enemigas o de ser saqueadas. En el monasterio al que yo pertenecía había un altar de…

—Soy un hombre ocupado. No me interesa el arte sacro.

—Muy bien. Los monasterios también poseen otros objetos valiosos que fueron aportados por los propios monjes cuando renunciaron a todos sus bienes materiales o que fueron legados en sus testamentos por benefactores ricos que deseaban granjearse su entrada en el paraíso.

—¿Y esta pulsera… —Federov señala la fotografía— estaba en la sala del tesoro de su monasterio?

¿Le interesa la información? Es difícil saberlo seguro, y Belinski se remueve incómodo en el asiento.

—En mi monasterio no, en otro cercano. Conocía al vigilante del tesoro y de vez en cuando nos hacíamos consultas sobre cómo restaurar las piezas o cómo guardarlas o asegurarlas. La pulsera estaba allí.

Federov posa la mirada de nuevo en la fotografía.

—¿Y qué le hace pensar que no se trata de la misma pulsera que me han robado a mí? A lo mejor antes de la subasta donde la compré estuvo en ese monasterio.

—Creo que la pulsera que ha perdido llevaba la inscripción *Fidelis*, ¿verdad? En esta la palabra es distinta. Pone *Pietas*.

Los desconcertantes ojos de Vasili Federov emiten un leve parpadeo por detrás de sus gafas antes de volver a adoptar una expresión vacua, como si ese atisbo de vida les hubiera sido arrebatado al instante.

—¿Cómo se llama ese monasterio?

Belinski se aclara la garganta. Mira al guardia de seguridad.

—Sobre la recompensa…

Durante unos instantes después de que Andréi Belinski se marche, muy contento con su cheque en las manos y ajeno al hecho de que tan solo le quedan veintisiete minutos de vida, Federov permanece en esa habitación parecida a un mausoleo con la mirada fija en un punto a media distancia. A continuación, se pone de pie, avisa al ama de llaves y le pide que se deshaga de los periódicos. No quiere correr ningún riesgo.

Se dirige a un pasillo largo y ancho decorado en diversos tonos de color vainilla intenso cuyas paredes están cubiertas de cuadros con marcos dorados muy ornamentados. Siempre que puede, trata de adquirir obras de artistas rusos, aunque la verdad es que en general lo dejan indiferente. Aun así, hay que mantener las apariencias. Un segundo pasillo —más estrecho y pintado de rojo oscuro, de forma que al recorrerlo da la sensación de caminar por el interior de una vena o de una arteria— lo lleva hasta un ascensor. Pulsa con el dedo la pulida placa metálica de su izquierda y las puertas se abren sin hacer ruido.

Dentro no hay ninguna numeración de plantas. El ascensor tiene un único destino.

Tras descender un piso, Vasili Federov se encuentra en un entorno tan distinto a aquel de donde acaba de bajar que bien podría tratarse de otro planeta. Aquí no se observan elegantes telas drapeadas ni lámparas de cristal. En vez de eso, hay una habitación fría y húmeda iluminada por simples bombillas que proyectan una luz amarillenta y enfermiza sobre las paredes de piedra. En el extremo más alejado hay una puerta de acero sin tirador. De nuevo, presiona con el dedo la placa metálica de la pared y la puerta se abre.

Se encuentra ahora en una habitación más pequeña, donde el techo es por lo menos medio metro más bajo. Arruga la nariz con desagrado cuando el aire fétido alcanza sus fosas nasales; es un ambiente cargado de moho, humedad y un calor sofocante en el que, sin embargo, subyace un helor que le cala hasta los tuétanos. El olor es acérrimo, y

los gases de la lejía no consiguen disimular la penetrante peste del sudor, los vómitos y la mierda.

En ese antro infernal hay dos personas, una sentada y la otra de pie plantada frente a la primera. La figura erguida corresponde a Serguéi Denísov, con el grueso cuello cubierto por venas que delatan que ha estado haciendo un esfuerzo sobrehumano. Sostiene en las manos un pesado martillo con el mango de madera cuyo extremo en forma de uña está rojo y pegajoso, con un mechón de pelo enmarañado. Cuando ve a Federov, Denísov asiente y ambos intercambian unas palabras que no parecen dejar muy contento a Federov. Entonces él mismo se planta frente al hombre sentado con las muñecas y los tobillos atados a una pesada silla metálica que, a su vez, está fijada al suelo de piedra mediante unas anillas de hierro incrustadas en el hormigón.

Al hombre le cuelga la cabeza y la sangre le chorrea desde el profundo corte entre su cabello oscuro hasta la piel desnuda de su muslo. Federov se levanta con elegancia los bajos de los pantalones de su traje Tom Ford y se agacha para situarse al mismo nivel del hombre.

—¿Sabes cuántos huesos tenemos en el pie? —le pregunta.

Habla en inglés, y aunque su tono es coloquial no denota la más mínima calidez ni desenfado. Es una voz despojada de toda cualidad vital.

Al no obtener respuesta, él mismo contesta a su pregunta.

—Veintiséis. Nada más y nada menos. Y al último tipo que estuvo sentado donde ahora estás tú, el señor Denísov, aquí presente, se los rompió uno a uno. Y cuando acabó con los del pie, siguió con el tobillo, el peroné, la tibia, la rodilla y el fémur. No hace falta que te diga qué viene a continuación. Una pena, porque acababa de casarse, y ahora, desde luego, no podrán tener hijos…

El hombre sentado en la silla levanta la cabeza por fin. Tiene la cara hinchada hasta un punto grotesco, uno de los ojos sellados y el otro de un color rojo vivo a causa de los capilares venosos reventados.

Federov lo inspecciona impasible, como quien está haciendo inventario. Luego se pone de pie y frunce el entrecejo al descubrir una pequeña mancha en su chaqueta, pero enseguida aparta ese

pensamiento.

—Bueno, basta de charla. Es hora de que te asees un poco. —La boca de Federov se estira en una fina línea que podría ser una sonrisa, o tal vez una mueca—. Vas a grabar un vídeo.

27

La primera cagada de la misión no se hace esperar.

—¿Dónde está Corcoran?

Coffey camina arriba y abajo del vestíbulo del Hôtel Beaux Rêves, cubierto por un mosaico de moqueta; se pasea por delante de la estrecha recepción ahora desierta, desde la máquina expendedora hasta la salida de emergencia y vuelta.

—Carter ha subido a buscarlo —anuncia Samra, que está sentado junto a Quinn en una de las sillas de plástico del vestíbulo. Aunque el modesto ingeniero no es precisamente quien está en mejor forma física, el equipo necesita su cerebro logístico—. Aquí viene.

Pero las noticias acerca de la habitación 141 no son buenas.

—¿Qué narices ha comido? —pregunta Coffey.

—Han debido de ser las croquetas de gamba —dice Wyatt, que ha acompañado a Corcoran al Café du Parc a la hora de comer—. Yo he pedido estofado de pollo. Es más seguro.

—Quería bajar conmigo, ha insistido en que se encontraba bien, pero ni siquiera habíamos llegado a la escalera y ha tenido que… Ya me entiende —informa Carter con una mueca de aversión.

—Yo lo sustituyo.

Wyatt ya se ha puesto de pie.

—Olvídalo —le espeta Coffey—. Pesas demasiado. Eres una mole. No te ofendas, pero la carga con el equipaje sería excesiva, el paracaídas no lo resistiría.

—Sobre todo teniendo en cuenta que hay que aterrizar en una azotea del tamaño de mi dedo meñique —dice Washington para acabarlo de rematar.

—¿Y Samra? —sugiere Schneider; el ingeniero pone cara de horror.

—Tampoco quiero que te ofendas, Asif, pero no tengo claro que tus

habilidades con el paracaídas basten. Quinn, prepárate para ir tú.

—Un momento… ¿Qué? Pero si es una mujer —protesta Kellerman, el canadiense robusto de ojos tristes.

—Gracias por tu observación, Alex —suelta Coffey—. No tenemos alternativa. Quinn es la única con suficiente experiencia en paracaidismo para aterrizar en ese tejado sin dejarse caer como un saco de patatas una vez cargada con todo el equipaje. No es lo ideal, pero…

Quinn ni siquiera espera a oír el final de la frase. Ha salido por la puerta en dirección a la escalera.

Desde dos mil metros de altura, cuando el sol, ya bajo, termina de ponerse y deja un reguero naranja y rosa en el horizonte de occidente, el mar Egeo es una extensa franja de terciopelo azabache salpicado de diamantes que proyecta la luz de los pesqueros, de los cruceros turísticos y de los vistosos yates. Por encima del Monte Athos, el paisaje cambia; los oscuros riscos que coronan los ciento treinta metros cuadrados de península montañosa sobre la que vuelan quedan interrumpidos de vez en cuando por la tenue iluminación de los monasterios y la majestuosa verticalidad de las formaciones geológicas que permanece intacta desde hace millones de años.

Es, verdaderamente, un pedazo de mundo que el tiempo ha olvidado. Los caminos son abruptos y primitivos, y hay pocos coches, tan solo unos cuantos taxis oficiales que en realidad son minibuses con tracción cuatro por cuatro para transportar peregrinos de un monasterio a otro. Los veinte monasterios están alejados entre sí. Argylle ha investigado y sabe que cada uno tiene un estilo arquitectónico distinto y sus propias tradiciones, y que muchos fueron construidos a gran altitud, en la cima de formaciones montañosas o acantilados, para acercar a los monjes hasta Dios… y alejarlos de las tentaciones y las distracciones del resto de la humanidad.

Los monjes que ni siquiera toleren comunicarse con sus hermanos de comunidad pueden elegir vivir en completo aislamiento dentro de *sketes*, unas celdas diminutas construidas en la parte más alta de la

montaña a las que se accede montando en unas cestas que descienden por la quebrada ladera del acantilado mediante un sistema de cuerdas y poleas.

La avioneta traza círculos amplios a mucha altura con el objetivo de evitar tanto la localidad de Kayres, situada en una ladera del centro de la península, donde en una calle adoquinada hay una comisaría de policía al lado de una oficina de correos, como el puerto tremendamente vigilado de Dafni, ubicado en el oeste, donde amarran los ferris oficiales que proceden del continente.

En condiciones normales, Argylle estaría disfrutando de lo lindo al tener la oportunidad de viajar en una pequeña avioneta por primera vez desde que murió su padre. Sin embargo, tiene el corazón desbocado.

Debe tirarse en paracaídas.

Aunque superó con éxito la fase de entrenamiento, sigue sin fiarse del mecanismo. Una cosa es que su vida dependa de él mismo y otra muy distinta que esté en manos de un artilugio formado por distintas piezas de las cuales cualquiera puede estropearse en cualquier momento. Y si encima se añade el componente nocturno…

Erin Quinn, sin embargo, no muestra los mismos reparos. Está muy emocionada y tamborilea con el pie en el suelo del Cessna 208 de tal manera que Argylle nota las vibraciones a través de la suela de sus propios zapatos. Se recuerda a sí mismo que Quinn tiene sangre de la Agencia corriendo por sus venas, que creció en un reducto de la CIA y se educó en su cultura, sus normas, sus riesgos y sus recompensas. No es extraño que se sienta más confiada que él. Se encuentra en su zona de confort.

El plan consiste en que la avioneta sobrevuele el área una vez para lanzar a los dos miembros del equipo, que aterrizarán en el tejado del monasterio, y regrese de nuevo para dejar a los demás. Al acercarse desde la península y contar con el escudo visual del vertiginoso peñasco que se eleva por detrás de la roca sobre la que está construido el monasterio evitarán, con suerte, ser detectados.

La pareja que forma la avanzadilla dispondrá las cuerdas y las poleas en el tejado, de modo que los demás puedan escalar la fachada

principal del monasterio cargados con las piezas del cabrestante motorizado que necesitarán durante la segunda fase de la misión.

En esos momentos se está abriendo la portezuela de la avioneta y Quinn y Schneider se asoman al borde del fuselaje mientras observan el abismo a sus pies; se les ve tan relajados como si estuvieran sentados el uno al lado del otro en un banco del parque. Argylle desea decirle algo a Quinn antes de que salte, pero el rugido del motor y el viento que se cuela por la portezuela abierta lo hace imposible; y, además, ¿qué le diría?

Will Hooper se pone de pie.

—Recordad que vamos contrarreloj. En siete minutos los monjes se dirigirán a la capilla, y luego os quedarán cuarenta y siete minutos más para hacer lo que tenéis que hacer y salir pitando de allí antes de que los monjes regresen para devolver la reliquia a la sala del tesoro. Si no, que Dios os asista.

Les da la salida; primero salta Schneider y luego, Quinn. Al cabo de un instante ya no están allí y caen al vacío atravesando el vasto cielo de color azul noche. Mientras el pequeño avión traza curvas en el aire, el resto del equipo se prepara para saltar. Ya han acordado el orden; Wyatt irá primero y Argylle cerrará el grupo. Eso significa que deberá contemplar, con un enorme nudo en el estómago, cómo los demás se lanzan uno detrás del otro: Wyatt, Kellerman, Samra y Washington. Cada uno lleva, además del paracaídas, una pieza del cabrestante desmontado. Argylle tiene amarrado al tronco un paquete que contiene la batería. Le parece que pesa una barbaridad. En ese instante, Hooper baja el brazo y se siente caer en el espacio, justo en el momento en que el último halo naranja y rosa se desvanece en el horizonte y las estrellas tachonan el cielo por encima de él como si fueran luces vistas a través del diminuto orificio de una cámara estenopeica.

Apenas divisa las siluetas oscuras de los otros cuatro miembros del equipo que lo preceden, pero se concentra en tranquilizarse. No puede hacer nada mientras cae en picado por el agradable y templado cielo nocturno de Grecia, así que ¿por qué no disfrutar del momento que pasa entre las estrellas y el planeta Tierra? De ese modo, más como

producto de la desesperación que por voluntad propia, consigue despejar la mente y no tener el corazón a punto de salírsele del pecho en el momento de tirar de la cuerda del paracaídas. Cuando ve que la tierra se eleva y viene a buscarlo, está preparado y aterriza con los pies en la maleza del valle que rodea la parte trasera del monasterio.

Desde allí puede ver el peñasco que se encumbra y tapa la vista del cielo, en cuya cima se encuentra encaramado el monasterio en un equilibrio prácticamente imposible.

El walkie-talkie fijado al tirante que cruza su pecho cruje y cobra vida. Oye por el auricular la voz alegre de Quinn.

—El águila ha aterrizado. Las dos águilas. Cambio.

Puesto que en la península no hay cobertura de telefonía móvil, tienen que volver al sistema tradicional con los walkie-talkies programados en una frecuencia encriptada.

—Recibido —responde él, y se echa a reír de puro alivio al comprobar que, de momento, todo va bien.

Pero no pueden decirse nada más porque el tiempo vuela. En ese momento los monjes deben de estar dirigiéndose a la capilla para el inicio de la vigilia en honor a san Benito, el único momento del año en que el más valioso de los bienes que guardan en una sala del tesoro blindada —el fragmento de la mandíbula de su santo patrón depositado en un cojín de terciopelo dentro de una caja dorada con intrincada ornamentación— se saca de su vitrina de cristal, con sumo cuidado, y se lleva a la capilla para presentarlo ante las hileras de monjes arrodillados, a quienes se permite contemplarlo durante solo unos segundos.

La ceremonia se considera tan sagrada que las grandes puertas en forma de arco de la capilla se cierran con llave para que nadie pueda estorbar la santa contemplación de los monjes. Sin embargo, el grado de preocupación por proteger la reliquia es tal que los monjes solo se permiten tenerla cuarenta minutos fuera del recipiente de temperatura controlada donde la guardan antes de volver a cruzar el monasterio en lenta procesión hasta la sala del tesoro para devolverla a su lugar, un trayecto que dura exactamente siete minutos, tras los cuales descubrirán el robo de la pulsera y, tal como dice Coffey, «se armará

la de Dios».

El primer desafío consiste en subir los más de setecientos escalones altísimos del lateral de la montaña de piedra para llegar al pie del monasterio. El equipo está en forma tras los entrenamientos, pero aun así, cuando llevan la mitad del trayecto, Argylle siente la musculatura agarrotada y le queman los pulmones; y cuando alcanzan la cima no tiene más remedio que doblarse por la mitad y apoyar las manos en las rodillas mientras intenta no vomitar.

—¿Esto es demasiado para ti? —se burla Wyatt, que apenas tiene la respiración alterada—. A lo mejor deberías haber completado todo el entrenamiento en lugar de limitarte a seguir el curso de iniciación.

Han llegado a una franja de tierra que rodea la base del monasterio, separada de la vertiginosa ladera por una rudimentaria valla de madera. Aquí arriba, el aire es fresco y les trae el aroma de los pinos y del laurel. A un lado del monasterio, donde la tierra se ensancha, hay un camino primitivo que zigzaguea montaña abajo en dirección al mar, mientras que varios senderos estrechos desembocan directamente en las pendientes más verticales. En primer plano hay un huerto bien cuidado con tomateras y judías que serpentean alrededor de estacas de madera. Gracias a la luz de la linterna que lleva enganchada al cinturón, Argylle ve un grupo de árboles frutales al fondo. Tras rodearlos hasta el estrecho porche adoquinado de la entrada, flanqueado por una hilera baja de dependencias que se aferran al borde del precipicio y que, a juzgar por el olor, albergan los animales de cría del monasterio, Argylle se arriesga a alzar la vista por la imponente fachada. El tejado al que tienen que ascender está tan alto que parece formar parte del mismísimo cielo.

La capilla del monasterio se encuentra en el extremo más alejado del edificio con respecto al punto de llegada. Se trata de un campanario que sobresale muy por encima del tejado principal, tachonado de vidrieras de colores iluminadas por la trémula luz de miles de velas. Procedente de la nave se oyen los cánticos de cientos de voces masculinas. La ceremonia está empezando.

Suena un walkie-talkie. Schneider les comunica que las primeras cuerdas están listas y que más vale que se apresuren a subir. Y ahora,

a pesar de que todavía les duelen las extremidades, deben empezar a trepar de nuevo tras abrocharse los arneses alrededor de la cintura y sentir una vez más el peso de la maquinaria que cada cual transporta.

Argylle es el primero en ascender. No tiene problemas con las cuerdas, ha guiado a muchos grupos de turistas por las laderas de cataratas y gargantas. Cuando era adolescente, sus padres alquilaron un apartamento en la cuarta planta de un edificio de lujo en Victoria Peak, en Hong Kong Island, con vistas panorámicas desde todas las ventanas. Argylle estaba en una etapa rebelde y veía el toque de queda como una violación de sus derechos, de modo que solía escaparse descendiendo por los balcones de la fachada del edificio y volvía a subir a primera hora, cuando el amanecer despuntaba en Victoria Harbour.

Pero en este momento no hay ninguna luz tenue que se abra paso en la noche, ni huecos para apoyar los pies en la barandilla, ni marcos de ventanas de aluminio que sirvan de guía. Tan solo existe una elevada pared de piedra que cruje y rezuma hostilidad, y la conciencia de los segundos que van pasando mientras Argylle se impulsa hacia arriba, sostenido por el arnés y aferrándose con los pies a los muros en los que varios siglos de construcción se desmenuzan bajo las suelas de sus botas de la talla cuarenta y cinco. Pasa frente a una ventana abierta por la que ve un dormitorio austero, amueblado con una cama individual con la sábana bien remetida bajo el estrecho colchón y un escritorio de madera con la superficie desnuda a excepción de una biblia encuadernada en piel.

En una habitación ve unas gafas sobre una mesilla de noche, en otra un cojín en el suelo para facilitar la plegaria a alguien de edad avanzada o con las rodillas delicadas. Argylle mira hacia abajo y ve la silueta oscura de los compañeros que lo siguen, y más allá, la ladera escarpada que se pierde en la oscura laguna de la nada.

Cuando alcanza el tejado, Quinn y Schneider están allí para tirar de él.

—Bienvenido a nuestra humilde morada —le dice Quinn cuando se pone en pie y descubre que se encuentra sobre una cima almenada, plana y de menos de dos metros de anchura que sirve de tejado al

monasterio—. No es gran cosa, pero nos gusta.

A continuación llegan los demás: uno, dos, tres y cuatro. Todos necesitan que los ayuden con el tirón final. Luego se desabrochan los arneses mientras van pasando unos segundos preciosos. Wyatt es el último. Está en buena forma, pero es una mole de músculos y al impulsarse por encima del parapeto, aterriza sobre la rodilla izquierda y un sonido terrible presagia que ha aplastado algo.

—¿Qué narices…?

La luz de su linterna le revela que está arrodillado sobre los restos de una paloma muerta.

—Dios te está poniendo a prueba, hijo mío —se burla Schneider.

La chimenea que deben encontrar se halla en mitad del tejado. Cuando se acercan al campanario, los cánticos que hasta ahora iban aumentando regularmente de volumen paran de golpe, y el absoluto silencio hace que se sientan expuestos.

—Veintidós minutos —anuncia Carter por el walkie-talkie desde su puesto en el barco pesquero.

Van con un minuto de retraso con respecto a lo previsto.

El plan les pareció factible cuando Coffey lo planteó paso a paso en la pizarra.

La Pulsera de Fidelidad fue legada a san Benito junto con un montón de objetos valiosos —cuadros, libros raros y joyas— por parte de un benefactor rico que había llevado una vida libertina y trataba de reparar el mal en el último momento. Se guarda, junto con los demás tesoros de valor incalculable que el monasterio ha acumulado a lo largo de los siglos, en una cámara secreta de las profundas entrañas del edificio.

La cámara está blindada y protegida mediante una alarma y su puerta está reforzada con cuatro cerraduras distintas cuyas llaves custodian otros tantos monjes. Sin embargo, los planos a los que Carter consiguió acceder en el disco duro del monasterio revelan la existencia de una antecámara, adosada al extremo más alejado de la primera, a la que puede accederse únicamente a través de una arcada de la propia cámara. Esta antecámara fue en otra época la sala central del monasterio y disponía de un gran hogar, cuyo fuego calentaba el

edificio durante los fríos del invierno a semejante altitud. Cuando los monjes dispusieron la ubicación de la sala secreta del tesoro, tapiaron el hogar para asegurarse de que la temperatura de la cámara se mantuviera controlada. Tan solo queda la chimenea, cuyo conducto de humos, ahora inactivo, conduce a la parte frontal del hogar tapiado.

El plan consiste en bajar una cuerda por el conducto de humos con la cantidad de explosivos suficiente para abrir una brecha en la pared de ladrillos. Es una operación delicada. Kellerman debe usar la carga justa para crear un hueco por el que puedan colarse Argylle y Wyatt sin que salte la alarma antiincendios ni se desmorone la chimenea.

Argylle no esperaba una chimenea de semejante magnitud. Le llega a la altura del hombro, pero solo ve oscuridad cuando echa un vistazo por el hueco.

Todos se despojan de los paquetes que acarrean y le entregan a Samra las distintas piezas del cabrestante. Él se encargará de ensamblarlo. Han estado ensayando la secuencia una y otra vez, pero una cosa es montar un mecanismo sobre el suelo enmoquetado de la sala de reuniones número tres del Hôtel Beaux Rêves y otra muy distinta hacerlo a trescientos metros de altura mientras el reloj avanza y con la única iluminación de sus linternas.

Mientras, Kellerman se encarga de los explosivos, mide la cantidad que considera suficiente y desestima el resto. No tendrán una segunda oportunidad.

Programan el temporizador y bajan la cuerda. Washington masculla algo entre dientes.

—¿Qué haces, tío? ¿Estás rezando? —le pregunta Wyatt.

—Allá donde fueres… —responde Washington.

Cuando llega el momento, la explosión produce un ruido ensordecedor en mitad del silencio de la noche clara y el tejado tiembla bajo sus pies. Por la chimenea sale una voluta de humo. Todos aguardan paralizados, a la espera de oír el aullido de la alarma. Sin embargo, el silencio que sigue a la explosión solo queda alterado por el sonido procedente de la nave: la voz amplificada de un hombre que entona las plegarias, interrumpida en momentos puntuales por los cánticos a coro de los monjes.

Argylle cierra los ojos mientras Quinn lo ayuda a atar su arnés al cabrestante.

—Vamos —lo anima Schneider cuando se sienta en el borde de la chimenea, con una mascarilla P95 y unas gafas de protección bien aseguradas.

—Todavía hay demasiado humo —dice Argylle.

—¡Baja ya! Estamos perdiendo tiempo.

Nota una mano en la espalda y, de pronto, desciende por el interior de la chimenea llena de humo mientras aprieta los ojos y contiene la respiración.

28

Siente un dolor agonizante en los pulmones al inspirar la primera bocanada de aire cargado de humo, que le quema la garganta hasta el fondo. Cae de pie sobre la base del tiro de la chimenea y abre los ojos. Al principio, todo es una densa bruma negra, pero cuando se le adapta la vista, vislumbra una tenue luz gris a nivel del suelo. Se agacha, gatea hacia ella y, al hacerlo, se golpea en la cabeza con un ladrillo que cuelga por el boquete desigual abierto tras la explosión.

En el interior de la antecámara, aunque el ambiente está muy cargado por el polvo levantado, no hay tanto humo. Lo que le permite ver…

—Chicos, tenemos un problema.

La ausencia de interferencias en el walkie-talkie le indica que no hay señal.

Maldita sea.

Vuelve a meter la cabeza por el agujero recién abierto y lo intenta de nuevo; la garganta le pica cuando traga más humo. Esta vez, la conexión sí funciona.

—La arcada hacia la cámara del tesoro no es simplemente un arco. Es una puerta.

A estas alturas, Wyatt ya está bajando y, pasados unos segundos, jadea a su lado por la falta de aire. Mientras se recupera, Argylle intenta abrir la puerta. Está cerrada a cal y canto, tal como sospechaba.

Cuando regresan hacia la chimenea, Kellerman anuncia que va a enviarles hasta abajo el resto de la carga explosiva para que puedan volar la cerradura. Wyatt y Argylle intercambian una mirada de preocupación.

—No se habrían molestado en instalar una alarma en este lugar si solo condujera hasta esta habitación sin salida, ¿no? —dice Wyatt.

Solo queda una pequeña cantidad de explosivo y Wyatt la coloca alrededor de la sólida cerradura de hierro.

—La verdad es que yo creo… —empieza a decir Argylle.

—No te preocupes, tío, sé lo que hago. En los Navy Seal me encargaba siempre de los explosivos.

—Pero las bisagras…

Demasiado tarde. Wyatt tira de Argylle hacia atrás justo cuando la carga detona y levanta una nube de humo que, al disiparse, deja a la vista un agujero donde antes estaba la cerradura.

—¿Qué te he dicho? No he perdido facultades —dice Wyatt, pero no presume tanto cuando intentan tirar de la puerta y se dan cuenta de que sigue cerrada.

—Tendremos que volver a hacerlo.

—Prueba con las bisagras, Wyatt.

—Tío, ya te dicho que sé lo que me hago. Oye, pero ¿qué haces?

Argylle ya se ha hecho con la carga que queda y, tras dividirla en partes iguales, aplica esa pequeña cantidad a las bisagras de la imponente puerta, justo en el lado opuesto a la cerradura.

—Esto es cosa tuya, tío —dice Wyatt, que retrocede con las manos levantadas para desentenderse de cualquier responsabilidad.

Esta vez, cuando el humo se despeja, hay dos cráteres más. No obstante, la puerta sigue en su sitio.

—Y ahora ya hemos usado toda la…

Las palabras de Wyatt son silenciadas por un crujido potente y ensordecedor. Mientras miran, la puerta cae dos centímetros por el lado en que estaban las bisagras.

Argylle paladea el dulce alivio.

—Pero ¿cómo lo has…?

No hay tiempo para explicaciones. Acaban de perder unos minutos muy valiosos. Empujan la puerta con cuidado por el lado que ahora está suelto. Se oye otro tremendo crujido y, por un instante, Argylle cree que el portón de roble reforzado se romperá, se soltará del todo y caerá al suelo, pero aunque se retuerce, aguanta lo suficiente para que

puedan pasar por el hueco.

Ahora les queda claro por qué ha fallado el primer intento. Al otro lado de la antigua cerradura de hierro forjado que han intentado hacer volar por los aires hay una enorme monstruosidad fabricada de acero inoxidable, de más de medio metro de alto, con su propio dispositivo de cierre multipunto.

—Increíble —masculla Wyatt entre dientes mientras sigue a Argylle hasta el interior de la cámara.

Lo primero que percibe Argylle es el cambio de temperatura. Antes, en la antecámara, había notado un ambiente cálido y confortable. Años de estancamiento hacen que el aire esté cargado y sofocado por el calor. Sin embargo, aquí hace fresco. Incluso frío. Argylle había imaginado algo parecido a la cueva de Alí Babá, tesoros de oro apilados en cada rincón. En lugar de eso, la habitación es como una moderna galería de arte, con el techo bajo y abovedado de ladrillos de arenisca, con focos empotrados que iluminan, con muy buen gusto, un tríptico religioso de paneles arqueados instalado en una pared, sin duda descolgado de alguna grandiosa catedral. En el centro de la sala hay dos vitrinas expositoras de cristal, una de las cuales está vacía, con las puertas abiertas de par en par, lo que sugiere que antes contenía la reliquia que en este momento veneran en la capilla. En la segunda, colocado sobre un cojín de seda color violeta, hay un cáliz dorado con asas en forma de dragones, sobre una base con forma de flor de oro e incrustaciones de turquesas y piedras preciosas en la copa. El sensor de color rojo de una alarma parpadea desde el techo.

—El Cáliz de Jaspe —dice Argylle, absorto y maravillado por un instante—. La copa está fabricada con una sola pieza de jaspe y se supone que es la que usó Jesús en la última cena.

—Fascinante, seguro, pero ¿y si te guardas la lección de historia para cuando hayamos salido de aquí?

El único objeto distinto a ese que hay en la sala es un bloque de mármol sobre una peana no muy alta, ubicado en un lateral de la cámara, con varios nombres grabados en la superficie.

La cámara abovedada es el eje central del que salen cinco pasillos cortos. Wyatt se adentra en el pasillo que le queda más cerca,

flanqueado por varias puertas altas y angostas. Tira de la manilla de una puerta escogida al azar y se sorprende al ver que se desliza hacia fuera, en dirección a su cuerpo. Detrás hay cuatro cuadros colocados sobre paneles rígidos colgados de unas guías. Sigue avanzando por el pasillo y va abriendo una puerta tras otra; van apareciendo iconos, volutas y tapices.

Mientras tanto, Argylle se encuentra en otro pasillo, este flanqueado por cajoneras anchas y poco profundas con tapa de cristal. El primer cajón que abre contiene huesos —un fémur, una mano cadavérica—, todos expuestos por separado y catalogados con pulcras fichas mecanografiadas en griego. Abre un segundo cajón. Más huesos. Se vuelve y abre un cajón del otro lado. Este almacena hermosos manuscritos ilustrados, con las páginas ribeteadas de oro.

—¿Has encontrado algo? —le pregunta Wyatt, visiblemente acelerado.

Argylle se mira el reloj. Les quedan nueve minutos antes de que la procesión regrese a la cámara, con los monjes vigilando mientras los otros cuatro religiosos en posesión de las llaves se turnarán para abrir las cerraduras antes de devolver ceremoniosamente la reliquia a su vitrina de exposición.

Argylle siente el pinchazo de unas agujas invisibles en el pecho y el estómago; tiene la boca tan reseca como los huesos de los cajones.

Desliza la puerta de un alto y delicado aparador que, al abrirse, resulta ser un expositor de cristal que contiene el hábito de un monje dispuesto con delicadeza. La etiqueta del faldón reza *Agios Alypius*. Un expositor exactamente igual, con un hábito un poco distinto, tiene la etiqueta *Agios Nicholas*. Por la manera tan reverencial en que están expuestas las vestimentas, Argylle deduce que se trata de unos hábitos pertenecientes a monjes beatificados.

El siguiente pasillo resulta más prometedor: no contiene elementos religiosos. Lingotes de oro, monedas antiguas, romanas y griegas, mapas, bordados y piezas de cerámica. La clase de objeto que el monasterio debió de recibir en forma de donativo y como herencia de diversos testamentos. Argylle se vuelve para tirar de los cajones del otro lado. Bingo. Colgantes con incrustaciones de piedras preciosas y

gruesas cadenas de oro, anillos de diamante, collares de perlas tan grandes como el pulgar de Argylle, una daga de plata con incrustaciones de rubíes…

—Creo que he… —empieza a decir Argylle justo cuando Wyatt, cuyo lema ha sido siempre «Actúa primero y luego te acojonas», tira hacia abajo de una palanca de madera que acaba de localizar instalada en una pared.

Se oye un traqueteo imponente, seguido por un fuerte crujido del suelo, como si una criatura hace tiempo enterrada estuviera despertando tras un largo sueño.

—¿Qué narices has hecho?

—Solo he…

Las excusas de Wyatt quedan silenciadas por un estruendoso estallido que hace que ambos salgan corriendo de vuelta hacia la cámara principal, a tiempo de ver cómo el bloque de mármol sobre la peana baja se desplaza hacia un lado y se abre un hueco en el suelo.

—¡Virgen Santa! —Wyatt se encuentra en el borde de la apertura mirando hacia el interior—. ¿Todo eso son huesos?

—Es una cripta —dice Argylle situándose a su lado. Espera que Wyatt no note el temblor que le recorre el cuerpo mientras mira al interior de la cámara con dimensiones de tumba, con dos esqueletos dispuestos uno junto a otro, cada uno de ellos con un alargado crucifijo ornamentado reposando sobre sus manos cadavéricas—. No hay tiempo de sentir asco, Wyatt. Cierra esa cosa. Creo que ya estoy cerca.

Cuando regresa al pasillo del que acaba de marcharse, Argylle oye el cántico con más intensidad. Los monjes se han puesto en marcha.

—Oh, Dios. Vamos, Argylle, tenemos que abortar.

—Todavía no. Sé que está aquí, en alguna parte.

—¡Argylle, aborta!

Wyatt, por lo general relajado, se siente rígido por la tensión de permanecer a la espera en la entrada del pasillo. Incluso si los monjes acaban de salir de la capilla, ¿cuánto tiempo pasará antes de que lleguen?

—Uno más —dice Argylle y tira del último cajón para abrirlo.

Ahí está. En el centro del cajón. En una caja de cristal forrada con seda de color verde oscuro. Se queda sin aliento. Es la Pulsera de la Piedad.

—Se acabó, Argylle.

Agarra la caja y sale corriendo hacia la pesada puerta reforzada que lleva a la antecámara, la chimenea y la libertad.

—Mierda.

—¿Quieres darte prisa, Argylle?

Una vez fuera, oyen el eco del sonido de la procesión acercándose, cientos de voces entonando un cántico que retumba en las paredes de piedra del monasterio.

—Está atascada.

—Quita de ahí, deja que se encargue un hombre de verdad.

Wyatt lo aparta de un empujón y arremete contra la puerta con uno de sus recios codos, con la cara morada mientras gruñe y resuella. Nada. La puerta que había quedado abierta lo suficiente para que ellos se colaran en el interior se ha retorcido hacia adentro y se ha quedado atascada en el marco, impidiéndoles la salida.

—Esto es culpa tuya, tío. Si no hubieras hecho saltar las bisagras…

—Entonces jamás habríamos conseguido la pulsera.

—Espero que te dejen llevarla puesta en tu celda de una cárcel griega.

En el exterior, las voces de los monjes se oyen mucho más próximas. Wyatt da un último empujón y se rinde.

—Plan B. Nos armamos. Hay un cajón ahí atrás con una extraña daga de plata.

—Así que somos los dos contra varios centenares de hombres.

—Son monjes, tío, ¿qué van a hacer? ¿Rezar hasta matarnos? ¿Se te ocurre un plan mejor?

29

La procesión de los monjes, algunos de ellos portadores de antorchas, otros de velones, rosarios o pequeños recipientes cargados de incienso humeante, ha llegado al final del largo pasadizo de piedra y se detiene ante la gigantesca puerta de madera que conduce a la cámara del tesoro. La mayoría de religiosos solo acude a esta parte del monasterio una vez al año, y se oye un rumor de expectación cuando cuatro de ellos se adelantan, todos con el hábito negro hasta los pies y el alto sombrero cilíndrico sin ala y cubierto por un velo largo del mismo color característico de la Iglesia griega ortodoxa.

De entre los pliegues del hábito, los cuatro monjes se sacan cuatro llaves de hierro de unos quince centímetros de longitud y, uno a uno, van insertándolas en las cuatro cerraduras que descienden por la puerta, una debajo de otra. El volumen del cántico se eleva y aumenta el fervor cuando el abad, hegúmeno del monasterio, tira del picaporte y abre la puerta con un crujido.

El aire fresco emitido por el aparato de control de la temperatura sorprende a los monjes, que mientras avanzan por la cámara detrás de la reliquia en su caja, van echando miradas furtivas y asombradas a las vitrinas de exposición de cristal y los realistas iconos religiosos de las paredes. Se respira una sensación de emoción creciente cuando se preparan para sacar el hueso incorrupto de la caja metálica y devolverlo a la vitrina de cristal, donde quedará guardado bajo llave durante un año más.

Sin embargo, cuando se acercan a la vitrina abierta empieza a oírse un murmullo grave que se inicia en la última fila del grupo y va propagándose hacia adelante. El abad deja de entonar su cántico cuando un monje le susurra a la oreja. La expresión del jefe religioso se endurece mientras avanza con determinación entre la multitud, que

va abriéndose a su paso, hasta que llega a la entrada de una de las estribaciones arqueadas que salen de la cámara principal. Allí frena en seco y observa con detenimiento los cajones y vitrinas abiertos, prueba de que ha entrado un intruso.

Se vuelve hacia su congregación, con las aletas de la nariz abiertas, y grita. No hace falta saber griego para entender lo que dice.

«¡Un robo!».

—Creo que vienen a por nosotros —susurra Wyatt tras asimilar el repentino cambio de tono de las voces amortiguadas de los monjes.

—Tranquilo. Supondrán que hemos huido antes de llegar hasta aquí.

—Es verdad, así que no atacaremos hasta que vengan a por nosotros y luego saldremos cagando leches de aquí, ¿no?

—Exacto.

—Genial. Y ¿cómo lo haremos exactamente? Quiero decir, sé que no serías tan idiota de haber tocado esa palanca y hacernos bajar hasta este foso de huesos cuando el bloque se ha cerrado por encima de nosotros sin saber cómo volver a salir, ¿verdad?

Argylle no responde, Wyatt se remueve hasta que logra volverse para mirarlo y enciende la linterna para iluminar la cara de su compañero.

—¿Verdad?

Argylle intenta no mirarlo, pero al estar tumbados uno junto al otro en la cripta del tamaño de una tumba, como sardinas en lata, es casi imposible.

—No había tiempo para comprobarlo —susurra Argylle—. Estaban entrando por la puerta. Teníamos que hacer algo. Pero tiene que haber algún botón o una palanca por aquí abajo. Si no, ¿cómo sale la gente de aquí?

Wyatt ilumina el reducido espacio con su linterna y clava el haz de luz sobre los dos esqueletos de cuerpo entero apiñados allí con ellos.

—Bueno, no creo que para estos dos sea un problema.

—Confía en mí. Tiene que haber algo.

Argylle espera haber sonado más convencido de lo que se siente en realidad.

En la cámara del tesoro todo es un caos: los monjes murmuran entre ellos mientras revisan las estribaciones que parten de la cámara central para informar sobre todo lo que falta. Alguien ha localizado dos manuscritos ilustrados en cajones que no son los suyos; otro monje informa sobre un cáliz caído de costado.

—Pero ¿qué se han llevado? —exige saber el abad.

Así que deben registrar los cajones de los expositores una vez más. Un joven monje se altera al ver un cojín vacío, hasta que, en el cajón siguiente, encuentran dos valiosos cálices en lugar de uno. Por fin se oye un grito. «¡Aquí!». Envían a un sacerdote a ver qué pasa y regresa hasta el abad con gesto sombrío.

—Es la Pulsera de la Piedad, reverendo padre. Ha desaparecido.

El abad debe actuar cuanto antes. Los monjes, que no están acostumbrados a desviarse tanto de la rígida rutina de su vida, primero con la procesión y ahora el robo, se sienten cada vez más alborotados y sus voces, por lo general serenas, van subiendo de volumen. El abad debe restablecer el orden.

—Gracias, hermanos —dice—. Ahora debemos abandonar la cámara del tesoro y dejarlo todo en su sitio para que la policía lleve a cabo su investigación. Por favor, regresad a las celdas y pedid en vuestras oraciones que la pulsera vuelva con nosotros sana y salva.

El monje que tiene más cerca, un tipo rechoncho con la cara redonda como la de un bebé, parece decepcionado, pero, al igual que los demás, hace una reverencia sumisa.

—Por supuesto, padre.

En cuestión de minutos, la cámara ha quedado vacía. El abad echa una mirada más a su alrededor antes de salir. Los cuatro monjes portadores de las llaves se han dispersado con los demás y el abad no se molesta en volver a llamarlos. La policía llegará dentro de nada. Lo que sí hace es colocar al hermano Tobías, uno de los monjes que lleva más tiempo en la congregación, en la puerta, para asegurarse de que

nadie entra. Luego regresa a toda prisa por el pasillo hacia su despacho, donde está el único teléfono del monasterio. El abad no recuerda la última vez que lo utilizó. Tiene bastantes ganas de hacerlo.

—¿Qué quieres decir con que no lo encuentras? Por Dios, en este lugar no hay oxígeno.

Argylle intenta ignorar la respiración jadeante de Wyatt y centrarse en el entorno. Desde que las voces de los monjes han dejado de oírse, su compañero y él han tanteado con los dedos hasta el último centímetro de su nuevo hogar en un intento por localizar un botón que haga que el bloque de mármol vuelva a deslizarse para abrirse y les permita salir por donde han entrado. Aunque han encontrado velas y rosarios, además de dos ostentosos crucifijos de oro, la vía de escape, lamentablemente, se les resiste.

—No puedo respirar. ¿Tú puedes respirar?

Wyatt cambia de lado el peso de su cuerpo para volverse hacia Argylle y se oye un fuerte crujido.

—Oh, mierda. Dime que no acabo de partir un cráneo. ¿Eso no da mala suerte?

Argylle no se molesta en preguntarle cuánto peor puede ser su suerte comparada con estar atrapado en un agujero sin aire, bajo tierra, con un par de esqueletos como única compañía.

—Podemos empujarlo con las piernas —sugiere.

Los dos se tumban de espaldas, con las rodillas flexionadas sobre el cuerpo y los pies apoyados en el bloque de mármol.

—A la de tres…

Durante un breve y maravilloso instante, mientras ambos gruñen y gimen al unísono, parece que podría funcionar; el bloque se eleva de forma infinitesimal, pero cae de golpe una vez más. Un segundo intento también acaba en fracaso.

—Tío, ni siquiera lo estás intentando. Yo estoy haciéndolo todo.

Wyatt se ve obligado a tomar el control, prepara los pies contra el mármol que tiene encima y tensa los muslos y las pantorrillas;

consigue levantar el bloque unos pocos milímetros. Sin embargo, con eso basta para que a Argylle se le ocurra una idea.

Se arrastra por el suelo de la cripta sobre la espalda hasta que consigue agarrar los dos crucifijos, cada uno formado por dos barras cilíndricas de oro, una vertical y la otra horizontal, unidas en un punto por un conjunto de rubíes.

—Cuando diga ya, dale con toda la fuerza que puedas —le ordena a Wyatt y agarra un crucifijo con cada mano.

La primera elevación que consigue Wyatt es insuficiente, pero la segunda vez el bloque se eleva lo bastante como para que Argylle encaje los alargados extremos de los crucifijos por debajo del mármol, uno a cada lado, con las barras unidas en cruz sobresaliendo por el espacio que tienen sobre sus cabezas.

Wyatt se queda mirándolos.

—¿Y cómo se supone que esto va a ayudarnos?

—¿Nunca te has preguntado cómo arrastraron los egipcios los enormes bloques de piedra por el desierto para construir las pirámides?

—Pues no puedo decirte que…

—Una de las teorías es que los colocaban sobre troncos gigantescos que usaban para hacerlos rodar, con equipos de pobres desgraciados en cada extremo que los hacían girar a mano para avanzar sobre la arena.

Wyatt parpadea.

—Entonces ¿estás diciendo que hagamos girar los crucifijos, como si fueran manivelas, y que el bloque rodará por arte de magia?

—¿Tienes una idea mejor?

El primer intento es un desastre. Tienen las manos empapadas por el sudor y no logran sujetar los resbaladizos crucifijos de metal.

—¿Con qué te frotas las manos en el gimnasio cuando levantas pesas, Wyatt?

—¿De verdad que no lo sabes? ¿Es que nunca has…?

—Responde a la pregunta.

—Con yeso. Todo el mundo sabe que se usa yeso en polvo para absorber el sudor y crear más fricción. Oye, ¿qué haces, tío? No hagas

eso. Puaj, qué asco. Muestra algo de respeto.

Argylle ha metido las manos en la pila de huesos machacados, fruto del cráneo que ha aplastado Wyatt por accidente al caer sobre él hace unos minutos, y se frota bien ese polvillo sobre las palmas.

—Nosotros lo necesitamos más que él en este momento. A menos que quieras quedarte aquí abajo y asfixiarte poco a poco hasta morir.

Wyatt inspira con fuerza y masculla una disculpa entre dientes antes de imitar a Argylle.

Esta vez, cuando agarran los crucifijos que Argylle ha colocado intencionadamente en diagonal, uno encima de otro para que el suyo esté orientado hacia la base de la cámara y el de Wyatt hacia la parte superior, consiguen hacerlos girar.

—¡Es imposible! —susurra Wyatt, mientras por encima de sus cabezas el bloque de mármol empieza a desplazarse lentamente.

Cuando emergen a la cámara del tesoro vacía, Wyatt traga a bocanadas el aire fresco emitido por el aire acondicionado. Pero la euforia por haber salido les dura poco. Y ahora, ¿qué? No pueden volver por donde llegaron. Aunque consiguieran cruzar por la puerta de la antecámara donde han puesto una cuña, hace tiempo que los demás se habrán ido; habrán escapado en cuanto se disparó la alarma. La única opción que les queda es salir por la puerta principal hasta el pasillo y atravesar el monasterio, que ahora está en un estado de alerta máxima.

Los dos hombres se miran, cada uno pensando en lo mucho que llamará la atención el otro entre los monjes de hábito oscuro.

—Tengo otra idea —dice Argylle y desvía la mirada hacia el pasillo donde ha visto los sagrados hábitos de los monjes beatificados.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡Eso sí que no!

Transcurridos unos minutos, el hermano Tobías, apostado en la salida de la cámara del tesoro y sumido en la oración, se sobresalta cuando la puerta se abre y salen dos monjes, con sus tocados negros cubriéndoles el rostro.

Lo que piensa el monje de inmediato es que deben de haberse

quedado rezagados por el caos producido a causa del descubrimiento del robo.

—Perdónanos, hermano —dice el de espaldas más anchas.

Como ha hablado en inglés, el hermano Tobías no lo entiende y se ve sorprendido una segunda vez cuando lo levantan en volandas y lo llevan por la fría cámara del tesoro hasta depositarlo en el interior de la cripta abierta.

Lo último que oye el monje mientras el bloque de mármol se desliza sobre su cabeza es al hombre de acento estadounidense prometiéndole que dejará una nota. Aunque, por desgracia, no entiende ni una palabra de lo que le dice.

Ahora, Argylle y Wyatt avanzan por el pasillo de iluminación tenue. Wyatt inclina la cabeza sobre el rosario que lleva entre las manos para ocultar el rostro. Argylle sujeta por delante del cuerpo unas cadenas de oro de las que cuelga una bandejita donde quema incienso; la balancea de un lado a otro para que el humo cree una pantalla delante de ambos mientras descienden por la escalinata de piedra.

Cuando están llegando a los últimos escalones se encuentran ante una serie de puertas arqueadas Argylle se anima al pensar en la salida y la libertad. Aunque no estuvieran persiguiéndole, el monasterio le parecería agobiante por el insoportable lastre de la historia y las doctrinas religiosas.

Justo en ese momento, una de las puertas se abre, entra un monje y se sorprende al verlos allí. Entona algo en griego y Argylle agita el incensario delante de ambos mientras masculla una respuesta ininteligible. El monje parece confuso, pero pasan por su lado y salen a la angosta terraza adoquinada que recorre la fachada del monasterio a lo largo. En un lateral de la misma se encuentran las dependencias externas y, por delante, la caída vertiginosa hasta la base del imponente peñasco sobre el que está construido el monasterio. La única forma de descender desde el altiplano es por un empinado sendero al que se accede por un costado y que baja zigzagueante por la montaña en dirección al lejano mar.

Argylle se arriesga a echar un vistazo hacia la azotea del monasterio y ve que está llena de monjes.

—Mierda —murmura Wyatt, emergiendo de entre los pliegues del tocado—. Espero que los demás hayan logrado escapar.

Mucho más adelante ven a dos personas con hábito doblando la esquina del monasterio y entrando por la puerta de la dependencia externa más próxima.

—Pero ¿qué narices…? —La voz de Wyatt queda ensordecida por unos potentes cacareos y aleteos; Argylle busca la linterna a tientas por debajo del hábito, justo en el momento en que unas horribles siluetas oscuras salen volando de entre las sombras.

—Gallinas —dice, alumbrándolas aliviado.

Se abren paso con cuidado entre las aves de andares pavoneantes hasta una puerta del fondo que conduce a una segunda dependencia externa.

—Por el amor de Dios. Por favor, pero ¿qué es esto?

El olor a mierda caliente mezclado con verduras podridas es insoportable.

—Son cerdos, Wyatt. Bonitos, amigables y achuchables cerditos.

Los cerdos —criaturas negras y enormes— no parecen ni amigables ni achuchables, y tanto Wyatt como Argylle se sienten aliviados al pasar a una tercera edificación alfombrada de paja en la que dos cabritillos comparten espacio con un rebaño de ovejas.

—Ves, estos animalitos sí que me van. Bonitos y monos y van a lo suyo… Por el amor de Dios, pero ¿qué es eso?

Una enorme sombra emerge de la oscuridad por detrás de Wyatt. A Argylle se le acelera el pulso y se le corta la respiración hasta que alumbra con la linterna a un burro; es grande y empuja el cuello rechoncho de Wyatt con su morro húmedo.

Otro burro se les acerca caminando sin prisa.

—El tuyo no me parece gran cosa, Argylle —dice Wyatt cuando llega el nuevo animal y empuja a Argylle por el brazo, como si quisiera acercase más a él.

—Lo que tú digas, payaso. Vamos, tenemos que alcanzar a los demás.

Sin embargo, cuando salen por la puerta del fondo de nuevo a la terraza adoquinada y se abren paso hasta el principio del sendero

zigzagueante, no ven ni rastro del taxi monovolumen que debería estar esperándolos en la base de la roca para llevarlos por la ladera hasta el puerto. El conductor iba a arriesgarse a ayudar, a lo que él creía que era un grupo de peregrinos con ganas de aventura, al desviarse del camino oficial a cambio de un generoso soborno para complementar el escaso salario que recibe de las autoridades. Los demás deben de haberse marchado, lo cual no resulta sorprendente, dado que hay monjes por todas partes. Es imposible que los alcancen. No obstante, con las autoridades ya de camino, quedarse donde están no es una opción.

—Estamos jodidos —sentencia Wyatt.

Argylle evalúa las vías de escape: el sendero que desciende por la inclinación más amable de la ladera hacia el mar, a catorce kilómetros de distancia, y los caminos en los que solo cabe una persona, de curvas cerradas y muy escarpados, por la cara más difícil, quedan ocultos entre las sombras de la ladera montañosa.

—¿Qué tal se te da montar?

—Cuando dijiste lo de montar, creía que te referías a una bicicleta.

—No te quejes, estás tan varonil sobre ese borrico, Wyatt…

—Sí, muy…

Algo cruza a toda velocidad el sendero, un zorro o un jabalí, y asusta al burro de Argylle, que sale disparado al galope a través de la maleza que bordea el camino. El animal vira bruscamente rodeando un olivo y la rama más baja tira a Argylle del lomo de su montura. Sale volando por los aires y un miedo creciente lo invade mientras ve el suelo acercándose. Cae rodando y siente un dolor punzante en el hombro al aterrizar. Justo por debajo, ve la caída en picado, pero el suelo por el que rueda es de gravilla y tierra y no logra frenar su avance. El acantilado está cada vez más cerca; Argylle intenta agarrarse a las raíces para detener la caída, pero nada aguanta. Cierra los ojos justo cuando desaparece el suelo sobre el que se encuentra…

Sin embargo, la caída prevista no llega a producirse. Cuando vuelve a abrir los ojos ve que, de alguna manera, Wyatt ha conseguido

maniobrar con su burro para acercarse lo suficiente al borde del precipicio y levantarlo en volandas; luego lo deja con cuidado en el suelo. Argylle se queda sentado en silencio, sujetándose el hombro a la espera de que se le normalice el pulso. Luego levanta la vista y alcanza a ver la sonrisa que se dibuja en el rostro de Wyatt, que lo mira desde arriba, y que se esfuma en cuanto Argylle dice:

—Déjame un sitio.

El escarpado camino para burros es mucho más directo que el sendero zigzagueante, por lo que consiguen interceptar al resto del equipo a dos tercios del descenso por la montaña; bloquean la carretera sin asfaltar y llena de baches, y el monovolumen se ve obligado a frenar.

—Ni se te ocurra… —espeta Wyatt cuando ve la expresión abiertamente burlona de Schneider mientras desmonta del burro.

En el interior del monovolumen, la atmósfera es tensa. Resulta evidente que el conductor —un hombre menudo con bigotillo de vellos negros que sobresalen de su piel arrugada como si fueran puntadas de nailon— no está en absoluto contento de tener que recoger a estos dos impostores que acaban de obstaculizarle el paso a lomos de un burro. Conduce solo con las luces de posición, porque los monasterios cierran al atardecer y no hay razón para que haya un vehículo circulando.

Argylle se coloca como puede en el asiento trasero, junto a Erin Quinn, que mantiene el rostro apartado del retrovisor delantero del conductor. Ha colocado la mano sobre la parte del asiento que los separa. Cuando la furgoneta toma bruscamente las curvas del sendero, que aparecen sin previo aviso, sus dedos rozan los de Argylle. «No», le advierte ese pequeño fragmento de su ser que no está bajo la influencia de la adrenalina. Durante los últimos cinco años ha protegido sus emociones como los tesoros de la cámara secreta. Si abre una puerta, aunque solo sea un poco, ¿qué más podría desbordarse?

No hay ni un solo vehículo más a la vista. Podría resultar reconfortante, pero en esa noche de ambiente tranquilo y silencioso,

Argylle se pregunta hasta dónde llegará el sonido del motor y a qué altura estarán los puestos de vigilancia de la policía. Necesita calcular con qué ventaja cuentan.

Desde el asiento del acompañante llega el sonido de las interferencias del walkie-talkie de Schneider, y el conductor abre los ojos como platos cuando se oye el potente vozarrón de Hooper a un volumen impresionantemente alto en ese espacio confinado.

—Acabamos de obtener otra vista aérea. Tenéis compañía, muchachos. Dos lanchas motoras Yastreb acaban de salir del puesto policial de Dafni. Se ha montado un buen follón por allí.

Argylle saca su walkie-talkie.

—Carter, ¿puedes volver a hackear la frecuencia de la policía?

—Por pedir que no quede. Espera…

Se oye el crepitar de la interferencia y un pitido que a Argylle le hace chirriar los dientes. En el asiento delantero, el conductor masculla algo, claramente nervioso.

Carter vuelve a hablar.

—La buena noticia es que estoy dentro. La mala es que no entiendo ni una puñetera palabra. Me suena todo a chino; bueno, mejor dicho, a griego.

—Pónmelo.

—¿Cómo? ¿También sabes griego?

—Solo unas palabras. Vale la pena intentarlo.

Más interferencias. Luego se oye el sonido de una voz masculina a la que responde otro hombre.

El conductor del taxi se vuelve y grita algo.

—¿Y bien? ¿Has entendido algo?

—Claro. Todo. Porque no están hablando en griego. Es ruso.

—¿La policía griega habla en ruso? —le pregunta Carter, incrédula.

—Hay una persona que habla en ruso y otra que lo traduce al griego.

Ahora, todos los ocupantes del coche se ponen en guardia; se palpa tal tensión en el aire que sofocaría a cualquiera que intentase respirar con fuerza. No hay motivo para que haya alguien hablando ruso en la comisaría griega, a menos que…

—¿Qué están diciendo? —Samra suele ser comedido y contenido, así que la ansiedad de su tono no contribuye a tranquilizar a los demás.

—Aseguran ser agentes rusos que trabajan para la Interpol. —Argylle frunce el ceño, concentrado—. Están denunciando un robo.

30

El monovolumen llega al punto más alto de un peñasco, desde donde Argylle puede distinguir el mar negro como el carbón chocando contra la base de los acantilados que se alzan a lo lejos. Sin embargo, todavía queda un largo tramo de sendero zigzagueante, esquivando los olivos y los escarpados y vertiginosos acantilados hasta la costa. Mientras descienden hacia el diminuto puerto rodeado por tres paredes de roca donde los espera el bote neumático con Martin Casner al timón, oyen el aullido de las sirenas y Argylle divisa el fulgor de los faros acercándose en la distancia; los coches patrulla rodean la base de la montaña hacia la derecha.

Se hace el silencio mientras todos realizan el mismo cálculo; son conscientes de que pueden conseguirlo.

Se oye el chirrido de los frenos. El conductor, que ha estado todo este tiempo mirando nervioso por el espejo retrovisor, ha frenado en seco y realiza aspavientos descontrolados para señalar a sus espaldas. Argylle se vuelve a mirar y ve que a Erin Quinn se le ha torcido la gorra y se le ha salido un mechón de la larga melena. Argylle ignora cuándo fue la última vez que el conductor vio a una mujer, pero su expresión de horror abyecto sugiere que hace muchísimo. Empieza a gritarles y a hacerles gestos para que bajen. Argylle solo entiende fragmentos de su perorata, aunque no es difícil de suponer qué quiere decir. Aceptar un soborno para ayudar a unos peregrinos que violan la ley es una cosa, pero incumplir una tradición milenaria, además de una de las creencias más fundamentales y estrictamente acatadas en el Monte Athos, es algo muy distinto. Supondría la pérdida inmediata del sustento y tal vez problemas con la policía. Eso, sin contar con la ira de Dios.

Wyatt abre la puerta de golpe. Antes de que el conductor tenga

tiempo de reaccionar ya lo ha sacado del vehículo a rastras y el gigantón ha ocupado su lugar. Lleva la mano al contacto.

—Maldita sea. Ese imbécil tiene las llaves.

—No hay tiempo —los urge Argylle, que pasa por encima de Quinn para abrir la puerta trasera—. Tenemos que correr.

En ese mismo instante salen todos de la furgoneta y avanzan como pueden montaña abajo a través de la densa y espinosa maleza y de los frondosos arbustos, esquivando las ramas de los árboles. Ven las luces de los vehículos que se aproximan desde la parte inferior de la colina. Dos SUV alargados y blancos, con la insignia policial y las sirenas en el techo, avanzan imparables por el camino plagado de curvas y baches.

Argylle inspecciona con la mirada la línea de costa a medida que desciende, corriendo y tropezando. Tres veces por semana, una lancha propiedad de las autoridades del Monte Athos llega a ese puerto recóndito y desembarca a peregrinos aventureros con destino al remoto monasterio de Katunakia. Sin embargo, por la noche el lugar está muerto. Argylle percibe el ululato de un búho que llega desde un árbol cercano, aunque lo que se oye con más fuerza son las sirenas acercándose.

Un poco más adelante, Wyatt se detiene.

—Tienes que hacernos una señal con las luces, Casner —le dice por el walkie-talkie.

—¿Estás loco? —responde—. Me verán.

—Ya saben hacia dónde nos dirigimos. Tenemos que saber dónde estás.

Se oye un fuerte suspiro. Y entonces…

—Allí.

El inconfundible destello amarillo sobre el mar totalmente negro.

El equipo reemprende la marcha. Quinn va la primera, ligera y ágil; Wyatt va tropezando por detrás de ella, seguido por Washington, Schneider, Kellerman y Argylle. Samra, en la retaguardia, baja con cautela.

Cuando llegan al puerto, que no es más que un embarcadero de cemento, Argylle respira entre jadeos, aunque al mismo tiempo siente

un júbilo creciente. Van a conseguirlo. Los coches siguen en lo alto de los acantilados.

Pero cuando los primeros miembros del equipo cruzan la angosta playa de piedras en dirección al embarcadero, el estruendo de un tiroteo hace que se esfume su sensación de alivio.

Levanta la vista y ve que los coches patrulla se han detenido en un risco que da al puerto y un grupo de hombres se ha colocado de pie al borde del acantilado. Distingue a tres personas con uniforme policial, pero los superan con creces en número, lo que supone que son rusos vestidos de civil con las armas en alto. Le da la impresión de que la policía está discutiendo y gesticulando, pero los agentes no quieren provocar una refriega que seguramente acabarían perdiendo. A la luz de la luna, Argylle distingue la silueta de alguien que reconoce. Es Denísov, con su distintivo pelo de punta, plantado en el sitio con un revólver apoyado sobre el antebrazo izquierdo.

—¡Por aquí! —grita Quinn, zambulléndose al otro lado del embarcadero de cemento. La siguen Wyatt, Washington y Schneider.

Argylle está a punto de cruzar la playa para reunirse con ellos cuando oye un grito a sus espaldas. Kellerman se ha torcido el tobillo.

—¿Puedes caminar?

Samra y Argylle retroceden para ayudarlo a levantarse, pero, cuando se incorpora, se le dobla la pierna y grita de nuevo.

—Vamos —anima Argylle, y se coloca el brazo de Kellerman por encima del hombro.

Soporta gran parte del peso de su compañero lesionado hasta que logran llegar a los matorrales situados en el fondo de la playa.

—Argylle, date prisa, joder. —Se produce una pausa en el tiroteo y la voz de Wyatt llena el aire a través del walkie-talkie—. Casner traerá la lancha para recogernos dentro de un minuto. Debemos estar en posición.

—Ve tú. Yo te cubriré —le dice Samra.

Argylle inspira con fuerza.

—¿Estás listo? —le pregunta a Kellerman.

Solo tienen que cruzar unos metros de playa para llegar al relativo refugio que ofrece el embarcadero de cemento, pero parece que tarden

horas en completar cada paso mientras Argylle y Kellerman avanzan tropezando sobre el suelo de piedras irregulares. Argylle no pierde de vista a Samra, que dispara desde los arbustos que tienen a sus espaldas en respuesta al tiroteo procedente de lo alto del acantilado. Llegan al embarcadero justo cuando Casner sitúa el bote neumático lo más cerca que puede de la orilla, pero apartado del alcance de los disparos.

—Pásamelo —dice Wyatt, que se levanta para liberar a Argylle de su carga—. ¡Hay que salir cagando leches!

Los miembros del equipo que se han mantenido ocultos detrás del embarcadero chapotean entre las olas mientras corren hacia el bote neumático a la zaga de Wyatt y Kellerman. Argylle está a punto de hacer lo mismo cuando una ráfaga de disparos lo rodea. Mira a su alrededor y ve que Samra ha salido de su escondite para responder al tiroteo.

Todo es un caos. La que fuera una noche apacible estalla con la tensión y el sonido de las balas.

Argylle está en el agua y bracea hacia el bote. Se encuentra tan cerca de la salvación que ya casi puede saborearla. Vuelve a mirar hacia atrás. Samra se gira para disparar una nueva ráfaga a las figuras apostadas en lo alto del acantilado. Está a punto de llegar al embarcadero. Argylle vuelve a mirar hacia adelante, pero de pronto piensa en algo relacionado con el ángulo de la trayectoria de Samra. Se vuelve de nuevo. Pero donde debería estar la silueta erguida de un hombre, ya no hay nada. Samra ha caído.

—¡Esperad! —les grita a los demás.

Sin embargo, el estruendo de los disparos que lo inunda todo y las olas chocando contra la roca silencian su voz.

Se acuclilla cuando llega a la superficie del embarcadero, con la mirada fija en la forma oscura de la playa. En lo alto del acantilado, los rusos han subido a los coches patrulla, dejando tirada a la policía griega, y están bajando a trompicones hacia la playa.

Argylle aprovecha la ventaja del cese de los disparos y se deja caer junto a Samra.

—¿Te han dado? Vamos, te ayudo a levantarte. Apóyate en mí.

La luz de la luna resalta los delicados ángulos del rostro de Samra y

su expresión desorientada. Jadea levemente, pero no habla, solo gesticula señalándose el pecho. Argylle, que lo malinterpreta, cree que debe de ser el lugar donde lo han herido y lo toca con amabilidad en ese punto; en lugar de una herida, sus dedos encuentran en el bolsillo de la pechera de Samra un objeto grueso y rectangular. Samra asiente con la cabeza y Argylle lo saca, sin perder de vista los faros que se aproximan zigzagueantes descendiendo por el acantilado y los gritos que le llegan de sus compañeros, que ya están en el bote situado a sus espaldas.

—Por favor, tío, tenemos que irnos.

Intenta levantar a Samra, pero él susurra algo con un hilillo de voz, tan leve que podría ser el sonido de la brisa marina traído por el aire.

Argylle vuelve a mirar bien el objeto y se da cuenta, por su cubierta de piel ajada, que debe de ser el Corán. Intenta pasárselo a Samra, pero el hombre herido niega con la cabeza. Argylle se da cuenta de que hay una tarjeta doblada entre sus páginas.

La despliega y ve que es una fotografía de su despampanante esposa abogada rodeando con ambos brazos a dos niñas pequeñas con el pelo negro trenzado y amplias sonrisas; a la más pequeña le faltan las dos paletas superiores. Argylle sujeta la fotografía a la altura de los ojos de Samra y observa cómo el hombre graba en su memoria la visión de su pequeña familia. Luego le cierra los dedos sobre la foto mientras busca, en vano, la herida.

—No encuentro nada. Seguro que vas a ponerte…

Argylle levanta la vista y enmudece.

Los jadeos de Samra han cesado. Tiene los ojos cerrados. La fotografía pegada al pecho.

—Argylle, ven ya. Tenemos que irnos. Ahora.

Está demasiado atontado para distinguir si la voz de Casner le llega por el walkie-talkie o procede del embarcadero. Más arriba, ve las luces de los coches patrulla tomando la última curva del descenso.

Se reactiva de pronto. Intenta levantar a Samra, pero todavía le duele el hombro por la caída y no logra reunir las fuerzas necesarias.

—¡Samra ha caído! —grita—. Solicito ayuda para llevarlo conmigo.

—No hay tiempo, Argylle. Déjalo y ven ya. —Es Schneider, el jefe

asignado para esta parte de la misión—. Es una orden.

Argylle duda un instante. Luego se levanta como puede y sale corriendo. Un motor ruge a sus espaldas. Puertas que se cierran de golpe. Y de pronto, una ráfaga de disparos acribillan el aire que lo rodea. Ya está en el agua y siente el corazón en la boca cuando las balas no le dan por los pelos.

El motor del bote neumático cobra vida y sus compañeros alargan los brazos para ayudarlo a subir. Antes de que haya embarcado del todo, ya están en marcha y saltan sobre la superficie del agua. Por detrás de él, las siluetas de los rusos en la costa se van empequeñeciendo y el estruendo de sus ya inútiles disparos se oye cada vez más amortiguado.

Nadie habla mientras por fin cesan los disparos y ellos van rebotando sobre las olas con la noche despejada y azul marino de fondo; su belleza es una afrenta a lo que acaba de ocurrir.

Cuando suben por la escalerilla del barco pesquero, Carter rompe el silencio.

—La lancha de la policía que han enviado desde Dafni llegará aquí dentro de tres minutos. Tenemos que irnos ya.

Los demás se quedan mirándola como atontados, silenciados por el horror de regresar a casa cuando ha caído un hombre, sin tan siquiera haber recuperado su cuerpo para devolvérselo a su familia.

Mientras el barco se aleja, Quinn, que está sentada con la cabeza entre las manos desde que han dejado la costa, se levanta y baja la escalera hacia la cabina inferior.

—Esto la afectará mucho —dice Wyatt con rotundidad—. Después de lo que le pasó a su padre.

—¿Qué le pasó? —pregunta Carter—. Es decir, sé que era un pez gordo de la CIA o algo por estilo…

—Lo mataron en Irak. Con un artefacto explosivo improvisado. Quedó destrozado.

No hay necesidad de entrar en detalles. No hubo cuerpo que rescatar.

—Esas pobres criaturas —dice Kellerman en voz baja.

—Y total, ¿para qué? —protesta Wyatt sacando la pulsera de su

chaqueta—. ¿Por esta basura? Samra era un buen tipo. Nunca daba problemas. Solo quería hacer su trabajo y volver a casa con su familia. ¿Esta cosa vale tanto como su vida? ¿Un centenar de estas valen tanto como su vida? ¿Mil?

Argylle, sentado lejos del grupo, se mete las manos temblorosas en los bolsillos y se sorprende al sacar el Corán de Samra. Debió de llevárselo sin pensar. Pero cuando le da la vuelta al pequeño libro, hace un descubrimiento asombroso.

Hay un orificio provocado por abrasión en la contracubierta del ejemplar. Al abrirlo, encuentra una bala incrustada entre las páginas. La posa sobre la palma temblorosa de su mano y lo asalta una náusea al descubrir que está empapada de sangre; se da cuenta de que debió de atravesar a Samra en su trayectoria antes de ser frenada por el pliego de hojas.

Está a punto de contárselo a los demás cuando algo lo detiene. Se toma un minuto, reflexiona, y hace girar la bala entre el pulgar y el índice antes de volver a guardársela en el bolsillo.

Cuando el barco acelera, sus pensamientos son tan oscuros como el mar Egeo.

31

Camina por una carretera oscura. Un coche se detiene. Él sigue avanzando, pero sabe que las personas que viajan en el vehículo quieren hacerle daño. Tiene la boca seca, las palmas de las manos, sudorosas. La puerta trasera del coche se abre, un hombre baja y abre el maletero. Él sabe que el plan es meterlo dentro y que luego lo matarán. Intenta gritar, pero no se oye nada. Vuelve a intentarlo y solo le sale aire. Ahora el hombre le pone las manos en el cuello y lo empuja hacia abajo. Es presa del pánico. Abre la boca e intenta emitir cualquier sonido. Lo intenta en repetidas ocasiones, cada vez un poco más fuerte, pero ya lo han obligado a agacharse para meterse en el maletero y la puerta se está cerrando. Cuando por fin encuentra su voz, se produce un fundido en negro.

Argylle se despierta gritando en su habitación beis del Hôtel Beaux Rêves. Está empapado en sudor. Tiene el corazón desbocado, como si se le hubiera desprendido y rebotara en su pecho cual pelota de goma. Se tumba de espaldas sin moverse hasta que la respiración recupera su ritmo normal.

Siempre la misma pesadilla. El grito que no suena hasta que ya es demasiado tarde. Las situaciones pueden haber cambiado, pero la pesadilla es la misma.

Empezó a tenerla cuando sus padres murieron, y se intensificó en cuanto supo quiénes habían sido en realidad sus progenitores y la clase de personas a las que podían haber ofendido, los horrores que debían de haber sufrido durante sus últimos minutos en este planeta. Durante el último par de años, los sueños desagradables han ido disminuyendo y espaciándose entre sí, y creía que por fin se había librado de ellos. Hasta ahora.

—No hace falta ser loquero para saber de qué va todo eso, Argylle

—dice Carter cuando él le describe la pesadilla durante el desayuno, dos días después de la misión en el Monte Athos.

Mejor dicho, justo después de que ella le hubiera comentado que no hay nada más aburrido que los sueños de los demás. Argylle había estado a punto de callarse, pero seguía muy inquieto y no pudo evitar contárselo de todas formas.

—Oh, sí, por favor, comparta su opinión profesional conmigo, doctora Carter.

—Es evidente. Sientes que no tienes voz. Te sientes impotente. Serán ciento cincuenta dólares, por favor.

Argylle corta un trocito de los cruasanes gomosos especialidad del hotel, hace una bolita y se la tira a su compañera.

—No tienes ni idea. Todo el mundo sabe que la verdadera explicación es que estoy enamorado de mi madre.

Sin embargo, un rato más tarde, mientras está tumbado en la cama, se pregunta si Carter no estará en lo cierto.

Argylle no es el único miembro del equipo que lo está pasando mal. Todos los que estuvieron en Grecia se sienten alicaídos y prefieren quedarse en sus habitaciones en lugar de enfrentarse al recordatorio de lo que acaban de experimentar. El día anterior salieron a pasear a solas o en parejas, se sentaron a ver la tele en la cama y compraron algo de comer en la máquina expendedora o el supermercado ubicado en la otra punta del polígono industrial. La meteorología se solidariza con ese estado de ánimo apagado y cubre el mundo con un velo gris. Hoy, los miembros del equipo empiezan a salir de nuevo, pero nadie quiere hablar de lo sucedido ni acercarse siquiera a la habitación desocupada de Samra.

Durante la noche del segundo día corre el rumor de que Frances Coffey quiere verlos a todos en la sala de reuniones número uno para una sesión de evaluación sobre la misión.

Ellos no quieren hablar de lo ocurrido ni tampoco ver a Coffey, porque no saben si lograrán contener la rabia. Por culpa de una pulsera, dos niñas crecerán sin padre.

Es la razón por la que se respira amargura en el ambiente cuando por fin se reúnen a las seis y media, en el momento en el que el día

gris enrojece hasta convertirse en una noche oscura. Se sientan a la mesa con forma de U sin mirarse los unos a los otros. Clavan la vista en su vasito de café, consultan el móvil o dirigen la mirada hacia la ventana con expresión seria.

Jamás un equipo ha dado menos impresión de serlo.

En ese ambiente lacónico se produce la entrada de Frances Coffey. Si alguien se acercara a ella, olería el ligero aroma a caramelos de menta con los que ha intentado disimular el rastro, aún más leve, del humo del tabaco. Ha vuelto a caer, y en este momento se desprecia por ello. De vuelta a la casilla de salida. Aunque pensarlo la hace despreciarse todavía más, porque es muy consciente de que Asif Samra no goza del lujo de castigarse por haber fumado un cigarrillo. Sin duda, esta es la peor parte de su trabajo, lo que la lleva a cuestionarse si no debería jubilarse ya. Dedicarse a plantar hortalizas y comer cada día con su marido, Andrew, en amigable silencio. Cualquier cosa que no implique enviar a hombres y mujeres, a los que ella ha ayudado a reclutar, a misiones de las que podrían no regresar jamás.

Coffey se encarga de hacer las llamadas personalmente. Jamás delegaría la peor de todas las tareas. Aunque el hecho de que sea su responsabilidad no lo hace más fácil. «Siento tener que comunicarles…». «Murió valientemente…». «Deben sentirse muy orgullosos…». Palabras y frases tan inútiles como cubrir heridas mortales con una tirita.

Inicia la reunión dedicando unas palabras en memoria de Samra.

—Era de lo mejor que había entre nosotros. La persona con más integridad, altamente eficiente, resolutivo, amable. Sé que estáis sufriendo todos —prosigue—. Sé que habéis perdido a un compañero y a un amigo. Y merecéis saber por qué.

»Ya os había contado antes que Vasili Federov es, sin duda, la amenaza más grande para la estabilidad mundial en este momento, como muy bien sabe Mia, aquí presente. —Señala a la esbelta Mia Matsyuk, y Argylle recuerda que su compañera de equipo vivió durante siete años en Rusia—. Federov lidera un ala del movimiento populista y está atrayendo a su bando a grandes sectores del desencantado electorado ruso. Creemos que, si gana las elecciones

presidenciales rusas, tendrá el poder para unir a los elementos extremistas más peligrosos de Europa. Estos sujetos lo apoyan en la creación de una alianza de ultraderecha a nivel nacional, financiada por oscuros multimillonarios que se han enriquecido propagando información falsa por internet. Sabemos que Federov pretende reconstruir la fragmentada Unión Soviética bajo esta nueva bandera extremista.

»También os he contado que íbamos tras la primera pulsera porque él la deseaba tanto que fue capaz de pagar por ella mucho más de lo que valía. Y tras la segunda porque sabíamos que él también tendría los ojos puestos en ella. Lo que no os he contado es que creemos que todo esto es parte de su búsqueda de la Cámara de Ámbar.

Trece pares de ojos clavan la mirada en ella con intensidad.

—Permitidme que os lo explique. La Cámara de Ámbar era un valioso tesoro de enorme opulencia, considerada la octava maravilla del mundo. Una magnífica cámara cubierta por completo con paneles de ámbar que, a su vez, estaban elaborados a partir de cientos de miles de mosaicos distintos. Seguramente ya sabéis que el ámbar es resina fosilizada, pero puede que no seáis conscientes de que, en el siglo XVIII, también era conocido como el Oro del Norte. El gran escultor alemán Andreas Schlüter tuvo la idea de decorar con ámbar todas las paredes de un gran salón del palacio de la ciudad de Berlín. Esa labor tardó décadas en ser completada. Cuando Pedro el Grande contempló su belleza, se enamoró de ella y se la entregaron como regalo; el zar se la llevó en enormes cajones hasta San Petersburgo, donde finalmente fue instalada en el palacio de Catalina. Los cincuenta y cinco metros cuadrados de sala, seis toneladas de ámbar ornamentadas con oro, espejos y candelabros. Se decía que brillaba desde dentro. Estar en su interior debía de ser, sin lugar a dudas, tremendamente hipnótico.

»Durante la Segunda Guerra Mundial los rusos intentaron proteger su singular tesoro empapelando las paredes, pero fue descubierto y desmantelado por los nazis y llevado hasta la ciudad de Kaliningrado, por entonces conocida con el nombre de Königsberg. Formó parte de Alemania hasta que fue anexionada por los rusos tras la guerra. Allí, la

legendaria Cámara de Ámbar estuvo expuesta durante dos años antes de volver a ser desmontada, a finales de 1943 o principios de 1944, y almacenada en cajones numerados y sellados en el sótano del castillo de Königsberg, a la espera de ser trasladada siguiendo órdenes de Hitler.

»Y esa es la última información concreta que tenemos. Como ya sabréis, Königsberg sufrió duros ataques, tanto por parte de los aliados en 1944 como del Ejército Rojo en 1945, que la convirtieron en ruinas. Cuando todo volvió a la normalidad tras la guerra, la Cámara de Ámbar había desaparecido sin dejar rastro.

»La mayoría de expertos cree que posiblemente fue destruida por las bombas de los aliados, pero a lo largo de los años aparecieron varias pruebas de su supervivencia; se plantearon las hipótesis de que se encontraba en el fondo del mar, tras haber sido cargada en un barco que fue torpedeado, o de que estaba oculta en una cámara acorazada en el sótano de otro castillo. La leyenda más convincente es que fue cargada, junto con otros tesoros robados, en un tren nazi que despareció en algún lugar de las montañas del sudoeste de Polonia.

Lo que Frances Coffey considera mejor no compartir con el equipo por el momento es la supuesta maldición de la Cámara de Ámbar. Muchas personas estrechamente relacionadas con el tesoro en cuestión murieron de forma prematura. Alfred Rohde, director del Museo del Castillo de Königsberg, quien se obsesionó con la estancia, murió de fiebre tifoidea junto con su esposa justo antes de que el KGB los interrogara sobre el destino del tesoro. Un alto mando ruso, el general Gusev, falleció en un accidente de tráfico tras ayudar a un periodista que estaba realizando una investigación sobre la Cámara de Ámbar. Y Georg Stein, el buscador más excepcional de la Cámara de Ámbar, fue encontrado en un bosque bávaro desnudo y con el vientre rajado.

—Federov ha estado ofreciendo cuantiosas recompensas por cualquier información novedosa que pudiera conducirlo hasta la cámara —prosigue—. Tiene un detective privado trabajando para él las veinticuatro horas. Y no olvidéis que su suegro controla el servicio de inteligencia ruso. Ahora creemos que tiene una pista concreta sobre el paradero de la cámara; eso es lo que lo llevó a prometer al pueblo

ruso, en sus declaraciones televisadas, que la localizaría y la presentaría como regalo para la nación. Tenéis que entender lo importante que es este objeto para los rusos. Si Federov fracasa después de haberse jugado su reputación en público con ese gesto tremendamente simbólico, su posición, tanto en Rusia como en el extranjero, puede quedar muy perjudicada, incluso para siempre.

—¿Y si lo consigue? —le pregunta Quinn.

Coffey suspira.

—Si logra el éxito con algo que generaciones de políticos y cazadores de tesoros no han conseguido, supondrá la consolidación de la leyenda que él mismo ha estado forjando cuidadosamente en torno a su persona.

—¿Y entonces? —sigue Quinn.

—Que Dios nos asista.

Woody Wyatt ha estado columpiándose sobre las patas traseras de una silla que no parece lo bastante sólida para soportar su peso. Sin embargo, en ese momento deja caer las patas delanteras de golpe.

—¿Así que está diciendo que solo fue una coincidencia que los rusos se presentaran en el Monte Athos al mismo tiempo que nosotros, porque todos estábamos allí por la misma información de los servicios de inteligencia?

Coffey asiente en silencio.

—La ubicación de la pulsera no era ningún secreto, claro está. Los rusos debieron de presentarse en San Benito justo después que nosotros; descubrirían que la joya había sido robada y acudirían a la policía. Es probable que les resultara más fácil conseguir la autorización de acceso. Rusia tiene vínculos estrechos con la península. De hecho, uno de los monasterios, el de San Pantaleón, pertenece y es gestionado por la Iglesia ortodoxa rusa.

—¿Por eso la policía griega parecía tan amigable con nuestro colega ruso? —le pregunta Wyatt—. ¿O solo se debe al carisma y encanto naturales de Denísov?

Coffey se encoje de hombros.

—Denísov pertenece al servicio secreto internacional ruso. Aseguró estar trabajando para la Interpol. Imagino que eso debió darle cierta

credibilidad en el Monte Athos, aunque los griegos han emitido una queja oficial por el uso de la fuerza por parte de Rusia.

—¿Y qué pasa con las pulseras? —le pregunta Quinn—. Todavía no entiendo qué tienen que ver con esa Cámara de Ámbar con cuya localización está tan obsesionado Federov.

Coffey hace que Mike Randall traiga las pulseras, que permanecen a buen recaudo en una caja blindada dentro de la caja fuerte del hotel. Aunque Argylle ya ha tenido en sus manos ambas joyas, por no mencionar la pulsera de imitación de Mónaco, es la primera vez que puede analizarlas con detenimiento.

La sala permanece en silencio mientras el equipo contempla con atención las dos pulseras de oro, pesadas y delicadas al mismo tiempo, con montones de diamantes diminutos incrustados que cubren la totalidad de su superficie, mientras que el resto de la joya está ornamentado con un intrincado aunque irregular diseño de rayas y puntos. En el borde de ambas pulseras hay dos ranuras muy pequeñas, casi invisibles, que Argylle no vio la primera vez; una de ellas tiene, además, dos diminutos discos dorados que sobresalen, cada uno con un profundo surco horizontal.

—Como podéis ver, el diseño de ambas pulseras no es idéntico —dice Coffey levantándolas para que puedan ver cómo difieren los extraños dibujos grabados entre ambas joyas.

—¿Qué dice el grabado del interior? —pregunta Quinn.

Coffey levanta la primera pulsera.

—Ambas están grabadas con el nombre del joyero, Mellerio. Esta también tiene la palabra latina *fidelis*, que significa lealtad o fidelidad, y los dígitos 15.X. También lleva las iniciales NC, aunque creemos que fueron añadidas en una fecha distinta.

Ahora levanta la pulsera número dos.

—Aquí tenemos de nuevo a Mellerio, y la palabra *pietas*, que significa piedad, con el número 1867.

—Entonces ¿por qué no contactan con ese tal Mellerio y averiguan de qué va todo esto? —le pregunta Schneider, quien no se molesta en disimular su impaciencia.

Coffey le sonríe y Argylle la admira por no dejar que la saquen de

quicio, por su voluntad de tratarlos a todos por igual.

—Excelente punto de vista, Matt. Es la razón por la que llamé a su sede central en París ayer y hablé con un caballero muy solícito llamado monsieur Fouquet, quien se sumergió diligentemente en los archivos de la compañía durante toda una tarde para ver qué podía averiguar. Lo que descubrió es que las pulseras fueron encargadas en la década de 1860 por Napoleón III para su esposa, la emperatriz Eugenia. Como ya sabréis, Napoleón III era un entendido en arte y mecenas de artistas y diseñadores. Creemos que las pulseras fueron creadas como una especie de travieso mensaje secreto del marido a su esposa. Tras la muerte de Eugenia, las pulseras tuvieron diversos dueños antes de acabar en manos de una actriz de cine muy hermosa llamada Nathalie Chabert. Mike Randall ha llevado a cabo una investigación y ha descubierto que, cuando esta mujer falleció, dejó una pulsera a cada una de sus dos hijas. Una fue vendida casi de inmediato a un rico turista griego que la donó a San Benito del Monte Athos al morir; la otra ha sido comprada en una subasta por Vasili Federov. Además, estas pulseras tienen algo muy preciado y único. Esperad a que os lo muestre. Supongo que nadie llevará un destornillador encima. O, si no, me las apañaré con la punta de una navaja. ¿Alguno lleva unas tijeras?

Para sorpresa de todos, Wyatt saca del bolsillo una lima de uñas.

—No me juzguéis, ¿vale? Mi madre se pone muy pesada con la higiene de las manos.

Coffey mete la punta metálica de la lima en la ranura horizontal de uno de los diminutos discos elevados de la Pulsera de la Fidelidad y lo hace girar noventa grados. Hace lo mismo con la otra pulsera. La levanta, y a Argylle se le acelera el pulso cuando ve los dos delicados clavos de oro que acaban de asomar por las ranuras del borde.

Frances Coffey sonríe mientras introduce los clavos ahora visibles de la Pulsera de la Fidelidad en las dos ranuras huecas del borde de la Pulsera de la Piedad. Se oye un clic cuando encajan.

—*Voilà*, señoras y señores. Les presento la Pulsera de la Concordia, también conocida como Pulsera de la Armonía.

Por separado, las joyas ya eran impresionantes, pero juntas son

apabullantes, con sus dos superficies de oro y diamantes fundidas entre sí para convertirse en un brazalete perfecto y deslumbrante.

Coffey sonríe con más ganas mientras observa las expresiones anonadadas de los presentes.

—Y ahora, al mirar el grabado del interior, las dos cifras quedan alineadas y forman una fecha: 15.X.1867. Históricamente, los franceses han utilizado a menudo los números romanos para representar los meses. Monsieur Fouquet cree que esta inscripción conmemora la fecha en que la pulsera fue encargada…

—¿Y le dijo qué significaban esas líneas y puntos? —la interrumpe Schneider.

—Por desgracia, no. Como el encargo lo hizo el emperador en persona, los diseños se guardaron en una caja de seguridad especial, cuyo contenido fue destruido cuando los nazis invadieron París. Os asombraría la cantidad de documentos importantes que desaparecieron misteriosamente en incendios o inundaciones justo antes de que los alemanes pudieran echarles el guante.

Argylle se desanima.

—Así que, en resumen, estamos muy lejos de saber qué conexión tiene esta pulsera con la Cámara de Ámbar, si es que tiene alguna relación —dice mientras se deja caer en el respaldo de la silla.

Durante un instante había creído que estaban llegando a alguna parte, aunque, por lo visto, no están más cerca de la verdad que antes. Se siente apesadumbrado mientras contempla la pulsera, ese objeto brillante que les ha robado el padre a dos niñitas. Mete la mano en el bolsillo hasta que cierra los dedos en torno a la fría y dura superficie de la bala y, de pronto, todo esto le parece demasiado.

—Así que hemos vuelto a casa con esta preciosa pulsera que tiene alguna relación con la famosa Cámara de Ámbar, aunque no tenemos ni idea de cuál, pero sin el cuerpo de Samra para que su familia lo entierre. Me parece todo muy bien.

Por lo general no es tan irónico, y la expresión sombría que adopta Frances Coffey no lo hace sentirse mejor. No mira a Matt Schneider, pero la hostilidad fluye entre ellos como un río.

—No había tiempo —espeta Schneider—. Todos habríamos

acabado…

—Yo di la orden, Aubrey —lo corta Coffey con tono sereno—. Yo hice esa llamada y lo volvería a hacer si se repitieran las circunstancias.

Argylle se muerde la cara interior de la mejilla hasta sangrar. Hace girar la bala en la mano. No dice nada.

Frances Coffey se queda atrás después de que todos hayan abandonado la sala. Está mirando su móvil y ve las llamadas perdidas tanto de su marido, Andrew, como de Darius, su amante. Pone el teléfono boca abajo. Se levanta, se dirige hacia la ventana y se queda mirando a los miembros del equipo avanzar a la deriva por el aparcamiento, en parejas y en grupos de tres, en dirección al supermercado o a la hilera de tiendas que podría pasar por un pueblo.

Coffey recorre con un dedo el reconfortante borde del paquete de cigarrillos que lleva en el bolsillo y siente que es la persona con menos amigos del planeta.

32

Vuelven a reunirse a la mañana siguiente, esta vez en la sala número tres. Tal vez Frances Coffey espera dejar atrás la tensión del día anterior en la sala de reuniones número uno.

—Bien. Sigamos adelante —empieza Coffey con firmeza.

Describe los pasos que podrían dar a continuación para intentar entender mejor la naturaleza de las pulseras, por qué Federov está tan desesperado por hacerse con ellas y qué relación tienen las joyas con su búsqueda de la Cámara de Ámbar. Hay reuniones pendientes con joyeros, historiadores y con los descendientes de Nathalie Chabert.

Wyatt, que ha estado escuchando con el ceño fruncido, tan concentrado que casi se le han unido las cejas, levanta la mano.

—Está bien, ya sé que no soy el más listo de la sala. —Hace una pausa y echa un vistazo en derredor—. Sentíos libres de contradecirme, chicos. Vale, ya lo pillo. Estoy echando humo por las orejas de intentar entender todo este lío de las pulseras. Primero había una, ahora hay dos, y luego, otra vez una cuando se juntan las dos. Primero las tiene Napoleón, luego una tía francesa, más tarde las hijas de la tía francesa, después, un viejo griego y por último, Federov. ¿Alguien me lo puede resumir rapidito?

Schneider suelta una risotada.

—¿Quieres que te lo expliquemos con dibujos, Wyatt? ¿Para que te resulte más fácil?

Coffey lo ignora.

—No me sorprende que estés confundido, Woody. De hecho, hay muchas cosas que siguen siendo un misterio para todos, como ¿qué tienen que ver las pulseras con la Cámara de Ámbar? ¿Por qué está Federov tan desesperado por hacerse con ellas? Lo único que sabemos con certeza es que hace unos quince meses, justo en la misma época

del fallecimiento del padre biológico de Federov, él empezó a seguirle la pista a la pulsera que perteneció a Nathalie Chabert, una misteriosa estrella de cine francesa famosa entre las décadas de 1940 y 1950. Cuando la hija mayor de Chabert, Isabelle, envió a una subasta de Hong Kong esa misma pulsera el año pasado, Federov acudió en persona, lo que es bastante infrecuente, y pagó una millonada por la joya. Muy poco después prometió, en una emisión televisiva en directo, devolver la expoliada Cámara de Ámbar al pueblo ruso. Esto acabó convirtiéndose en una promesa electoral para los populistas, los extremistas y los votantes desencantados de toda Europa del Este.

»Después de eso comenzó a reunir a su propia milicia. Ambas circunstancias lo han convertido en un sujeto realmente peligroso y de gran interés para nosotros. Y, como es lógico, sus preocupaciones también nos interesan mucho. Por eso, cuando empezó a redoblar sus esfuerzos para rastrear la historia de la pulsera de Chabert, que para entonces ya era de su propiedad, quisimos saber por qué.

—¿Por eso se la robamos?

—Exacto, Woody. Y enseguida ofreció una recompensa de un millón de dólares, lo que, claro está, acrecentó nuestra curiosidad por la importancia de la pulsera. Pero mientras estábamos averiguando la razón, ocurrieron dos cosas casi a la vez. Primera: Federov recibió el chivatazo sobre la existencia de una segunda joya idéntica, que estaba guardada en el Monte Athos, de alguien que intentó reclamar la recompensa y fue encontrado flotando en el mar Negro a pesar de las molestias que se había tomado, según su airada viuda. Pero mucho antes de eso averiguamos por nuestra cuenta algo sobre la segunda pulsera gracias a la directora de nuestra División de Archivos Clasificados, una de las pocas personas que conoce nuestra misión, que encontró una mención en un artículo periodístico sobre una exposición de objetos de arte procedentes de los monasterios del…

—… del Monte Athos —la interrumpe Wyatt.

—De nuevo, correcto. Resulta que Nathalie Chabert tenía dos pulseras. Cuando murió en los años setenta, dejó en herencia una a cada hija, solo que la pequeña vendió la suya casi de inmediato a un adinerado turista griego, quien, a su vez, la legó en su testamento al

monasterio de San Benito del Monte Athos. Como Federov no encontró el vínculo que buscaba con la primera pulsera, decidió que debía estar en posesión de la joya equivocada y fue a por la segunda.

—Salvo que nosotros llegamos antes.

Durante todo este tiempo, Argylle observa las pulseras unidas a la perfección, como si nunca hubieran estado separadas, colocadas sobre cojines de seda verde en una caja de seguridad con la tapa abierta. A lo largo de toda la noche anterior, un recuerdo estuvo yendo y viniendo en los límites desdibujados de su mente. Se despertó cada poco rato, seguro de que ya sabía de qué se trataba, pero en cuanto la razón entraba en juego, volvía a olvidarlo.

Ahora mira las formas aleatorias grabadas en la superficie de oro de la pulsera y algo le viene a la memoria, borroso y cimbreante como un espejismo.

—¿Puedo? —pregunta, interrumpiendo a Coffey. Se inclina hacia adelante y hace un gesto en dirección a la caja metálica.

Coffey frunce el ceño, pero la deja en la mesa para Argylle.

Él saca la joya con cuidado. Aunque ya tuvo en sus manos la segunda cuando la sacaron del monasterio, ahora que conoce su auténtico valor siente todo el peso de la responsabilidad. Sostiene la preciosa pulsera doble a contraluz, sumido en sus pensamientos.

—¿Y bien? —le pregunta Coffey con amabilidad.

—De niño pasé un tiempo viajando por Mongolia. —Siente el rubor en las mejillas, consciente de que tanto Coffey como Wyatt sacarán conclusiones sobre la razón exacta que llevó a sus padres hasta esa región en particular—. En cualquier caso, estábamos en el desierto de Gobi. Nuestro guía se sentaba conmigo por las noches y contemplábamos las estrellas; es uno de los mejores lugares del mundo para observar el firmamento, no hay contaminación lumínica y… —Se siente muy observado, con todas las miradas del equipo puestas en él. Lawler y Ryder se burlan sin disimulo de lo que dice—. En fin, ¿no le parece que esta pequeña línea zigzagueante de aquí se parece un poco a Casiopea?

Schneider suelta una risotada.

—Claro, y esos dos puntitos son el hombre en la luna.

Sin embargo, Quinn se levanta para mirar la pulsera más de cerca.

—Mi padre y yo solíamos sacar los sacos de dormir al jardín de casa, en Colorado, y él me iba diciendo los nombres de todo lo que veíamos en el cielo. —Señala otro grupito de puntos en la joya—. Creo que esto podría ser la *Ursa Major*, la Osa Mayor.

—Sí —confirma Argylle, emocionado—. Así que creo que esto podría ser…

—Un mapa celeste —añade Coffey, que ha permanecido de pie y callada hasta este momento, con los labios muy apretados, reflexionando—. Puede que hayas descubierto algo, Aubrey.

—¿Qué narices es un mapa celeste? —pregunta Schneider.

—Aubrey, ¿quieres explicarlo?

La postura de Coffey se ha modificado por completo. Los hombros caídos, que parecían cargar con el mundo hace unos segundos, han dado paso a la espalda recta de quien permanece alerta cuando se inclina hacia adelante para escuchar atentamente la respuesta de Argylle.

Él se aclara la voz, ignorando la predecible sonrisa de suficiencia ante la mención de su nombre.

—Básicamente es un mapa que indica la posición de la estrellas y de las constelaciones del firmamento en una fecha y lugar concretos.

—Así que con el mapa, más la fecha grabada en el interior de la pulsera, ¿podrías obtener una ubicación? —le pregunta Quinn—. ¡Qué guay!

—A ver si lo he entendido —dice Casner—. ¿El tal Napoleón manda fabricar una pulsera para su mujer con un mapa del firmamento que solo puede haber sido dibujado en una fecha determinada y en una ubicación en particular?

—Exacto —confirma Coffey sonriendo—. Y encargó que la joya estuviera dividida en dos pulseras para que nadie más pudiera conocer jamás su significado. Como un código secreto entre marido y mujer.

—Bueno, me parece algo fascinante —interviene Washington arrastrando las vocales—. A partir de ahora, voy a enviar todas mis cartas de amor vía mapa celeste. Aunque lo único que no entiendo es qué tiene que ver la pulsera de un antiguo emperador del siglo XIX con

la Cámara de Ámbar, que no desapareció hasta mediados de la década de 1940.

Todas las miradas se vuelven, expectantes, hacia Frances Coffey, que juguetea inquieta con algo que lleva en el bolsillo de su chaqueta.

—Noah, me temo que eso sigue siendo un misterio. Pero ahora, al menos, tenemos una línea de investigación. Descubrimos a qué punto señala el mapa celeste y, a partir de ahí, una vez que tengamos esa información, ahondamos para ver cómo relacionarla con la Cámara de Ámbar. Es lo único que le interesa a Federov. Debe de saber algo que nosotros desconocemos. Tiene que haber algún vínculo.

Intenta hablar sin rodeos y espera que los presentes no se den cuenta de que está agarrándose a un clavo ardiendo.

Mientras los demás van saliendo, Coffey le pide a Argylle que se quede.

—¿Cómo lo llevas, Aubrey?

—Bien, creo.

—Lo del mapa celeste ha sido una auténtica inspiración.

—En algo tiene que beneficiarme el haber crecido con unos padres que eran traficantes internacionales, ¿no?

Argylle intenta hacerse el gracioso, pero él mismo percibe el tono forzado en su voz y desea no haberlo dicho. Frances Coffey tiene una forma especial de mirarlo, como si ya conociera todos sus pensamientos y emociones, por tanto, ¿qué sentido tiene intentar fingir que no le resulta doloroso?

—¿Los demás han rebajado un poco el tono contigo?

—Más o menos. Bueno, Dabrowski está encerrado en una prisión de alta seguridad, no es que yo lo haya echado del grupo. Pero no voy a mentirle: no es fácil ocupar su lugar.

—Estás haciéndolo de maravilla. ¿Estás seguro de que no hay nada que te moleste? ¿No estás dándole vueltas a nada?

Levanta la vista, sobresaltado, y se lleva directamente la mano a la bala que lleva en el bolsillo. Vacila un instante al imaginar el alivio que supondría poder compartir la parte más oscura de sus

pensamientos. Sin embargo, vuelve a escuchar la voz de su padre procedente de un pasado que se resiste a desaparecer: «Los asuntos de familia se quedan en familia».

Y si uno no tiene familia, el único en el que puedes confiar eres tú mismo.

—No —dice. Y luego añade—: Sí que hay algo.

Coffey se pone en guardia de inmediato.

—Me gustaría hablar con la señora Samra.

Ella no se lo esperaba. Y no sabe cómo reaccionar.

—¿A qué viene eso? ¿Asif te dio algún mensaje para ella?

Él niega con la cabeza y, por la fuerza de la costumbre, se pasa los dedos por el pelo antes de recordar que se lo cortó para viajar a Mónaco.

—Yo fui la última persona que habló con su marido. Sé lo que dijo e hizo justo antes de morir. Al principio no estaba seguro de si ella querría saber algo de esos últimos minutos de agonía, pero luego se me ocurrió que, de estar en su lugar, yo habría querido saber que Asif murió sujetando una foto de su familia. No quiero que su mujer se quede con preguntas sin responder, jefa. Al final, esas dudas son las que te matan.

Argylle y Carter están sentados uno frente al otro en una mesa flanqueada por plantas de plástico en la cafetería del vestíbulo principal del hipermercado, en la otra punta del polígono industrial. El aire acondicionado está tan alto que a Argylle se le erizan los vellos del brazo.

Carter está sorbiendo con una pajita de plástico un batido rosa endulzado con sirope y emite un ruidito que a Argylle le hace rechinar los dientes.

—¿Cómo puedes beberte esa mierda?

—Néctar de los dioses, Argylle.

Él niega con la cabeza, bebe un trago de su agua mineral y se queda en silencio.

—Menos mal que eres guapo, porque tus dotes para la conversación

dejan mucho que desear —dice Carter por fin.

Argylle responde llevándose de nuevo el vaso a la boca, esta vez con el dedo corazón levantado.

—Vale, si quieres hablar, cuéntame si ya les has escrito a tus padres.

Carter hace una mueca y da un sorbo exageradamente ruidoso a su bebida.

—¿Quieres saber si he «compartido mi verdad»? —dice con su acento californiano—. Bueno, te sorprenderá saber que sí lo he hecho. Lo que le ocurrió a Samra… me hizo pensar que no quiero morirme sin intentar ser abierta con todo. Si tienen que enterrarme, que al menos entierren a mi verdadera yo, no a la que se han inventado para que se ajuste a su hermosa película. Les escribí ayer.

—¿Cómo? ¿Una carta de verdad? No sé cómo decírtelo, Carter, pero hay una cosa llamada correo electrónico…

—Ja, ja, ja. ¡Qué gracioso, Argylle! A mis padres no les va lo del correo electrónico. Al menos, no para los temas importantes. Nacimientos, fallecimientos, orientaciones sexuales… Lo mejor es el correo postal de toda la vida.

—Pues bueno, *mazel tov* —dice él, y levanta su vaso de agua en dirección a Carter—. Es decir, ¿qué es lo peor que puede ocurrir? Aparte de que pierdas a toda tu familia, vivas una vida triste y solitaria y acabes enterrada en una tumba sin nombre, claro.

—Vaya, muchas gracias, Argylle. No tenía ni idea de que eras tan tierno.

—¿No te parece —empieza a preguntarle Argylle tras otro silencio— que hay algo que nos ocultan? ¿Que no están dándonos toda la información sobre la misión?

—Bueno, yo qué sé. ¿Qué pensabas cuando te uniste a la CIA? ¿Que iban a facilitarte hasta el último detalle sobre las misiones? ¿Qué parte del concepto «servicio secreto» no has entendido? De todas formas, me parece bastante razonable. Ese tal Federov puede que sea un mal bicho, pero no es idiota. Si está poniendo su reputación en juego solo por una caza del tesoro, tiene que haber algo más gordo detrás. Lo que hagamos para conseguirlo antes que él será algo bueno, sea lo que sea.

—Está claro.

—Será mejor que sueltes ese «pero» que tienes atascado antes de que te atragantes, Argylle.

—Pero ¿no crees que hay algo más que Coffey no nos cuenta?

Piensa en la bala que lleva en el bolsillo y en el Corán profanado que guarda en su habitación. Se queda mirando a Carter, con sus ojos oscuros e inquisitivos y la expresión seria hasta que una sonrisa amplia y torcida le parte en dos el rostro. Entonces, Argylle abre la boca para soltar lo que ha estado rumiando toda la noche, lo que le ha impedido dormir, justo cuando Carter se encoge de hombros y dice:

—Nuestra misión no es pensar en el porqué, Argylle. Pero dime, ¿cómo va el *Quinnómetro*? ¿Erin está buena? ¿Superbuena? ¿Para mojar pan?

Y con eso, el momento de la confesión se esfuma.

33

Existen claras ventajas en el hecho de ser una mujer de mediana edad, el elemento demográfico menos visible de la sociedad, en lo más alto de servicio más secreto del mundo. Si nadie te ve siquiera, ¿cómo iban a sospechar que ostentas uno de los cargos más poderosos del planeta?

En la otra cara de la moneda está el hecho de tener que acostumbrarte a que las personas ni te miren, a que busquen a tu jefe, convencidos de que estará justo detrás de ti, explicándote al detalle las normas que tú misma ideaste.

Ahora mismo, Frances Coffey acaba de despegar de Denver en un jet privado de doce asientos de los que normalmente usan los peces gordos de la CIA y los invitados VIP, mientras un joven sobrecargo, convencido sin duda de que Coffey es la madre o esposa de un alto cargo a la que han regalado un viaje especial, no para de atenderla para asegurarse de que tiene todo cuanto necesita y no está nerviosa.

—La primera vez que volé en uno de estos, no pude parar de rezar durante todo el vuelo —le dice para consolarla—. Pero al final te acostumbras.

Se llama Jerome, y Coffey ya sabe que esta es su primera semana, porque ella ha realizado ese mismo trayecto muchas veces y conoce a todo el personal de vuelo.

Cuando están sobrevolando Wyoming, Jerome empieza a parecer incómodo.

—Entre usted y yo, creo que se está cociendo algo —le dice a Coffey entre susurros—. No tiene de qué preocuparse, pero es una cosa que a veces pasa en…, bueno, ya sabe, la Agencia —estas dos últimas palabras no las dice en voz alta, se limita a mover los labios—. Te cuentan algo, pero no es exactamente la verdad. Por ejemplo, a lo mejor le han dicho que vamos a Nebraska, pero estoy bastante seguro

de que vamos hacia el norte, por ejemplo a Dakota del Sur. O incluso Montana.

—Vayamos adonde vayamos, seguramente lo mejor será que lo olvides —le dice Coffey sonriendo.

La sonrisa de dentadura impoluta de Jerome se esfuma por primera vez cuando se le ocurre que la pasajera callada de metro sesenta y dos de altura, ocupante del asiento número cuatro, podría ser alguien importante por derecho propio.

Se hace un silencio incómodo mientras el avión sobrevuela montañas de verdes bosques para adentrarse en un paisaje cada vez más rural: pequeños grupos de granjas rodeados por kilómetros y más kilómetros de trigales y anchos deltas fluviales.

Aterrizan en un aeródromo de una única pista, al parecer en medio de la nada. Solo se ve un espacio abierto y plano, enmarcado por las montañas lejanas.

—Gracias, Jerome —dice Coffey mientras recoge sus cosas para marcharse—. No lo olvides: en realidad, nunca has estado aquí.

Ya en la pista, a solas, se detiene para inspirar profundamente.

A lo lejos, justo por delante del contorno borroso de una cadena montañosa que se eleva hasta el inmenso cielo, hay una gasolinera, un cartel de Dunkin' Donuts y una tienda que vende maquinaria agrícola, mientras una vía de tren traza una negra línea recta por el centro de una franja de pastos verdes. En el ocaso, el sol vierte su oro líquido sobre los campos, los árboles y el resplandeciente tejado metálico del alto silo para almacenamiento de grano.

Coffey sube al jeep que la espera.

—No lo llaman el país del vasto cielo por nada —le comenta al conductor, un hombre grande y corpulento con las mejillas sonrosadas y los ojos claros y acuosos—. Me alegro de verte, Jeff.

—Y yo a usted, jefa.

—¿Podemos quedarnos aquí sentados un minuto y contemplar la puesta de sol?

Sentados uno junto al otro, miran por la ventanilla mientras el sol del atardecer proyecta haces naranjas y rosados sobre la línea del horizonte hasta que el mundo se prende en llamas a su alrededor.

—Todavía no me puedo creer que justo allí…

—Sí, lo sé. —El rostro ancho de Jeff se enciende y se enternece, y adopta un tono dorado y rosa por el reflejo del sol—. Que justo allí, el general Custer y blablablá.

Es una broma recurrente entre ambos. La fijación de Coffey por la puñetera batalla entre la caballería estadounidense y los nativos norteamericanos, que superaban con creces al conocido ejército y que culminó con la muerte del general George Armstrong Custer durante la batalla de Little Bighorn, también conocida como la Última Batalla de Custer.

—Puedes burlarte todo lo que quieras pero, a pesar de lo equivocada que fuera su causa, el hombre murió luchando por tu tierra.

—Ah, ¿sí? —responde Jeff con la mirada fija en el paisaje desnudo y desolado—. Bueno, pues puede quedársela enterita.

Avanzan por carreteras vacías durante veinte minutos más o menos, hasta que llegan a una granja aislada donde una luz amarilla en una de las habitaciones de la planta baja es la única señal de vida.

Coffey reprime un suspiro. Lleva décadas en la Agencia, acepta todo lo que se les exige a sus empleados, todo lo que debe exigirles ella ahora que es su directora de operaciones. Sin embargo, algunas veces los sacrificios que deben hacer se le atragantan como una espina de pescado en la garganta.

—Gracias, Jeff —dice, y baja del coche.

—No hay de qué. Nos vemos dentro de un par de horas.

Coffey se cuelga la bolsa de tela en el hombro y empuja la cancela de tres tablones horizontales de madera; las bisagras gañen al abrirse. La puerta de entrada a la casa está abierta incluso antes de que ella se encuentre a mitad de camino. El motor de un coche no pasa desapercibido por esto lares.

El hombre que espera en la entrada tiene la luz a sus espaldas; la sombra solo deja ver su silueta.

—Hola, forastera —saluda con voz ronca.

—Hola, Glenn. Me alegro de verte.

Glenn Dabrowski no ha dejado mucha huella en la casa que ha sido su hogar durante los últimos once meses. Las paredes siguen luciendo los cuadros enmarcados que ya estaban cuando llegó: los nenúfares de Monet en la habitación de la entrada y los girasoles de Van Gogh en la del fondo. Solo la cocina alberga algún rastro de su personalidad, una fotografía pegada en la puerta de la nevera con un imán en forma de piña. En la imagen se ve a una familia en la cubierta de una lancha: Dabrowski rodeando con un brazo a una mujer risueña cuya melena rubia revolotea con el viento y, con el otro, a un niño de unos ocho o nueve años que tiene la cabeza ladeada y está sacando la lengua.

—Me gusta cómo has decorado este sitio —le dice Coffey mirando las estanterías vacías y el único trapo de cocina colgado del respaldo de una silla con un logotipo del Peking Palace de Montana del Sur.

—Sí, bueno, no esperaba tener que estar tanto tiempo. De lo contrario, habría llamado a mi diseñador de interiores.

—Lo siento mucho.

Dabrowski se encoge de hombros y mira hacia otro lado, porque sabe que si ve lástima en los ojos gris claro de Coffey, se desmoronará. Ya le ocurrió una vez.

—¿Empezamos? —pregunta ella después de que Dabrowski haya hecho el amago de ofrecerle té o café antes de abrir dos botellines de cerveza que saca de la nevera.

A Coffey se le rompe el corazón al ver el contenido del electrodoméstico: un par de cervezas más, un pequeño cartón de leche y una lata abierta de espaguetis con albóndigas con una cuchara todavía metida en el interior.

Glenn Dabrowski cruza primero el oscuro recibidor, donde hay una solitaria chaqueta en la hilera de colgadores y un par de botas junto a la puerta, hasta llegar a un pequeño y asfixiante estudio embutido por detrás de la escalera. El hombre siempre ha sido delgaducho, pero estos últimos meses lo han consumido aún más. Sus angostas espaldas están caídas hacia el suelo laminado de madera y su pelo rubio ceniza le cae, desaliñado, sobre los hombros.

En el interior del estudio hay un mundo diferente. Las paredes están

cubiertas de planos y hojas de cálculo, pilas de carpetas y una mesa de escritorio que alberga una serie de monitores en los que se reproducen distintos fotogramas. Al acercarse más, Coffey ve a una mujer con mono de trabajo empujando un carrito de utensilios de limpieza por el pasillo de la primera planta del Hôtel Beaux Rêves, en las afueras de Charleroi, en la Bélgica central.

—Al menos sabes que no estás perdiéndote nada —dice Coffey cuando en el siguiente monitor se ve la imagen de la entrada del hotel, ubicada junto al aparcamiento del polígono industrial, fantasmagórica por la iluminación del reciente ocaso.

—Cambiaría de situación sin problema.

Dabrowski está mirando una foto clavada en la pared del estudio donde se le ve más joven y saludable, con el pelo pulcramente cortado, posando con un grupo de reclutas en los terrenos de La Granja. Woody Wyatt está ahí, y Tony Corcoran. A Coffey se le forma un nudo en el estómago cuando ve los ojos castaños de Asif Samra mirando desde la última fila.

—Él era uno de los buenos —dice Dabrowski en voz baja siguiendo la mirada de Coffey.

—Lo sé.

—¿Argylle te ha contado qué le quitó del bolsillo?

Coffey niega con la cabeza.

—¿Puedes volver a poner esa imagen, Glenn?

Dabrowski se dirige obediente hacia el ordenador del extremo de la mesa y teclea algo. Los chicos del CCIE —la división europea del CCI, ubicada en el consulado estadounidense de Frankfurt, cuyos hackers parecen solo un poco mayores que el hijo de Dabrowski en las fotos de perfil— han realizado una labor excelente a la hora de conectarlo ilegalmente a los diversos sistemas operativos informáticos de Europa. Dabrowski, que se crio en una época en la que el teléfono inalámbrico era lo último en innovación tecnológica, se maravilla con el manejo que tiene la generación digital de todo el tinglado.

—Deberíamos darles las gracias a esos monjes por ser tan paranoicos. Las imágenes de las cámaras de seguridad captan incluso ese diminuto puerto. Y no es que les sirvan de gran cosa sin conexión

a internet.

—Supongo que lo hacen para conservar las grabaciones —comenta Coffey—. A lo mejor ven las imágenes en la comisaría central. Para asegurarse de que ninguna mala mujer se ha infiltrado en su tierra santa.

Una imagen se carga en el monitor del ordenador y ven algo borroso que al principio parecen unas sombras oscuras moviéndose por el lugar; cuando la vista se acostumbra al grano, Coffey distingue las siluetas de varias personas cruzando la playa hacia un objeto negro que flota en el agua. Se ven unos destellos de luz procedentes de lo alto y la silueta de la persona que va en la retaguardia del grupo cae al suelo. Ahora también hay destellos que proceden del grupo que está en el agua, y una segunda silueta se dobla sobre sí misma cerca de la primera. Dabrowski presiona una tecla para acercarse al hombre caído y, aunque las siluetas están pixeladas y se ven borrosas, logran ver la figura de alguien que se agacha sobre él, se mete algo en el bolsillo de la chaqueta y sale corriendo para reunirse con los demás, metidos en el agua.

Dabrowski apaga el monitor.

—¿Tienes idea de qué se llevó, Glenn?

—Fuera lo que fuese estaba en alguna parte próxima al torso de Samra. Trabajé muy de cerca con Asif Samra durante casi dos años. Sé que llevaba una copia del Corán encima allá adonde iba, normalmente en el bolsillo de la pechera.

—Si era así, ¿por qué lo mantenía en secreto?

Dabrowski duda un instante.

—He analizado la imagen de cuando Samra fue abatido fotograma a fotograma para ver cómo cayó. Creo que le dispararon por la espalda.

Coffey se queda callada, pensando en lo que eso significa.

—¿Crees que la bala podría haberlo traspasado y haber quedado incrustada en el Corán?

—Es posible.

Durante unos minutos, ambos permanecen en silencio.

—¿Sabes? —continúa Coffey por fin—, en cierta forma me alegro de que no contara nada. Todavía está afianzándose. No sabe en quién

puede confiar y en quién no. Si se ha quedado con la bala que mató a Asif, y no tenemos ni idea de si es así, tiene todo el derecho a conservarla, por ahora. Tú habrías hecho lo mismo.

—Supongo que sí. Salvo que…

—Ya lo sé. Si ha descubierto algo, eso lo convierte en un objetivo.

—Solo espero que sepa en qué se está metiendo.

—¿Qué más has averiguado, Glenn?

—No mucho más. He analizado los archivos hasta la última letra. No hay mucho más que hacer por estos lares.

Coffey sabe qué habrá encontrado Dabrowski en los archivos porque ella misma ha pasado seis semanas analizándolos después de la fracasada misión de Isfahán, oculta en otra casa segura distinta a esta, destripando con ojo forense hasta el último archivo en busca del cabo suelto que sabe que existe.

El traidor infiltrado en el equipo, el que dio el soplo a las tropas iraníes respaldadas por los rusos.

Había estudiado los informes de cada uno de ellos, había repasado sus trayectorias, sus historiales telefónicos, los comentarios de sus mentores y sus comandantes de instrucción, cualquier información que hubieran solicitado a la División de Archivos, cualquier libro que hubieran sacado prestado de la biblioteca. Y como no obtuvo nada en limpio de todo ello, había estudiado cada una de las misiones en las que habían participado para relacionarlas con otras misiones. Estaba buscando un patrón. Algún elemento en común. Misiones que hubieran fracasado de forma inesperada. Ejemplos que incluyeran alguna circunstancia destinada a tener éxito y que hubiera acabado torciéndose.

Durante todo ese análisis, había estado pensando en Philby, Maclean, Blunt, Burgess y Cairncross. Cinco individuos que habían puesto de rodillas al poderoso servicio de inteligencia británico.

Al final, solo estaba segura de una cosa: la persona que buscaban no era Glenn Dabrowski. A estas alturas, Frances Coffey sabe que no puedes confiar del todo en nadie y, paradójicamente, también sabe que debes confiar en alguien o te arriesgas a enloquecer, y Dabrowski es el recluta más honesto que ha conocido jamás. Si tuviera que

escoger una causa por la que morir, sería él.

—Creo que Denísov recibió un disparo —dice Dabrowski, y adelanta la imagen del monitor hasta que encuentra el fotograma que quiere.

Hace zoom y más zoom… hasta que se ven las siluetas granuladas de los rusos en lo alto del acantilado mientras Argylle corre desde la playa hasta el barco. Es imposible distinguir los rasgos ni las caras de cada uno, pero Denísov tiene una complexión muy característica, los hombros anchos y una pose que parece que se expande y llena el espacio que lo rodea, además de un peinado curioso. Ahí está. El hombre está de pie y, al segundo siguiente, de rodillas, sujetándose el lado derecho de la cara con ambas manos.

—¿Le dieron en el ojo?

—Es imposible saberlo. Pero no está muerto o ya nos habríamos enterado.

—Pues menuda lástima.

Coffey no siente simpatía alguna por Serguéi Denísov. Ha visto fotos de la carnicería que ha dejado a su paso.

—¿Y cómo estás tú, Glenn?

—Bueno, ya sabe, intento mantenerme ocupado. Estoy aprendiendo francés. Sé decir: «Trabajo en el banco y salgo de pesca los fines de semana».

—¿Y cómo estás en realidad?

Glenn Dabrowski tiene la cara angosta y las mejillas chupadas, una nariz prominente y unos bonitos y expresivos ojos verdes que desvían la mirada cuando pregunta:

—¿Cuánto tiempo más, jefa? Esto me está matando. No es tanto por estar lejos de ellos, sino por el hecho de que crean que hice lo que se supone que hice y que estoy pudriéndome en ese infierno. La última imagen que tienen de mí es en ese lugar. Debe de estar consumiéndolos.

—Lo siento, Glenn. Sabes que era necesario.

Dabrowski asiente en silencio y traga saliva.

—Sí, ya lo sé.

Coffey no puede ni imaginarse cómo debe de haber sido ser señalado públicamente como un traidor que ha facilitado información

clasificada a un enemigo poderoso, con su familia convencida de que está cumpliendo una larga condena en una prisión de máxima seguridad en Colorado. La Agencia montó la farsa de forma meticulosa. Primero, la historia oficial de que lo habían reasignado de manera inesperada y, al mismo tiempo, la falsa detención «encubierta», para la que recurrieron intencionadamente al agente menos discreto, que lo sacó a rastras de su cama al amanecer. Sabían que el rumor llegaría muy pronto al equipo del que había sido separado hacía poco. Lo arreglaron para que familia lo visitara en las instalaciones penitenciarias después del supuesto juicio ficticio, conscientes de que si los convencían a ellos, conseguirían convencer al resto del mundo. Con la esperanza de que ese tinglado fuera suficiente para engañar al auténtico traidor, pero sabiendo durante todo el proceso que podría no dar ningún resultado. A pesar del sacrificio de Dabrowski y del sufrimiento de su familia.

No obstante, él se siente en el deber de formular una pregunta.

—Jefa, ¿no nos estamos arriesgando muchísimo al dejar que el equipo siga adelante cuando hay tanto en juego? ¿No debería reunir a un equipo con personal totalmente nuevo?

—Estoy de acuerdo en que esa sería una opción más segura, Glenn. Pero este es el mejor equipo que tenemos. Y mantenerlo unido es nuestra mejor opción para conseguir que el traidor se descubra. Tomo todas las precauciones que puedo para limitar las consecuencias: solo comunico los detalles de la misión en el último momento y a medida que es necesario y, evidentemente, tenemos pinchadas todas las vías de comunicación de los miembros del equipo. Pero créeme, esta es la forma más rápida de conseguir que regreses con las personas que te quieren. O, mejor dicho, con las personas que te quieren incluso más que nosotros.

—Sí, señora.

Dabrowski saca una pila de hojas de papel y ambos se meten de lleno en el proceso de examinar concienzudamente lo que él ha averiguado.

Ya es tarde cuando Coffey vuelve a subir al jeep. La oscuridad en el terreno vacío es absoluta. Siente una fuerte presión en el pecho al ver

a Glenn Dabrowski enmarcado por el umbral de la puerta de su apagada casa, su silueta enclenque cada vez más pequeña en el espejo retrovisor.

Frances Coffey tiene la teoría de que, para hacer su trabajo, o bien hay que ser un psicópata que no siente nada por los individuos a los que exige tanto, o bien una empática que lo siente todo para que tus subordinados sepan que, en el fondo, entiendes la profundidad del dolor que soportan al estar a tus órdenes.

Cuando aceptó el puesto sabía que tendría que exigir muchísimo a las personas que trabajaran para ella, pero no tuvo en cuenta los daños colaterales: los hijos, las parejas, aquellos que nunca firmaron un contrato para soportar la carga implícita.

—¿Volará directamente de regreso al lugar de dónde ha venido, sea cual sea? —le pregunta Jeff, quien conoce muy bien la situación como para insistir en conocer más detalles.

—Tengo una escala de veinticuatro horas. —Se mira el reloj—. De veintidós.

Mañana por la tarde cogerá el vuelo de madrugada para volver a Bélgica. Sin embargo, ahora se siente exhausta, tiene el corazón roto y necesita algo de consuelo.

Piensa en su esposo, en su granja de Delaware; en la colcha de patchwork sobre la cama y la hermosa mecedora labrada a mano que él fabricó para ella en su cuarto aniversario de bodas; en su mano enorme y callosa descansando sobre su cabeza mientras se mece lentamente. Y piensa en Darius Johnson, en el hotel de Manhattan donde siempre se reúnen, registrándose como señor y señora Truman porque les hace gracia. Piensa en sus brazos rodeándola, en su olor a cuero y almizcle y, lo mejor de todo, a tabaco. La frente de él pegada a la suya. Perdiéndose el uno en el otro para que, durante ese momento robado al tiempo, ella sea solo una mujer y no una mujer que ha obligado a un hombre a renunciar a su reputación y a toda su vida y que ha provocado que un niño pequeño se duerma llorando porque echa de menos a su padre.

—Bonita noche para disfrutarla —comenta Jeff.

Frances Coffey asiente y observa, mientras por la ventanilla ve una

estrella fugaz que deja su estela ardiente sobre el vasto cielo de Montana.

34

El Real Observatorio de Greenwich se encuentra en el parque Greenwich, en el sudeste de Londres, con vistas al río Támesis. Se trata de un vistoso edificio de ladrillo rojizo con una esfera de señales horarias que corona la torreta oriental y cae sonoramente a la una del mediodía, a diario, para anunciar la hora a los barcos que pasan, y que fue encargada en 1675 por el rey Carlos II. Durante siglos, este observatorio fue el epicentro de la investigación y la navegación internacionales. Un dato no tan conocido es que en 1851 se instaló allí un impresionante instrumento de círculo de tránsito que también lo situó en la vanguardia de la astronomía de posicionamiento, la ciencia gracias a la cual los objetos astronómicos son ubicados en la esfera celeste y vinculados con una fecha y una hora concretas en un punto determinado del planeta. En otras palabras, el Real Observatorio se convirtió en uno de los principales centros mundiales para la elaboración de mapas celestes.

En la actualidad funciona como museo e institución educativa, aunque es la ubicación de uno de los telescopios más potentes del mundo y sigue estando en primera línea de determinados tipos de investigación astronómica. Es allí donde Erin Quinn y Aubrey Argylle han acordado reunirse con sir Simon Hennessy, miembro de la Real Sociedad Astronómica y antiguo colega de Frances Coffey.

—Me debe un favor —les ha dicho ella con tono enigmático—. Por eso ha accedido a veros.

El despacho de sir Simon es una habitación de techos altos con paneles de madera y grandes ventanales con vistas a una zona de césped en pendiente. Las paredes están atestadas de óleos con marcos dorados, mientras que descoloridas alfombras persas rompen la continuidad del pulido parqué de madera.

El mismo sir Simon resulta ser uno de esos caballeros ingleses de mediana edad indeterminable, entre los cuarenta y cinco y los sesenta y cinco años. Lleva un impecable traje azul marino hecho a medida, con un pañuelo de seda de color lavanda en el bolsillo de la pechera que Argylle, quien se ha presentado con una las chaquetas estilo nehru, prenda que ha adoptado desde el baile de Mónaco, mira con aprobación.

—Tengo entendido que son amigos de Frances Coffey —empieza sir Simon mientras los dos invitados se acomodan en sendas butacas antiguas de cuero situadas frente a su pulida mesa de escritorio de madera de caoba—. La conocí hace años, cuando estudiaba en Harvard y acepté un trabajo de media jornada en la biblioteca donde ella trabajaba para pagarme la carrera. Una mujer extraordinaria. —Repasa unos papeles mientras habla, pero cuando Quinn le da un codazo disimulado a Argylle, él capta el profundo rubor que va ascendiendo por el cuello de sir Simon.

Argylle y Quinn saben que no ha visto a la jefa desde hace décadas y no están del todo seguros de cuánto sabe él del verdadero trabajo de ella, así que han preparado una historia que contar por si acaso.

—Mi prometida, aquí presente, está escribiendo una memoria familiar y necesita localizar una ubicación con la que su bisabuela tenía, por así decirlo, un vínculo muy importante —explica Argylle.

—No seas tan reservado, cariño —dice Quinn, que entrelaza un brazo con el de Argylle—. Lo que quiere decir Brad es que mi bisabuela tuvo una aventura un fin de semana hace ya tres cuartos de siglo y su misterioso amante encargó un mapa celeste para conmemorar el lugar en que lo hicieron. Lo único que queremos es localizarlo. Las memorias van a ser un regalo para mi abuela, que está en las primeras fases de la demencia senil. Sería muy importante para ella.

Quinn despliega sobre la mesa de escritorio el mapa celeste reproducido en formato papel a partir del diseño de la pulsera.

No da la impresión de que a sir Simon esta petición le parezca inusual o exigente para un hombre de su reputación y categoría.

—Me pondré con ello ahora mismo, aunque debo recordarles que no

lo haré en condición de miembro oficial del Observatorio. Realizaré la investigación en el laboratorio de mi universidad, en Warren Street, aunque debería añadir que tampoco lo haré en condición de profesor honorario. Esto es sencillamente un favor para una vieja compañera.

Los despide pidiéndoles que se reúnan de nuevo con él a las cuatro en punto.

Al salir descubren la mayor rareza de Londres: un perfecto día de verano. La pendiente que tienen justo a sus pies desciende como un rollo gigante de seda verde hasta más allá del Colegio Naval en dirección al río mientras, en la distancia, los imponentes rascacielos de Canary Wharf reflejan los destellos de la luz del sol.

—¿Y ahora qué? —pregunta Quinn.

—¿Brad? —le pregunta Argylle al mismo tiempo—. ¿De verdad me ves cara de Brad?

Ella sonríe.

—Ha sido el primer nombre que se me ha ocurrido.

Siguen caminando con la sensación de ser un par de críos que están saltándose las clases.

Argylle no recuerda la última vez que se sintió tan entusiasmado y despreocupado. Ni, a decir verdad, la última vez que sintió algo. A medida que se acercan al río se dan cuenta de que están contemplando el barco más hermoso que él ha visto jamás. Una elegante goleta con tres altísimos mástiles y una proa alargada que perfora el cielo azul: el Cutty Sark se presenta como un regalo inesperado.

Para su sorpresa, Argylle empieza a hablar sobre sus padres.

—Al final resultaron no ser quienes yo creía, pero los echo de menos, ¿sabes?

—¿Los has perdonado?

Argylle se sorprende tanto que frena en seco.

—No me has entendido. Los quería de verdad.

—Eso no es lo que te he preguntado, Argylle. Querer es fácil. Lo difícil es perdonar.

Están bajando por una escalera de caracol que parece interminable, por el hueco de un ascensor central metalizado, en dirección al túnel

peatonal de Greenwich, que cruza por debajo del río Támesis. La temperatura subterránea los impacta viniendo del cálido día de verano que han dejado atrás y Argylle, en camiseta, no puede evitar temblar. Erin Quinn, que camina a su lado, lleva un veraniego vestido amarillo de tirantes y se le ha puesto de gallina la piel de los hombros.

La escalera los conduce hasta un largo y angosto túnel con paredes embaldosadas y suelo de cemento, iluminado por paneles fluorescentes en el techo que producen una luz tenebrosa y deprimente. Un hombre camina muy por delante de ellos y sus pisadas retumban en las paredes, pero salvo por él, están totalmente solos.

—No me molesta para nada que haya como una millonada de toneladas de agua sobre nuestras cabezas ahora mismo —dice Quinn, y su voz se oye sorprendentemente alta al retumbar sobre las sólidas superficies del túnel.

—¿Tú has perdonado a tu padre por morir? —le pregunta Argylle cuando ya están a mitad de camino.

Durante un instante cree haber metido la pata, porque percibe que a ella se le tensa el cuerpo y ve cómo aprieta los labios. Pero entonces, Erin suspira.

—Por supuesto que lo he perdonado. No fue culpa suya.

—Lo mataron en Irak, ¿verdad?

Ella asiente en silencio.

—Lo siento. Me puedes mandar a freír espárragos.

—No pasa nada. Es doloroso, eso es todo. —Su tono de voz es distinto, apagado y tenso—. Su… muerte… lo cambió todo. Cambió a mi familia. Me cambió a mí. Cambió mi forma de ver el mundo.

—Lo entiendo.

Siguen caminando en silencio, y sus pasos reverberan en el espacio que van dejando atrás.

Ella se detiene de pronto. Se vuelve hacia él. Bajo la despiadada luz fluorescente, su rostro se ve pálido y sus ojos, enormes.

—Dios, Argylle, me muero de frío.

Él avanza un paso. La rodea con los brazos y se da cuenta de que está temblando de pies a cabeza.

—Estoy aquí contigo —le susurra acariciándole el pelo—. Estoy

contigo.

Entonces ella vuelve la cara hacia él y, cuando se besan, sus labios están fríos pero su boca caliente, y Argylle tiene la sensación de acabar de despertarse después de una larga hibernación.

Argylle ha estado en Londres varias veces. Sin embargo, esta es la primera ocasión que recuerda estar en Picadilly Circus y notar el calor en la atmósfera cargada por los gases de los coches o ver a niños descalzos chapoteando en las fuentes de Trafalgar Square.

Caminar por la ciudad transformada de la mano de Erin Quinn es verla con una mirada nueva. Durante cuatro horas memorables no son más que otra pareja joven paseando por las calurosas calles, deteniéndose para echar un vistazo a los escaparates o a comer un helado en el pequeño patio ajardinado de una iglesia, emocionados por encontrarse en este lugar, en este momento y con esta persona.

No lo han hablado, pero Argylle sabe de manera instintiva que este día no volverá a repetirse. Las relaciones entre miembros del equipo están estrictamente prohibidas, ya que comprometen tanto a la pareja en cuestión como a los demás compañeros. Él lo sabe. Erin Quinn, que ha mamado la cultura de la CIA desde la cuna, también lo sabe sin duda alguna. Aun así, durante este único día, un regalo inesperado, pueden fingir ser normales, solo dos personas heridas por el duelo que se consuelan mutuamente, que son jóvenes y disfrutan de su anonimato en una gran ciudad y en pleno verano.

Así que, con cierta reticencia, Argylle entra en el edificio poco atractivo y cubierto por andamios ubicado en la parte trasera de Euston Road en el que se encuentra el departamento de astrofísica de la Universidad de Londres, donde el profesor honorario sir Simon tiene su laboratorio.

El estrecho despacho que tiene en este lugar, con una mesa de escritorio de madera contrachapada y un aparatoso monitor de ordenador, está en las antípodas de su espaciosa oficina en el observatorio, donde han ido a visitarlo esta misma mañana. Encuentran a sir Simon cambiado, como si se hubiera adaptado al

entorno, más formal y práctico.

—Creo que puedo ayudarle con su libro, señorita… Clayton —pronuncia con énfasis el pseudónimo que Quinn ha escogido como si fuera totalmente consciente de que no es su verdadero apellido.

—¿Puede? Eso es maravilloso. Mi querida abuelita se pondrá contentísima.

Quinn sonríe y Argylle ve el efecto que tiene el gesto en el hombre mayor; su actitud rígida típicamente inglesa se relaja a ojos vista.

—Eso me parecía, porque su bisabuela, o bisabuelita, como usted diría, debió de tener un pasado bastante interesante.

Se vuelve hacia el monitor y teclea algo con la cara casi pegada a la pantalla. Se saca del bolsillo el papel doblado con el mapa celeste copiado de la pulsera y lo alisa sobre la mesa que tiene junto a él. Luego abre en la pantalla una imagen en la que se ve el mismo mapa escaneado y gira el monitor para que ellos la vean.

—Ya sabrán que la posición de las estrellas, en relación de una con respecto a la otra y con nuestro sistema solar, cambia de forma tediosamente lenta. No obstante, las estrellas que tenemos sobre nuestras cabezas cada noche sí que cambian según el día, la estación y el año, ya que la Tierra está en rotación y traslación constantes, y, mientras lo hace, la visión del cielo que tenemos también varía. A lo largo de los siglos, los astrónomos han estudiado, medido y cartografiado la posición del sol en cada fase de la órbita terrestre anual alrededor del astro. Gracias a ello —continúa— es posible calcular con una computadora qué estrellas se encuentran encima de nosotros en cualquier punto del planeta, en cualquier momento. Y como el ciclo anual sigue exactamente el mismo patrón, las estrellas que vemos en una fecha determinada serán las mismas que en esa misma fecha de hace diez, veinte o cien años. Por eso, un mapa celeste tan preciso como el que me han facilitado ustedes, complementado con una fecha, puede ser una forma excelente de identificar una ubicación, siempre y cuando sepan interpretarlo.

Sir Simon los mira con gesto de aprobación, como si ellos fueran los artífices del mapa copiado de la pulsera. Luego se inclina hacia delante y usa su bolígrafo para señalar una serie de elementos de la

imagen del monitor, que amplía.

—Bien, ya sabrán que estos puntos son estrellas y que, cuanto más grande es el punto, más brillante es la estrella; las más brillantes se pueden unir con una línea para formar una constelación. Algunas veces, las estrellas están muy cerca la una de la otra y, por eso, un punto se solapa con otro y se aprecia un borde blanco alrededor de la más pequeña; cuando hay múltiples astros demasiado juntos para diferenciarlos, se dibuja una línea por encima del punto. Y luego tenemos las estrellas que varían en luminosidad, así que eso podría ser un punto dentro de un círculo. ¿Me siguen?

Sir Simon los mira alternativamente y Argylle asiente en silencio. Aprendió algo de todo esto en el desierto de Gobi con el guía que trazaba puntos y rayas en la arena con un palo.

—Excelente. Verán que algunas de las estrellas más brillantes están unidas por líneas que forman una constelación o un asterismo, el Triángulo estival, la Osa Mayor, etcétera. Y en el mapa también tenemos líneas de coordenadas, similares a nuestras latitudes y longitudes, que nos ayudan a navegar por las estrellas. Esto establece la posición de una estrella entre dos puntos fijos: el Ecuador celestial, que está casi sobre nuestro Ecuador aquí en la Tierra, y el primer punto de Aries, que se encuentra en la constelación de Piscis. Además, y muy importante, tenemos asimismo los ángulos entre las estrellas individuales y la Luna: la distancia lunar. ¿Lo ven?

Por lo general, a Argylle se le dan bien estas cuestiones. Le interesa cómo funciona el mundo y el modo en que los campos de la ciencia y la filosofía convergen con frecuencia en las cuestiones más importantes a las que todos nos enfrentamos. Sin embargo, hoy está tan pendiente de la mujer que tiene sentada a solo unos centímetros de distancia que siente como si le hubieran vaciado el cerebro y no le encuentra el sentido a lo que está diciendo el profesor. A juzgar por la patada que le ha dado Erin Quinn en la espinilla, ella tampoco.

—Pero no hay ningún número en la pulse…, perdón, en el mapa.

—No, no hay números, y es una pena. Pero al introducir la fecha que me facilitaron en un programa de software que sobreimpresiona su mapa sobre los millones de mapas generados por satélite que

tenemos a nuestra disposición en la actualidad, gracias a que hemos avanzado desde el almanaque astronómico, he logrado dar con una respuesta para usted. Y para su querida bisabuela. Y permítame asegurarle que la aventura ilícita de su bisabuela no tuvo lugar en la pensión Premier Inn de King’s Cross. Ocurrió en un lugar mucho más glamuroso.

—¿Dónde fue? —Quinn, nerviosa, tiene las manos juntas, y Argylle puede sentir el ambiente electrificado por la emoción.

—Fuera quien fuese con quien se reunió su bisabuela para el encuentro secreto, debe de haber sido muy importante, porque se vieron en el Château de Fontainebleau, uno de los palacios más grandes del mundo.

35

Quinn y Argylle llegan a Bruselas a las siete y media de la tarde, menos de dos horas después de haber salido de Londres a bordo del Eurostar. Al entrar en el Hôtel Beaux Rêves una hora después, son convocados directamente en la habitación de Will Hooper para una llamada vía Bright Eyes con Frances Coffey, quien sigue en Estados Unidos. Cuando la directora de operaciones aparece en la pantalla, la ven en una habitación de hotel con las paredes de color verde botella y una cama pulcramente hecha con una colcha a juego con las paredes.

Quiere saber cómo les ha ido el viaje a Londres, y Argylle se siente incapaz de mirarla a los ojos por si adivina algo de lo que ha ocurrido hoy entre Erin Quinn y él. Aunque cuanto más tiempo pasa, más duda de que haya sucedido en realidad. Lleva todo el día con la sensación de haber estado soñando.

Por suerte, Quinn parece más relajada y le cuenta a la jefa todo lo que han averiguado sobre Fontainebleau hasta ahora.

—Es un palacio de la realeza francesa a sesenta kilómetros de París y con las dimensiones de una aldea pequeña —dice.

Coffey sonríe con calidez.

—Ya lo sé, he estado allí. Fue hace muchos años. Es un edificio magnífico. Alberga piezas de arte y arquitectura importantísimas. Y mucha historia gloriosa. Gracias a ese lugar, Versalles se embolsa un buen dinero. De hecho —habla cada vez con más emoción—, si no me equivoco, Napoleón III y su esposa, Eugenia, pasaban gran parte del tiempo allí, y él encargó una considerable reforma del lugar.

A veces, a Argylle le da la sensación de que Coffey lo sabe todo, como si hubiera asimilado por ósmosis todo el conocimiento y la información de la polvorienta División de Archivos Clasificados de la

CIA durante los años que pasó en esa sección.

—Todavía no entiendo cuánto hemos avanzado —reconoce Argylle—. Napoleón mandó a fabricar la pulsera como recuerdo de Fontainebleau para su esposa, pero todavía no estamos ni de lejos a punto de descubrir la conexión que tiene eso con la Cámara de Ámbar. A menos que usted crea que la Cámara de Ámbar está oculta en el palacio.

Coffey niega con la cabeza.

—Por desgracia, no. Fontainebleau es una de las edificaciones más conocidas del mundo. Cada centímetro del lugar ha sido rastreado por historiadores, custodios de palacio y el público visitante. Además, en la época de la última mención registrada de la Cámara de Ámbar, cuando fue introducida en contenedores y almacenada en el sótano del castillo de Königsberg, los alemanes ya iban perdiendo la guerra. Es imposible que se hubieran arriesgado a llevar a Francia, justo en ese momento, un tesoro tan valioso como la Cámara de Ámbar.

—Entonces ¿qué podemos hacer ahora?

—Seguir buscando el eslabón perdido. Tiene que estar ahí fuera, en algún lugar, solo hay que averiguar dónde. Ah, y Aubrey —añade Coffey justo cuando están a punto de finalizar la llamada—, te he conseguido ese número de teléfono, el de Melinda Samra. Puedes llamarla desde tu habitación.

En la habitación 315 del Hôtel Beaux Rêves, Argylle marca el número que Coffey acaba de darle. Duda antes de poner el dedo sobre la tecla verde de llamar. Si puede, quiere darle respuestas a Melinda Samra, porque sabe qué se siente al tener la cabeza llena de preguntas que dan vueltas y más vueltas sin escapatoria. No obstante, ¿qué pasa si ella no quiere saber nada?

Argylle sabe muy bien que hay tantas formas de duelo como personas que lo experimentan.

Todavía no ha decidido qué hacer con el Corán de Asif Samra. Se da cuenta de que es probable que tenga un gran valor sentimental y religioso para su familia, pero también está manchado con la sangre

del esposo de Melinda y marcado por la forma de la bala que lo mató. El proyectil que Argylle ha llevado encima durante todo este tiempo.

Le gustaría poder pedirle consejo a Coffey, pero esto supondría contarle todo lo que sabe y ¿cómo decidir si puede confiar en ella? Presiona la tecla. Se oye un silencio y luego el tono de conexión con un número internacional. Uno, dos, tres tonos. Entonces Melinda Samra contesta y, una milésima de segundo antes de que ella pronuncie un trémulo «Hola», se oye un clic en la línea, tenue pero inconfundible.

«Interesante», piensa Argylle.

—Gracias por llamarme. Sé que no debe de ser fácil.

Melinda Samra habla con un tono sereno e inalterable, aunque Argylle percibe la tensión en su voz, como si estuviera atravesada por un tirante cordel que la mantiene firme.

—Su esposo era un hombre muy bueno. Un hombre íntegro, que no es algo frecuente. Yo estaba con él cuando murió.

—¿Sufrió? Por favor, no se ande con rodeos, señor Argylle. Prefiero saber la verdad.

A él le sorprende el tono directo hasta que recuerda que Melinda Samra es abogada. Recuerda ese terrible momento en el diminuto puerto de playa del Monte Athos, la expresión de confusión de Asif Samra.

—No —responde con sinceridad—. No sufrió. Me pidió que le entregara la foto en la que aparecen sus hijas y usted que llevaba siempre encima. Sus tres rostros fueron lo último que vio. Sus últimos pensamientos fueron para ustedes.

Se produce un instante de silencio; una leve inspiración que viaja por la línea telefónica y llega al oído de Argylle en forma de suspiro.

—Gracias —susurra ella—. Es todo cuanto necesitaba saber.

Una vez finalizada la llamada, Argylle se queda de pie frente a la ventana de su habitación mirando el aparcamiento vacío mientras los últimos rayos de sol sangran sobre el cielo azul oscuro, y piensa en sus padres y en lo que debieron de sufrir antes de morir y en cómo se

habría sentido él si hubiera sabido que no estaban solos ni asustados cuando sucedió.

Sigue plantado en el lugar cuando el cielo se torna negro.

36

La Francia rural está plagada de normas no escritas: los centímetros exactos que puede crecer el césped de tu jardín, si puedes pasar el cortacésped en domingo, la hora precisa en la que ya no se puede pedir comida en el bar local. Esas normas son, en parte, la razón por la que los pueblos de aquí, en la Provenza, tienen una belleza tan uniforme. No obstante, mientras Frances Coffey entra con el coche de alquiler que ha recogido en el aeropuerto Charles de Gaulle por las verjas oxidadas y ruinosas, una de ellas colgando de los goznes, y avanza dando tumbos por el camino lleno de baches, flanqueado por las malas hierbas que crecen a ambos lados, decide que Amélie Chabert definitivamente desconoce las mentadas normas.

Aparca delante de una casa pequeña y destartalada, aunque las persianas están pintadas de amarillo intenso y hay macetas de flores pintadas a mano a ambos lados de la puerta. Cuando Coffey cruza el pequeño patio, le sorprende ver a dos gallinas que salen aleteando por detrás de un arbusto situado a un lado; una de ellas se sube de un salto al asiento de un sofá con un resorte que asoma por la tapicería.

Coffey supone que la dueña de la casa estará tan desaliñada como el exterior, pero la mujer que aparece por la puerta va pulcramente vestida con unos tejados y una camiseta de flores, y la melena, canosa y rizada, peinada hacia atrás con un pañuelo. Solo su rostro delata que su vida no ha sido fácil: tiene las mejillas muy chupadas, la piel arrugada y fina como el papel.

—Me temo que es un poco difícil encontrarme —saluda en un inglés impecable mientras invita a Coffey a pasar a una pequeña sala de estar donde cada mueble, el sofá, la lámpara, la mesa, ha sido cubierto con una manta o un chal—. La vida en la ciudad me resulta tóxica, así que debo refugiarme aquí. Alejada de la tentación.

Aunque no lo ha dicho, Coffey ya ha tenido oportunidad de visitar a Isabelle Chabert, la media hermana distanciada de Amélie Chabert, fruto del primer matrimonio de la madre de ambas. Estuvieron tomando el té en delicadas tazas de porcelana en su impecable apartamento de París y se percata del parecido familiar en sus ojos grises verdosos. Sin embargo, mientras que Isabelle se conserva mejor y va más arreglada, su medio hermana más joven posee una calidez de la que carece la mayor. Ese primer encuentro había sido breve y poco productivo, puesto que Isabelle había sido incapaz —o no había querido— de añadir nada a la información que ya tenían; solo había accedido a conceder la entrevista, por lo visto, para averiguar más sobre la segunda pulsera, cuya existencia desconocía hasta ese momento. «¿Era tan bonita como la mía?», quiso saber. «¿Cuánto consiguió esa mujer por la suya?».

—Lamento que haya hecho el viaje en balde —le dice Amélie a Coffey, y parece sentirlo de verdad—. Ya he contado todo lo que sé, primero a ese tipo ruso y luego a su compañero. —Se refiere a Mike Randall, quien inicialmente interrogó a las hijas de Nathalie Chabert por teléfono e informó a Coffey de que Federov había enviado un investigador privado a hablar con Amélie, lo que resolvía el misterio de cómo se había enterado el multimillonario ruso de la existencia de la segunda pulsera.

Por desgracia, era la única información útil que Randall había obtenido.

Coffey sonríe.

—En absoluto. Para serle sincera, estar lejos del despacho es un cambio agradable para mí.

Ambas hermanas Chabert, al decirles que Coffey y Randall trabajan para el gobierno estadounidense, asumen que son de la Interpol y que están investigando a alguna banda internacional de ladrones de joyas. Coffey no tiene ninguna necesidad de aclarar el malentendido.

Empiezan a charlar y, a diferencia de la irritable Isabelle, la conversación con Amélie fluye con facilidad. Reconoce que su relación con su madre, la estrella de cine, era difícil, que era una mujer complicada. «Pero esa no es la razón por la que me convertí en adicta,

si es lo que está pensando. Creo que cada uno toma sus propias decisiones en la vida. Mi madre lo hizo lo mejor que sabía».

Coffey le pregunta si su madre mencionó alguna vez haber estado en Fontainebleau. A Mike Randall ya le han dicho que no, pero aun así vale la pena volver a preguntarlo. La directora de operaciones sabe que es capaz de obtener cosas en una entrevista que su personal menos experto y menos intuitivo no puede, y sabe que los pequeños detalles pueden pasar por alto al hablar por teléfono. Como el momento de leve vacilación de Amélie, justo antes de negar con la cabeza.

—¿Está segura? —insiste Coffey con amabilidad, sin apartar la mirada de su anfitriona.

La francesa suspira.

—Me lo contó en confidencia. No quería que nadie más lo supiera. No puede ni imaginarse la vergüenza que le daba.

Frances Coffey siente el latido de una vena en el cuello por efecto de la emoción, pero sigue hablando con calma.

—¿De qué se avergonzaba?

Amélie Chabert se pasa las manos por la espesa melena y se queda mirando una fotografía de estudio enmarcada; una imagen promocional de la productora de cine en la que se ve a una joven de belleza despampanante con una espesa melena negra de pelo ondulado y unos labios perfectos con forma de corazón.

—Debe entender que mi madre era muy joven durante la guerra. Todavía muy ingenua. Él la perseguía. Los hombres hacían esas cosas.

—Ya veo el porqué. Era preciosa. Pero ¿quién la perseguía, Amélie?

Una vez más, la mujer vuelve a mirar la fotografía, como disculpándose por traicionar la confianza de su madre.

—Rudolf Naumann.

—¿El historiador de arte nazi?

Amélie Chabert aprieta los labios y asiente con la cabeza.

Los engranajes del cerebro de archivista de Coffey empiezan a emitir su zumbido. Ha oído hablar de Naumann, por supuesto. Sabe que era un importante experto en arte de la década de 1930 y oficial de las SS durante la guerra, que supervisaba el departamento

responsable de los cuadros, esculturas y objetos de arte en general que los nazis expoliaban de las casas señoriales y los palacios que ocupaban. Naumann viajaba por toda Europa para evaluarlos y valorarlos. Sabe incluso que pasó un tiempo en Fontainebleau, donde los nazis intentaron instalar su centro de operaciones en Europa occidental tras desdeñar el más conocido Versalles, donde Alemania había sido obligada a firmar el humillante tratado tras su derrota en la Primera Guerra Mundial. Por ese motivo, Hitler había ordenado que varias piezas de arte de valor incalculable fueran trasladadas a Francia e instaladas en el palacio de Fontainebleau bajo supervisión de Naumann.

Sin embargo, aunque estaba bastante segura de que el nazi experto en arte se habría asegurado de dirigir personalmente el desmantelamiento de la Cámara de Ámbar del palacio de Catalina y su reconstrucción posterior en el castillo de Königsberg, era imposible que hubiera llevado ese tesoro a Fontainebleau.

Pese a lo desesperada que está por averiguar la relación entre la Cámara de Ámbar y el palacio francés, sabe que los nazis documentaban con avidez todo cuanto hacían, y Naumann el que más. Fontainebleau era tan grande, con tanta gente entrando y saliendo a todas horas —no solo los ocupantes alemanes, sino los equipos de personal doméstico necesarios para mantener un lugar así— que alguien habría acabado contando que la cámara estaba allí.

—¿Qué ocurrió entre su madre y Naumann?

—Se conocieron en un estreno de cine y después de eso, como ya le he dicho, él la persiguió sin descanso. Al principio, creo que mi madre se sintió un tanto halagada. Era joven y él sabía cómo regalarle los oídos. Ella acabó yendo al palacio, a Fontainebleau, para encontrarse con él. Naumann la llevó a una fantástica habitación dorada y le sirvió champán hasta que ella perdió el control. En la actualidad, diríamos que fue un abuso o, como mínimo, *la coercition.* Lo siento, no sé cómo se dice en su idioma. Pero en aquella época era sencillamente así. Los hombres poderosos conseguían lo que querían. Es la razón por la que mi madre jamás se puso la pulsera que yo le vendí a ese tipo griego hace tantos años, aunque resultó valer una fortuna. Porque fue un

regalo de Naumann y ella no quería tener una joya que se lo recordara. No fue lo único con lo que la obsequió, por cierto. El muy bastardo también le pegó una enfermedad de esas, ya me entiende, aunque, gracias a Dios, mi madre consiguió curarse.

Durante todo este tiempo Coffey ha estado fijándose en el peculiar anillo que luce Amélie en el dedo corazón. Una piedra amarilla, plana y cuadrada engarzada en una banda de oro.

—¿Ese anillo también lo heredó de su madre?

—Sí. Ella tampoco se lo ponía. De hecho, lo encontré escondido entre sus cosas años después de su muerte. Seguramente fue lo mejor, porque si no también lo habría vendido. No creo que tenga mucho valor, pero me gusta.

—Es de ámbar, ¿verdad?

—Sí, estaba en una caja, envuelto en una nota que decía: «Un recuerdo de nuestra noche juntos». Supongo que debía de ser un obsequio del mismo nazi que le regaló las pulseras. De ese tal Rudolf Naumann. Imagino que mi madre no quería que nadie lo viera. Debe recordar que, después de la guerra, las mujeres que habían estado con nazis fueron tratadas con dureza.

Coffey asiente pensando en las imágenes documentales que ha visto de mujeres con la cabeza rapada, siendo desnudadas ante una turba que las abucheaba antes de ser cubiertas por una mezcla de alquitrán y plumas para exhibirlas por las calles.

—Había tanta vergüenza y culpa en esa época… —sigue Amélie con tristeza, haciendo girar el anillo que lleva en el dedo.

—¿Puedo verlo? —le pregunta Coffey, alargando la mano para que se lo entregue.

Se le acelera el pulso al mirarlo de cerca y darse cuenta de que lo que había pensado que era una piedra preciosa parece más bien el fragmento de un mosaico.

Un mosaico de ámbar.

—¿Su madre le contó algo más sobre esa noche? —le insiste a Amélie Chabert—. ¿Algo que pudiera ayudarnos a localizar el paradero de esa habitación dorada en el palacio?

—Oh, en realidad no estuvo en el mismo palacio. Lo siento, debería

habérselo dicho. Estuvo en un extraño edificio aislado en el bosque. Dijo que era espeluznante. Con muchos espejos.

No es hasta el día siguiente cuando Coffey reúne a todo el equipo en el Hôtel Beaux Rêves para contarles lo que ha averiguado.

—Tras hablar con Amélie Chabert, realicé una breve investigación sobre Rudolf Naumann. Claro está que ya conocía su reputación como uno de los historiadores de arte más punteros del mundo. Fue él quien supervisó el expolio de algunas de las obras más exclusivas e importantes. Naumann decidía qué acababa en las colecciones privadas de Hitler y Goering y lo que se apartaba para el Führermuseum, una institución que, como seguramente ya sabéis, jamás llegó a crearse, y cuyas obras fueron calificadas como objetos degenerados y acabaron destruidas.

»Lo que no sabía es que Naumann padeció sífilis y que la contrajo antes de la guerra, cuando no existía tratamiento. En las últimas fases, esta enfermedad venérea no tratada puede presentar una gran variedad de síntomas, incluidas las lesiones cerebrales, que producen un comportamiento errático en el paciente y cambios de personalidad. Cuando a Naumann le otorgaron el cargo ya debía de mostrar señales de ese tipo de comportamiento. Según se dice, estaba fascinado hacía tiempo con la legendaria Cámara de Ámbar; mi teoría es que, cuando el tesoro estuvo bajo su jurisdicción en Königsberg, esa fascinación se convirtió en obsesión.

»En el momento en que se decidió que Fontainebleau fuera el cuartel general de Hitler en occidente, Naumann fue enviado allí para realizar el inventario de las obras de arte existentes, incluidos los muebles y objetos de decoración, y para decidir cuáles de los tesoros confiscados por los nazis en otros lugares debían ser llevados al palacio para prepararlo como residencia digna del conquistador de Europa. Naturalmente, su primer pensamiento debió de ser instalar su adorada Cámara de Ámbar allí, como primera opción, pero se lo impidieron dos motivos: la insistencia de Hitler en que el valioso tesoro debía permanecer en Alemania y el hecho de que, en el

momento en que Naumann finalizó el inventario, el curso de la guerra ya se había vuelto en contra de los nazis, lo que convertía la idea de tener un cuartel general en París en algo indefendible. Naumann fue requerido de regreso en Königsberg para supervisar el desmantelamiento de la Cámara de Ámbar y su embalaje en cajones, lista para ser enviada a cualquier otro lugar donde conservarla con seguridad.

Martin Casner ha estado escuchando con inquietud. Argylle se ha percatado de que tiene muy poca paciencia, siempre quiere ir directo al grano, sin escuchar ningún preámbulo ni conocer el contexto.

—Entonces, si él regresó a Alemania, ¿qué relación tiene esto con Nathalie Chabert?

—Porque luego volvió a Fontainebleau, argumentando que todavía debía cerrar unas operaciones allí. Pero en realidad, a esas alturas, ya había conocido a Nathalie en el estreno de la última película de ella y se había vuelto loco de amor.

—¿De amor o de lujuria? —pregunta Quinn con tono cortante.

—Puede que de ambas cosas. Recordad que Naumann era un entendido en objetos hermosos. Imagino que consideraba a Chabert uno más. Naumann estaba casado, por supuesto, pero eso no le impidió perseguirla. Como su demencia iba en aumento, creo que los dos objetos que lo obsesionaban se entremezclaron sin remedio y la idea de llevar la Cámara de Ámbar a Fontainebleau se convirtió en una fijación como táctica para seducir a Chabert.

—Solo para tenerlo claro, jefa —interviene Carter—, ¿esto es un hecho probado o es solo una hipótesis?

—Repito, un poco de ambas. Supongo que podría considerarse una hipótesis fundada. Amélie Chabert me contó que su madre le había hablado sobre una increíble habitación dorada. La hija llevaba un anillo que al parecer Naumann le regaló a su madre como recordatorio de la noche que pasaron juntos, joya que está siendo analizada en estos momentos por nuestros expertos; creo que resultará ser un fragmento de un mosaico de ámbar. Sabemos que la Cámara de Ámbar estaba hecha con más de un centenar de piezas de un mosaico de ese color, algunas labradas o grabadas con imágenes y otras lisas como

esta, unidas de forma imperceptible para formar paneles.

—Entonces ¿él le regaló el anillo y la pulsera? No está nada mal para un revolcón de una noche.

Es imposible interpretar la expresión de Coffey cuando se vuelve para mirar a Schneider.

—Cierto, pero ella jamás se puso ni una joya ni la otra. Naumann también le regaló la sífilis; puesto en la balanza, no creo que a ella le pareciera ninguna ganga.

—Entonces ¿cómo es posible que no haya ninguna documentación sobre la presencia en Francia de la Cámara de Ámbar? —pregunta Carter.

—Repito, esto son solo conjeturas, pero creo que Naumann hizo que la enviaran hasta allí en secreto. Estaba al cargo de toda la instalación de almacenamiento del museo en Königsberg y tenía la autoridad y la experiencia en logística para trasladar objetos valiosos por Europa con discreción.

—Aun así, alguna persona de Fontainebleau tendría que haber informado de ello —argumenta Carter—. Estoy segura de que habría sido imposible ocultar toda una habitación en un palacio tan concurrido como ese, donde habría un montón de gente entrando y saliendo a todas horas. ¿Qué pasa con los criados o con el personal que desembaló los cajones y lo montó todo?

—A menos que la cámara jamás estuviera en el palacio. Amélie Chabert habló de un edificio situado en un bosque con unos espejos espeluznantes. No lo sabe mucha gente, pero hay un edificio llamado la Maison du Plaisir en el centro del Fôret de Fontainebleau, a cierta distancia del palacio. Un sinsentido que encargó la emperatriz Eugenia, esposa de Napoleón III, como regalo para su marido para conmemorar las múltiples reformas que realizó él en el palacio principal. En esa casa, Eugenia hizo instalar un carrusel y una Salle de Miroirs, una sala de espejos. Y, como agradecimiento, él le regaló la Pulsera de la Concordia con el mapa celeste secreto.

—Lo cual deja pendiente la cuestión sobre la reconstrucción de la cámara. —Carter no piensa olvidarse de eso—. Tiene que haber sido necesaria una gran cantidad de personas para realizarla. ¿Por qué

nadie habló nunca sobre ello?

Coffey asiente con la cabeza.

—Buena pregunta. Y, una vez más, solo puedo darte una respuesta basada en conjeturas. Por su estructura y su lejanía, la Maison du Plaisir se utilizó durante la guerra para la reclusión de prisioneros de guerra: combatientes de la resistencia francesa, soldados británicos capturados, los numerosos hombres que viajaron desde las colonias francesas para luchar en el bando galo…

—Entonces ¿Naumann obligó a esos pobres prisioneros a montar la Cámara de Ámbar y luego los hizo desaparecer convenientemente para que no pudieran contárselo a nadie? —pregunta Schneider poniendo los dedos en forma de pistola y apuntándose a la sien.

—Es una posibilidad.

Argylle está siguiendo la teoría hasta su conclusión lógica.

—¿Y usted cree que la Cámara de Ámbar podría estar oculta en ese edificio sinsentido? —No puede ocultar la emoción en su voz, pero Coffey niega con la cabeza.

—Eso sería lo ideal, pero, por desgracia, no creo que exista ninguna esperanza de que sea así. Aunque ese edificio está cerrado en la actualidad, estuvo abierto al público durante décadas cuando terminó la guerra. Es bastante pequeño. No tiene lugares ocultos. Y está rodeado por un bosque tupido; cualquier excavación de grandes dimensiones habría sido descubierta. Además, Naumann jamás habría permitido que la Cámara de Ámbar se quedara en Francia una vez que lo reclamaron desde Alemania. Se habría asegurado de que la llevaran a otro lugar donde quedara bien oculta, junto con todos los tesoros irremplazables que se perdieron tras la guerra. Pero, si no me equivoco, la clave es que Naumann se la llevó de Königsberg.

—Por eso no puede haber sido destruida cuando los aliados bombardearon el castillo de Königsberg —apunta Carter.

—Exacto.

—Dice que no está en Fontainebleau y que, aun así, Vasili Federov pagó cinco millones de dólares por una pulsera que lo habría llevado hasta la Cámara de Ámbar, pero que, en cambio, conduce hasta esa Maison du Plaisir. Tiene que haber alguna relación —insiste Carter—.

En ese lugar tiene que haber algo que nos dé alguna pista sobre el paradero de la Cámara de Ámbar.

—Estoy de acuerdo, y esa es la razón por la cual mañana por la mañana dos de vosotros iréis al archivo histórico de Alemania Occidental. Lo dirige un gran amigo mío y sé que conservan documentación muy detallada sobre los diversos castillos y palacios franceses que fueron confiscados por los nazis durante la ocupación. La Maison du Plaisir es una edificio relativamente pequeño, y a nosotros solo nos interesa el periodo entre finales de 1943, cuando la Cámara de Ámbar fue desmantelada en el castillo de Königsberg, y mediados de 1944, cuando los alemanes se retiraron de Francia. Dicho esto, a lo mejor lográis descubrir algo en los archivos que nos indique adónde fue a parar la Cámara de Ámbar desde allí, o si estuvo alguna vez allí. Tal vez una nota en algún libro de contabilidad o algún otro tipo de registro. Aubrey, como hablas alemán, a lo mejor te apetece hacer un viaje por carretera. Y disfrutar de la compañía de… ¿Qué te parece Woody?

Durante un instante, Argylle ha creído que Coffey diría el nombre de Erin Quinn y se le cae el alma a los pies por la decepción, aunque sabe que es mejor así. La relación con ella no va a ninguna parte. Además, no cree que él tenga nada que ofrecer. El trauma todavía lo tiene estancado en algún punto de hace cinco años. Y eso no es lo que Quinn necesita. No es lo que nadie necesita.

Con todo, no está exactamente emocionado ante la perspectiva de pasar un día en compañía de Woody Wyatt. Tiene el horrible presentimiento de que Coffey ha ideado todo esto como una especie de ejercicio para que ambos estrechen vínculos.

Cuando mira a Wyatt con disimulo, sabe por la frialdad de su expresión que él está pensando exactamente lo mismo.

Will Hooper se queda rezagado cuando el equipo ya ha salido.

—¿No se siente tentada a ir usted, jefa? Si hay algo en esos archivos, usted es quien lo puede descubrir.

—Gracias por el voto de confianza, Will, pero ya sabes que creo que

esos dos harán un buen trabajo.

—¿Y qué más?

Coffey sonríe.

—Me has pillado. Quiero ver cómo se llevan alejados del bullicio del grupo. Tengo el presentimiento de que pueden acabar siendo un dúo muy especial.

Hooper enarca las cejas.

—Siempre y cuando no se maten antes.

37

Dos días después del viaje a Inglaterra, Argylle vuelve a estar en ruta. Esta vez llega al aparcamiento del Hôtel Beaux Rêves en un Volkswagen Golf alquilado para recoger a Wyatt, quien no parece muy entusiasmado con el vehículo.

—¿En serio, Argylle? ¿Este cacharro?

—Somos expertos en el transporte de residuos, Wyatt. No podemos presentarnos en un Porsche.

—¿Cómo has acabado tomando el té en el Ritz de Londres con Erin Quinn mientras yo tengo que hacer contorsionismo para encajar en esta lata de sardinas y voy de camino a un pueblucho perdido de Alemania para comer chucrut contigo? No te ofendas. Bueno, olvida lo que he dicho: ofendete todo lo que quieras.

La verdad es que Woody Wyatt da bastante lástima cuando intenta acomodarse en el asiento del copiloto. Aunque lo hace retroceder al máximo, dobla las rodillas en un ángulo imposible y el cinturón le presiona el pecho.

—¡Esperad!

Argylle se sorprende al ver a Keira Carter cruzando a todo correr el antepatio del hotel para llegar hasta ellos.

—Cambio de planes. Voy con vosotros. Órdenes de Coffey. Es vuestro día de suerte, tíos.

—¿Por qué te ha enviado? —le pregunta Wyatt—. ¿No se fía que estemos los dos solos o qué?

Carter se encoge de hombros.

—Supongo que quería elevar un poco el nivel de inteligencia de la misión…, aunque eso implicaría que ya había alguien inteligente antes.

Sin embargo, a Carter le escama el tema porque vuelve a sacarlo

cuando ya llevan media hora de viaje.

—Para seros sincera, no entiendo qué estamos haciendo todos aquí. Quiero decir, ¿por qué nos ha enviado a los tres a ese archivo en lugar de enviar a un ejército de investigadores y bibliotecarios expertos? Lo tuyo, Argylle, puedo entenderlo. Hablas alemán. Eres más o menos inteligente, aunque un pelín tonto. Pero… ¿Wyatt?

—Oye, ¿qué insinúas? —Wyatt intenta volverse para mirarla, pero la combinación del cuello grueso y el poco espacio que le queda en el asiento solo le permite medio giro.

—A lo mejor no quería arriesgarse a que alguien se entere de lo que estamos buscando —sugiere Argylle—. O…

—… está poniéndonos a prueba —acaba Carter, apesadumbrada.

Wyatt se queda mirando a Argylle.

—Pero ¿qué dices? ¿Poniéndonos a prueba para qué?

Argylle cruza la mirada con Carter por el espejo retrovisor.

—¿Vas a decírselo tú o se lo digo yo?

Carter lanza un suspiro.

—Como ya sabes, Wyatt, Frances Coffey es una maestra del espionaje, y parte de su trabajo consiste en averiguar qué combinaciones de personal funcionan mejor.

—Sí, eso ya lo sé —dice Wyatt con impaciencia—. Para formar microequipos. Yo estuve en uno con Dabrow… ¡Oh, mierda! —Abre los ojos como platos alarmado cuando asimila lo que acaba de decir Carter—. ¿Cómo? ¿Tú, Escobar y yo en el mismo equipo? Tienes que estar de coña.

Se sumen en un profundo silencio mientras Argylle rumia la idea de que quieran convertirlo en compañero de Wyatt. A estas alturas está claro que Coffey ya es consciente de que debería mantenerlos lo más alejados posible al uno del otro. Carter se pone los auriculares y no tarda en perderse en la música que está escuchando, sea cual sea. Mientras tanto, a Wyatt se le agría el humor y, teniendo en cuenta sus dimensiones, cuando está de mala leche su ánimo cubre el planeta entero como una nube tóxica.

—Oye, ¿pasó algo entre Quinn y tú ayer? —le pregunta Wyatt a Argylle mientras recorren la E42 en dirección a Coblenza, en

Alemania Occidental, y mira hacia atrás para comprobar que Carter no está escuchando.

—Un caballero nunca cuenta esas cosas —responde Argylle.

No tiene intención de provocar a Wyatt. Bueno, a lo mejor un poco, pero no del todo. Lo único es que no sabe cómo responder sin delatarse. Además, ¿qué ocurrió en realidad? La burbuja en la que se encontraba el día que pasó junto a Quinn en Londres ya ha explotado y le produce la misma sensación que el momento en que se encienden las luces en una discoteca y ves el suelo pegajoso, los vasos tirados por el suelo y el moho de los rincones. La realidad tiene la horrorosa costumbre de afear las cosas.

—Sí, bueno, ya sé que no ocurrió nada. Para empezar, Quinn creció en la CIA. Sabe demasiado como para morder la mano que le da de comer. Y, para continuar, eres gilipollas.

Están embarcados en un viaje nada estimulante: campos, granjas y pueblos del camino totalmente intercambiables, con sus McDonald y sus Lidl. Argylle sigue pensando en el clic que oyó en la llamada que le hizo a Melinda Samra la noche antes y qué significa que Coffey le haya pinchado el teléfono.

—Conduces como una vieja —se queja Wyatt—. ¿Por qué no puedo conducir yo?

—Porque no tienes la documentación. Ya te lo he dicho.

—¿Me lo dices en serio? Somos la puñetera CIA. No necesitamos documentación.

—La verdad es que —lo interrumpe Carter, que se ha quitado los auriculares— en la Asociación de Expertos en el Transporte de Residuos somos muy exigentes con la documentación.

Unas tres horas después de ponerse en marcha —con un único desvío breve cuando Wyatt ve un cartel del Kentucky Fried Chicken en una salida de la autopista—, llegan a Coblenza y estacionan en el aparcamiento de un edificio de cemento de seis plantas que podría pasar por un centro de conferencias o por un hotel sin ningún encanto.

—Has manchado el asiento de kétchup —se queja Argylle cuando Wyatt baja del coche.

El gigantón no dice nada, se limita a sacudir la cabeza y a cerrar la

puerta de golpe.

Cuando entran, Carter le pregunta a Argylle sobre la misión.

—¿Así que este mandamás es un viejo colega de Coffey?

—Sí, creo que se conocieron hace ya tiempo, cuando Coffey trabajaba en los archivos de la CIA. No es de la Agencia, pero cuenta con autorización oficial. Ya la ha ayudado antes.

—A lo mejor estudiaron juntos en el colegio de archivos —sigue Wyatt, animado de pronto—. Y digo yo, Carter, ¿crees que celebran convenciones como nosotros, los expertos en transporte de residuos, para reunirse y hablar, no sé, del etiquetado de estanterías o esas cosas?

En comparación con su exterior funcional y agobiante, el vestíbulo del edificio de archivos es espacioso y señorial, con una escalinata central que se curva siguiendo las líneas del espacio antes de dividirse en dirección a ambos extremos de un pasillo con varias puertas. Hay altísimas columnas, claraboyas y sillones de cuero en los que esperan a Friedrich Wolff, presidente de los archivos federales.

Argylle no está preparado para las dimensiones del lugar y lo impresiona que este enorme edificio esté dedicado a documentar la historia para que las futuras generaciones puedan aprender cómo era el mundo en el pasado y así entender mejor cómo es ahora. No le ocurre lo mismo a Wyatt, que lo mira todo con incredulidad.

—¿De verdad este espacio tan enorme está lleno de documentos y libros viejos? ¡Joder, tío!

—No solo documentos y libros, sino también rollos de película, mapas, fotografías, carteles. Cualquier cosa que haga cobrar vida al pasado.

La persona que habla es menuda y delgada, tiene la cara redonda y una expresión ingenua.

—Soy Friedrich Wolff —se presenta y estrecha la mano de cada uno de ellos con una sonrisa—. Me alegro muchísimo de conoceros. Mi querida Frances me ha hablado de todos vosotros. Por favor, acompañadme por aquí.

Los conduce hasta un ascensor y cuando se cierran las puertas se acerca a ellos con gesto conspirador.

—Frances me ha dicho que estáis buscando los documentos sobre el Château de Fontainebleau. Qué edificio tan magnífico. Los nazis lo ocuparon durante dos periodos no consecutivos de la guerra y, como ya sabéis, es uno de los palacios más grandes del mundo, así que tenemos bastante material relacionado con él. Se utilizó como cuartel general temporal de los nazis y como alojamiento para los oficiales. El pequeño edificio en el que estáis interesados, la Maison du Plaisir, resulta especialmente fascinante como lugar oculto a cierta distancia de la vivienda principal. Los alemanes siguieron utilizándolo para mantener cautivos a los prisioneros de guerra tras el fin de la ocupación oficial de Fontainebleau. ¡Oh, me encanta esta parte de mi trabajo! Esa emoción de pasar el día sumergido en viejos documentos. ¿Puede haber algo mejor?

Dirige esta última pregunta a Wyatt, que parece horrorizado.

Herr Wolff los lleva hasta un pasillo muy bien iluminado, flanqueado por una hilera de puertas correderas.

—Este es el almacén —les explica, descorre una puerta y deja a la vista una hilera tras otras de estanterías con ordenadas publicaciones archivadas. A continuación les enseña un espacio con aspecto de depósito forrado de estantes donde se almacenan cajas llenas de archivos. Allí se detiene junto a una mesa en la parte frontal del espacio para consultar un sistema informático de indexación—. Sí, aquí lo tenemos —dice casi para sí mismo—. Este podría ser un buen punto de partida.

Pasados unos minutos, están empujando carros cargados con cajas de archivos hasta una sala de lectura del pasillo, donde Wolff les asegura que estarán a solas mientras dure su visita.

—¿Alguna posibilidad de pillar un café de la máquina antes de que empecemos? —pregunta Wyatt.

Los otros tres lo miran con incredulidad.

—Estos documentos tienen décadas de antigüedad y son totalmente irremplazables —empieza a decir Herr Wolff.

—Y no quiere que tus dedos llenos de capuchino con cinco terrones de azúcar acaben impresos sobre ellos —añade Carter.

—Con tres terrones. Y solo estaba preguntando —masculla Wyatt.

Los archivos están clasificados con títulos como «Personal», «Mantenimiento de la casa», «Prisioneros de guerra» y, dentro de esos grupos, están organizados por orden cronológico.

—Antes de que empecéis, debería advertiros de que parte del material que encontraréis dentro de esas cajas puede ser de naturaleza inquietante. —El rostro infantil de Wolff luce una expresión seria—. Los alemanes sabían que estaban rodeados por personas que los odiaban y que el movimiento de resistencia era muy potente, y que enviaba mensajes sin parar a los aliados con detalles sobre sus posiciones y confabulaban en su contra. El oficial al que otorgaron la administración general de la Maison du Plaisir durante esa época fue Rudolf Naumann. Sin lugar a dudas, era un historiador brillante y culto antes de la guerra, pero en el momento en que lo enviaron a Fontainebleau era conocido por su crueldad, lo que empeoró por la sífilis que le afectó al cerebro y al sistema nervioso. Por eso me temo que cuando llevaban allí a los prisioneros no les preguntaban amablemente para quién trabajaban y qué sabían. Los torturaban de una forma inhumana.

—Tío, no somos un grupo de boy scouts —protesta Wyatt.

—Tienes toda la razón. Perdonadme.

Empiezan a revisar los archivos con los guantes de látex que Wolff les ha facilitado. Como Argylle sabe francés y alemán, se coloca al fondo de la sala para revisar el material escrito mientras Herr Wolff se sienta entre Wyatt y Carter para explicarles las fotografías.

Argylle abre su primer archivo, uno relacionado con la administración de la casa, con una determinación que no tarda en disminuir a medida que examina pilas de aburridos libros de contabilidad manuscritos, todos en alemán, donde se registraba la confiscación de productos y animales de granja. Hay un meticuloso libro de recetas y otro de contabilidad con los costes de todas las comidas.

A continuación pasa a examinar una caja marcada con la etiqueta «Miscelánea», y se emociona durante un breve instante al ver que está llena de mapas, pensando que esta podría contener la clave de la ubicación del objeto de arte perdido.

—Esa es la zona local que rodea la Maison du Plaisir —le dice Wolff al tiempo que se acerca a él—. Naumann mandó trazar planos que mostrasen los caminos secundarios por donde la gente podría eludir un bloqueo en caso de querer ayudar a los soldados aliados a evitar la captura, traficar con bienes de estraperlo o con armas para la resistencia, así como las rutas que una avanzadilla del ejército alemán pudiera seguir en su camino para invadir Inglaterra.

—¿Y estas cruces de aquí? —Argylle le señala varios edificios en las granjas de alrededor y las aldeas marcados con la letra X.

Wolff las observa de cerca, así como la nota escrita a mano, apenas legible, que se encuentra al margen.

—Señalan dónde vivían los confidentes. Algunos ciudadanos franceses eran personas pragmáticas u oportunistas que traicionaban a sus vecinos de la resistencia a cambio de provisiones extra, para saldar una vieja rencilla o porque pensaban que eso los beneficiaría en un futuro. A menudo delataban a las personas que confiaban en ellos.

Argylle piensa en la bala que tiene en su habitación, escondida en la linterna, y en ese clic del teléfono antes de hablar con Melinda Samra. Piensa en la confianza y en la traición.

Siguen examinando de forma exhaustiva los archivos durante dos horas. Encuentran cartas escritas por esposas y familiares de los oficiales alemanes. En una de ellas, la mujer de Rudolf Naumann se queja con amargura de que no tienen mantequilla ni azúcar y de que, por eso, los pasteles de la cocinera saben a cuero de zapato. Dan con un inventario de armas confiscadas y una foto de pistolas y granadas dispuestas sobre un reluciente suelo de madera. Descubren objetos abandonados a medida que los alemanes avanzaban: un reloj de pulsera con una maltrecha correa de cuero, calcetines de lana, dentaduras postizas... Y entonces...

—¡Oh! —El grito de Carter retumba desde el otro lado de la mesa.

Cuando Argylle la mira, ella está tapándose la boca con la mano.

—No pasa nada —dice, recuperando la compostura, avergonzada—. Lo siento.

Argylle ve que ha desplegado el contenido de una caja de fotografías sobre la mesa que tiene delante. Él se levanta para echar

un vistazo y se le revuelve el estómago. Son imágenes de prisioneros, la mayoría son hombres, aunque también hay mujeres. Algunos están vestidos, la mayoría, no. En una de las fotos hay un grupo de seis hombres encadenados de pies y manos, sentados en fila de cara a una pared; tienen la espalda encorvada y rayada por heridas frescas y sangrantes. En otra foto hay una mujer colgada de las muñecas esposadas a una barra de madera mientras un alemán uniformado la golpea en la espalda con una fusta. Se ve la sangre cayendo de las muñecas de la prisionera, y Argylle se fija en que las esposas tienen púas por su cara interior. En otra fotografía se ve a un hombre desnudo dentro de una bañera, con las piernas atadas a una barra de madera a la que está unida una cadena de la que el guardia tira para sumergir al hombre bajo el agua. En una cuarta imagen, un hombre mira inexpresivo a la cámara junto a un montículo de cadáveres. Donde debería estar el ojo izquierdo, el reo no tiene más que una cuenca vacía.

Incluso Wyatt ha enmudecido.

Friedrich Wolff le pone una mano en el brazo.

—Es bueno conmoverse —le dice en voz baja—. No hay entrenamiento posible que nos haga inmunes a imágenes como estas. De no ser así, ¿de qué habría servido su sacrificio? ¿En qué nos habríamos convertido? ¿Cómo podríamos asegurarnos de que no vuelve a ocurrir?

—¿Todo esto sucedía en la Maison du Plaisir? —le pregunta Argylle.

El veterano archivista asiente en silencio.

—Originalmente se concibió como una casa de juegos. Había una Salle de Miroirs, un parque de atracciones y un pasadizo secreto que conducía a varias cámaras secretas subterráneas. Era una instalación perfecta para una cámara de tortura, porque muy pocas personas conocían su existencia y ya tenía construidas las mazmorras en el sótano, desde donde no se oían los ruidos. Es la razón por la que la Gestapo siguió usándola hasta mediados de 1944.

Quedan muchas cajas por revisar. En el interior de la primera encuentran más libros de registros, salvo que estos están relacionados con las torturas. Una lista de nombres y, junto a ella, las distintas

técnicas aplicadas. «5 de septiembre: nueve días sin dormir», reza una entrada. La línea siguiente: «6 de septiembre: fallecimiento». La tercera columna es para la información que obtenían de los prisioneros. A Argylle le parece profundamente conmovedor lo poco que confesaban esas personas a pesar de todo lo que les hacían.

En la segunda caja hay cartas, tarjetas y un cuaderno barato escrito con las letras muy juntas. Todo está en francés.

—No lo entiendo —dice Wyatt—. ¿Los torturaban y luego los obligaban a sentarse y escribir cartas de amor a sus novias?

—No todos los prisioneros recibían el mismo trato —le explica Wolff—. Unos pocos eran oficiales de alto rango, funcionarios enemigos o personas que los alemanes consideraban útiles por cualquier motivo. A veces formaba parte de la tortura psicológica: les decían a los prisioneros que estaban a punto de liberarlos y que debían escribirles a sus familias para informarles; al día siguiente les arrebataban lo escrito.

—El que espera, desespera, ¿verdad? —interviene Carter.

Argylle, mientras tanto, ha cogido el cuaderno y lo está hojeando. Se da cuenta enseguida de que es un diario escrito en francés de principio a fin. Algunas páginas están intactas, mientras que otras han sido tachadas casi por completo con un rotulador negro. Hacia el final, la letra se torna más pequeña, como si la persona que lo escribió supiera que le quedaba mucho que decir para el número de páginas en blanco.

—Ah, ese cuaderno tiene una historia —dice Wolff, y alarga una de sus pequeñas manos, refinada y enguantada, para tocar la tapa con deferencia—. Llegó a nosotros como legado de manos de una señora del sur de Francia que nos contó que era un diario escrito por su hermano, que había sido prisionero en la Maison du Plaisir. Lo escribió todo la víspera de su ejecución, durante los últimos días de la ocupación alemana, razón por la cuál es tan difícil de descifrar. A ella se lo enviaron tras el fallecimiento de su hermano. Como puedes ver, escribió muchísimo, pero gracias a ello plasma a la perfección cómo era su vida en ese lugar y también un poco sobre el momento previo a que lo capturasen.

»En realidad, el caso de este hombre resulta muy interesante. Lo conocían con el sobrenombre de Henri Dumas, pero su auténtico nombre era Henri d'Avignon. Su familia era lo más parecido a la aristocracia que tenía la Francia de la época. Tuvo una vida privilegiada durante su infancia y podría haber vivido de las propiedades familiares, pero decidió ir a la universidad a estudiar Ingeniería civil porque lo fascinaban los puentes. Cuando su abuelo se unió al gobierno de Vichy, que, como ya sabes, colaboró con los alemanes, Henri renunció a su nombre y a su familia y se unió a la resistencia; arriesgó su vida llevando armas a soldados aliados atrapados tras la desastrosa incursión marítima de Dieppe.

»Fue capturado a principios de 1943 por la Milice, el grupo paramilitar enviado por el gobierno de Vichy para ayudar a la Gestapo a localizar a los combatientes de la resistencia y lo llevaron a la Maison du Plaisir. Normalmente, los prisioneros no eran retenidos allí durante mucho tiempo, pero se hicieron algunas excepciones. Es difícil encontrar registros precisos, porque el edificio no existía oficialmente, aunque creemos que estuvo encerrado durante más de un año. Tal como dice en el diario, a finales de ese periodo estaba convencido de que moriría en ese lugar.

Argylle hojea el cuaderno. Aunque se trata de un objeto muy ligero, es consciente del peso de la historia que contiene. Piensa en el joven que lo escribió, en todos los sueños que debía de tener para su futuro, y piensa en sus propios diarios, almacenados en la actualidad con el resto de sus pertenencias en un rincón de la diminuta habitación de su amigo Somchai.

—Entonces ¿por qué sobrevivió durante tanto tiempo? —pregunta Carter.

—Bueno, esa es una pregunta interesante. En realidad, su pasado como ingeniero parece haber resultado útil. Gran parte de eso está redactado en el diario, pero al compararlo con otros documentos, creemos que cualquier prisionero con experiencia en ingeniería o construcción era enviado desde la Maison du Plaisir a otro lugar en Europa del Este a trabajar en un proyecto para construir un edificio a gran escala. No sabemos qué estaban construyendo, pero era algo

secreto. Miles de hombres fueron enviados allí desde diferentes campos de prisioneros de guerra: polacos, soviéticos y franceses. Muchos de ellos murieron de hipotermia, por falta de alimento o debilidad física extrema. Los que sobrevivieron fueron obligados a marchar durante cientos de kilómetros a temperaturas bajo cero, colocados en fila junto a una cantera y fusilados. Todos, salvo uno.

—Henri Dumas —murmura Carter.

Wolff asiente.

—Creemos que los nazis descubrieron quién era en realidad, tal vez su familia intentó localizarlo, y pensaron que podría serles útil. Así que lo enviaron de regreso. El único prisionero que volvió a la Maison du Plaisir.

»En un principio, Naumann intentó hacer un intercambio de prisioneros y ofreció entregarlo a los aliados a cambio de un oficial alemán de alto rango. Era altamente improbable que Naumann hubiera cumplido con un trato así teniendo en cuenta lo que sabía Dumas. Cuando eso no dio resultado, intentó usarlo como mediador de relaciones públicas; mandó llamar al padre de Dumas y a su abuelo a Fontainebleau con la intención de convencerlo para que se reconciliara con su familia, renunciara a su pasado y hablara con sus compañeros de la resistencia para que aceptaran la derrota. A esas alturas, Dumas pesaba cuarenta y dos kilos y sufría lesiones pulmonares por haber estado trabajando en las canteras y un dolor constante por una pierna rota que jamás se curó como debía. También sufría alucinaciones y depresión. No le ofrecían la libertad total. Claramente, fuera cual fuese el proyecto al que lo habían enviado a trabajar era demasiado secreto como para permitirlo. Sin embargo, sí le garantizaban que sería alojado de forma confortable y alimentado correctamente, y que le permitirían recibir visitas de su familia. ¿Puedes imaginar lo tentador que debió de ser para él aceptar el trato?

—Pero no lo hizo —dice Argylle en voz baja.

—No. Sus palabras están registradas en uno de los libros donde se encuentra la lista detallada de los prisioneros que murieron en Fontainebleau: «Prefiero morir como hijo de Francia que vivir como hijo de los traidores d’Avignon». Fue ejecutado a la mañana siguiente.

Pero no antes de haber escrito el documento que tienes ahí. Lo redactó para su hermana pequeña, Marie. La Gestapo debió de facilitarle el material como concesión a su familia, para que pudiera escribir su despedida. Como verás, es más una serie aleatoria de pensamientos y recuerdos que un diario personal. Da una visión de cómo estaba fragmentándosele la mente. Lo hemos repasado para intentar extraer más información sobre el misterioso proyecto que costó tantas vidas, pero o bien no lo incluyó en sus escritos o estaba redactado de forma tan obtusa que no lo entendimos.

Wyatt habla con un tono cargado de decepción:

—Así que, si el proyecto en el que participó Dumas —empieza a decir— resulta estar relacionado con la Cámara de Ámbar, que fuera, por ejemplo, la excavación de una caverna subterránea en una montaña lo bastante grande como para ocultar un tren cargado con el tesoro robado, no estamos ni siquiera cerca de descubrir ni dónde estaba ni qué era.

—De todos modos, me gustaría seguir repasándolo —dice Argylle—. ¿Puedo?

No sabe por qué está pidiendo permiso, salvo que sea porque le parece un privilegio poco frecuente.

Se le forma un nudo en la garganta cuando vuelve la primera página del diario y traduce las líneas iniciales: «No me asusta morir porque ya he vivido cien vidas y mi alma está agotada. No debo nada y, aun así, dejo atrás grandes riquezas».

Tal como ha dicho Friedrich Wolff, el diario está escrito de forma inconexa. Algunos recuerdos de infancia. Algunas reflexiones filosóficas sobre la muerte, la vida y la libertad. A Argylle lo impacta un fragmento de un poema de T. E. Lawrence que su propio padre solía recitarle:

Te amaba, por eso a mis manos traje aquellas oleadas de hombres
y, en el firmamento, escribí mi voluntad con estrellas,
para conseguir tu libertad, la casa levantada sobre siete pilares
que tus ojos pudieran alumbrar por mí cuando llegáramos.

Lee la siguiente entrada, en la que Henri le habla directamente a su hermana: «Nuestra casa tenía menos de siete columnas y nosotros no escribimos nuestra voluntad en las estrellas del firmamento, sino que, en lugar de eso, tras caer a través del espejo, escribimos lo que pudimos tras los muros de nuestra vida».

«Tras caer a través del espejo». Se refería a la Salle de Miroirs.

—Herr Wolff, ¿hay alguna habitación en la Maison du Plaisir que tenga siete columnas?

Wolff lo mira sorprendido.

—No estoy seguro. Uno de los otros prisioneros menciona un techo abovedado en una de las cámaras subterráneas, eso podría indicar que había columnas, pero no sé cuántas.

—¿Es posible que Henri Dumas hubiera sido retenido allí cuando lo sometieron a aislamiento?

—Sí, es posible. ¿Por qué?

—Creo que podría haber ocultado algo allí. Por detrás de las paredes.

En el viaje en coche de regreso a Bélgica el ánimo dentro del vehículo es sombrío. En la parte de atrás, Carter no se molesta en ponerse los auriculares.

—De verdad que espero que tengas razón, Argylle —dice—. Espero que Henri Dumas sea el vínculo con la Cámara de Ámbar y que el sacrificio de ese pobre hombre pueda ser honrado de alguna forma. Hace falta mucho valor para ir en contra de tu familia como hizo él, sin importar cuánto rechaces lo que ellos defienden.

Argylle se pregunta si estará pensando en sus propios padres. Piensa en hacer algún comentario, pero la presencia de Woody Wyatt en el asiento del copiloto lo hace cambiar de idea. ¿Qué podría entender Wyatt, de linaje militar puramente estadounidense, sobre los padres inmigrantes de Carter y las ambiciones que tenían para su única hija?

Lo que ocurre en cambio es que los tres se sumen en el silencio, ensimismados, hasta que Wyatt, quien se ha mostrado sorprendentemente discreto desde que se toparon con aquella primera

caja de fotografías, carraspea.

—¿Sabéis?, en cierto sentido me alegro de que Dumas no sobreviviera a la guerra —comenta con voz ronca—. La guerra te marca. Después de lo que vio y sufrió no habría sido el mismo. Mi padre estuvo en Vietnam —continúa—, era marine del Batallón de Reconocimiento. Era francotirador escolta. Su trabajo consistía en infiltrarse en territorio enemigo, cargarse a quien pudiera y luego informar al pelotón. Pasaba días a solas, sabiendo que podían capturarlo o abatirlo en cualquier momento. Le concedieron la Cruz de Honor de la Marina, pero cuando volvió a casa estaba destrozado. Aguantó bien un par de años, se casó y nos tuvo a nosotros. Pero cuando yo tenía unos cuatro o cinco años estaba hecho una mierda, ¿sabéis? Bebía muchísimo. Sufría depresión, paranoias, era violento. Se ponía un chaleco antibalas para ir a la tienda y llevaba dos pistolas encima, una en el cinturón y otra en una bota. Nos daba muchísimo miedo. Era impredecible, estallaba de furia por cualquier tontería. Yo me enrolé en los marines para que se sintiera orgulloso de mí, pero también porque necesitaba alejarme de él.

»A lo mejor, el pobre Henry el Idiota habría acabado igual. Así que puede que haya sido mejor así, ¿sabéis? Podría haber regresado siendo un monstruo.

Argylle no sabe qué decir. Uno cree que conoce a alguien porque ha vislumbrado un par de cosas sobre su procedencia o sobre la naturaleza de su familia, pero el entramado de una persona está formado por mucho más que eso, por todas las diminutas fibras de nuestra vida que se urden entre sí para crear un diseño único. Las personas son complicadas. Eso ya debería saberlo él a estas alturas, ¿verdad? Incluso los Woody Wyatt de este mundo tienen profundidades ocultas.

Está claro que los pensamientos de Carter van en la misma línea.

—Por Dios, Wyatt, no te sinceres tanto justo ahora —exclama ella —. Podrías empezar a gustarme de verdad.

38

El Château de Fontainebleau se alza en una zona verde de unas treinta hectáreas, a unos cincuenta y cinco kilómetros al sudeste de París. Inmediatamente al norte de la edificación está la pequeña población de Fontainebleau, mientras que al sur y al oeste se encuentran los perfectos lagos artificiales, cuidados jardines y un pintoresco canal. Además, alrededor de la vasta propiedad está el tupido Fôret de Fontainebleau.

El palacio ha sido residencia real desde la Edad Media, pero fue en el siglo XVI cuando Francisco I lo reformó y se convirtió en el lujoso palacete de estilo italiano que es en la actualidad, con magníficas galerías, patios y una plaza totalmente nueva rodeada de edificios. Los monarcas siguientes —incluido Napoleón III— añadieron ornamentaciones varias y edificaciones anexas, pabellones y capillas, nuevas alas y apartamentos, museos y teatros. Los artistas más reconocidos de la época pintaron nuevos frescos y realizaron esculturas, mientras que los jardineros y arquitectos se encargaron del paisajismo hasta que este rivalizó —y muchos dirían que lo superó— con los mismísimos jardines de Versalles.

Durante el curso de los siglos, el palacio de mil quinientas habitaciones ha albergado a reyes y a reinas, a cortes enteras; ha sido testigo de asesinatos a sangre fría, la guerra y una revolución, así como de bodas y banquetes, tratados de paz y nacimientos reales.

El equipo —de ocho miembros para esta misión— viaja en un monovolumen con unas bicicletas cargadas en la parte exterior trasera. El bosque que rodea Fontainebleau, donde se ubica la Maison du Plaisir, es una de la mecas de los ciclistas y excursionistas. De forma creciente, también se ha convertido en un atractivo para los grupos de entusiastas de la escalada en bloque: el ascenso por

pequeñas formaciones rocosas sin cuerdas ni arnés. Para encajar en el papel, todos los miembros de la misión van vestidos con el equipo adecuado: pantalones cortos o mallas, camiseta y zapatillas de deporte para pasar desapercibidos.

—Te queda bien —le dice Argylle a Erin Quinn, señalando la gorra roja de béisbol que lleva puesta.

—Pues gracias. Me la he puesto para que haga juego con mis heridas.

Se baja la parte trasera del calcetín y muestras las llagas rojizas del talón que ya le han hecho las zapatillas de deporte nuevas.

Las cosas están raras entre ellos desde que regresaron de Londres; salvo por los encuentros casuales en alguna sala o una conversación tensa en la cafetería, en general han estado evitándose mutuamente. Sin embargo, cuando Quinn subió al monovolumen y se sentó junto a Argylle, él se sintió animado y se dio cuenta de que echaba de menos hablar con ella, su compañía.

—¿Qué tal por Coblenza? —le pregunta ella cuando pasan por delante de las indicaciones hacia Fontainebleau—. ¿Wyatt y tú ya os habéis hecho supercolegas?

—Algo así.

A Argylle le resulta imposible expresar con palabras la intensidad de esas horas en los archivos examinando los documentos conservados de forma meticulosa sobre la barbarie inhumana. Además del viaje en coche, tan íntimo como confesional, con Wyatt sincerándose con ellos.

En cuanto está sentada, Quinn busca la mano de Argylle un breve instante y se la apretuja.

—Me alegro.

Cuando retira la mano, sus dedos dejan una huella de calor en la piel de él.

Van por una carretera que rodea los límites de la propiedad más alejados del palacio. Por una avenida recta de tres carriles a uno de los lados, Argylle vislumbra uno de los edificios palaciegos, majestuoso, por detrás de una verja de hierro forjado.

De forma instantánea se catapulta al pasado.

—Llegué a París siendo un niño —le dice a Quinn sin pretenderlo—.

Por varios motivos debió de haber sido bastante… difícil para mis padres pasar un tiempo en Europa, pero jamás imaginé que estuvieran sometidos a ningún tipo de presión. No sé si puedo fiarme de mi propio juicio cuando no tenía ni idea de qué estaba pasando a mi alrededor.

Su yo más joven se sentía maravillado, paseando entre su padre y su madre, asimilando las vistas, disfrutando de la sensación de estar totalmente a salvo. Mientras tanto, durante todo ese tiempo sus padres debieron de estar continuamente a la espera de notar esa mano en el hombro, de oír ese *Pardonnez-moi, messieurs*.

Ahora piensa en la bala que encontró incrustada en el Corán de Samra. Un proyectil de 9 milímetros que corresponde al calibre de las Glock, arma reglamentaria del equipo. ¿No es posible que también se equivoque en eso? Los rusos podrían usar unas balas idénticas. Además, el hecho de que la bala hubiera entrado por la espalda de Samra justo antes de quedar incrustada en el Corán no demostraba nada. Cierto, la última vez que lo vio, Samra estaba de espaldas a los rusos en el acantilado, pero era perfectamente posible que se volviera mientras Argylle no estaba mirando. En lugar de estar dándole vueltas sin parar, ¿no debería compartir sus preocupaciones con Erin Quinn para que ella les quite importancia? La tentación lo quema por dentro: desea abrirse y desprenderse de sus miedos.

—Quinn… —empieza a decir.

—Argylle —dice ella al mismo tiempo.

Ambos se quedan callados.

—Tú primero —le dice él.

—Estaba a punto de decir que la vida adulta a veces parece como una larga procesión de pequeñas traiciones que te hacen dudar de todo el mundo, pero si puedes reinterpretarlo como un proceso de aprendizaje en el que entiendes que solo puedes confiar en ti mismo, resulta sorprendentemente liberador.

Todos se ponen un pinganillo en cada oreja con aspecto de auriculares inalámbricos normales y corrientes, y un discreto micrófono prendido a la correa de la bolsa. Ya en la zona de aparcamiento, una extensión de arena entre los árboles, la voz de

Coffey llega, estruendosa, transportada por las ondas sonoras.

—Vale, equipo, esto debería ser bastante rápido. Vamos a realizar un par de comprobaciones rápidas del edificio desde este extremo, solo para asegurarnos de que es un entorno seguro. Luego se trata de entrar y salir lo más rápido y discretamente posible. Hay un cambio de última hora: Argylle dirigirá la misión.

¿Cómo? A pesar de llevar puestos los auriculares, Argylle oye el coro de quejas que se propaga por el monovolumen. Es el miembro más joven del equipo, todavía está ganándose los galones. ¿Por qué Coffey lo pone al mando?

—Pero, jefa… —protesta Schneider por el radiotransmisor, con la voz temblorosa de rabia.

Coffey lo interrumpe.

—Ha sido una orden, Matt, no algo abierto a discusión.

Cuando bajan del vehículo, tuercen el gesto al abandonar el espacio con aire acondicionado y salir al exterior terriblemente caluroso. Nadie le dice nada a Argylle, pero el resentimiento es tan visible como la bruma del día abrasador.

Desde el punto donde se encuentran hasta su destino hay un kilómetro en bici por el bosque.

La Maison du Plaisir lleva dos años y medio cerrada al público y clausurada tras unos paneles plásticos de listones en una zona apartada y poco transitada del bosque. Es un castillo diminuto construido con exquisito detalle al estilo Segundo Imperio, con piedra color tierra, techo abuhardillado y una torre central con un reloj instalado en la cara frontal y una entrada con un pórtico.

Se detienen a cierta distancia del perímetro de la valla y Argylle se oculta detrás de los árboles para hablar con Coffey.

—Jefa, ya estamos en la casa.

—Vale, Aubrey, acabamos de hacer una comprobación termográfica vía satélite y el lugar está despejado. Podéis entrar.

—¿Quién esperaba encontrar dentro?

Argylle está seguro de que Coffey ha hecho la comprobación para asegurarse de que los rusos no se han presentado allí también, como pasó en el Monte Athos. Lo que no sabe es por qué su jefa ha barajado

esa posibilidad. Había una explicación para que aparecieran la última vez: descubrieron que había una segunda pulsera en el monasterio de San Benito. Pero es imposible que conozcan la relación de todo el asunto con Fontainebleau. A menos que…

—Ha sido por pura precaución.

Argylle no la cree. Los engranajes de su mente vuelven a ponerse en marcha: la bala por la espalda que mató a Samra; el hecho de que los rusos se presentaran en el Monte Athos a la vez que ellos; la sensación, durante todo este tiempo, de que Coffey oculta algo… ¿Algún miembro del equipo ha estado informando a Federov? ¿Alguien conchabado con el castigado Dabrowski? Piensa en el clic que oyó antes de hablar con la esposa de Samra. ¿Sospechan de él? ¿Qué narices está pasando?

Vuelve con los demás.

—Todos los sistemas preparados —les dice y levanta el dedo pulgar, pero se le eriza el vello de la nuca; está inquieto.

Coffey y los hackers de la Agencia han conseguido anular el sistema de alarmas de la Maison du Plaisir de forma remota. Por suerte, al estar tan lejos del edificio principal y con pocos objetos de valor susceptibles de ser robados en su interior, pertenece a un circuito diferente al de la alarma del resto del palacio, que cuenta con un sistema de protección de última generación. Además, Carter está allí para encargarse de cualquier dispositivo de seguridad que puedan encontrarse una vez dentro. Todo tiene que ser, tal como dice Coffey, muy rápido. Entrar, registrar y salir.

Sencillo.

Se sitúan del otro lado de la valla en cuestión de segundos. En el jardín ubicado a la derecha de la ornamentada entrada de la casa hay una estructura más alta que un hombre y cubierta con una lona impermeable.

—Es un autómata —le explica Coffey por el pinganillo, y a él todavía lo sorprende que ella esté viéndolo todo gracias a una cámara vía satélite desde tan lejos—. Es una jaula con pájaros cantores mecánicos que la emperatriz Eugenia mandó fabricar especialmente. Los autómatas estaban muy de moda en esa época. La gente creía que

eran mágicos porque se movían e incluso hablaban solos, aunque en realidad los manipulaban a distancia a través de un complejo mecanismo de manivelas y palancas. Encontraréis algún artilugio de control en el interior de la casa para manejarlo, seguramente cerca de la ventana más próxima a la jaula.

Ahora ya han llegado a la puerta de entrada. Washington les facilita el acceso sin problemas, lo que le permite a Argylle tomarse una fracción de segundo para calmarse. Una vez en el interior ven un recibidor con una escalinata para subir y, detrás de una puerta de doble hoja a la izquierda, una espaciosa sala dominada por un ornamentado carrusel de color turquesa y dorado del que cuelgan cuatro columpios pintados con tonos llamativos. La barra central del carrusel se adentra en el suelo hasta el sótano. Argylle supone que abajo debía de situarse algún criado para hacerla girar a mano.

En un extremo de la sala hay una tarima elevada para los músicos, construida de madera pulida. El empapelado es de seda azul celeste con estampado de pajaritos amarillos. En la pared derecha hay un magnífico rosetón de vitral que proyecta formas lumínicas de colores que danzan sobre el reluciente suelo de caoba. En el fondo de la sala hay otra ventana, prácticamente una rendija y, junto a ella, un artilugio mecánico, una especie de caja, que Argylle supone que estará conectado al autómata del exterior.

La estancia situada del otro lado del recibidor es asombrosa, enorme, con un alto techo abovedado decorado con un fresco de nubes y ángeles y rodeada de hornacinas arqueadas. Cada una de las hornacinas está forrada con paneles de espejos interconectados, biselados de forma que la luz se refracta sobre sus contornos angulosos. En medio de la sala se levanta una columna central con multitud de teselas de espejo donde se reflejan las hornacinas también cubiertas de espejos. Enormes lámparas de araña cuelgan de los techos y los espejos se reflejan en cada uno de sus cientos de cristales. El efecto total tiene el objetivo de que el visitante se sienta atrapado por una ilusión óptica destellante.

Argylle escudriña el espacio con la mirada y localiza el visor parpadeante de una cámara de seguridad en la parte más elevada del

techo, al fondo de la sala. Mira a Carter con una ceja enarcada para preguntarle qué hacer, pero ella niega con la cabeza.

—Coffey lo tiene todo cubierto, no sufras —dice.

Están buscando una entrada a las mazmorras, que saben, gracias a los archivos de Coblenza, que se encuentran en el subsuelo de este espacio. Argylle envía a Quinn y a Schneider a registrar la única habitación que queda en la primera planta, la cocina, a la que se accede por una puerta situada por detrás de la escalera. Al principio cree que Schneider podría negarse a hacerlo; no ha ocultado su desacuerdo con que Argylle dirija la misión por creer que no está preparado. Se produce un distanciamiento momentáneo, pero después, Schneider sigue a Quinn hasta la puerta con una expresión resignada aflorando ligeramente en su rostro de rasgos marcados cuando pasa junto a Argylle.

—Muévete, colega —lo apura Wyatt.

Wyatt y Argylle registran a toda prisa las habitaciones de la planta de arriba, aunque Argylle está seguro de que lo que están buscando se encuentra en el sótano y no en el piso superior.

Arriba hay un enorme baño de mármol con un techo dorado y ornamentado. Un lujoso diván con tapicería de terciopelo se encuentra junto a una elegante bañera convenientemente ubicada delante de una chimenea.

—Me imagino que en este lugar habría *boucú du plesir* —dice Wyatt sonriendo con malicia.

Argylle ni siquiera está escuchando. Lo único que oye es el latido de sus inquietas pulsaciones en la cabeza, lo que le impide estar de cháchara.

Al llegar a la puerta de la siguiente habitación duda un instante.

—¿Crees que es aquí donde Naumann instaló la Cámara de Ámbar? —le pregunta a Wyatt, echando un vistazo a la suntuosa alcoba con su cama con dosel.

Piensa en la joven Nathalie Chabert, sola, conducida en plena noche hasta este extraño edificio en medio del bosque. ¿Se arrepentiría de su decisión antes de entrar por la puerta? Piensa en Rudolf Naumann, quien ya había perdido cualquier contacto con la realidad,

arriesgándolo todo por poseerla en el contexto de uno de los mayores tesoros del planeta; el entendido en arte sujetando a esa hermosa joven sobre la deslumbrante superficie de la Cámara de Ámbar como si fuera una mariposa clavada con alfileres.

Se topan con Schneider y con Quinn en el vestíbulo de la planta baja.

—Hay una puerta trasera en el exterior, pero está sellada por detrás de una rejilla metálica —dice Quinn—. No hay acceso al sótano.

Se reúnen con los demás, que han estado registrando la Salle de Miroirs en busca de una puerta secreta.

—No hay nada —informa Corcoran.

Argylle piensa en el diario de Henri Dumas. «Tras caer a través del espejo», le había escrito a su hermana. El instinto le dice que lo que están buscando se encuentra en esa habitación.

—Volved a mirar —ordena—. Golpead las paredes para ver si encontráis algún espacio que suene a hueco.

Es consciente del paso del tiempo. No sabe cuánto les queda hasta que alguien se percate de que el sistema de seguridad ha sido desconectado.

—Probad con la hornacina del fondo de la sala, la que tiene el espejo un poco descolorido por un lado. —La voz de Coffey por el pinganillo lo pilla por sorpresa.

—Pero ¿cómo…? —Se calla porque se da cuenta de que ella los está siguiendo a través de la cámara de seguridad.

—¡Aquí! —grita Corcoran, quien ha ido a inspeccionar el lugar.

Argylle llega corriendo y ve que hay un enorme panel de espejos en el centro de la pared con hornacinas que se ha abierto deslizándose hacia un lado y ha dejado a la vista una pequeña puerta por la que incluso Carter debe agacharse para cruzar. Argylle enciende la linterna para llamar la atención de la persona corpulenta que se encuentra en la retaguardia del grupo.

—Casner, tú quédate aquí para vigilar. Los demás, seguidme.

Entonces desaparece y deja a Martin Casner acompañado por sus cientos de versiones reflejadas a sus espaldas sobre cada una de las superficies de la habitación.

39

El pasadizo donde se encuentran es estrecho y húmedo. Argylle roza el techo con la cabeza y un escalofrío le recorre el cuerpo cuando se imagina a los prisioneros que debieron de recorrer este mismo pasillo lúgubre, el miedo que les atenazaría el corazón, el eco de su respiración retumbando entre las húmedas paredes de piedra. Se pregunta qué pensaría Henri Dumas al ser conducido hasta allí por segunda vez. ¿Sería consciente de que jamás volvería a salir? ¿O creería que iba a seguir teniendo suerte?

La planta del sótano resultar ser un laberinto de habitaciones. En una de ellas, Argylle ve la base de la columna central del carrusel de la sala superior; desciende a través del techo y encuentra una manivela de madera cerca del pie para hacer girar el artilugio de arriba. Sin embargo, la mayoría de habitaciones son espacios pequeños, húmedos y sin ventanas en las que podría haber sido retenido un prisionero en aislamiento con la compañía exclusiva de las ratas para oír sus gritos.

Llegan a una cámara más grande y Argylle se estremece al ver dos enormes ganchos de hierro en el techo y, a la altura de los tobillos, una pesada cadena enrollada en el rincón y sujeta a la pared con una argolla metálica por uno de los extremos. La habitación contigua es del mismo tamaño, pero en el centro posee una bañera de hierro colado. Justo encima hay una barra de madera colgada a lo ancho.

Retrocede a toda prisa y cierra la puerta de golpe al recordar la fotografía de archivo del prisionero desnudo con las piernas encadenadas al techo y la cabeza sumergida en el agua de la bañera. Ni Wyatt ni él dicen nada.

Argylle ha dividido al equipo en dos parejas; cada una de ellas se encarga de una sección y va gritando «¡No!» en cuanto han registrado

la habitación que les toca. Argylle y Wyatt están a medio camino del pasillo cuando oyen a Quinn gritar: «¡Aquí!».

Cuando llegan hasta donde se halla Quinn la ven en un espacio de tres metros cuadrados con las paredes de ladrillo vista y el techo bajo y abovedado. La bóveda crea hornacinas arqueadas en las paredes, cada una de ellas soportada por dos columnas de ladrillo. Argylle las cuenta: son seis.

Funcionará.

Hay un estante de madera encajado de lado a lado en la hornacina más espaciosa, lo bastante largo como para que una persona se tumbe encima. Pero no lo bastante ancho. Entonces Argylle piensa en lo que Henri Dumas debió de sufrir durante los años previos al encierro en esta habitación. La hambruna. Los trabajos forzados. Las enfermedades que debieron consumirlo físicamente. Lo piensa mejor.

Al fin y al cabo, puede que el estante sí fuera lo bastante ancho.

En un lateral de la habitación ve un pesado grillete metálico enroscado a la pared, aunque no localiza más evidencias de trato vejatorio. Con todo, está seguro de que este es el lugar donde Henri Dumas fue retenido después de ser desenmascarado como miembro de la familia d'Avignon. También fue aquí donde pasó su última noche tras negarse a la reconciliación con su familia y a traicionar sus creencias, donde garabateó con furia el cuaderno que Argylle había sostenido entre sus manos enguantadas en los archivos de Coblenza.

«Escribimos lo que pudimos tras los muros de nuestra vida». Las palabras de Dumas están grabadas en la memoria de Argylle, pero las paredes de esta habitación son de ladrillo vista. No hay escondites posibles. Sin embargo, ordena al equipo que palpen las paredes con las yemas de los dedos, que pasen las manos sobre los ladrillos para ver si hay un lugar donde el mortero esté suelto y pudiese haberse ocultado algo por detrás.

Nada.

Se siente abatido por la decepción. Tenía el convencimiento de que descubrirían algo, pero vuelven a estar en un callejón sin salida.

—¿Alguien más ha encontrado algo?

Todos niegan con la cabeza. Uno de ellos ha encontrado una

habitación llena de viejos botes de pintura; otro, una pila de vallas podridas.

—Parece que hemos llegado al final del camino, ¿no, Aubrey? —comenta Schneider sin molestarse siquiera en ocultar su tono burlón.

Argylle se golpetea el muslo con los dedos en un intento por contener la rabia creciente.

Como si pudiera adivinar cómo se siente Argylle, Quinn se interpone entre él y Schneider.

—Todavía puede que sea el lugar indicado. Es decir, han pasado décadas desde que Dumas estuvo aquí. ¿Quién sabe qué cambios podrían haberse producido en esta habitación desde entonces?

—Entonces, lo único que necesitamos es una máquina del tiempo —responde Schneider—. ¡Brillante!

—Tiene que haber alguien que conozca este sitio —sugiere Carter—. Un viejo guardián de la casa o algún historiador que pueda contarnos qué ha cambiado desde la guerra. Yo tengo mi equipo en la mochila. ¿Queréis que hackee la base de datos de Fontainebleau y vea si puedo conseguir algún teléfono?

—Sí, claro, vamos a contarle que estamos en pleno allanamiento en uno de los edificios del palacio y que está costándonos encontrar lo que buscamos.

—Cierra el pico, Schneider. Me haré pasar por una estudiante, diré que estoy preparando una disertación o algo por el estilo. A los expertos les encanta tener la oportunidad de demostrar por qué lo son.

—Una idea genial, Carter. Sube al piso de arriba, allí hay cobertura; nosotros seguiremos con el registro aquí abajo.

Argylle no tiene muchas esperanzas de que a Carter le vaya bien, pero no se le ocurre otra idea mejor y quiere poder contarle a Coffey que al menos lo han intentado todo.

Envía a los equipos a registrar de nuevo el lugar con la esperanza de que, contra todo pronóstico, den con algo que a él se le haya pasado por alto la primera vez.

Quince infructuosos minutos después, Carter va a buscarlo a la habitación abovedada con mirada sombría.

—He encontrado un ensayo académico publicado por Oxford

University Press sobre castillos franceses usados como prisiones nazis y cámaras de tortura durante la Segunda Guerra Mundial. La Maison du Plaisir aparece bastante. El ensayo fue escrito por un profesor de la universidad y he conseguido su contacto a través del directorio del personal que tienen en la web. Ha dicho que estuvo aquí en la década de 1990 y que recordaba esta habitación. También que en el pasado fue una cava de vinos, pero que ya no estaban los estantes y que, cuando la visitó, solo quedaba el aislamiento.

—¿El aislamiento?

Carter asiente, con el gesto torcido.

—Las paredes estaban cubiertas de paneles, Argylle.

Se siente descompuesto. Ahora que Carter lo ha dicho, ve en uno de los rincones, donde una columna divide la pared hundida de una hornacina, un tablón corto agujereado, como si algo hubiera estado clavado allí.

«Tras los muros de nuestra vida». Si alguien hubiera escondido una pista sobre el paradero de la Cámara de Ámbar detrás de las paredes aisladas con paneles de madera, está claro que hace tiempo que habría desaparecido.

—Esperad un momento —dice Washington, que mide uno ochenta y ha permanecido sentado en un banco para no tener que agacharse ni chocar contra el techo bajo—. Cuando antes estábamos registrando esto en parejas, Schneider ha dicho que había encontrado una habitación llena de madera.

Matt Schneider levanta la vista desde la pared contra la que está apoyado con expresión de aburrimiento.

—Madera no, solo una valla rota y podrida.

—Enséñamelo.

—Tranquilízate, Argylle, ya te he dicho que no es lo que estás buscando.

—Enséñamelo.

Schneider se separa de la pared dándose impulso, como si lo que estuvieran pidiéndole supusiera rebajarse, y los conduce por el pasillo situado en cabeza de grupo. Doblan una esquina, luego otra, y llegan a un final sin salida.

—Pero qué… —murmura Schneider.

—Por aquí —los llama Washington desde detrás—. Aquí es donde hemos estado antes.

Lo siguen hasta un pasillo más corto que parte desde el principal, donde hay solo dos puertas.

—Aquí es donde ha estado Schneider antes.

Argylle empuja la puerta para abrirla. En el interior hay una habitación estrecha y cubierta de estanterías que debió de ser un almacén. Las baldas están casi todas vacías, aunque sobre unas pocas hay latas oxidadas y botes de productos de limpieza cuyas etiquetas están tan deterioradas que son ilegibles. Apoyadas contra la pared del fondo hay dos pilas de lo que sí parece, a primera vista, ser una valla vieja y rota. Sin embargo, tal como comprueba Argylle al acercarse a los montones, en realidad son paneles de madera arrancados de algún sitio. Los tablones son delgados y, sin duda, muy antiguos, aunque no tanto como la casa. Él calcula que de principios del siglo pasado. Desde luego, de antes de la Segunda Guerra Mundial.

Llama a Carter y a Washington. No hay espacio para más personas en la habitación.

—¿Qué estamos buscando? —pregunta Carter.

Argylle se encoge de hombros.

—¿Algo que estuviera clavado a los paneles, quizá?

Pero incluso mientras lo está diciendo, Argylle es consciente de lo inútil que suena. Los paneles están astillados y son quebradizos, como si hubieran estado allí almacenados durante años. Si de verdad provenían de la celda de Dumas y él hubiera conseguido clavar un mapa o alguna indicación por detrás de uno de ellos, las probabilidades de que hubiera pasado desapercibido durante todo ese tiempo son menos que cero.

Los tres empiezan a rebuscar entre las pilas de madera. Los paneles están en muy malas condiciones. Argylle se clava hasta el fondo del dedo una astilla al agarrar uno. Sin embargo, se toma su tiempo para ir separándolos uno a uno y examinarlos bien por ambas caras.

—Schneider, alúmbrame con tu linterna. Está oscuro de narices.

El aludido entorna los ojos antes de acercarse con parsimonia para

apuntar con la linterna que cuelga de su mano.

—Es una pérdida de…

—Más arriba.

Argylle sigue revisando los tablones, y entonces…

—Acerca la luz.

Los otros dejan lo que están haciendo alertados por el tono de voz de Argylle. Incluso Schneider olvida su estudiado desprecio cuando Argylle deposita en el suelo el panel que ha estado examinando y lo coloca con la cara barnizada hacia abajo para que el clavo oxidado que lo mantuvo en su lugar en el pasado apunte hacia arriba.

Los cuatro lo miran con detenimiento bajo el haz de luz amarilla.

—¡Madre mía! —susurra Washington.

Allí, dibujado con algún objeto punzante en la parte inferior del panel, intacto salvo por una astilla de madera que falta, se ve algo bastante similar a un mapa.

40

En el cuartel general de la CIA situado por debajo de la planta de productos químicos agrícolas en la zona rural de Delaware —donde, hace menos de seis meses, un Aubrey Argylle muy distinto captó por primera vez el interés de la Agencia—, Joe Quintano observa, concentrado, el banco de monitores que tiene delante. Hay algo en la pantalla más alejada de su asiento que llama su atención; se inclina hacia adelante para verlo de cerca. «Virgen Santa».

Levanta el teléfono que tiene sobre la mesa de escritorio.

—Jefa, tiene que venir ahora mismo.

Unos segundos después, Frances Coffey está del otro lado de la mesa de Joe Quintano, acompañada por su olor a tabaco. «Así que ha vuelto a fumar. Las cosas deben de ir como el culo».

—Mire —señala la pantalla—. Estas son imágenes del satélite Helios en las que se ve el edificio en el que está el equipo. Y estos de aquí —señala el grupo de puntos en movimiento de color naranja que avanza por el bosque hacia la cara oeste del edificio— son problemas.

—Ponme con Defoe.

Dan Defoe es el nombre en clave que Dabrowski usa en las escasas ocasiones en las que tiene que hablar con alguien en el cuartel general de Delaware. Escogió ese alias él mismo como guiño al creador de *Robinson Crusoe*. La historia de un náufrago atrapado en una isla desierta le tocaba la fibra. Solo Coffey conoce su verdadera identidad. En cuestión de un minuto, Coffey tiene los auriculares puestos y la han conectado con la granja de Montana desde donde le habla el hombre más solitario del planeta.

—¿Está viendo eso, jefa?

—Sí, Dan, lo estoy viendo. ¿Es otra excursión de ciclistas?

—Puede que sí. Pero los he estado siguiendo desde que aparcaron.

Han ido directamente hacia la casa. Sin tomar otros caminos ni desviarse.

—¿Puedes darme la visual del vehículo? —le pregunta Coffey a Quintano.

—Un momento.

Quintano teclea un comando y en una pantalla diferente aparece una imagen satélite con mucho grano de un monovolumen de color oscuro parecido al del equipo de la Agencia. Está estacionado a un lado de la carretera, a aproximadamente un kilómetro al oeste de la Maison du Plaisir. En el exterior se ve la silueta de alguien caminando de un lado a otro, hablando por teléfono o con un walkie-talkie.

—Amplía la imagen.

Coffey mira de cerca la pantalla y, aunque la imagen se pixela al ampliarla, es posible distinguir una venda blanca sobre el ojo del hombre.

—¡Sácalos de ahí! —grita Dabrowski, quien ha seguido los mismos pasos que Coffey y sabe muy bien lo que acaba de ver.

Coffey ya está comunicándose por radio.

—Argylle. Tenéis compañía. Abortad. Ahora.

No hay respuesta, solo ruido blanco.

—Hemos perdido la conexión, jefa —dice Quintano, con su bello rostro compungido—. A lo mejor está en el sótano.

—Inténtalo con los demás. Alguien debe tener cobertura.

Quintano se vuelve hacia su ordenador, pero por su ceño fruncido queda claro que no hay buenas noticias.

—Vamos… —masculla Dabrowski a través del auricular de Coffey mientras sigue los puntos naranjas de la pantalla y comprueba lo cerca que están de su objetivo.

A Coffey se le van tensando los músculos del estómago uno a uno, como si estuviera subiendo la cremallera de una chaqueta ceñida. Todas esas vidas a su cargo. Cada uno de ellos, compañero de alguien, hijo de alguien, hermana de alguien.

—Nada, jefa —anuncia Quintano con tono sombrío—. O están todos en el sótano o…

Coffey termina la frase de Quintano por él.

—O quienquiera que esté al mando de esos puntos naranjas está interceptando nuestros mensajes. Dan, ¿tienes acceso a las imágenes de las cámaras de seguridad del interior de la casa?

—Estoy en ello, jefa.

Quintano vuelve a mirar la pantalla.

—Demasiado tarde. Ya han llegado. Nuestros chicos son presa fácil.

41

Cuando te permites sentirte satisfecho de ti mismo, empiezan los problemas. Argylle lo sabe y, con todo, mientras sube la escalera con el panel de madera bajo el brazo, durante un instante siente una gran satisfacción personal. Misión cumplida.

Casner se muestra inquieto cuando atraviesan la puerta secreta.

—Me ha parecido oír algo ahí fuera.

Todos se detienen. Escuchan con atención.

A lo lejos se oye un avión que los sobrevuela. Un pájaro que grazna.

Argylle exhala.

—Nos vamos de aquí —dice por el pinganillo, pero sigue sin tener señal—. Carter, ¿puedes volver a conectarnos? —le pregunta a su compañera, aunque no está preocupado.

Han perdido la conexión al descender al sótano y podría tardar unos minutos en volver, pero Coffey seguirá vigilando por las cámaras de seguridad, no le cabe ninguna duda.

Coffey no despega los ojos de la pantalla, en la que puede ver a los miembros del equipo avanzando por la Salle de Miroirs, mientras da instrucciones secamente a un hacker de la Agencia Nacional de Seguridad para que desconecte cualquier dispositivo codificador que los rusos estén usando para bloquear su recepción de radio. Está tan concentrada que al principio no entiende lo que Dabrowski le está diciendo.

—Alarmas detectoras de humo.

—¿Qué?

—No hemos tenido tiempo de decodificar la señal. Podemos activar las alarmas de humo.

Coffey mira fugazmente la pantalla, donde las imágenes en directo vía satélite muestran que los puntos naranjas están acercándose. ¿Cuántos son? ¿Doce? ¿Quince? Si el equipo cae en una emboscada, habrá un baño de sangre.

En cuestión de segundos, la directora de operaciones está al teléfono con Barney Watterson, director del CCIE en Frankfurt.

—Tienes que activar las alarmas —le ordena a Watterson.

—Pero eso también activará las persianas de cierre automático en caso de incendio. Si hay agentes en el interior, quedarán atrapados.

—Ya nos las apañaremos. Tú hazlo, Barney. Por favor.

La alarma empieza a emitir su sonido estridente cuando el equipo llega al vestíbulo. Se repliegan hasta la Salle de Miroirs justo cuando la puerta de entrada se abre de golpe con un poderoso estrépito.

Aparecen tres hombres vestidos de negro de pies a cabeza, con casco y la cara cubierta hasta la nariz. El primero se tira de golpe al suelo, levanta el rifle, se lo coloca en el hombro y dispara; todo en un solo movimiento fluido. Argylle, en la retaguardia del grupo en retirada, espera a que la bala impacte y se queda paralizado cuando uno de los espejos de la columna central acaba hecho trizas; el ruso lo ha confundido con su imagen reflejada.

A su izquierda, Wyatt devuelve el fuego y el tirador enemigo cae de espaldas. Sin embargo, la sensación de alivio es fugaz, ya que otros tres soldados lo sustituyen con sus armas listas. El primero del equipo de Argylle ha llegado a la puerta secreta situada al fondo de la habitación. Al final del grupo, Wyatt y Carter tienen las pistolas preparadas, pero los otros los superan en número y armamento, sobre todo porque Argylle, que sujeta el panel de madera, no puede sacar su arma.

Otro tirador levanta su rifle y apunta; esta vez, Argylle sabe que no va a fallar. En cuanto suelta el panel y se lleva la mano a la cartuchera se oye un fuerte zumbido y uno de los rusos grita y hace un gesto señalando al techo. Distraído por un instante, su camarada arrodillado mira hacia arriba y ve una pesada persiana metálica que desciende a

toda velocidad. El primer hombre posa una mano en el hombro de su compañero y se lanza al suelo de cabeza para colocarse justo debajo de la persiana en descenso, tal vez con la esperanza de bloquear el cierre con el cuerpo o porque imagina que tendrá tiempo de pasar por debajo. Sin embargo, acaba clavado al suelo, gritando por el agónico dolor cuando la persiana cae del todo, estrepitosamente, y lo aplasta.

El resto del equipo ya ha entrado por el pasadizo secreto, pero el trío que va en la retaguardia no lo tiene claro; están horrorizados ante la agonía del ruso, que ha dejado de chillar, aunque todavía mueve los labios. Su mirada de ojos negros y aterrorizados se clava en el rostro de Argylle.

—No podemos dejarlo así —dice Carter.

—Échame una mano, Argylle —le dice Wyatt mientras cruza la habitación.

Cuando se acercan al hombre, ven claramente que está casi muerto. Tiene el rostro plomizo y los labios, que todavía se mueven, cianóticos.

—Al menos, vamos a sacarlo de ahí —sugiere Wyatt al tiempo que mete sus anchas manos por debajo de las axilas del ruso.

—Creo que es mejor que no lo…

Pero las palabras de Argylle quedan ensordecidas por el grito de Carter. Cuando Wyatt tira del ruso herido, la parte superior de su cuerpo se separa de la persiana y las piernas quedan atrapadas del otro lado de la rejilla metálica.

—¡Qué horror! —exclama Dabrowski. Coffey contiene la respiración mientras ambos contemplan en las cámaras de seguridad cómo el desgraciado ruso queda partido en dos.

—¿Hay otra salida? —quiere saber Coffey.

—No. La única está del otro lado de la persiana, pasando por debajo y por la puerta de entrada o la de la cocina, que creo que está cerrada herméticamente.

—¿Así que no están en mejor situación para salir que la de antes de haber activado la alarma?

—Salvo que ahora, cuando se abran paso, el elemento sorpresa jugará a nuestro favor.

No es suficiente y ambos lo saben.

—Tarde o temprano vamos a tener que desactivar la alarma para que la persiana se levante y puedan irse cagando leches de allí —dice Dabrowski—. Solo espero que podamos enviarles el mensaje de que estén listos para salir en cuanto se levante.

Coffey baja la vista para mirar el monitor y comprueba que siguen sin conexión de audio.

—Me temo que van a tener que llegar ellos solos a esa conclusión.

El equipo ha bajado a toda prisa hacia el sótano, el único lugar en el que pueden evitar el insoportable chillido de la alarma.

—No hay forma de salir desde aquí abajo. Lo único que necesitan los rusos es lanzarnos una granada por la puerta y nos freirán vivos —dice Schneider.

—Por eso tenemos que volver a subir y preparar un plan para cuando esas persianas se abran —dice Argylle.

—¿Por qué estás tan seguro de que subirán? —insiste Schneider.

Argylle se queda mirando a Carter, que toma la palabra.

—Porque es evidente que Coffey ha hecho saltar la alarma para avisarnos de que teníamos compañía. Y ya sabe que estamos atrapados. Quizá no puede hablar con nosotros, pero nos está viendo por las cámaras de seguridad. En cuanto estemos en posición y le hagamos una señal, ella apagará la alarma.

—¿Y si no lo hace? —pregunta Quinn.

—Sí que lo hará.

Argylle intenta transmitir con su tono de voz una seguridad que en realidad no siente. La verdad es que Frances Coffey es la única esperanza para el grupo. No hay plan B.

—Bien hecho, Argylle —masculla Dabrowski cuando el equipo reaparece en la Salle de Miroirs y se coloca en formación, con Wyatt,

Corcoran y Casner arrodillados en primera fila con las armas desenfundadas y los demás, por detrás. Argylle está en la retaguardia, con el panel de madera a buen recaudo bajo el brazo.

Coffey corta con Dabrowski y hace que Quintano vuelva a ponerla en contacto con el CCIE.

—Cuando dé la orden, desactiva la alarma y sube esa persiana…

El equipo ya está listo, con el cuerpo en tensión. Para Argylle, que tiene la responsabilidad de liderar la misión, cada segundo que pasa es como una vida entera. La alarma todavía suena con estridencia y su chillido reverbera en las terminaciones nerviosas de Argylle. Tiene la boca seca y tragar saliva parece imposible.

Junto a Quinn, a Carter le tiemblan los hombros.

Entonces el ruido se detiene y se produce una milésima de segundo de profundo silencio. En ese momento los alerta un traqueteo y, antes de que la persiana suba hasta la mitad, la primera línea empieza a disparar. Cogidos por sorpresa, los rusos disparan sin pensar y, como están de pie, las balas rebotan sobre la rejilla metálica ascendente; uno de los proyectiles acaba dándole al tirador justo entre los ojos. Cae al suelo junto a las piernas mutiladas de su colega y su boca describe un círculo perfecto dibujado por el horror.

Sin embargo, a esas alturas, los agentes de la fila central se han lanzado a la carga y los de la primera fila ya están de pie.

—¡Argylle! ¡Muévete! —Wyatt se ha vuelto y ha visto que Argylle está quieto, como pasmado, sujetando el panel por delante de él, con la mirada fija en un lado de la sala—. ¡Muévete, por el amor de Dios!

Cuando lo sacan de golpe de su ensimismamiento, Argylle vuelve a centrarse. Todo a su alrededor es caos, un estadillo de disparos y refriegas.

Noah Washington pone en práctica la única forma de combate que conoce: sus largas extremidades giran en todas direcciones y da un salto con una pierna extendida hacia adelante. Cuando su pie impacta contra la cara de uno de los rusos, el crujido de la nariz es tan potente que se superpone a los gritos y los disparos. Al ruso se le cae la pistola

y se desploma sobre el suelo, gira sobre sí mismo y se lleva las manos al bulto sangrante que antes era su nariz. Un salto más, y Argylle no se queda para ver dónde aterriza Washington, aunque sí oye el chirrido ensordecedor que sigue.

Corre hacia la puerta. Intenta proteger el panel a toda costa, pero una mano lo sujeta por el brazo e intenta retenerlo. Sin pensar, se vuelve de golpe y clava la esquina del tablón con el clavo oxidado que sobresale en el cuello del ruso que pretende quitárselo. El chorro de sangre que salpica toda la habitación, y que mancha la superficie de uno de los espejos más cercanos, le indica que le ha perforado la carótida.

—Fíjese en la imagen vía satélite —le dice Dabrowski a Coffey con urgencia—. Hay dos gorilas montando guardia a la salida del edificio y uno más en la parte de atrás. Aunque nuestros chicos consigan llegar a la puerta de entrada, estarán acabados en cuanto pongan un pie fuera.

—Tenemos que alejar a los rusos de la puerta principal. Distraerlos de alguna manera. ¿Se te ocurre algo?

—¡Argylle, tengo a Coffey!

Mientras la lucha continúa, Barney Watterson y su equipo de hackers del CCIE han estado trabajando en el consulado estadounidense de Frankfurt para burlar el software codificador ruso que obstruía la señal del equipo. Carter ha conseguido, por fin, reestablecer el contacto.

—Aubrey, tienes que decirle al equipo que aguante e ir a toda prisa a la sala del carrusel.

El alivio que siente Argylle al oír la voz de Frances Coffey se ve empañado parcialmente al saber que hay dos rusos armados con AK-74 apostados en la puerta de entrada.

A estas alturas, los rusos supervivientes del interior de la casa están arrinconados en la habitación y sus rifles les resultan casi inútiles en el

combate cuerpo a cuerpo.

—Wyatt, vuelve aquí y cúbreme. Los demás, preparaos para correr, pero no hasta que os dé la señal. Tenemos compañía en el exterior.

Los miembros del equipo vuelven a salir a la Salle de Miroirs y cierran de golpe la puerta de doble hoja. Esto les da cierto tiempo de ventaja, pero no mucho.

Siguiendo las órdenes de Coffey, Argylle se dirige a la habitación de enfrente y deja a Wyatt para que cubra la puerta y al resto del equipo en el vestíbulo, listos para escapar.

—Vale, Aubrey, quiero que actives el autómata.

—Pero ¿cómo…?

—Ya se te ocurrirá. Sé que puedes.

Argylle analiza a toda prisa la caja mecánica que había visto cuando entró ahí por primera vez; pasa las manos por todo el objeto hasta que encuentra una palanca en un extremo, que empuja hacia abajo sin detenerse a pensar.

No ocurre nada.

—Tiene que haber alguna manivela para que los pájaros vuelen.

Abre la puerta delantera de la caja y ve que Coffey ha dado en el clavo con su intuición. En el interior hay dos manivelas de madera, que Argylle gira a la vez. Están duras. Oponen muchísima resistencia, pero las fuerza hasta girarlas al máximo.

—Vuelve a intentarlo con la palanca.

En esta ocasión se produce una reacción inmediata. Se oye un fuerte gañido y un zumbido procedentes de la estructura del exterior cubierta por la lona; a través de la rendija de una ventana, Argylle ve ruedas dentadas y varias protuberancias apareciendo por debajo de la lona, como si algo cobrara vida en el interior. Los dos rusos apostados en el exterior parecen alarmados y empiezan a hablar a toda prisa entre ellos.

Mientras Argylle observa la escena por la ventana, los hombres se colocan de espaldas al edificio para acercase a la lona, con las armas preparadas.

—¡Ahora! —le grita a Wyatt, quien ordena a Quinn, Carter y Washington que salgan por la puerta principal, con un dedo sobre los

labios para indicarles que lo hagan en silencio.

Los tres miembros del equipo consiguen llegar al exterior mientras los rusos están sujetando la lona, cada uno por una esquina, para levantarla. Descubren una jaula del tamaño de una persona pintada de colores llamativos en la que dos pájaros mecánicos, uno amarillo y el otro azul, vuelan en círculo a toda velocidad gracias a un complicado sistema de guías. Pían al cruzarse en su vuelo rasante, sin llegar a chocar por escasos centímetros. En el preciso instante en que los anonadados Spetsnaz abren la portezuela de la jaula para mirar más de cerca, Quinn y Washington aparecen. Los empujan al interior, echan el cerrojo y vuelven a cubrir el armatoste con la lona; los rusos quedan atrapados y a oscuras con los autómatas, que siguen volando en círculo sin parar. A continuación se oyen una serie de gritos; bajo la lona, aparecen unos bultos con forma de codo y de rodilla. Luego, silencio.

—Ahora, salid de ahí —ordena Coffey.

Sin embargo, cuando Argylle llega a la puerta sujetando de nuevo el panel de madera, ve que los rusos que estaban arrinconados en la sala de espejos han disparado hasta hacer un agujero en la puerta de doble hoja y, aunque Corcoran, Schneider y Wyatt están reteniéndolos para impedir que lleguen al vestíbulo, es solo cuestión de tiempo que los superen en fuerza. Argylle debe sacar el panel de allí, pero antes de salir corriendo para conseguirlo, un ruso que ha logrado entrar por la puerta clausurada de la cocina lo ve y carga contra él.

Argylle no tiene otra escapatoria que regresar a la habitación de la que acaba de salir y refugiarse tras el carrusel. Cuando el ruso se acerca, Argylle suelta el panel y pone en marcha la atracción de feria tirando de uno de sus columpios y haciéndola girar, lo que provoca que los otros tres columpios levanten el vuelo impulsados por la fuerza centrífuga. Cogido por sorpresa, el ruso no tiene tiempo de reaccionar antes de que toda la fuerza de un asiento de madera suspendido en el aire le golpee en la cara y lo tire al suelo, aturdido. En ese momento entra otro ruso, más alto y corpulento que el anterior.

El carrusel sigue girando. Argylle sube de un salto al primer asiento

que pasa junto a él y, cuando ha girado ciento ochenta grados, se lanza sobre el ruso y lo derriba. Su arma se desliza por el suelo y, antes de tener tiempo de asimilar lo ocurrido, Argylle está sobre él y lo encañona a unos centímetros de la cabeza.

¿Puede hacerlo? ¿Puede apretar el gatillo para ejecutar a alguien a sangre fría?

El instante se hace eterno. Hasta que el ruso se mete la mano en un bolsillo de su chaleco y saca una granada; Argylle dispara y tuerce el gesto cuando la sangre le salpica la cara. Luego rodea corriendo el carrusel para recuperar el panel.

—¿Qué están haciendo, Glenn? ¿Por qué se están ocultando?

—No tengo visual.

A través de las cámaras de seguridad de la Salle de Miroirs, Coffey y Dabrowski ven que los rusos supervivientes están apiñados alrededor de algo que hay en el suelo, con las mochilas abiertas junto a ellos.

Uno de los rusos se levanta y retrocede; por fin pueden ver alrededor de qué estaban amontonados.

—Dios —dice Dabrowski—. Eso es un…

—Eso es lo que parece.

—Tendremos que volver a cerrar las persianas. Ahora mismo, y rezar para que no sea demasiado tarde.

En el vestíbulo, Wyatt mantiene abierta la entrada con un pie, lo que le deja las manos libres para disparar, a través de la puerta de doble hoja rota, a los rusos que todavía resisten en la sala de los espejos. Está flanqueado por Corcoran y Schneider. Argylle está a punto de reunirse con ellos cuando una bola de fuego se aproxima a toda prisa en dirección al vestíbulo.

—¡Tienen un lanzallamas, joder! —grita Schneider.

La bola incandescente impacta contra Corcoran, que cae al suelo y obstruye la salida, con la ropa en llamas, mientras dos rusos se acercan a la puerta trasera recién abierta. Uno de ellos les resulta

familiar. Lleva una venda en el ojo. Es Serguéi Denísov.

—Aubrey, voy a cerrar las persianas. Salid de ahí. ¡Ahora mismo! —la voz de Coffey aúlla con urgencia en el oído.

Pero no hay tiempo.

—¡Vamos! —le grita Argylle a Wyatt, que está en el suelo atendiendo a Corcoran.

El vestíbulo ya se ha llenado de humo, las alarmas se han reactivado y emiten su ruido ensordecedor. A continuación ocurren tres cosas: Wyatt y Schneider arrastran el cuerpo desplomado de Corcoran para sacarlo por la puerta y la cierran de golpe tras ellos, pero el fornido brazo de Denísov se alarga para agarrar a Schneider por el hombro. Al mismo tiempo, las persianas metálicas caen de golpe contra el suelo y atrapan a los rusos que quedan en el interior de la Salle de Miroirs. Cuando la persiana correspondiente también cae en la puerta de la habitación del carrusel y corta el paso a Argylle para escapar, él se desliza por debajo y, movido por la desesperación, encaja el panel de madera como tope para ganar unos segundos. Al final, logra entrar en la habitación del carrusel justo cuando el panel se parte y sus astillas salen disparadas en todas direcciones.

En el vestíbulo lleno de humo, Denísov cae de rodillas y empieza a recoger los restos del objeto que llevaba Argylle bajo el brazo. Sabe que es lo que Federov les ha enviado a recuperar. Mientras tanto, Argylle —mascullando una disculpa a los arquitectos y vidrieros, a los maestros canteros y a los amantes del arte, y hasta a la emperatriz Eugenia— se mete como puede por el rosetón, destroza quinientos años de historia y cae despatarrado sobre la grava, bajo una lluvia de vitrales y metal retorcido.

42

El viaje de regreso al Hôtel Beaux Rêves dura casi cuatro horas, pero nadie dice una palabra.

Han llevado a toda prisa a Tony Corcoran a un hospital privado en las afueras de París, donde un equipo de médicos está intentando salvarlo. Ha sufrido quemaduras de tercer grado en las piernas y el torso, y tiene una herida de bala en el pecho. Nadie sabe si va a sobrevivir. Es el mayor del equipo y sigue siendo un misterio para Argylle. Tan callado y reservado.

Cuando Argylle atravesó el cristal del rosetón fue Schneider quien le gritó mientras corrían hacia las bicis:

—¿Dónde está el panel? ¿Dónde está el puto mapa?

Y Wyatt, que lo había visto todo por la ventana del vestíbulo, respondió:

—¡Se lo ha cargado! ¡Lo ha usado como cuña para mantener abierta la persiana y lo ha destrozado!

Ahora nadie dice nada, pero Argylle percibe la acusación tácita en el silencio de sus compañeros, y es ensordecedora.

Ya de regreso en Bélgica, se separan sin mediar palabra. Cada uno va hacia su habitación, a esperar la reunión de la tarde en la que comentarán la misión.

A las siete se reencuentran en la sala de reuniones número uno.

Nadie mira a Argylle.

Coffey se conectará desde Estados Unidos, cortesía del programa Bright Eyes, antes de embarcar en un vuelo nocturno para reunirse con ellos en Europa mañana. Su imagen aparece en la pared blanca frontal de la sala gracias a un proyector conectado al portátil de Will Hooper. Sonríe al grupo desde una oficina anodina y anónima, en algún lugar de Delaware.

—En primer lugar, sé que estaréis ansiosos por conocer el estado de Tony Corcoran. La buena noticia es que está fuera de peligro.

Se oye un leve suspiro cuando los miembros del grupo exhalan al unísono.

—Todavía no conocemos su diagnóstico a largo plazo. Sigue en coma inducido, pero el primer injerto de piel en las quemaduras ha sido un éxito y la bala no le ha tocado los órganos vitales, así que su familia puede albergar esperanzas.

«Su familia», esas dos palabras se clavan como una espina en el corazón de Argylle.

—En segundo lugar, quiero agradeceros lo que hicisteis en Fontainebleau. Sé que fue duro. Y quiero expresar, sobre todo a Aubrey, quien dirigía la misión, mi más sincero agradecimiento por un trabajo bien hecho.

—¡Menuda estupidez! —El exabrupto procede de Schneider, incapaz de seguir conteniéndose—. Corcoran casi muere. Y ¿para qué? Para que Argylle destruyera lo que fuimos a buscar solo para salvar el culo.

—No seas injusto, Schneider —lo interrumpe Carter—. También evitó que se lo quedara el enemigo. Eso tiene que valer para algo.

Coffey frunce el ceño.

—Si estás refiriéndote al mapa, Matt, lo tenemos aquí mismo. Espera.

Rebusca entre unos papeles que tiene sobre la mesa de escritorio junto a ella, se oye el frufrú del papeleo por los altavoces del ordenador y levanta una hoja DIN-A3 con unas marcas claramente identificables.

Wyatt se endereza en el asiento.

—Pero si yo vi cómo quedaba hecho trizas… Los rusos estaban de rodillas recogiendo los pedazos. Yo lo vi.

—Ah, pero a lo mejor te perdiste la parte previa, cuando Aubrey, con gran inteligencia, levantó el mapa hasta el objetivo de la cámara de seguridad, porque sabía que nosotros podríamos capturar la imagen con una foto fija. O, para ser más precisa, lo levantó frente a un espejo situado en el ángulo justo para que pudiéramos captar la imagen reflejada y luego darle la vuelta.

Woody Wyatt recuerda entonces que cuando la persiana se levantó y él había vuelto a buscar a Argylle, se lo encontró plantado en el sitio, como hipnotizado. Y recuerda la rabia que sintió. «Pero bueno, no me lo puedo…».

—¿Cómo narices supieron los rusos dónde estábamos? —pregunta Argylle de golpe, cambiando de tema—. Lo del Monte Athos se podía explicar, pero esto… Parece que, vayamos adonde vayamos, allí están ellos, pegados a nosotros.

Coffey hace una pausa. Mira al grupo. Como su expresión por defecto es la sonrisa, cuando no aflora, su ausencia resulta impactante.

—¿Alguien usó ayer un teléfono satelital en algún momento inicial de la misión?

Los miembros del equipo intercambian miradas soslayadas entre sí. «¿Fuiste tú?». Al final, Martin Casner carraspea.

—Yo usé uno en Mónaco —dice a la defensiva—. Era la única forma de que los que no estábamos directamente implicados en la acción supiéramos qué estaba pasando cuando todos los planes cambiaron de repente.

Coffey suspira.

—Sabes muy bien que no hay que usar una línea encriptada en una situación tan delicada, Martin. Debiste darte cuenta de que los rusos estarían buscando cualquier señal de comunicación en clave.

—Es lo mismo que si te hubieras paseado por ahí con un megáfono gritando: «¡Escuchad esto!» —dice Will Hooper, negando con expresión de disgusto.

—A partir de ahora tendrán esa línea pinchada y recibirán una alerta en cuanto alguien vuelva a usarla. Lo que supongo que ya has hecho, Martin.

Casner parece realmente abochornado. Sin embargo, su tono denota cierta determinación cuando masculla:

—Una vez. Esta mañana, en el monovolumen hacia Fontainebleau.

—Su madre tiene cáncer —lo disculpa Washington en voz baja.

Coffey hace una pausa. Siente un pinchazo de culpabilidad, aunque su expresión sigue siendo pétrea.

—Lamento profundamente oírlo, Martin, pero no hay excusa para

poner en riesgo al equipo. Los rusos estarían intentando localizar esa señal. En cuanto tú la reactivaste, ¡pam! Fue como enviarles una invitación abierta.

—Entonces ¿no cree que ninguno de nosotros les haya pasado la información? —le pregunta Argylle.

—Pero ¿qué puñetas dices?

Con su imprecación, Schneider se gana una mirada fulminante de Will Hooper, quien está apoyado contra la pared frontal de la sala, moderando la reunión.

—Entiendo por qué podrías sentirte ofendido, Matt —continúa Coffey, ya serena—. Pero debes tener en cuenta que Aubrey es nuevo en el equipo y es del todo acertado que haga esas preguntas. La respuesta es que estamos seguros de que no hay filtración de información desde dentro. Con Dabrowski encerrado, el equipo es hermético. Ha sido un desliz por nuestra parte. Martin debería haber actuado de otra forma. No hay más que hablar.

Al salir de la sala de reuniones, Schneider pasa junto a Argylle dándole un empujón.

—Muchas gracias por mantenernos informados, colega.

En cuanto salen al pasillo, Argylle se coloca a la altura de Carter y Wyatt.

—¿Vosotros también estáis cabreados conmigo?

Carter se detiene y lo mira de soslayo.

—Debo admitir que tengo el corazón dividido, Argylle. Por un lado, reconozco que lo del mapa y el espejo fue una genialidad. Pero, por otro…, ¿cómo es posible que seamos los últimos en enterarnos? Se supone que somos tus compañeros de equipo, y algunas veces da la sensación de que no confías para nada en nosotros.

Ya en su habitación, Argylle no puede dejar de pensar en lo que ha dicho su compañera. ¿Confía en ellos, en esos nuevos compañeros de equipo? Cuando van de misión, siente que puede confiarles la vida… y

así lo hace. Pero…

Abre el cajón de la mesa de escritorio donde guarda su diario, desenrosca la tapa de la pesada estilográfica de plata que su madre le regaló cuando se marchó por primera vez de casa para ir a la escuela y agita en la mano la bala recuperada del Corán de Samra. Una vez más, repasa mentalmente los argumentos que justifican su aparición. El simple hecho de que el proyectil sea exactamente el mismo que el de la Glock reglamentaria de la Agencia no significa nada. Ni tampoco el hecho de que penetrara por la espalda de Samra. Hay explicaciones sencillas para ambas circunstancias.

Tiene que deshacerse de ella. Camina dando grandes zancadas hacia el diminuto aseo con sus sanitarios de color beis, levanta la tapa de la papelera con pedal y tira la bala en el interior.

Cuatro minutos y medio más tarde, vuelve a sacarla del cubo.

Cuando resulta que tus padres, las personas que más te quieren en el mundo, te han mentido durante toda la vida, desarrollas una intolerancia a la confianza que jamás te abandona.

Su móvil se ilumina por la entrada de un mensaje de texto, y vuelve a guardar la estilográfica en el cajón. El mensaje es de Quinn:

Tengo una botella de Courvoisier y necesito ponerme pedo. ¿Me acompañas?

Relaja los hombros. A lo mejor resulta que no se ha aislado de todo el mundo.

¿Necesitas preguntármelo? Voy para allá.

En su despacho de Delaware, Frances Coffey se quita los zapatos con suela de goma y, agotada, se masajea los pies mientras analiza la impresión del mapa de Henri Dumas que estaba grabado en un panel de madera y que ha sido digitalizado por un programa informático, gracias a la imagen de un espejo captada por la lente de una cámara de seguridad.

Los mejores cartógrafos y geógrafos de la Agencia han descifrado, a partir de los trazos y marcas diversas, palabras grabadas sobre la madera con temblorosas letras mayúsculas, algunas de ellas todavía útiles: MONTAGNE, CHEMIN, CHEMIN DE FER, PORTE, GRAND ARBRE (montaña, camino, vía del tren, puerta, árbol grande). Y otras, menos prácticas después de sesenta años: CAMP, POTEAU, CASERNE (campo, puesto, barracones).

Aunque a los prisioneros no les habían revelado ni nombres ni ubicaciones, Dumas desempeñó sin duda un papel protagonista en el diseño del proyecto, fuera cual fuese, y había obtenido una visión general, bastante completa, del solar. Gracias a los detalles del mapa, los expertos han sido capaces de ubicar la localización: una cordillera montañosa en Polonia, los Tatra, parte de una cadena más grande, los Cárpatos, que se extiende a lo largo de la columna vertebral de Europa del Este, desde la República Checa, cruzando Polonia y Eslovaquia, hasta Rumanía. Los especialistas tienen incluso el nombre de la ciudad más próxima, Zakopane, ubicada a los pies de la sierra del Alto Tatra, que antes de la guerra acababa de convertirse en el destino de moda para los esquiadores que es en la actualidad. Usándolo como punto de partida y siguiendo el mapa de Dumas, han sido capaces de trazar una ruta de unos ocho kilómetros desde la ciudad situada en la falda de las montañas hasta un pequeño centro turístico llamado Kira Leśnicka. A partir de ese lugar, las laderas de las montañas son cada vez más escarpadas y poseen distintos senderos que cruzan los valles y remontan las cumbres.

Por desgracia, el fragmento de madera perdido hace imposible acotar más la ubicación y, tras recurrir a la imagen por satélite de la zona y enfrentarse a las vastas extensiones verdes sin interrupción, Coffey se resiste a aceptar la dimensión de la tarea que tiene por delante. Ni siquiera sabe qué está buscando.

«Divídelo en partes», se dice a sí misma, como acostumbraba a hacer durante los años en los que pasó horas sentada en los archivos, rodeada de cajas polvorientas con carpetas e informes que no habían sido organizados de forma correcta desde su llegada a la Agencia. «Divídelo en partes más pequeñas». Divide la pantalla en una

cuadrícula, separa cada uno de los recuadros como imagen a toda pantalla y los analiza uno por uno. Amplía las imágenes; busca algo, cualquier cosa. Sin saber el qué, pero confiando en que lo reconocerá en cuanto lo vea. No puede delegar esta tarea en nadie. Ni tampoco querría hacerlo.

«Divídelo».

Cuando está observando el séptimo recuadro, algo la hace detenerse. A estas alturas, cuando ya lleva más de una hora mirando de cerca verdes copas de árboles, se pregunta si empieza a ver cosas que no están, como una especie de espejismo. Pero no, cuanto más mira, más convencida está de que hay algo; bueno, mejor dicho, de que falta algo, en el paisaje que está contemplando. Es una masa verde. ¡Más árboles! ¡Más rocas escarpadas! Pero ¿no parecen distintos los árboles de esta sección? Son más regulares. Hay menos troncos muertos que rompan la uniformidad del dosel arbóreo.

Con los pies encima de la mesa, junta las manos formando un triángulo, profundamente concentrada. Presiona el botón del intercomunicador.

—Mike, necesito a alguien que sepa de plantas. ¿A quién tenemos?

Randall sugiere un nombre de la facultad de Ecología de Harvard. Pero el instinto le dice a Coffey que no necesita un académico, sino a alguien con las uñas manchadas de tierra.

—¿Dónde irías para encontrar la selección más grande de plantas del mundo, Mike?

Randall hace una pausa.

—Bueno, una vez visité un lugar llamado Kew Gardens en Londres…

—¡Eso es! Eres un genio. ¿Puedes ponerme al teléfono con Kew Gardens?

Gerald Thomlinson tiene una voz que suena firme y resistente como los árboles a los que ha dedicado su vida profesional. El director de arboricultura de Kew Gardens ni siquiera se altera cuando tiene que llamar a alguien más joven del personal de recepción para que lo

ayude con algún tema tecnológico.

—Es curioso, recuerdo los nombres de, literalmente, miles de plantas, pero si me preguntan la contraseña de mi ordenador, me quedo en blanco. —Se encuentra en su oficina, aunque reconoce entre risas que «De despacho solo tiene el nombre»—. Sería más adecuado llamarlo alacena. —Luego hace una pausa mientras sopesa si Coffey habrá entendido la broma—. Uno nunca sabe si entenderán su sentido del humor del otro lado del Atlántico.

Por fin se acomoda y, desde su silla de Kew, contempla la misma imagen que Coffey a miles de kilómetros de distancia.

—Solo quiero saber si hay algo que le llame la atención en esta imagen. Por ejemplo…

—Esa línea de brotes verdes.

—¿Disculpe?

—Perdón por interrumpirla, pero supongo que se refiere a esa línea en que los árboles parecen más juntos, sin que se vean muchos huecos entre ellos. Bueno, en mi opinión, eso es un bosque recién plantado. En los bosques antiguos, algunos árboles habrán muerto con el paso de los años, por eso es de esperar que haya claros entre las copas de follaje, donde podría haber un tocón o desperdicios vegetales en el suelo. Si amplía la imagen de la zona justo encima, verá a qué me refiero.

Coffey lo hace y ve que hay una capa de residuos de madera en el suelo y un árbol caído ha dejado a cielo abierto el manto del bosque.

—Pero ¿y esa línea de ahí? —Pasa un dedo por la pantalla donde los árboles están mucho más juntos y no se ve ni un centímetro del suelo forestal, antes de recordar que Thomlinson no la ve.

Con todo, el instinto le dice que ambos se refieren a lo mismo.

—Sí, eso es muy interesante. ¿Ve que esa línea se extiende desde ese refugio para caminantes en el valle Chocholowska, perdone mi pronunciación, hasta la ermita del valle Kościeliska, pero no pasa por esta parte de en medio?

—¿Donde empieza la montaña?

—Exacto. Bueno, pues, según creo, en algún momento aquí hubo una vía de tren que se adentraba en la montaña. Pero la entrada debió

de permanecer tapiada durante un tiempo y la vía lleva tantos años en desuso que la vegetación la habrá cubierto por completo. En esa región se realizaban trabajos de minería, ¿lo sabía?

Cuando las piezas comienzan a encajar, Frances Coffey siente algo especial, como un cosquilleo en el interior de su osamenta.

—Sí, durante siglos se extrajo metal en las minas de toda la cordillera. Los alemanes las requisaron durante la guerra porque hay una sima rica en antimonio en el lugar.

—Me temo que tendrá que aclarármelo; sé mucho sobre plantas, pero soy profundamente ignorante sobre todo lo demás.

—Lo dudo mucho. El antimonio es un elemento semimetálico que se encuentra en la naturaleza. Las civilizaciones antiguas lo usaban en la medicina y la cosmética. También puede alearse con otros metales para endurecerlos y, si se añade antimonio a las balas de plomo, aumenta su resistencia y velocidad. Entenderá por qué era tan buscado durante la guerra. Además, en los montes Tatra, que forman parte de la estribación polaca de los Cárpatos occidentales, lo tienen a espuertas. Creemos que es posible que hubiera una fábrica de munición secreta en ese lugar, donde los nazis estaban fabricando armas.

—Perfecto. Entonces sería posible que existiera una vía férrea para el transporte de mercancías por la que sacar de allí el antimonio, y una especie de sistema de túneles en el interior.

—¿Una vía que cruzara esa montaña por dentro hasta el otro lado?

—Exacto.

—Y cuando los alemanes decidieron dejar de usarla, plantaron árboles para ocultar su existencia.

—Eso parece.

Después de que Coffey le haya dado las gracias a Gerald Thomlinson profusamente y haya colgado el teléfono, se queda sentada durante un rato. El cosquilleo de los huesos se convierte en una vibración que le recorre todo el cuerpo. Luego vuelve a meterse en el ordenador y entra en Google.

«Tren del oro nazi», teclea en la ventana de búsqueda.

43

Cuando no puedes salir de casa, y tu familia y amigos creen que estás encerrado en una prisión de máxima seguridad, y ya te has leído todos los libros de principio a fin y visto todos los vídeos, y no puedes soportar estar dentro de tu cabeza ni un minuto más, una granja en la zona rural de Montana se te antoja el lugar más desolado en la faz de la Tierra.

Mientras el ardiente sol de media tarde se clava como una hoja de cuchillo destellante en el suelo resquebrajado del patio, y las montañas lejanas muestran sus cumbres yermas al cielo sin nubes, Glenn Dabrowski se come un cuenco de Cheerios con los pies encima de la mesa y se mantiene ocupado viendo las imágenes de las cámaras de seguridad del Hôtel Beaux Rêves. La verdad es que cada vez pasa más tiempo metido en su estudio, mirando las pantallas. Le gusta sentirse conectado a algo, recordándose a sí mismo que hay un mundo ahí fuera en el que las personas se ocupan de sus quehaceres diarios.

Son poco más de las once de la noche en Bélgica y el vestíbulo está tranquilo. Solo se ve al técnico, Jim Ryder, zarandeando con ganas la máquina expendedora, que acaba de tragarse su dinero y se niega a entregarle su capuchino aguado en su blanco vasito de plástico. Dabrowski pasa a otra cámara, colocada en un pasillo cuya vacuidad produce un eco que resulta inquietante para su actual estado mental. Vuelve a cambiar y suspira al toparse con otro pasillo vacío. Sin embargo, justo cuando alarga la mano hacia el ratón para cambiar a otro punto de vista, se abre una puerta al final del pasillo y emerge una silueta.

Aubrey Argylle, con el pelo visiblemente alborotado.

Dabrowski comprueba el registro de habitaciones que tiene pegado en la pared junto al monitor para ver quién se aloja en ese dormitorio.

Se le dibuja una sonrisa en los labios. «Menudo cabrón con suerte», masculla en voz alta.

Argylle desaparece por la salida de incendios, situada al final del pasillo, que conduce a la escalera. Como no hay más señales de vida, Dabrowski cambia a la cámara instalada en el techo del descansillo de la primera planta. Argylle va subiendo por la escalera con la mano apoyada en el pasamanos. Su sombra se ve alargada en la pared de enfrente.

Cuando Dabrowski se prepara para volver a cambiar de pantalla, un movimiento en la parte inferior del monitor capta su atención: un borrón negro que, por desgracia, desaparece del ángulo de visión de la cámara. Dabrowski se inclina hacia adelante para verlo mejor justo en el momento en que una mano enguantada aparece por encima del pasamanos de la escalera que asciende. En dirección a Argylle.

Dabrowski siente una punzada incómoda y tensa en la caja torácica. La sombra de la pared de enfrente es borrosa, se ve con grano y distorsionada y no le da ninguna pista. Podría ser Erin Quinn, se dice a sí mismo. A lo mejor, Argylle se ha dejado algo en su cuarto.

¿Por qué iba a llevar ella, o cualquiera, guantes puestos en una noche calurosa de verano?

En el descansillo siguiente, la misteriosa figura de la escalera se detiene. Sigue siendo imposible dilucidar su identidad, como si quienquiera que sea conociera la posición de las cámaras de seguridad y cómo evitarlas. La sombra levanta el brazo izquierdo, con el codo doblado. Está sujetando algo que, al principio, solo es una forma borrosa, pero que se distingue al acercarse a la luz. Dabrowski se endereza en la silla. Deja de golpe el cuenco semilleno sobre la mesa. La mano derecha de la sombra enrosca algo en el cañón de la pistola que sujeta con la izquierda.

Durante sus años de servicio en la CIA, y en la Delta Force antes, Dabrowski ha colocado suficientes silenciadores y reconoce lo que está ocurriendo.

Enseguida contacta con el despacho de Coffey, pero le dicen que ella está en tránsito y que no se puede establecer contacto. «Soy Dan Defoe… Necesito que contactes con ella por la línea privada… Me da

igual si está a punto de subir a un avión», le dice a un aturullado Joe Quintano.

A bordo del vuelo transoceánico nocturno de United Airlines procedente de Newark con destino Amberes, discreta y anónima entre los demás pasajeros, estoicos y con gesto resuelto, Frances Coffey intercambia una sonrisa fugaz con su compañero de asiento. Se trata de esa sonrisa sin contacto visual, universalmente reconocida, que quiere decir: «Soy inofensiva, pero, por favor, no me hables». El hombre en cuestión, un director técnico de treinta y dos años, se siente aliviado. Ya ha supuesto que Coffey es una madre de mediana edad que, probablemente, viaja a Bélgica para conocer a su nuevo nieto; sabe, sin duda alguna, que la conversación con ella sería terriblemente limitada. Si alguien le preguntara a Coffey cuál es su superpoder, seguramente diría que ese; esa habilidad para convencer a las personas de que ya saben todo lo necesario sobre ella, y que esa condición de persona común y corriente no la hace merecedora del esfuerzo de entablar conversación.

«Señoras y señores, estamos a punto de despegar; rogamos apaguen sus dispositivos electrónicos», dice la voz impersonal de la sobrecargo.

Coffey mete la mano en el bolso y, tras una mirada rápida a la pantalla, pone el móvil en modo avión. «¡Oh, Dios! Está impaciente por cumplir las normas», piensa su vecino, con condescendencia, una milésima de segundo antes de que un inquieto Joe Quintano intente contactar con ella.

Dabrowski siente un peso plúmbeo en el estómago cuando Quintano le da la mala noticia.

—Ponme con Hooper —le ordena a Quintano—. Y dile que se meta en la boca tantos cigarrillos como pueda y que los encienda de golpe por debajo del detector de humos de su habitación.

—Pero si Hooper no…

—¡Hazlo!

Mientras espera, nervioso, Dabrowski cambia el ángulo de visión de la cámara del pasillo de la tercera planta. Si Argylle ya ha llegado a su habitación, tendrá más oportunidades. Al menos podrá ver por la mirilla de la puerta quién es su visitante, aunque eso no lo ayudará si resulta ser alguien en quien confía. Lo que es bastante probable.

Sin embargo, Dabrowski ve truncada esa esperanza cuando capta a Argylle en la tercera planta y ve que se ha detenido para leer algo en el móvil. Algo que está provocando que se dibuje una tímida sonrisa en su rostro.

A través de los auriculares, Dabrowski oye a Joe Quintano protestando contra alguien para luego volver a dirigirse a él.

—Lo siento, Defoe. Hooper dice que no tiene cigarrillos y que es un hábito asqueroso, y que no piensa hacer nada si no lo ordena Coffey.

—Dile que baje a la máquina de tabaco del vestíbulo y que compre un paquete de cigarrillos.

—Dice que si los enciende en la habitación, saltará la alarma.

A solas en su estudio de Montana, Dabrowski entorna los ojos hacia el cielo.

—Dile que si no lo hace enseguida, alguien va a morir, ¡joder! —Se le ha agotado la paciencia—. Y dile que si eso ocurre, se quedará sin trabajo y yo dedicaré el resto de mi vida a que jamás vuelva a tenerlo.

La sombra llega al descansillo de la segunda planta; la figura logra evitar continuamente los ángulos de visión de las cámaras de seguridad. Dabrowski cambia a la otra cámara, con la esperanza de encontrar vacío el pasillo de la tercera planta y de que Argylle esté ya, sano y salvo, en su habitación. El peso plúmbeo del estómago aumenta cuando ve al nuevo recluta más prometedor de Coffey todavía plantado en el mismo sitio que antes.

«¡Muévete, por el amor de Dios! —masculla Dabrowski—. ¡Sal de ahí!».

Cambio de cámara. Dabrowski vuelve al hueco de la escalera y ve a la sombra llegando al descansillo de la tercera planta, con la mano enguantada sobre el pasamanos.

Cambio de cámara. Ahora ve a Argylle por fin metiéndose otra vez el móvil en el bolsillo y avanzando por el pasillo.

«Venga». Dabrowski ya no ve el banco de pantallas de su desordenada mesa, ni las imágenes impresas y pegadas en las paredes, ni las montañas a través de la única y pequeña ventana del estudio. Todo su ser está concentrado en el pasillo borroso del hotel del polígono industrial, casi en la otra punta del mundo, donde un joven con el cabello alborotado se detiene frente a una puerta cerrada para rebuscar la llave, justo cuando la puerta de la salida de incendios se abre al final del pasillo.

«¡Lo ha hecho!».

Incluso sin el grito triunfal de Quintano, Dabrowski se habría enterado de que la alarma antiincendios ha saltado por la reacción de la figura que ve en pantalla: Argylle deja de girar la llave en la cerradura y se vuelve para mirar hacia el final del pasillo, donde la puerta que acababa de abrirse hace unos instantes se cierra de golpe.

A siete mil kilómetros de distancia, Argylle no está muy contento de volver a oír el sonido de una alarma antiincendios tan poco después de los traumáticos acontecimientos de la Maison du Plaisir.

—¿Qué está pasando? —le pregunta a Wyatt cuando ambos bajan juntos por la escalera.

—Ni idea.

Como clientes normales de hotel sacados a todo correr de su habitación a última hora de la noche, los dos saben que la explicación más plausible es una avería técnica o una falsa alarma, o que alguien esté fumándose un cigarrillo a escondidas. Sin embargo, como no son huéspedes normales no pueden descartar la posibilidad añadida de que se haya producido un ataque enemigo o que se trate de alguna otra táctica distractora. Salen al antepatio del hotel, donde ya hay reunida una multitud, todos con bolsas colgando del hombro o cruzadas en bandolera por debajo del pijama. Identificación. Pistola. Lo esencial.

Carter lleva una camiseta varias tallas más grande y una bolsa de tela en el hombro con el logo y las fechas del falso simposio de expertos en el transporte de residuos. A todos les entregaron una

cuando llegaron al Hôtel Beaux Rêves. Argylle todavía no se ha hecho a la idea de tener que usar la suya. Se queda mirando la pinta de Carter.

—No sabía que teníamos que ponernos elegantes…

Carter lo fulmina con la mirada.

—Y yo no sabía que hubiera que explicártelo todo como si fueras idiota… —replica.

Aparece Quinn, envuelta en una sábana.

—Lo sabía —dice Schneider.

—¿Sabías el qué?

—Sabía que eras de las que duermen desnudas.

—Eres gilipollas, Schneider.

En Montana, Dabrowski está tirado sobre su mesa, aliviado. Va pasando de una imagen a otra de las distintas cámaras de seguridad del hotel y ve cómo se van abriendo las puertas y van saliendo las personas, algunas todavía vestidas, otras luciendo todo tipo de extrañas vestimentas para dormir. Intenta identificar a la sombra esquiva que estaba persiguiendo a Argylle, pero ha desaparecido entre la marea de gente. Pasa a la cámara del exterior con vistas al aparcamiento del hotel, donde los huéspedes ya están reunidos. Reconoce la figura corpulenta de Alex Kellerman, el experto en explosivos, y a Brandon Reynolds, con el pijama puesto y cara de haberse quedado a dormir en casa de unos amigos del cole en lugar de estar trabajando para la CIA, y, más allá, a Matsyuk y Lawler. Al mirar con detenimiento al grupo, identifica a otros miembros de la patrulla que ya le resultan más familiares que sus propios hermanos y hermanas. Los cuenta. Vuelve a contarlos.

Faltan dos.

—¿Dónde está Washington? —pregunta Will Hooper.

—¿Y Casner? —añade Wyatt mirando a su alrededor con detenimiento.

Argylle levanta la vista hacia la fachada, a la altura de la tercera planta, intentando calcular cuál es su habitación. Hay una luz encendida en su cuarto. ¿La ha dejado así antes de ir a ver a Quinn?

Pensar en ella lo hace ruborizarse y se alegra de que la puerta del vestíbulo lo distraiga al abrirse. Aparece Martin Casner, con el ceño fruncido.

—Sabía que era una falsa alarma —masculla Casner en respuesta a la pregunta de Hooper—. Algún gilipollas habrá metido la pata.

Fulmina con la mirada a Argylle cuando lo dice, como si estuviera haciéndolo responsable.

La puerta de emergencia del hotel vuelve a abrirse y aparece la figura inconfundible de Noah Washington, que sale caminando estilosamente, con un llamativo pijama de seda con estampado de cachemir y un antifaz para los ojos levantado hasta la coronilla.

—Tranquilos, es que acababa de tomarme una pastillita para los nervios, eso es todo —les dice a Wyatt y Argylle—. Un hombre necesita su sueño reparador para estar guapo.

A diez mil metros de altura sobre el océano Atlántico, Coffey utiliza su teléfono satélite en el fondo del avión para acceder a su servicio de mensajería; se encuentra con las siete llamadas perdidas de Joe Quintano y un mensaje de voz donde le indican que llame a Dabrowski. Marca el número sin perder de vista a los pasajeros adormilados a solo unos metros de distancia.

—Entonces ¿van a por Argylle? —le pregunta en voz baja a Dabrowski después de que él le haya explicado lo ocurrido en el hotel. Habla con tono calmado y sereno, sin revelar el vuelco que le ha dado el corazón ante la confirmación del gran peligro que corre su nuevo recluta más prometedor.

—Eso parece. Eso que ha descubierto, o que cree haber descubierto, lo ha convertido en un blanco humano. Creo que deberíamos ponerle protección adicional.

—No estoy segura de que sea lo más inteligente. Los otros se olerán que hay gato encerrado, y la persona que estamos buscando se

ocultará.

Oye el profundo suspiro de Dabrowski a pesar, incluso, de los miles de kilómetros de aire vacío que los separa.

—Está bien, pero avíselo. Es lo mínimo que podemos hacer.

44

El niño pequeño disfrazado de Superman sube tercamente a lo más alto de la estructura de madera, mientras Frances Coffey retira la tapa de su café en vaso grande y sopla, en un intento de que el líquido adquiera una temperatura apta para beber. La directora de operaciones ha llegado directamente desde el aeropuerto y cada célula de su cuerpo aúlla de agotamiento.

Es un día despejado y el intenso sol hace que la brisa fresca no resulte fría; por esa razón, incluso con la cabeza gacha, Coffey se da cuenta de que alguien le tapa la luz.

—Muchas gracias por venir.

Aubrey Argylle se deja caer en el banco junto a su jefa y esboza una sonrisa de medio lado. «Como si tuviera otra opción», insinúa sin palabras.

—Parece cansada —le dice, y Coffey se sobresalta.

No es habitual que alguien le haga un comentario tan personal. Es la directora de operaciones de una gigantesca organización nacional. Mantener cierta distancia es vital cuando pides a la gente que ponga su vida en tus manos. La autoridad es primordial. Con todo, tal vez la fatiga que siente le hace bajar la guardia, porque no reprende a Argylle.

—¿Sabes? La gente de la Agencia no suele preguntarme cómo me siento ni comentar qué aspecto tengo —dice ella.

—A lo mejor necesitan que no sea humana.

Coffey asiente con la cabeza. Este chico es muy perspicaz.

—En cualquier caso, ya he dormido un poco, así que estoy bien. Asumo que es más de lo que tú puedes decir.

—¿Ya se ha enterado de lo de la alarma de incendios?

—Sí.

Argylle tiene la mirada fija en ella. La está analizando.

—Usted ordenó que se activara, ¿verdad?

—Así es. O, para ser más precisa, fue autorizado por mi departamento, en mi ausencia pero con mi consentimiento. La verdad es que eres un hombre con suerte, Aubrey. No puedo especificar más, pero tienes un ángel de la guarda velando por ti. Anoche, él nos avisó de que estabas en grave peligro y activamos la alarma.

—Pero ¿cómo iba a estar en peligro en el hotel, con mis compañeros de equipo?

Coffey no responde. Sabe lo inteligente que es Argylle y que ya conoce la respuesta a su propia pregunta.

—Te llevaste algo del cuerpo de Asif Samra en la playa del Monte Athos. Creo que era una de nuestras balas.

Él no oculta su sorpresa.

—Pero ¿cómo…?

—Da igual cómo lo haya averiguado. Lo que importa es por qué no me lo habías contado.

Ahora es Argylle quien no responde, así que Coffey insiste.

—Es porque no confías en mí, ¿verdad? Porque sospechas que hay un traidor en el equipo y crees que la traición podría llegar hasta los puestos más altos.

Argylle se tamborilea la pierna con los dedos y no dice nada.

—Anoche —continúa Coffey—, alguien armado se detuvo un instante para colocar un silenciador en su pistola y luego te siguió por los pasillos del hotel. Creo que lo viste.

Argylle niega con la cabeza. Luego transige.

—Sí que vi algo. Al final del pasillo. La visión fugaz de una mano. No la vi con claridad. A lo mejor empuñaba una pistola. A lo mejor no.

—Entonces ¿por qué no te disparó?

—Porque saltó la alarma de incendios.

—¿Y por qué saltó la alarma? ¿Entiendes lo que digo, Aubrey? Activamos la alarma porque estamos de tu parte. Te protegemos. Y queremos lo mismo que tú: descubrir quién está traicionando al equipo.

Justo delante de ellos, el niño disfrazado de Superman ha llegado a lo alto de la estructura de escalada. Se vuelve para saludar a sus padres con la mano, que están sentados en el banco de enfrente a Argylle y Coffey; el pequeño pierde el equilibrio y cae al suelo.

Argylle se levanta de golpe, pero Coffey lo retiene. Aquí sentados, pasan por una madre y un hijo que comparten un café al sol, pero Argylle tiene una figura imponente y no pinta nada en un parque de juegos infantil de la Bélgica rural. No pueden llamar la atención.

Al final, son los padres los que corren junto al niño que chilla para consolarlo. Coffey es consciente de la mirada intensa de Argylle, de cómo está observando, emocionado, a la familia de solo tres miembros. Entiende muy bien que, sin importar la edad que uno tenga, el hecho de ser huérfano puede afectarlo de forma instantánea ante la visión de un niño apabullado.

—Entonces, cuando dijo en la reunión de ayer que los rusos estaban monitorizando el teléfono vía satélite…

—Sí, confieso que era mentira. Martin no debería haberlo usado, eso sí es cierto, pero no fue la razón por la que los rusos llegaron a Fontainebleau. Algún miembro del equipo está pasando información a Rusia sobre todos nuestros movimientos, y tenemos que despistarlo con una cortina de humo para que crezca su confianza y se sienta capacitado para actuar, lo cual nos dará una oportunidad de atraparlo. De no ser así…

—De no ser así, ¿qué?

—De no ser así, tendremos que deshacernos de todo el equipo y empezar desde cero; créeme, es algo que no quiero hacer. Hay algunos agentes impresionantes en ese grupo a los que no quiero perder. Incluido tú.

—Pero si ya han atrapado a Dabrowski. ¿Está diciéndome que hay un segundo traidor en el equipo?

Coffey duda un instante, y a Argylle le da la impresión de que está debatiéndose entre contarle algo o no, algo que está ocultando.

—Me temo que eso es lo que estoy diciendo.

—Entonces ¿por qué me lo cuenta? ¿Por qué ahora? ¿No le preocupa que corra a decírselo a los demás?

Coffey niega con la cabeza. Alarga la mano para coger su pulcro bolso de piel marrón y saca un paquete de cigarrillos mentolados.

—¿Te molesta?

Argylle niega con la cabeza.

Coffey enciende un pitillo. Da una profunda calada. Tuerce el gesto.

—Puaj, no soporto estas cosas. Es como fumarse un cepillo de dientes.

—Entonces ¿por qué lo hace?

—Si convierto la experiencia de fumar en algo lo bastante desagradable, me veré obligada a dejarlo.

—Ya veo que le funciona, ¿verdad?

—La verdad es que tienes que ser consciente de que ahora eres un objetivo, Aubrey. Alguien debió de ver cómo cogías esa bala y ahora van a por ti. Se me plantea un dilema moral. ¿Te retiro del equipo para mantenerte a salvo o te uso como cebo para que el traidor se delate?

—O yo lo dejo todo. Regreso a Tailandia. Me relajo en mi hamaca y me olvido de que la he conocido. Sin ánimo de ofender.

—No me ofendes. Podrías hacerlo, desde luego, aunque te aconsejaría que colgaras la hamaca bien lejos de la zona ocupada por el Sam Gor. Sin embargo, si hicieras lo que dices, yo perdería a la persona más preparada para esta vida que cualquiera al que haya reclutado durante mis cuarenta años en la Agencia.

—No estoy seguro de que eso haya sido un cumplido.

—No del todo, no. Verás, muchas personas tienen las habilidades necesarias, pero no todo el mundo tiene la personalidad adecuada. Tú tienes un desapego natural que te convierte en un agente brillante. Pero ya tengo una edad y sé que ese desapego te ha costado caro. Y lo siento muchísimo. No hay muchas personas que encuentren su vocación en esta vida, Aubrey. En tu caso, haberla encontrado es tu suerte y tu perdición, y resulta que esa vocación somos nosotros.

Los padres del niño se han levantado y están sacudiéndose la ropa. Miran a su intrépido hijo, que vuelve a centrar toda su atención en la estructura de escalada, tras haber olvidado, por lo visto, su encontronazo con el peligro.

—Dígame la verdad —pide Argylle—, ¿esta misión está relacionada con la Cámara de Ámbar o es solo una excusa para descubrir al traidor entre nosotros? Porque, si es así, me parece montar un follón demasiado grande por una sola persona.

Coffey asiente con la cabeza mientras tira al suelo el cigarrillo a medio fumar y lo aplasta con el tacón. Para sorpresa de Argylle, recoge la colilla y la deposita en la papelera más próxima.

—Después de la misión fallida en Isfahán, regresé a los archivos donde empecé hace tantos años y pasé semanas revisándolo todo: antiguas misiones, memorias, diarios… Leí todo cuanto encontré sobre agentes dobles y las consecuencias de sus actos y, ¿sabes una cosa, Aubrey? Solo hacen falta uno o dos individuos corruptos para destruir toda una organización. No paraba de pensar en Philby, en Burgess y en otros miembros de los cinco de Cambridge, y en cómo consiguieron lanzar una granada en el corazón de la inteligencia británica, impacto del cual la organización jamás se ha recuperado del todo.

»Es el mayor miedo de cualquier jefe del espionaje. Pero no, la misión no es una tapadera. Vasili Federov es una amenaza muy real para la estabilidad global, y estamos extremadamente preocupados por cómo está ganando apoyo populista entre los votantes desencantados de Rusia y en los Estados de la antigua Unión Soviética. Si consigue cumplir su promesa de devolver la Cámara de Ámbar al pueblo ruso, su cotización se pondrá por las nubes y seguramente se hará con el poder, y usará su popularidad entre los grupos pro rusos de los antiguos territorios para intentar forzar una reunificación de los estados soviéticos, declarando la guerra, si es necesario. Es vital que lo detengamos. Pero no puedo negar que también sea una cortina de humo para descubrir a la persona que está traicionando a tus compañeros de equipo y a la propia Agencia —añade.

—Así que, después de todo, ¿qué soy? ¿Un títere?

Argylle lo dice con cierto enfado, pero cuando Frances Coffey se vuelve hacia él y su mirada directa de ojos grises expresa que no tiene nada que ocultar, la amargura que lo reconcome se disipa.

—Tenía que incluir a alguien extraordinario en el equipo, Aubrey. Alguien que, al venir de fuera, tuviera la capacidad de integrarse en su

esencia. Alguien con la empatía suficiente para suscitar lealtad, pero con el desapego necesario para entender que todo el mundo está bajo sospecha. Alguien con valor, integridad y honestidad.

—¿Y sin nada que perder?

—Sí, eso también.

La familia se dispone a partir. El niño está agotado y, cuando su padre lo coge en brazos, el pequeño apoya la cabeza sobre su hombro. Los tres se alejan caminando, y Coffey percibe, como el calor de una llama, la nostalgia del joven sentado junto a ella.

—¿Sospechas quién podría ser el traidor? —le pregunta en cuanto la familia se ha esfumado.

Él sacude la cabeza.

—Estoy bastante seguro de que no son ni Carter, ni Wyatt, ni Quinn; tampoco Washington. Ni siquiera Schneider vendería a sus amigos por dinero.

—¿Qué te hace pensar que es por dinero?

Argylle se vuelve hacia ella con el ceño fruncido.

—Vasili Federov es multimillonario. ¿Qué otro motivo podría haber?

—Patriotismo. Idealismo. Los Cinco de Cambridge creían ciegamente que el comunismo era la única forma real de combatir el fascismo. Pasaron secretos de Estado a los soviéticos porque querían acabar con el sistema político que había encumbrado a Adolf Hitler. Así que vuelve a pensar en tus compañeros de equipo. ¿De verdad puedes decirme que ninguno de ellos es capaz de sentir un idealismo así? Nadie se une a la CIA a menos que esté dispuesto a dar la vida por una causa más importante que uno mismo. ¿Qué pasa si esa causa más importante resulta ser la contraria a la nuestra?

Mientras Argylle cruza el aparcamiento, de regreso al hotel, ve a Carter y a Wyatt juntos en la fachada lateral del edificio.

Wyatt levanta la vista cuando Argylle se acerca; cree percibir alivio en la cara del gigantón. Carter sigue mirando al suelo todo el tiempo que puede, pero cuando Argylle les dice: «¿Carter? ¿Keira?», para ver

cómo reaccionan, ella levanta la cabeza y él ve sus ojos rojos e hinchados.

Tiene una carta en la mano; a Argylle le da un vuelco el corazón al recordar la misiva que les había escrito a sus padres.

—¿Malas noticias?

Ella asiente con la cabeza.

—Es de mi madre. Dice que… —Carter levanta la hoja para leerla, y Argylle ve que le tiembla la mano—: «¿Por qué has tenido que contárnoslo? Es muy egoísta por tu parte. Podríamos haberlo supuesto, pero siempre nos quedaba la opción de no saberlo. Ahora, tú nos la has quitado».

—¿Preferían que lo hubieras mantenido en secreto para poder mirar hacia otro lado y fingir que eres como ellos querían que fueras? Buen trabajo, mamá y papá —dice Wyatt.

A Argylle se le revuelve el estómago.

—Yo te animé a enviar esa carta. Me equivoqué. Lo siento mucho, Carter.

—Vete mucho a la mierda con tu rollo de sabelotodo blanco hetero, Argylle. La carta la escribí yo y no lo siento. Cargaba con un peso enorme hasta que la envié. Ahora he soltado lastre y puedo dejar de pensar en ello. Ojalá hubieran reaccionado de otra forma, pero sigo alegrándome de haberla escrito.

—¿Tu madre te ha dicho que no vuelvas a casa?

Carter niega con la cabeza.

—No. Pero no pienso volver. No de momento, al menos. Estoy harta de ser la mitad de lo que soy solo para que mi madre no tenga que responder a ninguna pregunta incómoda en su club de lectura.

Wyatt sacude la cabeza.

—Míranos a los tres. Yo no puedo volver a casa porque mi padre me acojona. Carter no irá a casa porque sus padres creen que es una egoísta por contarles la verdad, y Argylle ni siquiera tiene un hogar al que volver, el pobre desgraciado.

—Por el amor de Dios —dice Carter mirándolos uno a uno con expresión de profundo espanto—. No me digáis que eso quiere decir que pertenezco a una especie de club con vosotros dos, pedazo de

imbéciles. Justo cuando creía que mi día no podía ir a peor.

45

—Ni siquiera había oído hablar de los Cárpatos. Tienen un nombre genial.

Cualquier lugar que no fuera Montana sonaba genial.

—Supongo que si hubieras sido uno de los miles de hombres y mujeres que fueron obligados por los nazis a cavar cientos de kilómetros de túneles para atravesar esos montes por el subsuelo, no te sonaría tan genial.

—No, supongo que no —reconoce Dabrowski en voz baja a Coffey.

Ella tiene su forma de recordarle a una persona, sin decir gran cosa, lo pequeña que es en comparación con el contexto más amplio: la gran marea de sufrimiento humano en la que tú no eres más que la diminuta hoja arrastrada por la superficie, que espera no hundirse.

Están hablando por una línea segura; Coffey, desde su habitación en el Hôtel Beaux Rêves y Dabrowski, desde su estudio en Montana. Ella se ha disculpado por llamarlo tan temprano y ha prometido no quitarle mucho tiempo; él no ha tenido el valor de contarle lo poco que ha dormido esos días y que no le importa que esté hablándole durante horas. Le encanta oír el sonido de otra voz humana.

—Bueno, cuénteme más sobre por qué los nazis estaban tan interesados en esas montañas.

—No les interesan tanto las montañas en sí, sino lo que contienen. Oro, plata, hierro, carbón y antimonio.

Dabrowski ya ha leído sobre el poco conocido elemento, fundamental para la industria de la munición.

—¿Perforaron literalmente las montañas para conseguir esa cosa?

—La mayoría de las minas ya existía. Los polacos habían estado siglos extrayendo el antimonio. Pero, para conseguir las cantidades necesarias para la guerra, los nazis tuvieron que ampliar el sistema de

túneles y la infraestructura con el objetivo de que los trenes lo transportaran y lo sacaran de la montaña.

»Debieron de existir cavernas subterráneas gigantescas donde almacenaban la munición y, a lo mejor, incluso la fabricaban allí. Por lo visto, también podría haber una estación terminal para los trenes. Lo que hicieron fue abrir un túnel encima del otro, luego perforaron el suelo del túnel superior para crear cámaras secretas de grandes dimensiones y usarlas como les pareciera mejor: para desarrollar y fabricar armas o como búnkeres subterráneos. O como unidades de almacenamiento para tesoros robados que querían ocultarle al Ejército Rojo.

Se produce una pausa en ese momento, y todo se paraliza hasta que Dabrowski habla.

—Como la Cámara de Ámbar —dice.

—Es posible. Los cazadores de tesoros hace tiempo que creen que los nazis podrían haber ocultado vagones de trenes cargados de tesoros en otra cordillera de Polonia llamada los Sowies, o en las montañas del Búho, donde hay un laberinto de túneles y cuevas conocido como Proyecto Riese.

—Claro. El tren del oro nazi.

—Ya has pillado por dónde voy. Sin embargo, desde 1945 el mundo entero ha registrado hasta el último centímetro de esas montañas en busca de dicho tesoro y siguen sin encontrar nada. Pero ¿y sin han estado buscando en el lugar equivocado? ¿En las montañas equivocadas? Esa es una zona donde jamás se ha realizado un registro en condiciones. No tenía valor estratégico más allá de su contenido mineral. Está prácticamente sin explorar. Había una línea de tren que partía desde Galicia, en Ucrania, controlada por los nazis desde 1941, con ramificaciones a todos los rincones del lugar y que llegaba hasta Dios sabe dónde.

—¿Y de verdad va a contarles a los miembros del equipo adónde se dirigen? ¿Sabiendo que el topo va a pasar la información directamente a Federov?

—Ya sé que supone correr un riesgo, Glenn, pero nuestros amigos del CCIE han hecho un trabajo excelente preparando Mainway y Optic

Nerve para intervenir los teléfonos y portátiles del equipo. —Coffey tiene la sensación de estar hablando otro idioma cuando pronuncia los nombres en clave del software y los programas operativos de la Agencia—. Podríamos tener la oportunidad de pillar al traidor antes incluso de partir hacia Polonia.

—Sí, pero si no lo conseguimos, prácticamente estaremos ayudando a Federov y sus matones a llegar a la línea de meta. ¿Por qué no les damos información falsa a nuestros chicos y dejamos que hagan creer a los rusos que tienen que ir a Siberia o a algún lugar así?

—Es demasiado tarde para eso. Si de verdad hay un traidor en el grupo, Federov ya sabrá exactamente dónde está nuestro cuartel general temporal y nos tendrá vigilados las veinticuatro horas, los siete días de la semana. Puede que todavía no sea el presidente, pero ya se ha metido en el bolsillo al servicio secreto gracias a su suegro y a su multimillonaria fortuna. No se tragaría las mentiras sobre nuestro destino.

—Nos localizará.

—Por supuesto.

—Pero si conseguimos interceptar el mensaje que le envíe alguno de los nuestros, al menos habremos pillado al traidor.

Coffey permanece callada un instante mientras se pasea de un lado para otro de su habitación doble, pensativa. Hay una lámina en la pared, una escena costera pintada en diversos tonos de beis, a juego con la decoración.

—Ya sé las ganas que tienes de que todo esto termine, Glenn.

Ahora es Dabrowski quien se queda en silencio, allí, en su estudio desordenado, en esa granja perdida, al final de ninguna parte, a miles de kilómetros de la vida que tenía antes.

—Te prometo que acabará pronto. Y tu sacrificio no será en vano. Te doy mi palabra.

—¿Has captado algo, Glenn?

—Nada, ¿y usted?

—Ni un susurro. Han pasado casi treinta horas. Nuestro sujeto debe

estar usando esteganografía digital o algo por el estilo.

—Pero estamos rastreando los mails y los móviles de todo el equipo, ¿verdad?

—Claro. Pero podrían estar enviando archivos encriptados o escaparse a la biblioteca para utilizar una cuenta pública. Estamos conectados a las cámaras de seguridad del polígono industrial, pero no podemos rastrearlos si salen de allí. También pueden haberlo hecho delante de nuestras narices, incrustando el mensaje en los metadatos de una foto.

A Frances Coffey todavía le parece impresionante que toneladas de información escrita puedan ocultarse entre los píxeles de una imagen de apariencia inofensiva.

—Carter podría hacerlo con los ojos cerrados.

—Todos podrían hacerlo, Glenn, y lo sabes. Todos tienen los conocimientos necesarios. Además de la formación adquirida en la Agencia, quienquiera que sea también tendrá acceso a la tecnología más sofisticada que posean los rusos. Es decir, la más avanzada del mundo. No olvides que, al igual que Christopher Clay, Federov hizo fortuna gracias a la vanguardia de la informática. Nuestro traidor estará aprendiendo de los mejores.

Pasa una hora más. Y luego otra.

En su habitación de hotel, Coffey siente la ya conocida presión en las costillas a medida que aumenta la tensión. Está harta de enviar a su mejor equipo al mar consciente de que hay un boquete en el casco de su nave; harta de saber el peligro que corren y no poder contárselo. Harta de espiar a todas las personas a las que les pide que le confíen su vida. Y sabe el precio que está pagando Glenn Dabrowski a cambio de lo que está pidiéndole. Es un hombre diez kilos más delgado que aquel que condujo al equipo al infierno de Isfahán. Tiene la piel traslúcida como una hoja de papel puesta a contraluz. Sin embargo, lo más doloroso de todo para ella es ver cómo va consumiéndose el ánimo del agente en Montana. Apartado de todo cuanto aprecia, consciente de que las personas a las que más quiere en el mundo piensan lo peor sobre él. Necesita regresar con su esposa y su hijo. Necesita que esto termine.

Con todo, por ahora, su directora de operaciones lo necesita más. Él es el único en quien puede confiar.

Coffey se queda adormilada sobre la cama con el portátil abierto junto a ella; en la otra punta del mundo, Dabrowski, con una diferencia horaria de ocho horas menos, sigue pendiente de la escucha durante esa tarde calurosa.

—¿Todavía nada? —le pregunta ella cuando se despierta a eso de las cinco de la madrugada y ve, por la ventana sin cortinas, que el sol está saliendo por detrás de la valla publicitaria de enfrente, proyectando haces rojos y naranjas sobre el cielo celeste.

—Nada. —La voz de Dabrowski suena seca y cavernosa.

Sin embargo, unos segundos después habla de nuevo y parece una persona diferente.

—Un momento —exclama—. Bullrun ha captado un elemento entrante.

Coffey se endereza; cualquier vestigio de sueño desaparece de un plumazo. Bullrun, el último programa de desencriptación de la NSA, tiene unas capacidades que superan con creces lo que sería posible para la comunicación encriptada supuestamente infranqueable. Una vez que se introduce en el programa alguna palabra clave específica, como «Cárpatos», Bullrun demuestra una precisión pasmosa.

—¿De qué se trata, Glenn? ¿Procede de nuestro lado? ¿Alguien de nuestro equipo está estableciendo contacto?

—Un momento.

Mientras Coffey espera, hasta el mismo espacio etéreo que separa ambos extremos de la línea contiene la respiración. Sin embargo, cuando Dabrowski habla, ella sabe, al instante, que tiene malas noticias.

—No ha sido ninguno de los nuestros, era Federov. Ha dicho: «Un trabajo excelente. Nos vemos en los Cárpatos».

—¿Y no hay rastro de a quién estaba dirigido el mensaje?

—No.

La presión que siente Coffey en la caja torácica se torna

insoportable. El traidor se les ha escapado entre los dedos. Su táctica ha fallado.

—Pues ya está. Nos hemos quedado sin alternativas. Parece que tendremos que ir a Polonia.

46

El hombre que estaba atado a la silla cuando Federov entró por última vez en la habitación del sótano de su palacio de verano, en la costa del mar Negro, ahora se encuentra ovillado en un rincón, con un grillete en el tobillo que lo encadena a la pared. De no estar encadenado, tampoco podría llegar muy lejos: tiene las dos piernas rotas —la derecha, por varias partes— y apenas le queda ánimo. Ya no piensa en escapar, solo en olvidar.

No hay luz natural en este lugar infernal, solo la enfermiza iluminación de una bombilla permanentemente encendida, para dejarlo sin referencia del tiempo que ha pasado. Podrían ser días o semanas. Incluso meses. En una ocasión, una araña tejió una red en su campo de visión y él se quedó mirándola, hambriento, solo para sentirse más desesperado que nunca cuando abrió los ojos al despertar y vio que la red se había roto y que la araña se había marchado.

Ha llegado a un punto en que incluso la aparición del sádico Serguéi Denísov sería bienvenida, la prueba de que el mundo todavía existe.

Pero no Federov.

El prisionero no ha olvidado al hombre que se acuclilló delante de él con su elegante traje claro mientras él seguía tirado en esa silla desde Dios sabía cuándo. No ha olvidado su voz inexpresiva, ni el estremecimiento que lo recorrió cuando por fin pudo levantar la cabeza y se topó de frente con esos ojos muertos y desprovistos de color.

El prisionero anhela el contacto humano.

Sin embargo, para su mente lacerada por el dolor, deshidratada y febril, Vasili Federov no tiene nada de humano.

La fiebre lo adormece, pero una potente luz lo despierta un tiempo después. Al principio se pregunta si por fin está muerto y ha llegado al

cielo, por ese resplandor implacable. A renglón seguido, la luz se apaga de forma brusca y el prisionero ve que sigue en el mismo sitio, encadenado a la pared por el tobillo inutilizado. Pero no está solo.

De pie frente a él, amarillenta por la pálida luz de la solitaria bombilla, hay una mujer de larga melena rubia y la piel tensa e hinchada, fruto de demasiadas visitas al quirófano del cirujano estético. La mujer se lleva una mano a la nariz y el reo es consciente del hedor que debe desprender su cuerpo.

Durante un instante, ella observa el saco de pellejo y huesos rotos en que se ha convertido. El prisionero percibe la mirada lúgubre que nubla la expresión de la mujer y un rayo de esperanza ilumina dolorosamente su corazón, al que creía ya incapaz de sentir cualquier emoción.

Reconoce a la mujer: es la esposa de Federov.

—Por favor —le suplica y su voz suena ronca por la falta de uso—. Por favor, ayúdeme.

Irina Federova baja la mirada en su dirección. Lleva una falda de tenis, como si acabara de llegar de la pista. La blancura de su vestimenta lo deslumbra.

—Por favor… —vuelve a intentarlo.

Durante un glorioso y magnífico instante cree que ha logrado conmoverla.

No obstante, a continuación, su mirada fría de párpados levantados quirúrgicamente se desvía, como si él no fuera más que una tubería del rincón o la cadena metálica que lo sujeta a la pared. Irina Federova da media vuelta y se marcha sin echar la vista atrás. Después de eso, él se pregunta si la mujer ha estado allí realmente.

Tercera parte

47

No es el mismo monovolumen que utilizaron en Francia, pero se le parece bastante. De nuevo se hacen pasar por un grupo de asistentes a un simposio en un ejercicio de trabajo en equipo; esta vez sobre montañismo. Hace un rato Argylle ha oído a los trabajadores del hotel hablando en árabe.

—Más vale que a nadie se le ocurra endosarnos alguna de estas mierdas para fortalecer el vínculo —le decía un miembro de la plantilla a otro.

En condiciones normales estaría pasándolo en grande al saber que los empleados no tienen ni idea de que entiende todo lo que dicen, pero en este momento Argylle no le ve demasiado la gracia a nada. En parte porque hay un vendaval, y eso significa que los han sacado literalmente de la cama para meterlos en el monovolumen en vez de iniciar el viaje de día desde el aeropuerto en un avión bimotor, tal como esperaban. Pero sobre todo es porque no puede dejar de pensar en su conversación con Coffey en el parque infantil. Cuando el vehículo cruza la frontera alemana, mira a sus compañeros. «¿Eres tú el traidor? —piensa—. ¿O tú?».

Ahora que por fin conoce mejor a los miembros del equipo, no se hace a la idea de que alguno sea capaz de la clase de traición que le insinuó Coffey. Vuelve a preguntarse si de verdad puede fiarse de ella. Sabe que hay algo que no les ha contado, algo importante; y, si eso es cierto, ¿por qué no iba a ser todo junto una mentira? Tiene más sentido eso que ninguna otra cosa.

Hace tiempo que la CIA está a la vanguardia de las investigaciones en meteorología. Los científicos tienden a volcarse cada vez más en la geoingeniería, y los motivos son distintos según en qué lado del debate político se sitúen: por una parte, tratan de frenar la implacable

agresión que supone el cambio climático; por la otra, pretenden convertir el clima en un arma. Ya en la década de 1960, Estados Unidos utilizó la siembra de nubes en Vietnam y dispersó sustancias químicas en el aire con la intención de prolongar la estación de las lluvias y hacer fracasar así las maniobras y las cadenas de suministro de Vietnam del Norte al imposibilitar la circulación por carretera; el lema de la ofensiva fue «haz el barro, no la guerra». Y sin embargo, parece que Europa sigue a merced de las condiciones atmosféricas.

Y son una mierda.

Los primeros avisos oficiales de que se avecinaba una tormenta se produjeron el día anterior por voz de Will Hooper, quien anunció la previsión meteorológica local y regional con tanta rabia como si los europeos hubieran provocado las condiciones hostiles expresamente para fastidiarles el plan. Argylle, al haber vivido en muchos países distintos y haber tenido que vérselas con climatologías muy diversas, ha percibido las señales ya durante el trayecto: los vientos del este; la humedad que riza las hojas de los árboles; el color sanguino del cielo al amanecer. Observa a través de la ventanilla cómo los pájaros vuelan a ras de suelo y las nubes se aglomeran.

—Dios, ojalá hubiéramos hecho el viaje en avión —gruñe Erin Quinn a su lado—. Méteme en una avioneta diminuta en mitad de un vendaval de noventa kilómetros por hora y lánzame una microrráfaga o una cizalladura y te aseguro que me dará igual. Pero ¿catorce horas de trayecto en autobús?

—Estás hiriendo mis sentimientos.

—Argylle, te aseguro que aunque tuviera al lado al mismísimo Brad Pitt estaría suplicando a gritos que me dejaran bajarme de este trasto. Odio los viajes por carretera, de toda la vida. De niña siempre necesitaba abrir la ventanilla del todo y los demás tenían que abrigarse con bufandas y guantes. Mi padre me sentaba detrás con una lata de Coca-Cola en una mano y una bolsa para el mareo en la otra.

Argylle finge apartarse de su lado y pegarse a la ventanilla.

—No te apures, he mejorado con el tiempo. Aunque ahora que lo dices… —Pone cara de asco y traga con fuerza, y a continuación esboza una sonrisa.

Argylle no tiene relaciones largas. ¿Para qué, después de lo que le pasó? Aunque creas que conoces muy bien a alguien, la verdad es que no es cierto y además es imposible. Es mejor pasarse la vida solo que arriesgarse a que traicionen tu confianza. Le gusta el sexo, pero siempre deja claro de antemano que no busca establecer ningún vínculo. Y las pocas veces que alguna mujer ha interpretado eso como un desafío convencida de que podría hacerlo cambiar de opinión, Argylle lo ha sentido mucho por ella y ha lamentado que no hubiera creído en sus palabras, pero no se le puede acusar de no haber dejado las cosas claras.

Sin embargo, desde que se unió a la Agencia, la firme cuerda a la que se agarra la determinación de Argylle se ha ido destensando y deshilachando. Primero fue la inesperada camaradería con Wyatt y Carter, y ahora, los confusos sentimientos que alberga por la mujer sentada a su lado. Desde luego, siente el calor de la atracción física, pero también hay algo más: la reciente toma de conciencia de todos los vacíos que hay en su interior y la sospecha cada vez mayor de que debe ser ella quien los llene.

—Al parecer, tu padre era uno de los mejores —le dice.

Ella asiente.

—Era el mejor. Y sé que probablemente lo diría todo el mundo.

Se lleva los dedos a la delicada cadena de oro escondida bajo el escote de su camiseta.

—Te la regaló él, ¿verdad?

—Sí, cuando cumplí dieciocho años. Mis padres ya me habían entregado su viejo Chevrolet con la intención de que fuese mi regalo de cumpleaños, pero mi padre era un blandengue y no soportaba la idea de que llegase el día y no tuviera un paquete para abrir, de modo que me metió la cadenita en el bolsillo envuelta con papel de cocina. Mi madre se puso hecha una fiera.

Argylle piensa en su propio padre; en su volubilidad, que hacía que tan pronto se mostrara generoso y desbordara encanto como lo volvía irascible y se encerraba en sí mismo. Cuando descubrió cómo se ganaban la vida sus padres realmente, comprendió mejor esos cambios de humor, pero de niño creía que era algo personal.

—Todo lo que hago, lo hago por él —prosigue Quinn—. Todo lo que soy, es por quien él fue. Dios, parezco imbécil.

La tormenta ya está en plena actividad. Las nubes negras sueltan una constante cortina de lluvia que empaña el cristal de la ventanilla y convierte el mundo en una imagen desteñida de verdes y grises. Cuando Argylle mira por el cristal delantero, por entre las escobillas del limpiaparabrisas que arrojan agua a presión a la estela que deja el monovolumen, ve que los árboles que bordean la autopista se doblan bajo el viento.

—Debemos de haber hecho algo que ha cabreado mucho a Dios —suelta Carter desde el asiento delantero tras quitarse los auriculares y observar el tiempo, que empeora por momentos—. He oído por la radio que en Islandia un volcán ha entrado en erupción.

—Ahora solo nos falta una plaga de langostas —dice Argylle con desaliento.

—¿No os parece raro que el otro sentido de la marcha esté tan despejado? —pregunta Quinn.

Argylle se da cuenta de que tiene razón. Mientras que en su lado de la autopista hay una caravana impresionante y los coches avanzan muy despacio bajo un cielo cada vez más oscuro, el sentido opuesto está desierto. Lo que significa…

48

—¡Mierda! —La voz de Dabrowski tiembla de frustración—. ¿Ves lo que veo yo?

Coffey y él están escudriñando la misma secuencia de imágenes tomadas desde el satélite y desde el avión AWACS, el sistema de alerta y control aerotransportado, que traza círculos muy por encima de los frentes meteorológicos y puede rastrear los vehículos que circulan por tierra y también por aire.

De esa forma, Dabrowski, en mitad de una templada noche de Montana, y Coffey, que junto con Mike Randall y algunos chicos del equipo tecnológico ha establecido un nuevo puesto de mando temporal en un aeródromo en desuso de la llanura situada entre las localidades de Dlugopole y Krauszów, a unos treinta kilómetros del lugar al que se dirige el equipo, pueden ver tanto a su propia gente como cualquier señal de aproximación de los rusos.

Coffey voló a última hora de la noche anterior en un Gulfstream IV, usado habitualmente para trasladar a los presos que oficialmente no existen a cárceles remotas de las que tampoco hay conocimiento oficial, y no tanto para aterrizar en medio de la especie de turbulencia que lo separa a uno de su desayuno. Aunque el ojo de la tormenta no ha azotado aún esta zona del extremo más meridional de Polonia, no debe de estar muy lejos.

La operación se ha planeado con meticulosidad. Un equipo de quince miembros seleccionados entre los mejores agentes de la CIA, que incluye a uno de los ingenieros más experimentados de la Agencia, debía aterrizar a las 11.40 en un Lockheed Hercules con una carga de explosivos especiales tras un vuelo directo desde Virginia, y un convoy de vehículos blindados BearCat debía estar viajando desde Berlín para recogerlos.

La primera señal de que las cosas no estaban yendo según lo previsto se ha producido a primera hora de la mañana, cuando el empeoramiento de las condiciones meteorológicas ha obligado a Coffey a prescindir del avión ligero que debía trasladar al equipo desde Bélgica hasta una distancia apropiada para lanzarse en paracaídas sobre los montes Tatra y, en su lugar, disponer un monovolumen que ha arruinado toda la planificación temporal.

La segunda señal ha tenido lugar a media mañana, con una llamada telefónica del conductor de uno de los BearCat. La tormenta, que está azotando Alemania con más furia de lo previsto, ha derribado una línea eléctrica aérea un poco más adelante y ha obligado a un autocar de transporte escolar a frenar de golpe, con lo cual el primero de los vehículos blindados se ha empotrado contra él, y el segundo y el tercero se han empotrado cada uno contra el de delante. Han cerrado la autopista, ha llegado la policía y han informado a la embajada de Estados Unidos. De allí no va a salir nadie en un buen rato.

Luego, poco después de que terminara de hablar con el embajador de Estados Unidos en Alemania, que se ha mostrado perplejo y nada optimista, ha telefoneado Joe Quintano.

—Esto no le va a gustar, jefa.

—Si me llamas por lo de los BearCat, ya lo sé.

—¿Los BearCat? No. Es por la nube de cenizas.

—¿Qué?

Ha oído el suspiro de Quintano a pesar de las interferencias en la línea telefónica y los miles de kilómetros que los separan.

—El volcán de Islandia ha entrado en erupción, y por culpa de la nube de cenizas es imposible volar. El Lockheed ha tenido que dar media vuelta.

Y por si eso fuera poco, desde sus respectivas ubicaciones en extremos opuestos del mundo Dabrowski y ella escudriñan a la vez el mismo panorama desolador captado a vista de pájaro. Es una imagen de la autopista A4, en la que un camión articulado de cuarenta toneladas ha hecho la tijera después de que su inexperto conductor haya pisado a fondo el freno para evitar un coche que estaba entrando desde una incorporación y el tráiler, que ha virado hasta ocupar tres

carriles, ha chocado con el Honda Civic que trataba de adelantarlo y este se ha estrellado tras atravesar la barrera de la mediana, lo cual ha interrumpido el tráfico en el otro sentido.

Los coches que viajaban por detrás del camión se han estampado unos contra otros, de modo que, vista desde atrás, la escena es una masa homogénea de metal que impide diferenciar unos vehículos de otros. Tras el amasijo de restos del siniestro se acumula la caravana de coches parados. Y en esa misma caravana, a ochocientos metros del lugar del accidente, está el monovolumen en el que viaja el excelente equipo de la CIA.

Bueno, viajar no viaja.

—¿Algún rastro de nuestros amigos rusos? —pregunta Coffey.

—La última vez que lo he comprobado no he visto nada. Echaré otro vistazo.

Dabrowski se vuelve hacia el monitor que muestra las imágenes de los distintos radares de la Administración Federal de Aviación situados en torres aéreas cercanas a los montes Tatra. Va pasando las imágenes mientras sus ojos recorren la pantalla. Hasta que…

—¿Glenn? ¿Has descubierto algo?

Dabrowski arruga la frente.

—Podría ser. —Examina la pantalla, y a continuación consulta los planes de vuelo del espacio aéreo polaco—. Déjeme que compruebe un par de cosas.

Al cabo de unos instantes, está de nuevo al teléfono.

—Vale, tenemos problemas. Dos Ka-29 rusos van directos a Zakopane.

Sola, en el pequeño cubículo separado por tabiques que le sirve de despacho en aquel aeródromo en desuso, Frances Coffey enciende un cigarrillo y aspira el humo con tanta fuerza que, a siete mil kilómetros de distancia, Glenn Dabrowski, que dejó de fumar el día en que nació su hijo nueve años atrás, la oye a través del auricular y espera, con los ojos cerrados, el sabor de la nicotina que no llega.

Por respeto, deja pasar un par de segundos antes de preguntar.

—¿Qué hacemos, jefa?

—Esperar la tormenta, Glenn, y rezar para que sea tremenda.

49

Tras media hora sin moverse ni un centímetro, el ambiente dentro del monovolumen puede cortarse con un cuchillo aunque no esté demasiado afilado.

—No podemos quedarnos aquí sentados tan tranquilos —opina Schneider por centésima vez.

—¿Quieres ir andando? —suelta Will Hooper desde el asiento del conductor, que ha reclinado para estirar las piernas; hace mucho rato que el motor está parado—. A lo mejor llegas la semana que viene. Ya te saludaremos cuando te adelantemos con el coche.

Delante de Argylle, Keira Carter está inclinada sobre el portátil mientras sus dedos vuelan por el teclado. Para Argylle, que probablemente ha sido la última persona del planeta en tener teléfono móvil, su dominio de la tecnología le parece algo tan mágico e incomprensible como si se tratara de una concertista de piano o una retratista habilidosa.

A esas alturas, el tráfico ya circula en el otro sentido de la marcha, pero el suyo continúa colapsado.

—Ha habido muchas víctimas —explica Carter con mala cara tras leer la información de la pantalla.

—Estupendo —suelta Schneider.

—No se han muerto expresamente para fastidiarte a ti, imbécil —le espeta Carter.

Argylle mira la mediana desde la ventanilla, sumido en sus pensamientos.

—¿Estás meditando? —le pregunta Wyatt volviéndose a mirarlo desde su asiento, situado junto al de Carter.

—¿Qué clase de vehículo podría derribar uno de esos paneles? —dice, señalando la valla de acero que recorre la parte central de la

autopista.

—¿Por qué narices…? —Wyatt se interrumpe cuando comprende el motivo de la pregunta—. Ah, ya. Necesitarías un cuatro por cuatro con una barra de remolque.

—Tenemos cuerdas de escalar y arneses en el maletero para cuando lleguemos a las montañas —dice Erin Quinn mientras los mira al uno y al otro con una leve sonrisa.

Al cabo de dos minutos, ataviados con los chalecos reflectantes, se han apeado del monovolumen y están en la mediana de la autopista.

Wyatt ve un RAV4 y se dispone a levantar la mano, pero Argylle lo disuade con un movimiento de cabeza. Cuando aparece un Hummer, entran en acción y empiezan a hacer señales para parar el tráfico, que de todos modos va lento porque los conductores se entretienen estirando el cuello para avistar la carnicería del otro sentido.

El equipo se distribuye a lo ancho de la carretera y obliga a detenerse a los vehículos en los tres carriles. El Hummer amarillo se halla en primera fila y el conductor, un hombre de mediana edad con el pelo teñido de negro y un bronceado artificial, empieza a tocar el claxon con impaciencia mientras gesticula con enfado a la joven de cabello rubio sentada en el asiento del acompañante. Sin embargo, frena en seco cuando Wyatt, esa mole de ciento trece kilos, abre la puerta del coche y lo arranca del asiento para ocuparlo él. La mujer sentada al lado examina a su nuevo compañero con interés.

Aunque no dominase el alemán, Argylle tendría clarísimo que el hombre al que ha obligado a apearse no está precisamente contento. El conductor le grita a su acompañante que llame a la policía, pero ella no parece tener ninguna prisa por hacerlo. Finalmente, el hombre se pone en pie entre jadeos mientras la intensa lluvia le aplasta el pelo ralo, a la vez que Wyatt hace retroceder su precioso coche hasta la valla de la mediana y Argylle ata un extremo de la cuerda al parachoques trasero y el otro a los paneles de acero antes de dirigirse al otro lado para hacer lo mismo.

Todos observan la escena en absoluto silencio mientras Wyatt aumenta las revoluciones del motor y, a continuación, pisa a fondo el acelerador. La barrera metálica chirría pero no cede, de modo que

Wyatt repite el proceso una y otra vez, y el motor ruge por el esfuerzo hasta que, por fin, con un sonido desgarrador, el Hummer avanza de golpe y arrastra tras de sí una sección de cuatro metros de la barrera de seguridad.

Argylle no está seguro, pero le ha parecido ver que Wyatt y la joven rubia chocan los cinco.

Will Hooper maniobra para pasar con el monovolumen por el hueco recién abierto en la valla metálica y, mientras el equipo sigue parando el tráfico, cruza los tres carriles hasta el arcén. A continuación, todo se pone en movimiento. Wyatt salta del Hummer y lanza las llaves hacia atrás, de modo que estas aterrizan en algún punto del césped de la mediana, lo cual arranca un rugido de rabia al conductor del vehículo. Luego, todos abandonan sus puestos en la fila y cruzan corriendo la calzada hasta el monovolumen, que los está esperando.

Una vez dentro del vehículo, Hooper pisa el acelerador y arrancan a toda pastilla por el carril de emergencia, con el tráfico casi rozándolos en sentido contrario.

—Joder, ya era horroroso cuando viajábamos por nuestro lado —gruñe Quinn.

La peculiar luz de la tormenta tiñe su cara de un tono amarillento.

Argylle sabe que van justísimos de tiempo. Hagan lo que hagan, los rusos siempre parecen ir un paso por delante. Y si se aproximan por el este, que es una ruta mucho más directa hasta las montañas, las posibilidades de que el equipo llegue antes que ellos a la Cámara de Ámbar son cada vez más remotas.

50

—¿Qué ocurre, Glenn? ¿Tienes las coordenadas?

—Avanzan demasiado deprisa, jefa. Acaban de pasar volando por el norte de Minsk. A este paso, habrán cruzado Polonia en media hora. A los nuestros les quedan cinco horas de viaje, suponiendo que no haya ningún otro contratiempo. Es imposible que los alcancen.

—Ten fe, Glenn. Esta tormenta es una bestia.

Como para subrayar sus palabras, fuera se oye un trueno y una fuerte ráfaga de viento hace temblar las persianas metálicas del aeródromo.

Dabrowski contempla a través de la pequeña ventana del estudio la tranquila y cálida noche de Montana y las estrellas que a veces observa a través del telescopio de su habitación. El territorio de Polonia, devastado por la tormenta, se le antoja a años luz de distancia. Sus antiguos compañeros deben de sentirse también en otro planeta.

Vuelve a mirar el monitor y el radar que muestra dos puntos luminosos en movimiento correspondientes a los Ka-29. Pero…

—Jefa, aquí pasa algo.

Coffey se pone en alerta al instante.

—¿Dónde, Glenn? ¿Puedes darme más detalles?

Dabrowski lee las coordenadas y Coffey se pone en contacto con la Dirección de Integración de Funciones Logísticas, que forma parte de la Oficina Nacional de Reconocimiento. En cuestión de minutos, la pantalla de su portátil muestra una señal de satélite, y lo que ve una vez que sus ojos se acostumbran a la imagen granulosa a causa de la tormenta, la obliga a llevarse la mano a la boca.

—¿Has visto esto, Glenn?

—Sí. Qué puta mierda. Tendría que desatarse un viento colosal y

arrancar esa cosa del cielo.

El paisaje que tienen delante es la ladera de una montaña cubierta por densos bosques. Los árboles, con sus ramas íntegras, ocupan toda la extensión que alcanza la vista a excepción de un agujero en el centro donde Coffey, cuando acerca la imagen, ve las tres palas del rotor de un helicóptero que siguen dando vueltas inútilmente mientras el resto de la nave yace oculta bajo el follaje en el lugar donde se ha estrellado. Consigue divisar algo que parecen cadáveres cubriendo las ramas de los árboles tras haber salido disparados del aparato siniestrado.

—¿Qué le ha pasado a su amigo? —pregunta Dabrowski mientras examina el radar de la pantalla—. ¡Lo tengo! —masculla con un hilo de voz cuando da con el punto luminoso—. Parece que está retrocediendo, jefa. Habrá vuelto para recoger a los supervivientes, imagino. Aquí viene.

Como por arte de magia, en la pantalla de Coffey aparecen las palas de un helicóptero en movimiento. El segundo helicóptero intenta sobrevolar al primero en pleno ojo del vendaval, y de algún modo consigue mantener la posición. Se abre una puerta por la que desciende una escalera de cuerda que se agita con violencia adelante y atrás. El helicóptero está demasiado arriba, de modo que vuelve a trazar un círculo en el aire y desciende tanto que las palas del rotor coaxial inferior casi rozan la copa de los árboles mientras la escalera de cuerda ondea tras de sí como si fuera una pancarta al viento. El helicóptero vuelve a trazar un círculo, y en ese momento por la portezuela abierta aparece una figura vestida de negro que desciende por un cable de elevación.

—No me apetecería nada estar en tu pellejo, tío —susurra Dabrowski en el momento en que una tremenda ventolera arrastra hacia arriba al hombre y la cuerda y los hace descender de nuevo con tanta fuerza que oscilan como un péndulo en el aire. Con todo, el hombre aguanta y el viento amaina lo suficiente para permitirle descender. Esquiva por los pelos el rotor del helicóptero siniestrado, que sigue girando lentamente.

—¡Qué valiente! —exclama Coffey.

Acerca más la imagen y capta lo que antes no ha llegado a ver: que en la zona que rodea al helicóptero accidentado hay personas vivas. Divisa el tronco de un hombre que gesticula, cuya parte inferior del cuerpo queda oculta por el follaje. La figura que ha descendido con ayuda del cable se deja caer y por un momento no se la ve, pero cuando reaparece lleva consigo a otro hombre cuyo brazo le cuelga tan lacio como si no le perteneciera.

Durante unos instantes, Coffey y Dabrowski observan la escena en silencio. Hay un momento de incomodidad que la mayoría del personal militar ha vivido alguna vez: el instante en que se aproximan al enemigo tanto como para descubrir que lo que parecía una masa homogénea se disuelve, igual que se separan las células al observarlas con un microscopio, y muestra que siempre ha estado formada por individuos humanos semejantes.

El ruso desciende por la cuerda cinco veces más, y cada vez rescata a un superviviente de los restos del accidente.

—Por Dios, ¿cuántos hombres hay ahí? —pregunta Dabrowski.

En el último trayecto, mientras el cabrestante arrastra a las dos figuras hasta el hueco de la portezuela del helicóptero, la horca de un relámpago agrieta el cielo justo por encima de ellos, y Coffey se siente dividida entre el deseo humanitario de no presenciar más muertes y la ferviente esperanza de que la misión termine allí y su equipo tenga vía libre para seguir adelante sin riesgo de sufrir daños.

Sin embargo, esa esperanza se ve truncada cuando el segundo vehículo, aunque tambaleándose, se eleva sobre las copas de los árboles y vuela en el cielo azotado por el viento llevando consigo todo el cargamento de personas y utensilios.

—Por lo menos han recibido lo suyo —dice Dabrowski.

—Pero no basta —responde Coffey—. A pesar de las bajas, nos superan en número.

—¿Dónde están ahora los muchachos? —pregunta Dabrowski, y algo en su forma de llamarlos «muchachos» revela la añoranza que Coffey sabe que alberga en su corazón.

—Hooper dice que cree que les falta una hora de viaje.

—Esperemos que el viento la tome con ese helicóptero —dice

Dabrowski con desaliento—. Si no, la habrán cagado bien.

51

Cincuenta y siete minutos más tarde, el equipo llega a los montes Tatra. Las llanuras de la campiña de Polonia han dado paso a un espectacular paisaje de estilo alpino, con bosques de pícea, abeto y alerce a ambos lados de la carretera y los elevados picos del Alto Tatra en la distancia.

«Algún día regresaré a este lugar», se promete a sí mismo Argylle.

De momento, sin embargo, le cuesta disfrutar del entorno. La tormenta los ha perseguido durante todo el camino y los oscuros nubarrones proyectan un manto de peltre sobre la sinuosa carretera que tienen por delante. Los densos árboles, que se agitan peligrosamente con el viento, tienen un aspecto siniestro bajo la tenue luz, como si un ejército vestido de negro flanqueara el monovolumen. Por lo que Argylle sabe, un ejército altamente entrenado y muy bien armado de los Spetsnaz rusos los aguarda en alguna parte, tal vez en su destino, o bien anda pisándoles los talones. Y no puede dejar de pensar en el hecho de que alguien que forma parte del equipo al que pronto confiará su vida quiere verlo muerto.

Atraviesan una pequeña aldea con un puñado de casas ocultas tras vallas de madera de las que solo sobresalen sus altos tejados triangulares, que igualan en altura las copas de los árboles que los rodean. Pasadas las casas, se hace evidente la explotación forestal: un claro con gruesos troncos apilados y una carretilla elevadora aguardando ociosa a que pase la tormenta. Aquí y allá hay pruebas de la actividad minera que les ha mencionado Coffey: la estructura de una horca herrumbrosa en la distancia cuando doblan una curva, un camino lleno de maleza con una gruesa cadena oxidada que impide el paso junto a un cartel de madera que reza KOPALNIA, la palabra polaca que significa mina.

La carretera principal termina al pie de la montaña, pero hay un camino poco transitado que sigue adelante. A juzgar por los rótulos, el cobertizo de alquiler de bicicletas y los bancos rústicos hechos con troncos de árbol, está claro que se trata de un sendero muy utilizado por los turistas, pero en un día como este no ven a nadie mientras el monovolumen asciende despacio por el estrecho valle entre las laderas tapizadas de bosques.

Erin Quinn cubre la mano de Argylle con la suya. Le sorprende darse cuenta de que estaba tamborileando con los dedos sobre su muslo, dando rienda suelta a ese antiguo tic suyo que nunca ha llegado a superar del todo. Wyatt se vuelve, y al ver que ella tiene la mano sobre la pierna de Argylle, desvía la mirada.

El monovolumen ha llegado a un territorio que no aparece en el mapa. Desde el espacio aéreo, Coffey se sirve de la señal de un satélite para guiar a Will Hooper, que lleva conduciendo catorce horas sin parar y no ha permitido que nadie lo sustituyera. Los saca del camino y los orienta hacia un sendero mucho más abrupto que se adentra más y más en la montaña, donde el terreno forma una pendiente pronunciada y se vuelve cada vez más irregular hasta que desaparece del todo.

Fin del trayecto. Literalmente.

—Qué tiempo tan agradable para ir a dar un paseíto, chicos —bromea Hooper, animándolos a salir del vehículo en mitad de la lluvia. Es el encargado de guiarlos durante ese último tramo, y a Argylle le alegra que un instructor bien experimentado tome las riendas en lugar de alguien del equipo.

Hooper recibe instrucciones de Coffey a través del auricular y los demás lo siguen. Ya están calados hasta los huesos. Ascienden por una pendiente regular que bordea la montaña. El terreno es agreste y está cubierto de maleza que tienen que ir cortando para abrirse paso. Pasan cuarenta minutos, y justo cuando Argylle empieza a preguntarse si se pasarán la vida entera caminando en círculos, llegan a una zona boscosa que parece más espesa que ninguna de las anteriores y que les impide continuar por el camino. De modo que empiezan a trepar con Hooper a la cabeza, hasta que al cabo de poco tiempo llegan a un

pequeño llano cubierto de agua en la misma ladera de la montaña, dominado por una pila altísima formada por rocas y escombros.

—¡Joder, sí! —exclama Hooper a la vez que deja su pesada mochila en el suelo—. Lo hemos conseguido. Estamos aquí.

—¿Dónde estamos exactamente, señor? —quiere saber Quinn.

—Según nuestra información, hay una red de túneles y depósitos ahí detrás. —Hooper señala la gran pila de rocas—. De algún modo acaba conectando con la vieja mina. Creemos que es aquí donde los nazis escondieron toda esa mierda tan valiosa que robaron. Debieron de volar la entrada para ocultarla a los rusos cuando se dieron cuenta de que corrían el riesgo de que les patearan el trasero. La pregunta es, ¿cómo entraremos?

—Igual que ellos —dice Schneider—. Tenemos suficientes explosivos para abrir un boquete en la entrada. ¿No es así, Kellerman?

El veterano experto en explosivos examina el panorama con la frente arrugada y a continuación sacude la cabeza.

—Si lo hacemos, nos arriesgamos a que se hunda la montaña entera.

Argylle permanece pensativo mientras observa la disposición de las rocas.

—No estoy seguro de que esa gente volara la entrada.

—Así que ahora eres ingeniero, ¿eh, Argylle? —Schneider no se molesta en ocultar su antipatía.

—Los nazis estaban convencidos de que acabarían ganando la guerra. Claro que trataron de ocultar la entrada, pero no tendría sentido impedir el paso cuando tenían claro que volverían en cuanto los soviéticos se batieran en retirada. Apuesto a que hicieron que pareciera que la entrada está totalmente bloqueada por los escombros, pero si consiguiéramos apartarlos, veríamos que seguramente solo hay una hilera.

—¡Ingeniero y adivino! Me impresionas.

—Cállate, Schneider —le suelta Hooper.

—Qué raro. —Carter está examinando el suelo, donde la lluvia forma un charco al pie de la pila de rocas—. Mirad el curso del agua. La lluvia baja de la ladera que queda por encima de nosotros, y según las leyes de la física debería encontrar un canal entre las rocas y

desaparecer montaña abajo. Sin embargo, se ha quedado aquí estancada.

—Porque algo le impide el paso —deduce Argylle.

—¿Crees que han tapado las juntas con hormigón? —pregunta Wyatt.

Argylle sacude la cabeza.

—No tendría sentido si pensaban que iban a volver pronto. Apuesto a que aquí detrás encontraremos unas puertas.

—Es posible que tenga razón —dice Quinn, que ha trepado por la montaña de piedras y escombros para poder enfocar la parte de atrás con la linterna—. Hay unos huecos entre las rocas que los escombros no llegan a tapar, que es lo que debería ocurrir. Parece que han colocado las rocas aquí a propósito.

Hooper ordena a Alex Kellerman que prepare una carga de explosivos suficiente para hacer estallar la primera hilera de rocas. El fornido canadiense avanza por el charco de quince centímetros de profundidad que hay frente a las rocas con la intención de preparar la carga mientras el resto del equipo retrocede con las manos cubriéndoles los oídos y la cabeza girada hasta que se produce la explosión.

Entonces se vuelven a mirar.

—Santo Dios —exclama Wyatt.

La explosión revela dos puertas altas de acero cerradas con tanta precisión que la junta apenas resulta visible. Las puertas están fijadas a una base de hormigón. Pero la verdadera razón por la que Wyatt ha proferido la exclamación y los demás se han quedado boquiabiertos es la decoración de las puertas. Un repujado que abarca la anchura de ambos paneles metálicos y que tiene algunas partes oxidadas tras permanecer cubierto durante décadas, pero aun así muestra de manera inconfundible al águila de la Alemania nazi con las alas extendidas y sosteniendo la esvástica con sus garras.

—Creo que lo hemos encontrado, jefa —dice Will Hooper al micrófono con voz trémula por la emoción.

—Me alegra oír eso —le responde Coffey—. Pero no perdáis mucho tiempo congratulándoos. Me temo que tenéis compañía.

—¿Los rusos? Pero ¿cómo…?

—Ahora no hay tiempo para eso. Ya haremos las pesquisas pertinentes cuando acabe la misión.

—Sí, jefa. Entendido.

El descubrimiento de las puertas ha influido en el estado anímico del grupo. Hasta ahora han hablado de los nazis y de la guerra como cosas abstractas, pero ahora están aquí, cara a cara con la prueba de que existieron. Que el mal del que los nazis fueron responsables ocurrió fuera de los libros de historia. Las enormes puertas con el impactante símbolo rojo y negro los fascinan tanto como les repugnan.

Solo faltaba ahora la desagradable noticia de que los rusos los han seguido hasta aquí. Mientras que Argylle se lo planteaba como algo posible, a los que se tragaron el cuento sobre la señal del teléfono vía satélite de Casner les sienta como una patada. Algunos incluso empiezan a preguntarse si la misión se ha echado a perder.

Argylle siente que la preocupación se apodera del equipo, la ve en las mandíbulas apretadas y los hombros tensos.

Esa cueva, con lo que contenga, lleva más de sesenta años cerrada al mundo. Una vez que remuevan lo que hay dentro, no habrá vuelta atrás.

Kellerman es el primero en romper el silencio.

—¿Quiere que abra las puertas con los explosivos, señor? Bastará con siete no muy grandes.

Tras un momento de duda, Hooper asiente.

De nuevo retroceden, pero esa vez Argylle no aparta la mirada. Quiere ver cómo revienta esa terrible águila.

La explosión sacude los árboles y libera una nube de polvo estancado y maloliente que les satura las fosas nasales y la garganta.

«Los últimos que respiraron este aire fueron los nazis», piensa Argylle. Una idea le da vueltas en la cabeza.

A treinta y cinco kilómetros de distancia, Frances Coffey observa la escena a través del estrecho hueco oculto entre las copas de los árboles que permite captar las imágenes del satélite, y también gracias

a las cámaras corporales de los miembros del equipo, que aguardan a que se disipe la nube de polvo. A pesar de la distancia, también ella percibe el vívido aliento de la historia.

Sea lo que sea lo que encuentren bajo esa montaña, lo ocultaron por algún motivo. Y aunque Frances Coffey no quiere creer en las maldiciones como la de Tutankamón, una diminuta parte de su ser está convencida de que a veces el pasado debe permanecer enterrado.

—¿Está viendo esto, jefa? A setecientos metros norte-nordeste.

La voz de Dabrowski que le llega a través del teléfono encriptado suena apremiante.

En el cuartel general temporal, mientras la lluvia rebota en el tejado metálico, Coffey modifica el ángulo de la imagen del satélite hasta que encuentra lo que Dabrowski está mirando. Ha llegado el helicóptero ruso. A pesar del fuerte viento que lo azota, consigue resistir y mantener la posición mientras libera su carga en la cresta nordeste, a menos de veinte minutos del lugar en el que ahora se halla el equipo.

—¿Cuántos crees que hay? —pregunta Coffey, que ha perdido la cuenta de los efectivos que se arremolinan en tierra mientras se colocan la mochila a la espalda y preparan las armas.

—Yo he contado veinte. Como mínimo. Además de los que van en el helicóptero. Tenemos un problema.

—Sí, pero nosotros les llevamos la delantera, Glenn. Eso nos da ventaja.

Sin embargo, cuando Coffey vuelve a enfocar al equipo, que está ocupado tratando de abrir un boquete en las puertas lo bastante grande como para poder colarse por él, tiene que tragarse sus palabras. Los rusos están muy cerca, y además el equipo se ha ocupado de hacerles el trabajo sucio y dejarles el campo libre.

Al otro lado de las puertas de acero, el equipo corre por un túnel apestoso con las paredes de piedra rugosa que desemboca en una inmensa antecámara de hormigón, todavía decorada con símbolos nazis. En un lateral, a mucha altura, hay colgada una hilera de pancartas que muestran la cruz gamada, cubiertas por una gruesa capa

de polvo, con los bordes deshilachados y ennegrecidos por el moho. Ante ellos, en el otro extremo del espacio que ocupan, se encuentran otras dos puertas ligeramente más pequeñas que las anteriores. A pocos metros ven una gran caja de madera con la tapa cerrada. A Argylle se le cae el alma a los pies a causa de la decepción. Esperaba encontrar el tren del que Coffey les ha hablado, pero no está allí.

—Tendremos que volar también esas puertas —les dice Hooper—. Luego, cuando consigamos entrar, las bloquearemos desde el otro lado.

Ahí está Carter, con su habilidad para mantener la comunicación entre los miembros del equipo que forman parte de esa misión, mientras Coffey, desde su cuartel general improvisado, dirige al grupo que trata de penetrar en la cueva.

—¡Guau! Mirad esto —exclama Carter cuando desliza hacia un lado la tapa de la caja—. Hay un arsenal entero de armas.

Argylle, que cierra la retaguardia, solo le presta atención a medias mientras sus ojos recorren la antecámara: las paredes irregulares de cemento, el techo bajo, el suelo… ¡Un cable trampa!

—¡Carter! ¡No te muevas! —le grita—. Quédate exactamente donde estás.

Habla apretando los dientes por el miedo.

Carter, que capta el tono de desesperación, permanece inmóvil. Tan solo sus ojos recorren el espacio de una punta a otra.

—Una mina de tierra —susurra Hooper.

—Sí, pero debe de estar inutilizada, señor —interviene Schneider—. Si no, ya habría explotado.

Hooper sacude la cabeza.

—No si es de las que funcionan por liberación de la presión. Ese trasto está diseñado para explotar en el instante en que alguien mueve la caja. Así es como se aseguraban de que nadie consiguiera entrar aquí y les robara sus mierdas.

—Pero no ha explotado cuando la ha pisado, así que a lo mejor puede retirar el pie sin que se active la detonación —dice Wyatt.

—¿A lo mejor? —musita Carter—. No me gusta cómo suena eso.

—Vamos —los apremia Casner—. Estamos perdiendo tiempo.

—No podemos dejarla a ella aquí —dice Quinn.

—Los rusos nos pisan los talones —salta Schneider—. Tenemos que seguir adelante.

Mientras, Wyatt ha retrocedido a través del túnel y las puertas de acero y está examinando el montón de escombros generados por la explosión. Argylle lo observa con curiosidad mientras levanta una gran roca y a continuación la desecha. Luego, hace lo mismo con otra.

En ese momento comprende lo que está intentando.

—¿Cuánto pesas, Carter?

—¿A qué coño viene eso, Argylle?

—¿Cincuenta kilos? ¿Cincuenta y cinco?

—Cincuenta y dos.

Argylle da media vuelta para situarse de cara al agujero de la puerta de acero por el que Wyatt se ha colado hace unos instantes.

—¡Esa! —exclama, señalando una roca encajada entre la base de hormigón y la copa de un árbol que la explosión ha derribado.

Wyatt se agacha y levanta la roca con los brazos para sopesarla. Hace un gesto de asentimiento a Argylle y, con esfuerzo, traslada la roca hasta la antecámara. Al cabo de unos segundos, Argylle está situado al lado de Carter con un brazo rodeándole la cintura mientras se asegura de mantener los pies alejados del hilo apenas visible colocado en el suelo de cemento y que recorre todo el perímetro de la base de la caja.

—¿Estáis preparados? —pregunta dirigiéndose a Washington, situado al otro lado de Carter, y a Wyatt, que está plantado detrás, sudando, con la piedra en las manos. Los tres se han despojado de las mochilas para evitar estorbos—. Recordad que debemos mantener una presión constante para que la mina no detecte ningún cambio de peso. Tres.

Cuando Argylle inicia la cuenta atrás parece que en la antecámara haya dejado de circular el aire.

—Dos.

Tiene la boca tan seca que apenas consigue pronunciar las palabras.

—Uno.

A su lado, alguien traga saliva y hace un ruido tremendo en mitad

del silencio sepulcral.

—Ya —dice. Y entonces ocurren dos cosas a la vez: entre Washington y él levantan a Carter en el aire y en el mismo instante exacto Wyatt deposita con suavidad la roca en el lugar que ella ocupaba.

Por un momento el tiempo se detiene mientras se preparan para oír la explosión que no llega a producirse.

—Dios, qué intenso ha sido —dice Erin Quinn con una sonrisa.

Wyatt se coloca de nuevo la mochila a la espalda, pero Argylle permanece inmóvil hasta que Carter deja de temblar.

En su refugio improvisado, Coffey está escuchando… Bueno, de hecho no oye nada, solo un ruido constante en el auricular que hace un momento la mantenía conectada con Hooper.

—¿Tienes señal de audio, Glenn?

—Qué va, jefa. El radiotransmisor no funciona.

El monitor sigue mostrando las imágenes de las cámaras corporales de varios miembros del equipo, pero sin la conexión de audio no puede hacerles llegar sus instrucciones ni avisarlos cuando estén en peligro.

52

Kellerman coloca más carga junto a la segunda puerta. Mientras el resto del equipo se prepara para la explosión, Argylle mira a lo largo del túnel la abertura dentada de las puertas de acero que han dejado atrás, imaginándose la llegada de Denísov con su gorda cabezota y sus ojos de pez muerto. Los rusos les pisan los talones.

—¡Cuerpo a tierra! —grita Kellerman.

Pero en el momento en que Argylle se arroja al suelo, ve movimiento al otro lado de las puertas y el corazón le da un vuelco. Los rusos están ahí mismo, sus voces hacen eco en el túnel.

La explosión de la carga de Kellerman acalla unos instantes el interior de la cueva, pero antes de que el humo termine de disiparse oyen un ruido tras de sí. El equipo da media vuelta y ve cómo un ruso vestido de negro con un Kaláshnikov se deja caer sobre una rodilla y apoya el arma en su hombro. Cuando está a punto de dispararles, otro soldado entra gritando, lo adelanta para plantarse delante de la caja, ignorando la roca que Wyatt ha depositado allí hace un momento, y empieza a lanzarles las armas a sus compañeros.

Argylle contiene la respiración. ¿Cuánto tiene que disminuir el peso para que se active el mecanismo de la bomba?

La respuesta no se hace esperar. En el momento en que el ruso coge una ametralladora, la tierra se abre bajo sus pies, una erupción de fuego hace estallar su cuerpo y sus miembros salen disparados en distintas direcciones.

En el momento de confusión que sigue a la explosión, el equipo se apresura a cruzar la segunda puerta antes de que los rusos tengan tiempo de empezar a disparar mientras buscan algo, cualquier cosa, que sirva para bloquear la entrada. Puesto que la única luz natural procede del hueco por el que acaban de colarse, tienen que usar las

linternas, y sus pequeños haces se pierden en el espacio cavernoso en el que se encuentran.

—¡Ahí! —grita Hooper, que ilumina un voluminoso armario de acero apoyado contra la pared más cercana.

Wyatt y Casner ya están allí, y colocan el pesado armario en el vano para bloquear el hueco de las puertas justo en el momento en que la ametralladora abre fuego desde el otro lado. Se oye un grito, y Argylle deduce que alguien del otro lado de la barrera metálica ha resultado herido al rebotar una bala.

En su lado, todo es movimiento. El equipo ha encontrado una puerta que conecta la sala principal con una antecámara más pequeña. Y allí, un generador, el más grande que Argylle ha visto jamás.

—Es diésel —anuncia Hooper—. Pero está seco. Moveos, chicos. Tiene que haber combustible en alguna parte. Pero cuidado con lo que cogéis.

El equipo lleva linternas tácticas muy potentes fijadas a una funda colgada a modo de bandolera por encima del chaleco, pero aun así tienen dificultades para ver a través de la nube de polvo que ha levantado la explosión de Kellerman. Lo único que ven claro es que el espacio que ocupan es enorme, demasiado para saber hasta dónde llega y lo alto que es. Mientras en la barrera temporal que han levantado se oyen los ruidos metálicos de los rusos, que utilizan cualquier arma improvisada para derribarla, el equipo se dispersa con las linternas apuntando hacia el hueco cavernoso e inexplorado.

—¡Aquí! —Washington ha encontrado una carretilla elevadora. Bueno, dos… no, tres carretillas bien alineadas en la entrada de un túnel que sale desde la cámara principal.

—No pierdas el tiempo —dice Wyatt—. El combustible que hubiera debió de evaporarse hace tiempo.

—Yo no lo tendría tan claro —suelta Carter, que parece haberse recuperado del susto—. Mis hermanos son unos locos de la mecánica, y el combustible que utilizaban los nazis en las operaciones militares es mucho más resistente que la mierda que venden hoy. Vale la pena intentarlo. ¿Alguien tiene una manguera?

Argylle examina el suelo. Sabe que hay electricidad porque el

generador la necesita para funcionar, de modo que tiene que haber tubos de plástico o pasacables para proteger la instalación eléctrica. El haz de su linterna topa con algo. «Ya lo tengo».

Al cabo de unos minutos están vertiendo combustible en el depósito del generador mientras Washington se enjuga la boca con mala cara.

—Una cosa os digo: por nada del mundo pienso convertirme en tragafuegos cuando me jubile, os lo prometo.

Jim Ryder, el mecánico medio calvo, enfoca el mecanismo del antiguo generador y tira de una pesada palanca de madera. Nada. Mueve unos cables y vuelve a intentarlo. Nada. Argylle sabe que los rusos deben de estar preparando su propia carga explosiva. «Vamos —apremia a la gigantesca máquina en silencio—. Vamos».

Por tercera vez, Ryder aferra la palanca de madera y tira de ella hacia abajo. De pronto, el equipo se ve rodeado de luces intermitentes, como si tuvieran una nube de luciérnagas alrededor, y al cabo de un instante el espacio se inunda de una luz cegadora. Tras parpadear unas cuantas veces, captan la totalidad del entorno en el que se hallan: una especie de vestíbulo enorme y altísimo con varios túneles rudimentarios que parten de él en formación radial, todos equipados con herramientas, vagonetas o grandes cajas metálicas oxidadas por la falta de uso. Su alcance resulta imponente, intimidante. Y en el centro, donde un día debían de converger raíles procedentes de todos los lados de la montaña, hay una plataforma giratoria automática, un inmenso pozo circular montado sobre un puente de acero rotatorio sostenido por un pivote central. Pero la plataforma de hormigón está vacía.

Durante una fracción de segundo, el obstinado cerebro de Argylle superpone el vagón dorado de su imaginación a la plataforma vacía. Y en ese momento lo comprende todo.

—¿Dónde está el tren? —El disgusto de Schneider resulta evidente.

—Joder, tío. —Wyatt parece derrotado—. Todo esto para nada.

—Está debajo —dice Argylle.

Todos los ojos se posan en él sin comprender nada.

—Explícate —le exige Hooper.

—He visto antes algo como esto, señor. La vía férrea que los

japoneses construyeron para conectar Birmania con Tailandia. Cientos de miles de personas murieron durante su construcción; peones asiáticos y prisioneros de guerra de los aliados. Hubo una sección a la que llamaron Paso del Infierno que obligaba a los hombres a cortar la ladera de la montaña. Muy cerca hay una cueva secreta como esta, construida para ocultar los trenes en caso de que el ferrocarril cayera en manos enemigas.

—Corta el rollo, Argylle —suelta Schneider—. Por si no te habías dado cuenta, ahí fuera hay un silencio sospechoso, lo que significa que en cualquier momento los rusos harán estallar esa puta puerta.

—Vale. Lo que creo es que este vestíbulo está diseñado para deslumbrarnos y que no busquemos más, pero en realidad es un suelo falso.

—¿Crees que el tren está aquí debajo? —Hooper parece escéptico.

—Mire la plataforma giratoria. ¿Ve esos puntales de acero colocados en vertical? Creo que la superficie circular se desliza hasta un nivel más bajo. Vamos a echar un vistazo. Si tengo razón, por aquí cerca habrá una sala de control.

—Ahí. —A Carter se le ilumina la expresión—. Mira los cables eléctricos, todos conducen hasta esa puerta.

Jim Ryder es el primero en entrar.

—Dios, nunca había visto tantos mandos juntos. Esto parece la NASA.

—¡Busca algo que pueda accionar una superficie hidráulica! ¡Una fila de válvulas, o de palancas, o algo así! —le grita Hooper.

—¡Lo tengo!

Nadie espera que las palancas funcionen, por lo menos a la primera, sobre todo después de que Ryder haya tenido que pasar un destornillador por la base del mecanismo para liberarlo de la grasa y la suciedad acumuladas durante décadas. Pero cuando los pesados engranajes encajan en su posición, se oyen unos crujidos y unos chirridos tremendos procedentes del pozo circular, como si un dragón durmiente se hubiera despertado de un profundo sueño.

El suelo, muy reforzado, empieza a deslizarse unos milímetros, chirriando al descender por los ejes verticales de acero sin engrasar

justo en el momento en que se oye una terrible explosión en las puertas de la antecámara donde se apiñan los rusos.

El equipo salta hasta el disco de hormigón, que cruje y se tambalea, conscientes de que cuando se disipe el humo se convertirán en un blanco perfecto.

—¡Cárgate las luces! —le grita Hooper a Ryder, que sigue en la sala de control—. Y ven aquí volando.

Ya han descendido tres metros. Tres y medio. El mecanismo es sumamente lento. Cuatro. Cinco.

Hay mucho alboroto junto a la puerta de entrada. Se oyen gritos.

—¡Las luces, Ryder, por lo que más quieras! —Hooper se desgañita.

De repente… todo está oscuro. Los rusos continúan gritando. En alguna parte se produce un estruendo. El repentino apagón les ha hecho ganar un poco de tiempo, pero si sus enemigos los pillan descendiendo en la plataforma no habrá quien se salve.

—Vamos, Ryder —masculla Hooper.

Seis metros. Siete y medio.

Oyen pasos sobre su cabeza y ven que la oscura silueta de Ryder salta desde un lateral justo en el momento en que los rusos abren fuego mientras sigue descendiendo en el aire. Su cuerpo se estrella contra la plataforma y aterriza justo sobre Mia Matsyuk. Cuando Argylle se arrodilla para colocarlo boca arriba, sus dedos desaparecen en un agujero de su hombro. Tiene otro agujero en el pecho y también en lo que antes era su cara. Matsyuk emite un sonido gutural, como si algo burbujeara en su garganta. Se aferra al brazo de Argylle y este se da cuenta de que no puede respirar, que se está ahogando con su propia sangre, y ve que el destornillador que Ryder aún llevaba en la mano se le ha clavado en el pecho.

Mientras los otros apartan el cuerpo sin vida de Ryder, Argylle se acerca a susurrarle algo al oído a Matsyuk.

—Todo está bien —le dice—. Estás a salvo. Eres querida. —No se le ocurre nada más; es lo que le habría gustado decirles a sus padres.

Cuando por fin le quitan de encima a Ryder, Matsyuk está muerta y la plataforma en la que descienden ha topado con algo sólido.

—*Syuda!* —oyen que alguien grita desde arriba.

Abandonan la superficie circular justo en el momento en que vuelan los primeros proyectiles y los iluminan los potentes rayos de unas linternas. Se desata una violenta discusión entre los rusos que permanecen alrededor del hueco de la plataforma.

—Alguien cree que deberían saltar y otros no están dispuestos a hacerlo —les traduce Argylle.

Se asegura de apartarse del radio de alcance de los rusos y se vuelve para examinar el nuevo espacio.

Al principio no termina de hacerse a la idea de lo que oculta esa penumbra densa y granulosa. Pero cuando sus ojos se acostumbran y el equipo enciende las linternas, ven claramente que se hallan en otra cueva, de la que de nuevo parten varios túneles, aunque esta vez el ambiente es más cerrado y maloliente y les satura la nariz y la garganta. A medida que los haces de las linternas van apuntando a distintos lugares de la cámara, descubren varios objetos: una pancarta colgada en el dintel de la entrada de un túnel con las palabras HEIL HITLER impresas en negro bajo la omnipresente cruz gamada también negra; una hilera de imágenes religiosas, que por un momento Argylle confunde con personas vivas, lo que hace que aferre la pistola con el corazón aporreándole el pecho. Hay una pila de baúles de madera en la entrada del túnel más cercano a donde están y, tras detenerse para comprobar que no haya ninguna trampa explosiva, Wyatt abre el primero y encuentra una esvástica estampada en el interior de la tapa.

—¡Santo Dios! —La exclamación de Wyatt resuena en el ambiente cargado.

Argylle acude a su lado y los dos se sumen en un silencio sepulcral mientras observan el interior del baúl, donde varias decenas de lingotes de oro emiten destellos bajo la luz amarilla de sus linternas.

—¡Qué asco! —exclama Erin Quinn, que ha tropezado con algo.

Argylle la enfoca con la linterna y descubre a su compañera en el suelo, sobre una pila de restos humanos. Calaveras, huesos, algunos con tiras de piel y tendones momificados.

—No te fíes mucho de tus amigos, Quinn —se ríe Schneider mientras la ayuda a levantarse.

El equipo ilumina el suelo con sus linternas y descubren lo que no

habían captado en un primer vistazo, cuando han enfocado puntos aleatorios de la cámara. La planta inferior está cubierta de esqueletos, la mayoría formando pilas como la que ha hecho tropezar a Quinn. Entre los huesos hay botas, con la piel más rígida que el cemento.

—Me imagino que obligaron a estos pobres tíos a cavar los túneles y los abandonaron cuando dejaron de necesitarlos —dice Wyatt.

—«Y en el firmamento escribí mi voluntad con estrellas, para conseguir tu libertad» —musita Argylle recordando a Henri Dumas, el único superviviente de los más de mil hombres y mujeres reclutados para construir esas enormes cuevas. ¿Son esos los camaradas junto a los que Dumas trabajó en condiciones atroces para excavar una montaña entera? ¿Es posible que algunos de esos huesos pertenezcan a los peones, ingenieros y arquitectos a los que él llamó amigos?

Las ropas se han deteriorado casi por completo, hasta convertirse en pedazos irreconocibles. Solo las costuras, más rígidas, permanecen intactas. Argylle distingue un destello metálico junto a lo que parece la costura de un bolsillo o un dobladillo. Se agacha y descubre un anillo de boda, simple y con algunas zonas deslustradas. Sabe que los prisioneros de guerra y quienes sufrían persecuciones solían coser objetos de valor dentro del forro de sus abrigos y chaquetas con la esperanza de salvar algo de su vida anterior que les recordara quiénes fueron. Deposita la alianza con cuidado al lado de los huesos.

No todos los esqueletos forman grupos o pilas. Captan con las linternas algunos intactos, separados del resto. Tienen cascos y armas. En general parecen pistolas semiautomáticas, aunque Argylle también divisa un subfusil.

—Son los guardias —apunta Schneider. Mueve una calavera con la punta de la bota y esta sale rodando por el suelo.

—No hay balas —observa Carter—. Me pregunto cómo murieron.

—Coged todas las armas que podáis —les ordena Hooper—. Necesitaremos más fuego.

El equipo coge todas las armas que les caben en las mochilas, pero Argylle, Washington y Carter han tenido que abandonar las suyas en el momento del rescate de la mina explosiva, por lo que están muy expuestos al peligro.

Casner recoge una Mauser reglamentaria, apunta con ella a la pared de cemento y acciona el gatillo.

Nada.

—Retira el peine y vuelve a cargarla —le sugiere Hooper.

Pero cuando Casner la levanta para volver a disparar, el sonido de una explosión silenciada indica que hay algún problema grave.

—La bala se ha quedado obstruida —masculla Casner a la vez que lanza el arma lejos de sí.

Cuando se fijan mejor, ven que todas las armas han sido amañadas de un modo u otro.

Arriba, los rusos han dejado de disparar, tal vez porque se han dado cuenta de que el equipo queda fuera de su alcance.

Argylle escucha su discusión acalorada con creciente desasosiego.

—Van a bajar con cuerdas.

—Pues les dispararemos a medida que lleguen. ¡Bum, bum, bum! —dice Schneider, imitando los disparos de un arma de fuego.

—Dios mío —musita Washington cuando el haz de su linterna da con algo en la basta pared de piedra.

Argylle entrecierra los ojos para verlo mejor.

—Han destruido el panel de mandos. —Reconoce partes de la maquinaria que se corresponden con el panel que han accionado arriba, y los restos han quedado arrasados por algún tipo de explosión.

La idea de lo que eso supone le atenaza las entrañas.

—El último que subió en esa plataforma debió de reventar los controles lanzando una granada o algo así —susurra Hooper con un hilo de voz.

—Pero aún quedaban soldados alemanes aquí abajo —observa Carter señalando los cascos y las armas del suelo.

—No podían arriesgarse a que quien conociera este sitio se fuera de la lengua cuando saliera de aquí —añade Argylle.

—¿De modo que los encerraron aquí y los dejaron morir?

Bajo la luz amarillenta, la cara de Quinn se ve pálida y cérea.

—En el infierno hay un sitio especial para esa clase de gentuza.

—¡Señor! ¡Aquí! ¡Mire!

Casner se encuentra unos treinta metros por delante del resto y los

apremia a reunirse con él.

—Ahí, en ese túnel.

La voz de Casner, que suele arrastrar lánguidamente las palabras con su acento de Texas, rebosa emoción. Argylle sigue el haz de luz de su linterna, y el corazón le da un vuelco.

53

Un tren emerge entre las sombras, vasto y magnífico. Su parte frontal es negra y curvada como la proa de un barco o la cabeza de una monstruosa ballena, y la ausencia de ventanas la convierten en una inquietante figura sin ojos. Un águila cromada extiende sus alas sobre el hocico bulboso, mientras que restos de banderas nazis, mohosas y hechas jirones, cuelgan con cintas desde la parte superior. El cuerpo central se extiende en la oscuridad, negro y lustroso como una anguila gigante oculta entre las rocas al acecho de su presa. A pesar de todos esos años de hibernación resulta espectacular, y a su lado, los miembros del equipo, plantados en la entrada del túnel, se sienten diminutos.

—Está blindado —susurra Hooper, que por una vez parece tan anonadado como los demás—. Jesús, este trasto debía de ser indestructible.

Antes de que alguien pueda responder se oye movimiento procedente de la planta superior, donde está la palanca de la superficie giratoria. Y en ese momento aparecen los extremos de las cuerdas de rápel descendiendo por el oscuro abismo situado por encima de su línea de visión. Argylle comprueba que no llegan a cubrir todo el perímetro del círculo.

La cara alargada de Schneider se ilumina y empieza a correr hacia las cuerdas.

—¡Ven con mamá! —grita, disponiéndose a levantar su fusil de asalto.

—Yo que tú no… —le advierte Argylle, pero sus palabras se pierden en el ruido de disparos y granadas que llueven desde el hueco del círculo de cuerdas y que convierten en un auténtico campo de batalla la zona cercana a la plataforma giratoria, con las cuerdas bordeando el

perímetro exterior.

Schneider cae al suelo y por un momento Argylle cree que lo han herido, pero entonces empieza a reptar hacia atrás, tumbado boca abajo. La artillería con que los bombardean desde arriba no cesa, y es imposible que nadie se acerque lo bastante para responder.

—Están utilizando trazadores —dice Will Hooper casi sin aliento mientras observa los estallidos de fuego que iluminan la oscuridad—. Cualquiera que se acerque a su línea de visión está listo. Retiraos. Nos reuniremos en el tren.

Los miembros del equipo se disponen a retroceder. Todos excepto Argylle, que se da cuenta de que los primeros rusos que consigan bajar por las cuerdas los alcanzarán sin darles tiempo de llegar al tren.

—Ahora voy.

Hooper, que ya se halla a cincuenta metros de distancia, da media vuelta.

—Argylle, retírate. Eso es…

Pero Argylle ya corre hacia la plataforma giratoria. Intenta dejar la mente en blanco y borrar cualquier atisbo de pensamiento, como si estuviera en un túnel donde todo lo demás ocurre en el exterior y lo único que importa es la luz del final.

La lluvia de balas es la luz al final del túnel.

Tendrá que mantener a raya el resto de sus pensamientos o jamás logrará seguir adelante y llevar a cabo ese acto temerario, imprudente, más bien suicida, del que alguien tiene que ocuparse.

Acalla en su mente la voz de Hooper gritándole, aleja esa parte de sí que tiene miedo, que duda, y se lanza a la carga, agarrando el extremo de una cuerda con cada mano mientras llueven balas a su alrededor, y entonces se impulsa con todas sus fuerzas hacia el círculo de fuego con las manos levantadas para estirar las cuerdas, de modo que por una fracción de segundo las figuras aferradas a ellas quedan en horizontal y reciben todo el impacto del fuego que cae desde arriba.

No se salvarán.

—Estás loco de remate —suelta sonriendo Wyatt, que ha echado a correr hacia Argylle en cuanto se ha percatado de lo que tenía en mente y ahora se cruza en su camino mientras tira también de un par

de cuerdas.

De momento ya hay cuatro cadáveres en el suelo, acribillados a balazos como si los hubiesen regado con un aspersor.

Sin embargo, los rusos siguen adelante. Hay demasiados para derribarlos a todos. Argylle se arriesga a avanzar un paso y, en el momento en que una bala pasa tan cerca de su oído que siente el aire que desplaza, ve que por lo menos son cinco, o seis, o siete, las figuras que descienden por las cuerdas.

—¡Corre!

Wyatt no necesita que se lo digan dos veces. Cogen las linternas y se dirigen a toda pastilla a la boca del túnel en el que se encuentra el tren. No les dará tiempo de llegar. Mientras sigue corriendo, Argylle echa un vistazo alrededor en busca de algo, lo que sea.

—¡Wyatt! ¡Las estatuas!

Wyatt, que le ha leído la mente a Argylle, lo ayuda a levantar las imágenes religiosas que han visto antes —la Virgen María llorando con los brazos extendidos, los santos con sus vestiduras, las figuras de Cristo bendiciendo a una congregación invisible— para colocarlas de modo que intercepten el paso a los rusos, y a continuación se detienen el tiempo imprescindible para disparar unas ráfagas por entre las figuras de escayola.

En la oscuridad, ya que no pueden sostener las linternas al mismo tiempo que las armas, los rusos creen que los están atacando y se arrodillan para apuntar y disparar a las estatuas con todas las municiones de que disponen mientras, aprovechando la confusión, Argylle y Wyatt se dan a la fuga. Argylle se vuelve y ve cómo la Virgen pierde primero un brazo y luego la cabeza.

—¡Al tren! ¡Rápido!

Will Hooper los está esperando en la boca del túnel.

Eric Lawler y Brandon Reynolds han ocupado sendas posiciones ocultos en el interior de la entrada del túnel. Se escudan detrás de una pila de sacos de arena que protegían un palé cargado con cuadros, muchos de ellos con marcos intrincados en los que el color dorado ha envejecido a bronce y aparece muy ennegrecido. Argylle les echa un vistazo con nostalgia al recordar la gran cantidad de obras de arte

importantes que desaparecieron durante la guerra. Piensa en el famoso autorretrato de Rafael y en la obra de Van Gogh que se perdió, y recuerda la cara de pena de su madre, tan amante del arte, cuando se lo explicó y le dijo que si los nazis hubieran podido bajar el sol para incluirlo en las colecciones privadas de Hitler o de Göring, lo habrían hecho. ¿Qué más habrá en ese montón?

—¡Argylle! ¡Ya!

Se abre paso entre los sacos mientras les hace una señal afirmativa a Reynolds y Lawler, cuyo trabajo consiste en entretener a los rusos mientras el resto del equipo entra en el tren con la esperanza de encontrar allí la Cámara de Ámbar. No cabe duda de que a esos dos les ha tocado la peor parte.

Y ellos también lo saben, a juzgar por la forma en que Lawler aprieta la mandíbula y Reynolds aferra el fusil de francotirador, con el brazo hundido en la lona que cubre el saco de arena que tiene frente a sí, como si intentara dejar de temblar.

54

Una curva en el túnel impide ver hasta dónde llega el tren, ni siquiera iluminándolo con las linternas. El equipo ha abierto, con ayuda de una palanca, la plancha de acero que cubría una ventana del primero de los vagones sellados. Argylle sigue a sus compañeros hacia el interior, donde lo sorprende encontrarse en lo que parece una bonita coctelería. Tiene compartimentos tapizados de terciopelo rojo y cortinas rematadas con brocados dorados. Hay lámparas octogonales de cristal *art déco* y una rica alfombra con dibujos adamascados. En un extremo hay una barra con forma de herradura, y tras esta, unas estanterías de cristal sobre las que se alinean botellas de brandy y vodka. En el estante superior, Argylle ve tres botellas de Führerwein, el vino elaborado por orden del propio Hitler para celebrar su cincuenta y cuatro cumpleaños, en cuyas etiquetas aparece una imagen del dictador con su indumentaria militar de gala.

Un escalofrío lo recorre por dentro.

Frente a la barra hay dos taburetes, y delante reposan sendos vasos, como si acabaran de servir la bebida hace un momento; bajo estos, una pila de huesos que incluyen un par de calaveras, además de dos pares de botas militares muy bien conservadas.

—Los muy cabrones estaban aquí bebiendo mientras ahí fuera mataban a tiros a la gente que se había dejado la piel para construir este infierno —comenta Wyatt con repugnancia.

—Voy a ver si más adelante hay algún vagón con armas —dice Hooper, consciente de que cuentan con un arsenal cada vez más reducido.

Se han abierto paso hasta el siguiente vagón, que resulta ser el restaurante. Argylle tiene la desagradable sensación de estar entrando en una sala cuyos ocupantes acaban de marcharse hace solo un

momento, ya que las mesas están puestas y sobre ellas hay platos de delicada porcelana y copas de cristal, además de una gruesa cuchara de plata que descansa sobre el borde de una sopera. Y, sin embargo, las pilas de huesos de los asientos y el suelo revelan algo muy distinto.

—¿Cómo murieron? —musita Carter—. Quiero decir que ahí estaban, celebrando su fiesta como si fuera 1999, con licores y buena comida, y de repente… ¡Bum!

—Ahí lo tienes —dice Argylle, apuntando con la linterna al techo de paneles de madera bajo el que hay una hilera apliques de cristal amarillo en forma de campana que proyectan una tenue luz sobre cada una de las mesas.

—Ah, ¿los iluminaron hasta matarlos?

—Por encima de las lámparas, en el borde superior de la pared. Los agujeros.

—Conductos de ventilación. ¿Y qué? —dice Schneider.

—No creo que sea eso. He visto algo parecido en otra parte, en el Museo Conmemorativo del Holocausto.

—¿Crees que los mataron con gas?

Argylle asiente.

—Imagino que insuflaron los vagones con Zyklon B o algo así.

—¿Mataron a sus propios oficiales? Tío, está claro que no querían que nadie se fuera de la lengua sobre este sitio —comenta Casner.

—Al menos parece que estos tíos murieron en paz —opina Wyatt—. Por desgracia.

Casner va delante cuando abren la puerta sellada que conduce al siguiente vagón.

—Señor, me parece que esto podría ser un arsenal.

—¡Guau! —Alex Kellerman parece exultante cuando repara en el símbolo de una calavera con dos huesos cruzados y la palabra VORSICHT estampada en grandes letras rojas sobre la puerta del siguiente vagón. Aparta a Casner de golpe, furioso, cuando lo ve levantar la pistola para volar la cerradura.

—¿Estás loco, tío? ¿Acaso sabes lo que hay al otro lado de esta puerta? ¿Es que quieres matarnos a todos?

Tienen que sacar las herramientas de las mochilas y desmontar poco

a poco el tirador con ayuda de un taladro, pero por fin lo consiguen.

Hooper abre la puerta.

—Aquí hace un frío del carajo.

Ilumina el interior con la linterna desde el umbral, y Kellerman, que está a su lado, suelta un silbido de admiración.

—Este año la Navidad ha llegado antes —exclama cuando el haz blanquecino se posa sobre las pilas de fusiles Karabiner, los MP-40 y un puñado de morteros.

Plop, plop, plop.

Hooper desvía la linterna hacia el suelo.

—Por Dios. —Su voz denota decepción—. Aquí hay más de un palmo de agua.

Argylle estira el cuello para mirar por encima de su hombro y ve el líquido negruzco que inunda el suelo del vagón cubriendo por completo las armas de la mitad inferior de la pila, lo que hace que las de encima empiecen a perder la estabilidad.

—Pero si el tren está sellado —se queja Kellerman.

Argylle dirige la linterna al techo y encuentra la procedencia del agua: una grieta en la supuesta cubierta impermeable del tren. Avanza hasta situarse debajo de la grieta y levanta la linterna para iluminarla.

—Qué narices… —empieza a decir Wyatt, que lo ha seguido—. Es una…

—Una estalactita. —Argylle termina la frase por él.

Justo encima del vagón que contiene el arsenal, el techo del túnel se ha derrumbado y revela, muy por encima, una gigantesca capa en el tejado de la cueva más alta, formada por cientos de estalactitas afiladas de varios metros de longitud que apuntan hacia ellos y que son el resultado del agua que se ha filtrado gota a gota a través de la cubierta de la cueva y que se ha congelado con el frío.

—¿Crees que una de esas ha caído aquí? —pregunta Wyatt.

—Más de una, a juzgar por la cantidad de líquido.

En el exterior de la puerta sin cerradura del vagón se oye ruido de disparos. Y a continuación el traqueteo de una ametralladora mucho más cerca. Argylle piensa en Brandon Reynolds, que ha tenido que apoyarse en el saco de arena.

—Diría que cojamos solo los fusiles que estén secos —aconseja Schneider—. Tiene que haber algunos en buenas condiciones.

—Es demasiado arriesgado —opina Hooper—. No podemos saber seguro hasta qué punto funcionan correctamente.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Carter.

—Seguiremos adelante hasta que demos con la Cámara de Ámbar —ordena Hooper—. Y rezad porque de camino encontremos municiones.

El siguiente vagón contiene varias filas de asientos de madera. Junto a las puertas laterales hay una pila de huesos y dos cascos con forma de cuenco sin adornos, como los que llevaban los soldados rasos de la infantería alemana. La madera de la puerta, bien pulimentada, tiene cientos de rasguños de color plateado. Argylle mira arriba y ve en las paredes los mismos conductos que había en los vagones de los oficiales.

—Los pobres tíos intentaron escapar —dice.

—Nada de pobres tíos, mira lo que hicieron; y por favor, no me digas que obedecían órdenes. —Quinn tiene una expresión implacable.

—¿Crees que tuvieron elección?

—Todo el mundo tiene la potestad de obrar por decisión propia. Tenemos que luchar por algo.

Fuera, da la impresión de que la batalla se ha intensificado y ahora ningún bando suena más fuerte que el otro, lo que significa que los rusos avanzan deprisa.

Schneider musita algo en voz baja y Argylle ve que está actuando en contra de las órdenes de Hooper y lleva al hombro dos fusiles semiautomáticos que ha recogido del vagón del arsenal.

Cuando se abre la puerta del otro extremo, un grito que taladra los oídos y que procede de la parte anterior del tren atraviesa el cargado aire del túnel. El fuego cesa unos instantes. Argylle se estremece al pensar que, o bien el joven Reynolds ha muerto, o bien sigue con vida y se ha quedado completamente solo. No sabe qué es peor.

Detrás del vagón vacío todavía hay otro más en el que la puerta se ha sustituido por una de plomo con pesadas cerraduras de hierro en toda su longitud. El cosquilleo que recorre las terminaciones nerviosas de Argylle le dice que es ahí donde encontrarán la Cámara de Ámbar.

Pero entre ese último vagón y el penúltimo, que acaban de cruzar, hay una plataforma sobre la que reposa un cañón antiaéreo montado en su soporte de dos ruedas, con la boca apuntando hacia el cielo de manera que casi roza el techo del túnel.

—¿Y bien? —le pregunta Hooper a Casner, el agente con más experiencia en armas del equipo—. ¿Crees que puedes hacer que funcione?

—Me parece que sí. Pero necesitaré un poco de tiempo.

—Te doy tres minutos

A Noah Washington no le emociona que lo envíen a sustituir a Brandon Reynolds y Eric Lawler, quienes han retenido valientemente a los rusos en la boca del túnel; eso suponiendo que alguno de los dos siga con vida. Pero sabe que es el mejor tirador y lleva suficiente tiempo en la Agencia como para obedecer órdenes primero y preguntar después.

—Haz lo que sea para entretenerlos —lo apremia Hooper.

El instructor necesita unos minutos para conseguir que el cañón antiaéreo funcione, y se está quedando sin recursos.

Mientras tanto, a Wyatt lo han enviado junto a la puerta del último vagón con la carga necesaria para volar las cerraduras de hierro, tras encomendarle que revise el contenido en busca de cajas que den la impresión de haber sido usadas para almacenar la Cámara de Ámbar.

—Asegúrate de llevar la cámara corporal encendida para que la jefa lo vea todo bien. Pero por el amor de Dios, no abras nada. Por lo que sabemos, está todo lleno de bombas trampa.

Washington se marcha con su habitual elegancia. Lleva un fusil de asalto HK416 colgado al hombro y varias granadas en la mochila que ha recogido de los pertrechos de sus compañeros. Reza porque las anillas de seguridad estén bien cerradas mientras mueve los dedos a modo de lánguida despedida, pero Argylle ve que lleva la cabeza erguida, con la mirada fija en un punto por delante de él, y reconoce ese acopio deliberado de concentración y determinación para tratar de ahuyentar el miedo.

Washington es un buen tirador. Seguramente el mejor del grupo. Pero los rusos van mejor armados y son más.

Muchos más.

En la vida diaria, tres minutos no significan nada; ni siquiera bastan para cocer un huevo. Pero cuando estás solo y esperas la arremetida de múltiples atacantes, tres minutos parecen toda una vida.

Casner está arrodillado en la plataforma junto al pedazo de metal que fue usado por última vez varias décadas atrás.

—Es un Flak 30. Y nuestros amigos alemanes han tenido la amabilidad de dejar una recámara sin usar cargada con munición.

—¿Podrías bajar la boca para que apunte directamente al extremo delantero del tren? —Hooper le señala la puerta abierta del vagón que acaban de cruzar.

—Lo intento, pero no se mueve. Kellerman, échame una mano.

Pero ni siquiera entre los dos hombres consiguen accionar lo más mínimo la ruedecilla que controla la altura del cañón.

—Quedan dos minutos. ¿Puedes o no, Casner?

—No puedo, señor. Está atascado.

—Nos quedamos sin tiempo.

Fuera de allí, Coffey y Dabrowski han captado algo por el satélite que les llama la atención.

—Por Dios, jefa. ¿Está viendo esto?

—Igual que tú, Glenn.

—¿Cree que son refuerzos?

—Es un Mi-8. Pero mira las marcas. ¿Ves las letras VF de color dorado?

Se sabe que Vasili Federov solo vuela en aeronaves construidas en Rusia. Es una forma más de hacerse pasar por el mayor de los patriotas.

Aunque la peor parte de la tormenta ya ha pasado, el helicóptero, decorado con los colores distintivos vainilla y dorado, tiene dificultades para aterrizar en un pequeño claro que se encuentra a quinientos metros de la ladera de la montaña.

—Pero ¿por qué Federov se arriesga a venir a este lugar?

La pregunta de Dabrowski obtiene respuesta cuando se abre la puerta del helicóptero y un equipo de cámaras de televisión empieza a descargar su material.

—No puedo creerlo —dice—. Está pensando en retransmitir en directo el descubrimiento de la Cámara de Ámbar.

—Hay que reconocer que el tío tiene muchas narices —comenta Coffey.

—Antes tendrá que enfrentarse a los muchachos.

—Imagino que tiene previsto esperar hasta estar seguro de que tiene vía libre y que la Cámara de Ámbar se encuentra ahí, y entonces entrará haciéndose pasar por todo un héroe. Cualquier cosa con tal de salir bien en la foto.

—Ese tío está loco.

—Ni mucho menos. Cuando era Christopher Clay y trabajaba en San Francisco construyendo su propia marca tecnológica, Federov tenía equipos de personas que analizaban la mejor forma de presentarse ante el mundo para vender su producto. Comprendió el poder de contar historias para aumentar el reconocimiento de la marca. Dile a la gente que tu nuevo portátil tiene un procesador con la última tecnología, y el noventa por ciento se quedarán prendados. Diles que además lo diseñó un huérfano que empezó su vida en un contenedor de basura, y te harás famoso. Federov conoce el poder del discurso. Si se presenta ante el pueblo ruso con el descubrimiento de la Cámara de Ámbar como un hecho consumado, los dejará impresionados. Si ven que resucita ese tesoro, harán todo lo que él quiera. Y para nosotros eso es lo peor que puede pasar.

55

Mientras Casner se pelea con el cañón, Wyatt regresa de su visita al último vagón rebosante de entusiasmo.

—Está lleno de cajas de madera —anuncia—. ¿Y a qué no sabéis lo que tienen estampado?

—¿Königsberg? —pregunta Hooper, y agita el puño en el aire cuando Wyatt asiente.

Pero no hay tiempo para celebraciones.

—Aún no está bien orientado —se queja Casner, que tiene la cara morada por el esfuerzo de tratar de mover el antiguo cañón.

—Las ruedas —dice de pronto Hooper, señalando la plataforma sobre la que está montado el cañón con el fin de trasladarlo rodando de una batalla a otra—. Quítale las ruedas. Es posible que todo el trasto se incline hacia delante.

—Vale la pena intentarlo —conviene Casner, que ya está desenroscando la rueda izquierda.

Kellerman se pone manos a la obra con la otra rueda. De fondo, el fuego cruzado se ha vuelto de lo más horrible y estruendoso.

Al cabo de unos segundos, las ruedas ya están fuera y el pesado cañón de metal cae hacia delante con un ruido metálico.

—Mierda. Ahora queda demasiado bajo. —gruñe Casner, frustrado, pero Kellerman ya se está ocupando de solucionarlo y ha colocado una caja metálica de municiones debajo de la boca del cañón para que apunte hacia la puerta abierta del vagón precedente y directamente a la parte frontal del tren.

Casner empuja el pestillo de seguridad hasta la posición de preparado y tira de la palanca para abrir el cerrojo de la recámara.

—Todo a punto.

Por el rabillo del ojo, Argylle ve que uno de sus compañeros se

separa del grupo y baja al andén sin hacer ruido, justo donde hay un armario de seguridad que alberga un extintor oxidado, y luego desaparece por el otro lado del tren.

«Qué interesante», piensa.

—Espera un segundo, voy a avisar a Washington —le dice a Hooper mientras se dispone a seguir al fugitivo.

—Argylle, quédate donde estás.

Pero Argylle actúa como si no lo oyera.

Y es posible que sea así.

—¡Tienes dos minutos! —grita a su espalda Hooper, frustrado—. ¡Luego esto abrirá fuego, contigo o sin ti!

En el hueco que queda entre el vagón restaurante y la coctelería, Argylle se sube al techo del tren, y profiere un grito de rabia cuando ve que su Glock de 9 milímetros, la única arma que le queda, se escapa de la funda y cae a la vía con un ruido metálico. Aunque se agacha cuanto puede, la coronilla le roza el techo del túnel. El aire está estancado y saturado de polvo y suciedad. Argylle piensa en los cadáveres de la cueva y se pregunta qué está inhalando exactamente. Donde ahora se encuentra, el ruido de los disparos es ensordecedor. Su corazón, impulsado por la adrenalina, da un vuelco con cada nuevo estallido.

Cuando alcanza la parte frontal del tren, se tumba boca abajo y repta hasta el borde; lo que ve le hace estremecerse. El cuerpo de Brandon Reynolds se ha desplomado sobre el muro de sacos de arena, y su cara, que aún tiene marcas de viejas cicatrices de acné, está vuelta hacia un lado, con los claros ojos azules abiertos, mirando directamente hacia Argylle. Aún lo imaginaría sonriendo de no ser porque le falta la mitad de la frente. El cuerpo de Eric Lawler también yace en el suelo, junto a la barricada de sacos, y todavía rodea con el dedo el gatillo de su fusil de asalto.

Argylle se vuelve a mirar atrás y ve que aquel a quien persigue se ha detenido unos instantes para encorvarse sobre un mecanismo que ha sacado de un bolsillo de su pantalón antes de continuar avanzando por

el andén hacia donde Noah Washington, con el largo cuerpo bien protegido por sacos de arena, dispara ráfagas con un subfusil que ha debido de arrebatarle a uno de los cuatro rusos que yacen muertos en un radio de cinco metros.

Cuando ya no le quedan balas en la recámara, Washington arroja el subfusil al suelo y toma un fusil de asalto del montón de armas que tiene apiladas al lado. Mientras Argylle lo observa desde su escondite, Washington da media vuelta, alertado por un ruido a su espalda. Entonces el alivio suaviza su expresión y baja el fusil.

—Por Dios, qué alegría me da verte —le dice a la persona que se le ha acercado por detrás. Y entonces abre los ojos como platos por la sorpresa.

—Lo siento mucho —dice una voz que Argylle conoce bien—. Por favor, créeme, lo siento mucho. Pero no tengo elección.

—¡Joder!

Dabrowski se sume en el silencio mientras la parte trasera del helicóptero que Coffey y él están observando desde sus respectivas pantallas se abre y de ella emergen cuatro miembros de los Spetsnaz rusos armados y montados en motocicletas todoterreno, una con un sidecar cargado de cables, focos y equipos de sonido.

Cuando están listos, se abre una puerta cercana a la parte frontal del helicóptero. Despliegan una escalerilla y una figura inconfundible sale al exterior. Va vestido con un impecable atuendo militar.

Mientras Federov desciende hasta el pie de la escalerilla, una de las motocicletas se coloca frente a él. Está claro que el conductor espera que se monte detrás, pero en vez de eso Federov le ordena que se baje y ocupa su lugar.

—Todo es pura fachada —masculla Coffey, que no puede evitar sentir cierta admiración cuando el antiguo magnate de la tecnología posa para la cámara subido en la moto que acaba de confiscar.

Pero aunque Federov contempla el vehículo, no parece tener ninguna prisa por moverse. En vez de eso, el grupo al completo —formado por los Spetsnaz y el equipo de televisión— permanece junto

al helicóptero hasta que, poco a poco, las palas se detienen con un chirrido.

—¿A qué están esperando? —masculla Dabrowski.

Coffey enfoca más de cerca a Federov y ve que lleva puesto un auricular.

—Aguarda una indicación —responde con tono cansino.

—¿De uno de nosotros?

—Eso creo. Algún tipo de señal que ha acordado previamente, supongo; quizá una serie de impulsos eléctricos, o algo así.

De pronto, Federov, que ha estado todo el tiempo sentado en la moto con el ceño fruncido, concentrado y a la espera de oír algo, se arranca el auricular de la oreja y le dice algo al personal allí reunido; y entonces todo cobra vida: el cámara ocupa la plaza trasera de la moto situada detrás de la de Federov para filmar sus movimientos.

—Imagino que ha recibido la señal.

—Llegarán enseguida a la cueva montados en esos trastos. —La voz de Coffey suena tensa—. Ojalá pudiéramos avisar a Hooper. ¿Cuánto crees que falta para reparar el transmisor?

—Estoy en ello, jefa.

Mientras todos los demás esperan a Argylle, Carter está sola en el extremo final del túnel, intentando reestablecer la conexión con Frances Coffey. Hasta ahora han dependido de las transmisiones por frecuencia ultrabaja mediante los transceptores RF que llevaban encima, pero hasta estos han dejado de funcionar. Es en ese momento cuando empieza a examinar el extenso cableado que los alemanes instalaron en el túnel para accionar las luces y la plataforma giratoria. No es historiadora, pero sabe que incluso las primeras redes de ferrocarril subterráneo empleaban un sistema rudimentario de telecomunicaciones, de tal manera que los conductores que estaban en los túneles pudieran comunicarse con los guardavías. En algún sitio tiene que haber un cable coaxial, desprotegido a intervalos de forma que el cable interior de cobre quede al descubierto y permita radiar la señal tanto de entrada como de salida por toda su longitud. Ahora solo

tiene que encontrarlo…

Argylle, encaramado al tren, se siente como si estuviera debajo del agua. Oye las palabras que acaba de escuchar distorsionadas tras viajar lentamente por su nervio auditivo para llegar a su cerebro tarde y revueltas. Pasan varios segundos antes de que reconozca la voz y comprenda la magnitud de lo que ha dicho. Cuando lo hace, algo dentro de sí se parte en dos. Se inclina hacia delante por el borde del tren hasta que ve a la persona que ha hablado, mientras aún alberga un atisbo de esperanza de haberse equivocado.

Pero no; no se ha equivocado.

—Qué narices…

Un atisbo de arrepentimiento recorre el rostro de Erin Quinn cuando lo ve allí arriba, encima del tren, pero aun así no baja el arma semiautomática con la que apunta a la cabeza de Washington.

—Me han mentido, Argylle. Los intachables de la CIA. Mi padre no murió en una explosión en Irak. El oficial al mando solo lo supuso. Estaba tan preocupado por salvar el culo que mintió y dijo que había visto con sus propios ojos cómo volaba por los aires. Lo dejaron atrás. Luego los iraquíes lo capturaron y lo pusieron en manos de los rusos. ¿Sabes qué les pasa a los agentes de la CIA cuando los hacen prisioneros, Argylle? No es nada agradable. Mientras tanto, Coffey nos ha metido en la cabeza que murió como un héroe y nos envió un ataúd vacío para que lo enterráramos y…

—Eso no es excusa para…

—Mi padre sigue vivo, Argylle. —Quinn habla con los dientes apretados a causa de la emoción—. Lo tiene Federov. Pero lo único que verdaderamente lo mantiene con vida soy yo.

Coffey nota una opresión en el pecho que le impide respirar a medida que va cambiando de la cámara corporal de Erin Quinn a la de Argylle. La expresión de angustia de Quinn, la forma en que el arma tiembla en su mano y el estupor en el rostro de Argylle. Se alegra de

que Dabrowski no pueda verla. Busca los cigarrillos, pero en el último minuto retira la mano, como si negarse ese placer fuese lo mínimo que puede hacer para reparar la enorme injusticia que se cometió en nombre de la organización que dirige.

—¿Qué…? ¿Quinn está apuntando con una pistola a Washington? ¿Esto está ocurriendo de verdad? ¿Qué narices está pasando aquí?

—Tengo que contarte una cosa, Glenn. Jared Quinn fue traicionado por su comandante en Irak. No hay manera de edulcorarlo. Hubo una emboscada y todo se convirtió en un caos. El comandante tomó decisiones equivocadas y dejaron atrás a Quinn. Al principio, los iraquíes intentaron utilizarlo como moneda de cambio, lo torturaron y se ofrecieron a soltarlo a cambio de que liberásemos a doscientos soldados iraquíes que habían sido hechos prisioneros. Al ver que nos negábamos, nos dijeron que lo matarían. Tienes que creerme si te digo que no teníamos ni idea de que lo habían traspasado a los rusos.

—¿No se lo dijeron a la familia?

—¿De qué habría servido? Jared estaba muerto. No podíamos cambiar eso, pero podíamos intentar proteger a su viuda y a su hija no contándoles la verdad sobre cómo había muerto, los detalles horrendos que las habrían perseguido en sueños.

—¿Y el ataúd vacío?

—Merecían poder celebrar un funeral.

—Tengo que hacer lo que me piden —insiste Quinn sin bajar el arma—. Si no, matarán a mi padre. Lo ves, ¿verdad? Primero me cuentan que lo habían capturado en Isfahán. Esperé meses, y como los cabrones no lo soltaban tuve que aceptar que estaba muerto. Pero tres semanas después de la misión de Mónaco me mandaron un vídeo. No iba a dar mi brazo a torcer, pero… Dios, Argylle, tendrías que ver en qué estado está.

Mientras Quinn habla, Argylle ve que cinco miembros de los Spetsnaz rusos se aproximan. Se le ponen los pelos de punta cuando reconoce la robusta figura de Serguéi Denísov, con un ojo todavía vendado y el otro negro como el carbón. El ruso que va en cabeza se

arrodilla para apuntar con el arma.

—¡No disparen! —grita Erin Quinn, justo en el momento en que Washington profiere un grito y gira sobre sí mismo para tratar de asestarle en la cabeza a Quinn una de sus patadas de kick-boxing.

Quinn aprieta el gatillo sin casi darle tiempo a levantar la pierna y Washington se desploma en el suelo.

—Lo siento —se disculpa Quinn, y el sufrimiento transforma sus facciones en algo irreconocible—. Lo siento muchísimo.

Unos sonidos distorsionados llenan la cabeza de Argylle y el tiempo transcurre a cámara lenta. Para entonces Denísov está tan solo a unos pasos de distancia, lo bastante cerca para que Argylle pueda ver la saliva acumulada en la comisura de su abultada boca. Argylle no se puede arriesgar a hacer ningún movimiento brusco, de modo que se pega a la cubierta del tren, seguro de que tan solo pasarán unos segundos antes de que Quinn lo delate.

Pero en vez de eso, Quinn se vuelve hacia Denísov sin bajar el arma.

—He hecho todo lo que me han pedido —exclama—. ¿Dónde está mi padre? Me prometieron que lo traerían.

Denísov levanta las manos para demostrar que no va armado.

—Claro —dice. El ojo sano, hundido en su rostro, parece la puerta del infierno—. Su padre está aquí detrás. Se alegra mucho de verla. —Hace un gesto para señalar tras de sí, y cuando Quinn se vuelve ansiosa por divisarlo en la oscuridad de la cueva y baja la mano con la que sostiene el arma, Denísov se lanza hacia ella con una agilidad sorprendente y la agarra el cuello desde atrás con su brazo grasiento y se lo aprieta tanto que ella suelta el arma para cogerle el brazo y apartarlo.

Argylle levanta la cabeza y se dispone a moverse, incapaz de contemplar la escena sin hacer nada, pero Quinn clava los ojos en los suyos y los abre mucho, quizá para advertirle de que no sea tan imbécil de cometer un acto suicida.

—¿Te había dicho que tu papaíto estaba aquí? —dice Denísov, demasiado concentrado en Quinn para ver a Argylle entre las sombras—. Me he equivocado. Está muerto. Murió hace dos días. En el suelo. Como un perro.

Argylle aparta la mirada porque sabe que con un pequeño movimiento del codo, Denísov le partirá el cuello a Quinn como si fuera una ramita. Se prepara para oír el crujido, pero este no se produce.

En vez de eso, cuando se atreve a mirar de nuevo, ve que Denísov ha aflojado la presión y Quinn cae al suelo mientras se aferra la garganta y jadea.

—No te mataré después de todo lo que nos has ayudado. Ya se encargarán tus compañeros.

Denísov suelta una carcajada y se dirige a la parte delantera del tren, seguido de su equipo de miembros de los Spetsnaz armados hasta los dientes.

Argylle se ha quedado solo encima del tren. Solo con la mujer a la que, hasta hace unos instantes, creía que posiblemente amaba.

Quinn recoge la pistola que ha soltado durante el forcejeo con Denísov. Tiene la cara muy pálida, lo que resalta la viva marca morada del cuello. Cuando levanta la mirada y la posa en la de Argylle, sus ojos se abren con estupor, y él sospecha que hasta ese instante no ha asimilado la magnitud de lo que acaba de hacer.

—Dios mío, Argylle —musita, y levanta la pistola hasta que el cañón apunta hacia él—. Lo he fastidiado todo. Le he hecho daño a mucha gente.

—Primero Samra, luego Washington. Eran tus amigos, Quinn. ¿Cómo has podido…?

Argylle intenta hacer caso omiso de la pistola y se concentra en su cara, que ahora denota una completa desesperación.

—Mi padre es… era… mi héroe, Argylle. Y la Agencia lo abandonó.

—¿Y qué? ¿Crees que él estaría orgulloso de lo que has hecho? ¿Crees que es lo que él querría?

Quinn niega con la cabeza despacio, pero no baja el arma. En lugar de eso, levanta la otra mano para aferrar aquella con la que sostiene la pistola y baja la palanca de seguridad.

—Lo siento, Argylle. Lo siento muchísimo.

El último pensamiento que pasa por la mente de Argylle antes de que todo quede sumido en la oscuridad es su sorpresa al descubrir que

cree en sus palabras.

56

Una explosión de dolor devuelve la conciencia a Argylle. Al instante, se lleva la mano hasta un punto situado justo debajo de la clavícula. La siente húmeda cuando la retira. Se arranca la cámara corporal que le está apretando la herida mientras dos pensamientos cruzan su mente en una rápida sucesión: «Me han herido. Sobreviviré». Se obliga a ponerse de pie. No hay rastro de Quinn, solo la horrible visión de Washington, con su largo cuerpo tendido en el suelo formando una Z. Aunque…

Impulsa las piernas hasta dejarlas colgando por el lateral del tren y, abrazándose a sí mismo, se lanza al andén. Un lacerante estallido de color rojo intenso cruza sus párpados cerrados y está a punto de volver a perder la consciencia. Se lleva las manos a la clavícula y nota que ya no es una línea continua, sino diversos pedazos de hueso desencajados. La bala debe de habérsela destrozado en su trayectoria.

Respira hondo y se tumba al lado de Washington mientras aprieta los dientes para resistir el dolor. No se equivocaba, el pecho de su amigo se mueve. Washington está vivo, aunque un rápido examen de su pulso le dice que no durará mucho.

—Volveré a por ti —susurra—. Te doy mi palabra.

Se pone de pie y avanza tambaleándose por el andén. Se oyen gritos en el interior del tren. Los rusos han encontrado el vagón con el arsenal. Llega hasta el final del tren a tiempo de oír los gritos de Hooper.

—¡Ahí está! Es Denísov. Justo delante, al final del vagón. Olvidaos de Argylle. ¡Fuego!

La cureña aparece ante sus ojos justo en el momento en que Casner dispara el Flak y la antigua pieza de artillería emite un breve estallido. Nada.

—¡Cárgalo otra vez! —grita Hooper.

Vuelven a cargar el Flak, pero antes de que Casner tenga tiempo de apretar el botón, los rusos abren fuego desde el extremo más alejado del anterior vagón. Casner recibe un disparo directo en el pecho y cae de lado con elegancia. Kellerman no tiene tanta suerte; una bala penetra en su esternón y sale por la espalda, y otra le atraviesa la mandíbula.

En ese momento Schneider se lanza a la carga, empuñando el fusil. No es su fusil, en el que ya no queda munición. Es el Schmeisser que ha cogido del vagón del arsenal.

—¡No! ¡Schneider! ¡No dispares!

Pero la advertencia de Argylle se pierde entre el ruido del fuego cruzado y su compañero aprieta el gatillo. A Argylle se le encoge el estómago cuando el arma defectuosa de Schneider falla y su antiguo adversario queda envuelto por una bola de fuego.

Aprovechando la nube de humo pasajera, Wyatt aparta a un lado el cuerpo de Casner, se coloca detrás del Flak y acciona el disparador montado en la rueda. Esa vez funciona, y el ruido retruena por el túnel cuando el proyectil, programado para autodestruirse al cabo de dos segundos, sale disparado a baja altura directo a través de la puerta abierta del vagón. Denísov, que sigue a la carga desde el pasillo del vagón, tiene el tiempo justo de comprender lo que está ocurriendo antes de que el proyectil impacte contra él y explote creando otra bola de fuego. Argylle se oculta en el hueco de seguridad construido en la pared del interior del túnel, a un lado del cañón, tras ver cómo la llamarada engulle los pedazos de Denísov, que llueven por los aires como si fueran confeti, y a continuación arrasa el interior del tren a una velocidad de más de ciento cincuenta kilómetros por hora, destruyéndolo todo a su paso.

—Estamos conectados, jefa. Carter debe de haber dado con el punto por donde se perdía la señal. Tenemos comunicación.

Dabrowski habla con voz contenida. Tanto Coffey como él han presenciado horrorizados y sin mediar palabra la carnicería que se ha

desatado en el interior del túnel. La traición de Erin Quinn. La desaparición de la mayor parte del equipo. El dolor por todo ello tendrá que irse desgranando y asimilando poco a poco más adelante. Pero de momento, aún les queda un trabajo por hacer.

Mientras Dabrowski, en su solitario lugar de exilio en Montana, centra la atención en el monitor que muestra la transmisión en directo por el canal Rossiya, la emisora de televisión rusa propiedad de Anatole Poletov, compañero político de Federov, el propio Federov se aproxima a la entrada de la cueva. La cara del hombre más peligroso del mundo muestra determinación, y el equipo de cámaras, custodiado por miembros de los Spetsnaz armados, filma cada una de sus reacciones. De vez en cuando alguna cámara enfoca accidentalmente un cadáver con el que Federov se topa en su camino, pero al instante se desvía y las imágenes de la filmación se tambalean, como si al operador le temblara la mano.

Wyatt ha visto a Argylle en el hueco de la cueva.

—¿Estás herido, tío? —pregunta a la vez que se pone en pie y trepa desde detrás del cañón—. Espera, voy…

Lo que fuera a decirle queda engullido por el sonido de unas botas sobre el hormigón y una orden dictada en ruso. Seis miembros de los Spetsnaz, armados, se alinean junto a la plataforma, de espaldas a Argylle, que ha vuelto a esconderse dentro del hueco de la pared y queda oculto por las sombras. Hooper y Wyatt, cogidos por sorpresa y todavía impactados por la carnicería que ha diezmado a su equipo, no tienen ninguna oportunidad de salvarse. Argylle pone la mano sobre el extintor oxidado mientras calcula cómo puede hacer más daño, pero para su sorpresa los rusos no abren fuego.

En vez de eso, el líder ordena a dos de sus hombres que lleven a Wyatt y a Hooper de nuevo a la parte principal de la cueva. Los compañeros de Argylle, que acaban de ser capturados, apenas se vuelven hacia donde él está cuando descienden hasta la plataforma y marchan con las manos detrás de la cabeza y a punta de pistola por el interior del túnel hasta más allá del tren destrozado y arrasado por las

llamas.

Mientras tanto, los cuatro rusos restantes se abren paso hasta el único vagón que permanece intacto, el que está situado a continuación de la plataforma del cañón y que contiene las cajas de madera. Desparecen durante un tiempo y reaparecen justo cuando Argylle estaba a punto de salir de su escondite, acarreando una de las cajas que han recuperado en el vagón, a la que sigue un rudimentario palé de madera montado sobre ruedas. Cuando bajan al andén, tardan una eternidad en colocar la caja sobre el palé. A Argylle se le pone un nudo en el estómago al recordar que, según la información de que disponen, la Cámara de Ámbar está almacenada en veintisiete cajas. ¿Piensan trasladarlas así una a una? Por suerte, los hombres parecen contentarse con recuperar solo una y la arrastran por el andén hasta que dejan atrás los fragmentos de metal retorcido y humeante en que se han convertido los primeros vagones del tren y llegan a la parte principal de la cueva.

Cuando Argylle está seguro de que no volverán atrás, sale del hueco de la pared y avanza por el andén. Cada vez que piensa en lo que le ha ocurrido al equipo en ese túnel —Casner, Schneider, Kellerman y el resto están todos muertos; y Wyatt y Hooper es como si lo estuvieran —, la hoja invisible de un cuchillo se clava en su pecho y se mezcla con el dolor que aún irradia de la clavícula rota y de la bala alojada en algún punto por debajo de esta. Al menos Carter no estaba en la plataforma del cañón. Se centra en conservar la esperanza de que ha sobrevivido y está oculta en algún sitio.

Al llegar junto a Washington, se agacha para tomarle el pulso y se tranquiliza al comprobar que sigue vivo. Lo invade una sensación de alivio cuando nota el débil latido bajo las yemas de sus dedos. Están en la boca del túnel, y oye unas voces rusas, todas hablando a la vez, procedentes de un punto de la cueva que no alcanza a divisar.

El muro de sacos de arena sigue en su sitio. Argylle se desliza hasta él esquivando los cuerpos sin vida de Lawler y Reynolds. Cada movimiento le provoca un nuevo latigazo de dolor. Se asoma por encima de los sacos, desde donde puede ver la parte principal de la cueva, y la escena que presencia lo deja sin respiración.

Coffey y Dabrowski, sumidos en un triste silencio, van siguiendo alternativamente las imágenes de los dos monitores, el que ofrece la retransmisión en directo de Federov en la televisión rusa y el que muestra una matriz con diferentes secuencias procedentes de las diversas cámaras corporales de los miembros del equipo, la mayoría de las cuales han quedado interrumpidas o enfocan una imagen totalmente estática. Unos minutos antes, han contenido la respiración al ver cómo en la cámara de Wyatt aparecían las cajas de madera con la palabra «Königsberg» estampada en el lateral y numeradas siguiendo una secuencia ordenada; pero la emoción inicial se ha convertido en horror al presenciar la escena de la plataforma del cañón. El transmisor ha empezado a funcionar demasiado tarde para que pudieran avisar a Hooper, y ahora Wyatt y él han sido capturados, mientras que todos los demás parecen estar muertos o heridos. No tienen nada que decir. Todo cuanto pueden hacer es dar testimonio de lo ocurrido.

El amplio espacio se ha llenado de luz; los potentes rayos proceden de cinco lámparas de arco voltaico portátiles montadas en sendos mástiles y cargadas mediante baterías. Un equipo de empleados de la cadena televisiva recorre el lugar, concentrados en su trabajo. Uno lleva una cámara enorme sobre el hombro; otro arrastra un micrófono unido a un soporte con ruedas que le permite colocarlo a la altura pertinente. Tres miembros más del grupo corren de aquí para allá vistiendo el entorno como si fueran a rodar una película. En alguna parte han encontrado un par de pancartas con la cruz gamada, que ahora aparecen colgadas sobre sendas escaleras de aluminio extensibles que seguramente el equipo de televisión llevaba consigo. Un tríptico gigantesco que solo puede proceder de una gran catedral se sostiene apoyado contra la pared de la cueva. Han abierto la caja que contiene los lingotes de oro y la han colocado bajo un foco amarillo para que destaque el brillo del metal. Se han extendido varias alfombras persas de gran tamaño sobre el suelo cubierto de polvo, y se

han barrido sin contemplaciones los huesos que antes lo poblaban hacia los rincones más alejados. Por todas partes hay cuadros y esculturas, joyas y adornos. El conjunto resulta tan abrumador que al principio Argylle no percibe a la figura situada en el centro.

Vasili Federov permanece tan quieto como una de las estatuas que lo rodean, con la vista fija en la caja cerrada situada frente a él. Está totalmente concentrado mientras sus dedos recorren la esvástica dibujada en la tapa y las letras negras, como en una especie de trance. La cámara enfoca su rostro.

Argylle percibe la presencia de Wyatt y Hooper en el extremo más alejado, ambos con las manos en la cabeza, a pesar de que la atención de los guardias, igual que la de todo el mundo, está centrada en el hombre sentado en el centro de la cueva y en la caja que tiene enfrente, de la que se espera que revele el contenido. Sin embargo, en ese momento algo recorre la cueva como una exhalación y un miembro uniformado de los Spetsnaz aparece junto a Federov para susurrarle algo al oído.

Por un momento Federov permanece quieto, con el semblante inalterado. A continuación ejecuta un breve gesto afirmativo con la cabeza y el guardia desaparece para volver al cabo de unos instantes con…

Argylle, oculto tras el parapeto de sacos de arena, experimenta una sacudida tan fuerte como si acabaran de dispararle, lo cual irradia una intensa punzada de dolor que empieza en la clavícula rota y le recorre todo el cuerpo.

—Esta mujer lleva meses revelándonos secretos de la CIA —anuncia Federov en ruso a la vez que le da la vuelta a Erin Quinn de forma que la cámara capte su amplia sonrisa—. Al principio lo hizo porque teníamos preso a su padre, pero luego se dio cuenta de lo corrupta y venal que es la institución, que abandona a sus miembros como si fueran basura cuando ya no le resultan de utilidad.

Argylle lucha contra el repentino arrebato de náuseas al ver que Federov está utilizando a Quinn para hacerse propaganda en el directo

televisivo, lo cual aumenta su reputación de buen patriota y subraya el absoluto repudio por su país de acogida. Aunque nada de eso parece preocupar a Quinn cuando ambos se estrechan la mano ante la cámara, tras lo cual Federov se limpia la suya disimuladamente en la pernera de los pantalones.

Es en ese momento cuando Argylle se da cuenta de lo mucho que necesitaba creer las protestas lacrimosas de Quinn cuando antes ha expresado su arrepentimiento. ¿Había algo de verdad en ellas? ¿O todo el discurso sobre la captura de su padre era una mentira bien calculada para desarmarlo? Por fin, no tiene más remedio que dejar de creer en el cuento de hadas al que se aferraba en secreto: que ha fallado a propósito cuando le ha disparado. Tiene que afrontar el hecho de que aquella Erin Quinn que parecía tan atormentada por la culpa jamás ha existido. La mujer que trata de ganarse el favor de Federov posando junto a la caja de madera cerrada es la persona real. Se pregunta cuánto dinero piensa pagarle Federov a cambio de eso. Cuánto por cada uno de los compañeros a los que ha traicionado.

Tan sumido está en sus pensamientos que no se da cuenta de que alguien se le acerca por detrás hasta que es demasiado tarde.

Como las cámaras corporales de los agentes apenas muestran nada, Coffey y Dabrowski se pegan a la otra pantalla, la que transmite en directo el discurso de Federov en ruso con subtítulos en inglés para que pueda seguirlo la audiencia global. La noticia sobre las escenas sin precedentes ha corrido como la pólvora en las redes sociales y ahora ciudadanos de todo el mundo se preparan para seguir la transmisión. En la pantalla, un guardia de seguridad desliza un detector de explosivos sobre la caja cerrada. A continuación se retira tras efectuar una leve inclinación de cabeza y la cámara enfoca un primer plano del rostro de Federov. Aunque su semblante es igual de inexpresivo que siempre, tiene las fosas nasales un poco hinchadas y se pasa la lengua por los finos labios. En segundo plano, Quinn lo observa con absoluta atención.

—Cuánto me he equivocado —confiesa Coffey con un hilo de voz—.

He conseguido convertir a una joven con principios como Erin en una absoluta detractora de la Agencia que antes daba todo el sentido a su vida.

—Mucha gente sufre decepciones —observa Dabrowski con dureza—. Pero no todos traicionan a sus compañeros. Ni a su país.

—No te basta con que me hayan disparado, también quieres que me dé un ataque al corazón.

Mientras habla, Argylle piensa que es muy posible que nunca en su vida se haya alegrado tanto de ver a alguien como a Keira Carter en esos momentos.

Su amiga se agacha a su lado y por un instante su presencia allí lo reconforta, pero Argylle pronto vuelve a sentirse abrumado por la cruda realidad de la escena que está presenciando.

—No puedo creerlo —susurra Carter—. Quinn es la última persona de quien me esperaba esto.

Dejan de hablar cuando Vasili Federov se sube a la caja de madera y empieza su discurso.

—La historia de Rusia durante el último siglo es una historia de robos y saqueos. Nos han robado muchas cosas. Nos han robado el reconocimiento por los veinticinco millones de ciudadanos que sacrificamos en la Gran Guerra Patria. Nos han robado el respeto por la potencia que fuimos cuando todavía éramos la Unión Soviética, antes de que dividieran el territorio y nuestra gente se viera obligada a vivir bajo el régimen de gobiernos fascistas, hostiles, títeres de Occidente que amenazan la seguridad de nuestras propias fronteras. ¿Y acaso no me robaron también a mí? Un recién nacido ruso al que arrancaron del pecho de su madre patria para criarlo en una sociedad extraña y moralmente corrupta.

»La Cámara de Ámbar es el símbolo de todo lo que nos arrebataron y continúan arrebatándonos mientras Occidente trata de aliarse con países que están bajo la esfera de nuestra influencia. Pues bien, ha llegado el momento de reparar los daños y restituir aquello que nos pertenece. Volvemos a tener el control de todas las zonas donde

nuestra seguridad nacional se ve amenazada y nuestros ciudadanos claman que volvamos a ofrecerles protección. Hoy en día, Occidente es un tiburón sin dientes ni aleta que se ahoga en su propia dependencia del petróleo ruso. Es nuestro momento.

»Del mismo modo que yo he regresado, devolveré a mi país hasta el último vestigio de lo que nos han arrebatado. Cuando mañana termine el recuento de los votos empezará el proceso de recuperación de las tierras que estaban bajo nuestra soberanía. Pero la recuperación de nuestros bienes empieza aquí y ahora, con la octava maravilla del mundo que, en 1941, fue robada en el Palacio de Catalina de San Petersburgo y que ahora devuelvo a mi amada Rusia como símbolo de mi compromiso con la gloria de este país.

Salta de la caja, impulsado por un fervor que suele mantener oculto.

Extrae una pistola de la funda de su cadera y la levanta con mucha pompa para disparar al pesado candado metálico que mantiene la caja cerrada.

—Damas y caballeros, compatriotas, ciudadanos de la Madre Rusia, aquí la tienen: ¡la Cámara de Ámbar!

Carter aferra el brazo de Argylle mientras Vasili Federov, el niño abandonado convertido en la nueva esperanza de la superpotencia rusa revitalizada y reunificada, abre la tapa de la caja con ayuda de una palanca.

Parece que en la cueva deje de circular el aire cuando todos los presentes contienen la respiración a la vez. Argylle y Carter están mal colocados para poder ver el interior de la caja, pero lo que hay atrapa la luz que lo rodea y crea un peculiar efecto de halo, como si la cueva brillara con su propia luz interior.

La cara de Federov, habitualmente desprovista de expresión, esboza una sonrisa, y todo su ser está concentrado en lo que reluce frente a él y proyecta puntos dorados debajo de su barbilla. La audiencia allí reunida no puede apartar los ojos de su figura, y por ese motivo nadie excepto Argylle repara en que Erin Quinn desenrosca el cuerpo de la batería de la linterna táctica que lleva colgada en bandolera dentro de su funda.

—Espera… ¿Eso es…? —Carter ha seguido la mirada de Argylle y

los dos observan, sin dar crédito, cómo Quinn quita la anilla de la granada que acaba de sacar—. Dios mío —musita.

Pero Argylle ya se ha puesto de pie y está gritando.

—¡Quinn! ¡No!

Cuando todas las cabezas se vuelven a mirarlo, Quinn posa fugazmente los ojos en los suyos, llenos de una expresión que de algún modo reúne tanto arrepentimiento como determinación. Entonces, en el momento en que los secuaces de Federov avanzan hacia Argylle, Quinn aprovecha la distracción momentánea para adelantarse y arrojar la granada en el interior de la caja abierta.

Carter obliga a Argylle a parapetarse junto a ella. Durante un instante que resulta eterno, no ocurre nada, y todo parece indicar que la granada está defectuosa. Pero entonces se produce una tremenda explosión. Mientras Argylle y Carter observan la escena con impotencia desde detrás del montón de sacos de arena, a la vez que Dabrowski y Coffey lo hacen desde los respectivos monitores de sus ordenadores y millones de espectadores la ven a través de las pantallas de sus televisores, el contenido de la caja sale disparado, convertido en esquirlas doradas y brillantes que estallan en el aire como fuegos artificiales. Una de ellas le rebana el cuello a Vasili Federov y le separa por completo la cabeza del cuerpo, y el harapo azul que acaba de sacar de su bolsillo se eleva en el aire cuando él se desploma.

De Quinn no queda ni rastro.

Al punto, un terrible estruendo acalla el sonido de los gritos y los chillidos cuando la roca que forma el techo de la cueva, movida por la explosión, empieza a desmoronarse y a caer sobre quienes se hallan reunidos en el centro.

—Eso está a punto de derrumbarse —dice Coffey mientras observa las imágenes en directo que el cámara, al que le pagan para que continúe filmando pase lo que pase, sigue transmitiendo con heroicidad.

En mitad del caos de gente que trata de escapar de allí, han perdido de vista a Wyatt y a Hooper.

Ninguno consigue enfocar a Argylle ni a Carter, de los que hace rato que no tienen noticias.

Por increíble que parezca, la transmisión en directo prosigue y la secuencia se tambalea cuando el operador corre hacia la plataforma giratoria. Sin embargo, cuando está a punto de girar la cámara para tomar una última imagen de lo que ha dejado atrás, el techo de la cueva principal cede y se hunde sobre los bellos cuadros robados y las estatuas, las joyas y los lingotes de oro, las pancartas y la caja de madera, cuyo contenido queda perdido para siempre.

La pantalla se funde en negro.

Los momentos inmediatamente posteriores al derrumbamiento del techo de la cueva se suceden para Argylle en fragmentos de dolor y sorpresa que lo incapacitan para seguir un hilo coherente de pensamientos o acciones. Avanza a trompicones entre un ambiente cargado de polvo negro en el que resulta imposible respirar ni ver nada. Arrastra un peso sobre el hombro sano, de modo que el otro irradia latigazos de dolor con cada paso. Sabe que el peso que arrastra es Washington y que no debe soltarlo por muy insoportable que resulte la agonía. Al otro lado del agente herido está Carter. No sabe por qué está seguro de eso, pero lo está.

Al cabo de un rato, se halla junto a la plataforma rotatoria y Carter se suelta, de modo que tiene que arrastrar a Washington él solo. Intenta no desmayarse. Cuando Carter regresa, sostiene algo en la mano. Una escalera de aluminio. ¿De dónde la ha sacado? Pero no tiene tiempo de preguntarle porque ha vuelto a apartarse y ahora sube por la escalera tras dejarlo de nuevo a solas con Washington. Ya no puede mantenerse erguido por más tiempo y ambos caen al suelo.

Oye un chirrido en la oscuridad cargada de polvo y, a continuación, un terrible estruendo. De pronto, Carter le grita desde algún punto por encima de él.

—¡Deprisa, Argylle! Esto está subiendo.

Argylle tarda un poco en darse cuenta de que ha conseguido volver a poner la plataforma en movimiento, de forma que tiene que ponerse

de pie como puede y encontrar las fuerzas suficientes para arrastrar consigo a Washington hasta el enorme disco, que se eleva en mitad del aire cargado de las partículas repugnantes que levanta a su alrededor.

Consiguen subir, y ya se aproximan a la planta superior, donde el polvo se ha disipado lo suficiente para permitirle divisar a dos figuras humanas que los aguardan. ¿Serán soldados de los Spetsnaz? ¿Han apresado a Carter? Pero son dos mujeres del equipo de la televisión, sentadas con la cabeza entre las manos, que ni siquiera la levantan para mirarlos. Entonces Argylle comprende que los Spetsnaz se han marchado.

Salen de la cueva a la luz del día, que brilla con tanto fulgor que le parece que hayan sacado los focos de la cueva y ahora lo estén iluminando a él.

—Me parece… —empieza a decir. Y entonces, el mundo se apaga.

57

Sobre el sucio suelo de piedra de ese terrible agujero oculto en las entrañas del palacio de verano de Federov, la pila de desechos que un día fue Jared Quinn yacen inmóviles. De hecho, llevan cincuenta y seis horas sin moverse; ni siquiera lo hizo cuando Serguéi Denísov lo empujó con la puntera de su mocasín Gucci, incapaz de acercarse más a causa del hedor que le revolvía el estómago. No es de extrañar que diera por hecho que su prisionero estaba muerto. Y sin embargo, no lo estaba. Todavía no. De hecho, el cuerpo de Quinn se había sumido en una peculiar estasis donde nada resulta real y nada tiene significado. No hay hambre, no hay soledad, no hay miedo. No hay ninguna sensación ni sentimiento. Tan solo se existe.

Sin embargo, cuando su respiración —tan débil durante la última visita de Denísov que le pasa desapercibida— cesa al fin completamente, recupera un fugaz estado de consciencia.

Un recuerdo cruza la superficie de su mente inactiva: la cara pétrea de la esposa de Federov, sosteniendo un pañuelo blanco inmaculado sobre su nariz para protegerse del olor de modo que sus palabras parecen proceder de muy lejos. «Tu hija ha matado a mi marido. Debes estar orgulloso».

¿Ocurrió en realidad? Ya no importa. Solo importa el sentimiento; una cálida red que le envuelve los huesos helados. Y a continuación la imagen de su hija, Erin, su gran amor, que acude a su mente como una diminuta partícula en el páramo de sus pensamientos y se expande, irradiando todo su sistema nervioso, sus órganos, sus extremidades, hasta que llena cada una de sus células.

Ahora llega la paz. Y le da la bienvenida.

58

Setenta y cinco horas más tarde

En las dependencias del gobierno en Harvey Point, en Carolina del Norte, existe una sala que pocas personas llegan a conocer. A veces se usa para mantener reuniones informales de las que nadie tiene por qué enterarse; otras veces es allí adonde las familias que están de duelo acuden para saber más sobre cómo murieron sus seres queridos. Hay un sofá largo y mullido con varios cojines de color vainilla y una selección de sillones tapizados de lino sencillo en tono neutro, además de una mesita de café con una discreta caja de Kleenex. La ventana de forma cuadrada de la habitación da a un jardín donde hay plantadas rosas. Es un espacio relajante, y ahí es donde Coffey ha reunido a la mayor parte de los miembros que quedan del equipo tan solo tres días después de los hechos que ocurrieron en Polonia y que han conmocionado al mundo entero.

Corcoran ha vuelto y parece bastante recuperado, aunque ha perdido casi veinte kilos. Washington aparece en un televisor que enfoca su cama del hospital. Aunque está fuera de peligro, sigue sintiéndose débil tras la operación que ha servido para extraerle la bala de la zona izquierda del pecho, y todavía le queda mucho hasta recuperarse por completo. Will Hooper está sentado junto a la ventana, al lado de Mike Randall. Y el sofá lo ocupan Wyatt, Argylle y Carter. El brazo de Argylle forma un ángulo recto sostenido por el cabestrillo que mantiene la clavícula recién soldada en su sitio.

Coffey empieza agradeciéndoles sus servicios y dedicando unas cariñosas palabras a cada uno de los compañeros muertos: Lawler, Schneider, Casner, Kellerman, Ryder y Matsyak. A Argylle se le llenan los ojos de lágrimas cuando menciona a Brandon Reynolds, quien,

como él, cumplía su primera misión pero, a diferencia de él, no ha conseguido sobrevivir a ella.

Cuando le llega el turno a Erin Quinn, su tono cambia.

—La Agencia no siempre hace las cosas bien. Defraudamos mucho a la familia de Erin Quinn. Y aunque no espero que vosotros le perdonéis las cosas que hizo, espero que al menos intentéis comprenderla. Amaba a su padre con locura y se encontró en una situación imposible. El hombre a quien más quería en el mundo era un rehén, y las únicas personas en quienes habría confiado lo suficiente para pedir ayuda la habían traicionado de la peor manera.

—Pero ¿por qué le disparó a Argylle? —quiere saber Wyatt—. No había nadie más con él. No era necesario.

—Sí, eso hizo —dice Argylle con desánimo—. Porque había decidido cuál sería su plan y sabía que si no me disparaba, la detendría.

—Es cierto. —Coffey asiente—. Solo recordad que Erin Quinn actuó desesperada por salvar a su padre, y cuando realmente se dio cuenta de lo que había hecho, se sacrificó para intentar enmendarlo.

Mientras Argylle escucha, lucha contra el impulso de desprenderse de lo que Coffey está diciendo y vaciar la mente de modo que sus palabras floten hasta algún lugar que no pueda alcanzarlo. Durante los últimos meses ha aprendido a reconectar con el mundo, pero el impulso del pasado de sumirse en la nada nunca queda lejos, ese alivio tentador de no tener que sentir. Sabe que tiene que obligarse a estar presente, a sentir las cosas que siente en lugar de enterrarlas dentro de sí, por mucho que le duelan.

Ahora Coffey está hablando de la misión. La cueva ha sido declarada un lugar peligroso y se ha prohibido el acceso. En algún momento las autoridades empezarán a cavar entre las ruinas en busca de cualquier resto de la Cámara de Ámbar, si es que realmente han llegado a estar allí. La explosión tuvo lugar antes de que el cámara pudiera enfocar el contenido de la caja, de modo que la información sobre los hechos ha quedado misteriosamente inconclusa. Los expertos de la CIA creen que es poco probable que algo haya sobrevivido al catastrófico derrumbamiento de la cueva. Las elecciones rusas se han

retrasado, pero es casi seguro que el vicepresidente Zhuravlev conseguirá hacerse con el poder sin rivales. Aunque es igual de corrupto que su predecesor, al menos no representa una amenaza para el mundo tan grande como Vasili Federov.

Alguien llama a la puerta enérgicamente e interrumpe el discurso de Coffey. Cuando la abren, aparece un hombre al que Argylle nunca ha visto antes y que sin embargo le resulta familiar.

Al momento, Wyatt se pone de pie y saluda al recién llegado con una palmada en la espalda.

—Dabrowski, hermano.

Glenn Dabrowski es un hombre muy distinto de aquel a quien Frances Coffey fue a ver a Montana. Han desaparecido las ojeras moradas y los hombros caídos sobre los que cargaba con el peso del mundo.

Este Glenn Dabrowski camina más erguido y tiene una sonrisa tan amplia que parece salirse de sus mejillas.

Durante el largo viaje de regreso desde Polonia, el equipo fue informado de los sacrificios que Glenn Dabrowski había hecho para sacar al verdadero traidor de entre las sombras, pero esta es la primera vez que lo ven en persona, y aquellos que sirvieron a la organización junto a él están ansiosos por reclamar su atención.

—Yo nunca dejé de creer en ti, tío —le dice Wyatt—. Nunca.

—¿Volverás? —quiere saber Corcoran.

Dabrowski niega con la cabeza.

—Ya me he perdido suficientes cosas de la vida de mi familia. No quiero perderme ni un momento más.

Mientras los otros lo bombardean a preguntas, Argylle se mantiene callado. De pronto se siente extrañamente tímido ante ese extraño a quien ha sustituido. Se sorprende cuando Dabrowski se dirige a él.

—No me conoces, pero yo a ti sí. Llevo meses observándote.

Ahora todo cobra sentido.

—Has sido mi ángel de la guarda.

Dabrowski se echa a reír.

—Algo así. Quiero felicitarte —prosigue—. Has hecho un gran trabajo.

Argylle nota que le fallan las palabras hasta un punto que no sabría explicar, y Dabrowski, al comprender su incomodidad, se acerca para darle un abrazo con cuidado de no apretarle el hombro lesionado. Y aunque el gesto, por mucho que haya sido cuidadoso, irradia latigazos de dolor por todo su cuerpo, al mismo tiempo es uno de los mejores abrazos que Argylle ha recibido en su vida.

Cuando se retira, avergonzado, Wyatt le corta el paso.

—Si es el momento de los abrazos… —dice, y hace crujir los nudillos antes de extender los brazos y mostrar esos bíceps capaces de partir un coco.

—Ni se te ocurra acercarte, gigantón.

Pero Argylle ríe cuando ocupa su lugar de nuevo en el sofá, entre Carter y Wyatt; y por un momento, a pesar de todo lo ocurrido, siente que lo invade una cálida oleada de algo que no identifica de inmediato. Tarda unos instantes en reconocer que se trata del sentimiento de pertenencia.

Frances Coffey sonríe de oreja a oreja mientras se pasea por la habitación.

—Todos os habéis esforzado mucho y habéis trabajado muy duro. Quiero que os toméis un tiempo para recargar las pilas antes de que os confíe la siguiente misión.

La sensación de bienestar recién descubierta por Argylle se disipa ante la idea de tener tiempo libre y no saber en qué ocuparlo. ¿Adónde irá?

Entonces Coffey consulta el reloj.

—¿Qué os parece si nos reunimos esta tarde a las cinco y media?

Wyatt le da un empujoncito a Argylle.

—Estupendo. Así me da tiempo de ganarte al billar.

—¿Te has olvidado de que solo tengo un brazo?

Wyatt sonríe.

—¿Y qué quieres decir con eso?

Carter se pone de pie y recoge sus cosas.

—Si las cosas se van a poner feas, quiero un asiento en la primera fila.

Coffey observa al trío de amigos cuando se marchan. Ha visto a muchos grupos de agentes ir y venir, pero nunca se cansa ni se siente hastiada. Siempre es una responsabilidad y un honor ver cómo crecen y acaban por volar del nido. Todos y cada uno la conmueven. Con todo, tiene que reconocer que Aubrey Argylle es especial. Esa alma perdida que salió de la jungla de Tailandia aún no tiene ni idea de su potencial.

Sola en la sala, Coffey rebusca en el fondo de su bolso el paquete de cigarrillos que sabe que sigue ahí, y cuando lo encuentra lo mira fijamente un buen rato. A continuación suspira y lo aparta.

La vida es frágil y corta, ¿no sería una tontería por su parte acortarla más aún?

Mike Randall llama a la puerta.

—Cuando esté lista, jefa. Taylor Kearney está esperando en la recepción.

Kearney es el nuevo fichaje de Coffey. La descubrió en la comisaría de una pequeña localidad después de que ella solita impidiera un robo a mano armada, y aún conserva esa expresión sorprendida y asustadiza que parece decir: «¿Qué estoy haciendo aquí? Este no es mi sitio».

Con todo, a Coffey le da buenas vibraciones. Y, por el momento, ya ha demostrado que sabe juzgar bastante bien a la gente. Los miembros de los equipos cambian constantemente, pero las amenazas siguen siendo las mismas, y mientras en el mundo haya hombres como Vasili Federov, ella tendrá que seguir buscando a personas como Aubrey Argylle.

—Hazla pasar.

Epílogo

Los estudios del canal Rossiya en Moscú presumen de tener una sección de peluquería y maquillaje que les han valido un premio, pero Irina Federova insistió en llevarse a su propia estilista. Tras ocupar el mayor camerino de los estudios de televisión, mira con expresión pétrea su reflejo mientras la mujer le plancha el pelo hasta dejárselo bien liso, consciente de que tiene que evitar las diminutas gotas de poliuretano que mantienen las extensiones en su sitio.

Alguien llama a la puerta. Es una ayudante de producción, acompañada por uno de los detectives privados que han estado informando puntualmente a la señora Federova acerca de las investigaciones sobre lo ocurrido en Polonia.

—¿Necesita que me quede, señora? —pregunta la ayudante, que no se atreve a pasar de la puerta.

Irina la despacha con un gesto despectivo de la mano.

—Le traigo unos… objetos… Pertenecían a su difunto marido y los hemos recuperado en el escenario del accidente —le explica el investigador cuando se quedan solos—. He pensado que la reconfortaría tenerlos con usted.

Saca de su maletín dos bolsitas de plástico transparente.

Irina mete la mano en la primera de ellas y saca las gafas sin montura de Federov, sorprendentemente intactas. Ignora el escalofrío que le recorre el cuerpo al recordar cómo los ojos claros de su marido se clavaban en ella a través de esas gafas y le producían la horrible sensación de que iba a succionarle el alma.

—¿Cómo es posible que hayan sobrevivido cuando todo lo demás ha quedado aplastado o enterrado entre los escombros?

El detective baja la vista a sus manos y nota que se le encienden las mejillas.

—Creo que ya sabe que la cabeza de su marido… hum… quedó separada del cuerpo. La explosión la lanzó bastante lejos del sitio en que se hundió el techo de la cueva.

El hombre se atreve a levantar la vista y lo horroriza observar la ausencia de emoción en el rostro de la reciente viuda. Más tarde, pensativo, observará a su esposa cuando se sienten a cenar y se preguntará cómo reaccionaría si alguien le entregara las gafas recuperadas poco después de que él fuera decapitado.

Veinte minutos más tarde, Irina está sentada tras una larga mesa blanca, incómoda bajo el calor de los focos del estudio con su traje de lana negro de Chanel, e intenta ignorar las cámaras situadas a pocos centímetros de distancia de su rostro y al equipo de empleados del plató que revolotean alrededor, ocupados en su trabajo.

Es consciente de que tiene que afinar mucho, que la gente aún no sabe cómo reaccionar ante lo ocurrido. La opinión popular dice que Federov cumplió a medias su promesa: encontró la Cámara de Ámbar, pero fracasó a la hora de devolverla al pueblo. ¿En qué lo convierte eso? ¿En un ganador o en un perdedor?

Ella tiene que convencerlos de lo primero si quiere tener alguna oportunidad de alcanzar su meta.

—Mis queridos compatriotas —empieza a decir directamente ante la cámara mientras permite que una lágrima le resbale por la mejilla—, mi difunto marido era un héroe y un patriota. Puso el deber por encima de todo, y ahora yo debo hacer lo mismo. Aunque desearía poder retirarme para llorar su muerte en privado, sé que eso no es lo que él querría. Por eso, esta noche he venido a anunciarles mi intención de presentarme como candidata a la presidencia en su lugar. En honor a él.

Cuando regresa al camerino, Irina Federova se siente rebosante de triunfo. Sabe por la reacción de los empleados del plató que su mensaje ha dado el resultado esperado. Por fin, después de todos esos

años siendo la hija de alguien y la esposa de alguien, está a punto de situarse bajo los focos por méritos propios. Es su momento.

Se sirve una copa de champán de la botella que le han dejado como obsequio y se recuesta frente al espejo. Entonces su mirada recae en las dos bolsitas de plástico con las pertenencias de su marido.

Coge la segunda.

«El técnico de sonido lo encontró al llegar a casa; se había quedado entre las piezas de su equipo —le ha explicado el investigador privado—. Al parecer, su marido lo había sacado de su bolsillo justo antes de que… justo antes de morir».

Irina abre la bolsita de plástico y su cara se retuerce en una mueca de disgusto al sacar el pedazo de tela grisáceo, mugriento de tanto toquetearlo.

Lo sostiene entre los dedos pulgar e índice mientras con la otra mano busca algo dentro de su bolso, depositado sobre la silla contigua.

Durante unos instantes que se le hacen muy largos, contempla el harapo y recuerda lo mucho que significaba para su marido y cómo siempre lo llevaba consigo.

Entonces su mano rodea el mechero y, tras sacarlo del bolso, prende fuego a un extremo del pedazo de tela y lo arroja a la papelera para contemplarlo mientras arde.

Disculpa y agradecimientos de la autora

Aunque a mí me parece bastante real, *Argylle* es ficción. Eso significa que, a pesar de que muchos de los lugares y las instituciones que se mencionan son reales, no lo son ni los personajes, ni lo que hacen o lo que dicen. Es el caso del Chèvre d'Or, Kew Gardens, el Real Observatorio, los Archivos de Coblenza, la casa de Mellerio o la propia CIA. Todos esos lugares existen, y animo a los lectores a explorarlos (bueno, todos excepto la CIA, a menos que queráis que os detengan). Lo que os pido es que no preguntéis por los nombres de los personajes cuando lleguéis allí; y, por favor, no juzguéis las instituciones de la vida real según las palabras y los actos ficticios. Cualquier error, o directamente mentira, es solo responsabilidad mía.

Me disculpo por las enormes libertades que me he tomado en relación con la geografía del Monte Athos y los montes Tatra, y el tiempo en que tuvo lugar la nube de cenizas de Islandia, así como el resto de hechos que he adaptado o cambiado para que encajen en la novela. Por lo que sé, no existe ninguna cueva secreta bajo el ferrocarril de Birmania, y los taxistas al volante de los monovolúmenes del Monte Athos son todos monjes sin ningún motivo para aceptar un soborno de la CIA. ¿Qué más puedo decir? Tal vez debería haberme hecho política en vez de escritora.

Muchas personas me han prestado una gran ayuda a la hora de escribir este libro, pero doy gracias en especial a Ron Munn y Mike Jewett por el conocimiento que me han aportado del mundo de la inteligencia secreta, y al doctor Robert Massey, vicedirector ejecutivo de la Real Sociedad Astronómica, por su paciente explicación sobre los mapas celestes. De nuevo, cualquier error es solo responsabilidad mía.

ELLY CONWAY, 2023

Cuanto mejor es el espía, más grades serán sus mentiras.



Un tren de lujo se dirige a toda velocidad hacia Moscú para acudir a una cita con el destino.

Un avión de la CIA derribado en la jungla del Triángulo de Oro.

Un tesoro nazi enterrado en las montañas en un remoto lugar de Polonia.

Un tesoro perdido durante setenta años, la octava maravilla del mundo.

Y solo una oportunidad de redención.

El sueño de un magnate ruso de restaurar la grandeza de una nación se ha vuelto realidad y ha puesto en marcha una cadena de acontecimientos que llevará al mundo al borde del caos. Solo Frances Coffey, la legendaria jefa de la CIA, podrá evitarlo.

Pero para ello necesita a alguien especial. Argylle.

La vida de Aubrey Argylle se detuvo abruptamente cuando era adolescente. Desde entonces ha vivido protegido tras las barreras que lo aislaban del mundo.

Hasta que un acto de compasión y valentía despertó la atención de la mujer más poderosa del universo de los agentes secretos.

Elly Conway nació y creció en el norte del estado de Nueva York. Escribió su primera novela sobre el agente Argylle mientras hacía el turno de noche como camarera en una cafetería.



Título original: *Argylle*

Primera edición: enero de 2024

ISBN: 978-84-253-6552-2

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinlibros
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club

Índice